

OBRAS QUE FIGURAN EN EL PRESENTE
VOLUMEN

EL ALCAZAR DE LAS PERLAS
ABEN HUMEYA
EL REY GALAOR
EL ALMA DEL DESIERTO
LA LEONA DE CASTILLA

FRANCISCO VILLAESPESA

TEATRO
ESCOGIDO

R-8135 A



AGUILAR, S. A. DE EDICIONES
MADRID - 1951



Francisco Villaespesa

FRANCISCO VILLAESPESA

TEATRO ESCOGIDO

Imp.

Nota preliminar de
F. S. R.

Exclusiva



Núm. 312

Reservados todos los derechos. Hecho el depósito que marca la ley.
Copyright 1951, by Aguilar, S. A. de Ediciones,
Madrid.

Printed in Spain. Impreso en España por
SOLER, Bernardino Obregón, 10.

NOTA PRELIMINAR

~~12~~

FRANCISCO VILLAESPESA

(1877-1935)

ENTRE los años 1905 y 1930, el teatro poético español tuvo varios y excelentes cultivadores: Marquina, López Alarcón, Rey Soto, Fernández Ardavín, López Martín, Valle-Inclán, los hermanos Machado, Joaquín Montaner, Jacinto Grau, Goy de Silva, Francisco Villaespesa...

Muchas de las obras teatrales de estos ingenios aún conservan toda su fuerza dramática y su intensa poesía. Así, *En Flandes se ha puesto el sol* y *Doña María la Brava*, de Marquina; *La dama del armiño*, de Ardavín; *La Lola se va a los puertos* y *Julianillo Valcárcel*, de los Machados; *Blasco Jimeno*, de López Martín; *La reina Silencio*, de Goy de Silva; *El conde de Alarcos*, de Grau; *La tizona*, de Alarcón y Godoy; *El estudiante de Vich*, de Montaner; *El embrujado* y *Voces de gesta*, de Valle-Inclán; *Amor que vence al amor*, de Rey Soto; *El Alcázar de las perlas* y *Aben-Humeya*, de Villaespesa...

Me libraré muy mucho de afirmar que

fué Villaespesa el mejor de tales ingenios, poetas y dramaturgos; pero la justicia me obliga a decir que sus éxitos sobre la escena fueron de los más extraordinarios... Trozos líricos de sus dos citadas obras, y de algunas más salidas de su pluma, quedaron indelebles en la memoria de miles y miles de espectadores de aquella generación. En verdad, tales trozos sugestionan por su musicalidad, por la belleza de sus imágenes generosamente derrochadas, por su facilidad de rima, por su colorido sorprendente. Aún hoy, los principales recitadores de España e Hispanoamérica llevan tales fragmentos en su repertorio. Y el titulado Las fuentes de Granada sigue entusiasmando a las muchedumbres. La crítica literaria entre 1920 y 1950 no ha sido justa con el teatro de Villaespesa. Yo añadiría que ha sido terriblemente injusta. En reseñas ocasionales, en ensayos acerca del teatro poético español, en historias de la literatura española, he leído los más duros ataques contra Villaespesa dramaturgo. Ataques, en su mayoría, incomprensibles.

¿De qué acusa la crítica a Villaespesa dramaturgo? De temas poco hondos. De caracteres escasamente perfilados. De anegar con un puro lirismo la escasa in-

tensidad dramática. De excesivo y muy preparado artificio. De falta de densidad. De exceso de declamación y de colorido. Para la crítica, en el teatro de Villaespesa falta el obrar propio del género y sobra el describir líricamente. Es el de Villaespesa un teatro de aparato, de gran derroche de escenografía, de vestimenta, de cuadros de efecto visual.

No todos los reparos son injustos. Posiblemente, los más certeros, aquellos referentes a la sobra de elemento lírico y al abuso de apoyaturas visuales. Pero—¡he aquí la gran paradoja!—esos defectos, atribuibles a un dramatismo paradigmático, fueron, en su época, los que más sugestionaron al espectador. ¿No es el teatro una seducción de los sentidos? ¿Por qué, entonces, hacer severo hincapié para la repulsa precisamente en cuanto es lícito teatralismo, esto es: truco para alcanzar un fin dramático? Indiscutiblemente, el teatro-teatro (efectismo puro) es menos noble que el teatro-vida (pura emoción reavivada); pero ello no quiere significar la total desvalorización de aquél. De teatro-teatro han vivido muchos autores para su época y para su gloria. Basta recordar a López de Ayala, a Echegaray, a Sellés.

Pero si, como ya he dicho, la crítica ha

sido injusta con Villaespesa dramaturgo, lo fué, más que por airear sus posibles defectos, por silenciar sus indiscutibles méritos. Méritos que son muchos y muy de alabar.

¿Cuáles son estos méritos? Un gran dominio de la técnica y de la táctica escénicas. Una portentosa fuerza de evocación. Una voluptuosidad auténticamente humana. Un decir pletórico de elegancia y de belleza. Un inagotable y originalísimo juego de imágenes enteramente felices. Una musicalidad espléndida, muy necesaria en el teatro poético más o menos histórico. Una maestría pictórica, el mejor auxiliar para que el espectador se sitúe pronto en el trance dramático que intenta pervivir.

No faltan, no, los temas en el teatro de Villaespesa. Sino que los temas que busca el poeta no son de esos que hemos dado en llamar apremiantes para la razón o para el corazón. Villaespesa encontró unos temas delicados, entré el ensueño y el afán; temas pálidos, exhaustos de realidad, pero indiscutiblemente vigentes para las almas que buscan en el teatro más la fantasmagoría que distrae que el realismo—espejo impasible de la vida—que excita y sobresalta. Y digo yo: ¿Es que los temas del teatro poético no son,

esencialmente, estos que exceden al duro cotidiano? ¿Son temas intensos de vida los del maravilloso teatro de Maeterlinck? ¿No merecen la calificación de tema la evocación de un ensueño, la superación de un anhelo, el comentario lírico de un hecho ya despojado de la carne de su humanidad? No todos han de ser temas trascendentales o moralizadores. No todas las acciones se han de sujetar a un canon de verosimilitud o de veracidad. No todos los caracteres han de ser rigurosamente realistas. En el teatro poético cuenta—yo creo que lo que más cuenta—el poder de sugestión, ese como sacar de la nada algo que se meta en nuestras vidas exclusivamente con el designio de deshumanizarlas, siquiera sea momentáneamente.

La crítica contemporánea podrá preferir el teatro poético del genial García Lorca, en el que todo es carne y alma, nervios y pasiones, inminencia humana de la más noble y aguda. Pero no puede desdeñar el otro teatro poético, el de Villalpessa, en el que todo es melodía, ensueño, gracia irreal, afán libre sin fronteras de verdad desnuda.

En este volumen se recogen las tres más famosas obras teatrales de Villalpessa: El Alcázar de las perlas, Aben-

Humeya y La leona de Castilla. Un tema árabe, un tema morisco y un tema castellano. Y los tres, más del lado de la leyenda que del de la historia.

El Alcázar de las perlas—representado más de mil veces—evoca la erección «de esa mansión de ensueño» que conocemos por la Alhambra. Posiblemente es este drama la obra teatral de Villaespesa más patética, más llevada a una ficción que, en verdad, merece el suceso. El poeta no tuvo más base para enraizar su inspiración que varias leyendas musulmanas recogidas, en parte, por aquel gran escritor, gran poeta y gran hispanista que se llamó Washington Irving. En El Alcázar de las perlas acertó el poeta a adivinar cuanto de angustioso anhelo y de fervor amoroso pudo haber en el alma del genial alarife musulmán, erector de uno de los más inmortales e intensos poemas arquitectónicos del mundo.

Aben-Humeya está inspirado en un episodio de la guerra de los moriscos de las Alpujarras (1568), siguiendo los relatos de don Diego Hurtado de Mendoza, de Luis de Mármol y de Martínez de la Rosa.

La obra de Hurtado de Mendoza es una crónica llena de interés y escrita en un lenguaje tan preciso y tan sobrio como el

que empleó el modelo de don Diego: *Salustio*. Las obras de *Mármol* y de *Martínez de la Rosa* son dos dramas: muy malo el de aquél, excelente el de éste, y ambos siguiendo muy de cerca la crónica de *Hurtado de Mendoza*. *Villaespesa* no la siguió tan fielmente. Tenemos la impresión de que *Villaespesa* leyó las *Guerras de Granada*, de *Hurtado de Mendoza*, y el drama de *Martínez de la Rosa*, y que, después, hizo por olvidarse de ellos, no guardando de sus lecturas sino algunas reminiscencias, las suficientes para entintar de historia su obra.

El *Aben-Humeya*—o *Fernando de Valor*—de *Villaespesa* se escapa casi siempre del realismo para alcanzar las cimas de la más sugestiva irrealidad. Así, lo que este héroe pierde en calidad patética lo gana en interés poético.

La *leona de Castilla* es un drama netamente castellano, donde se mezclan el mejor realismo y lo más poéticamente legendario, y donde se ensalza la magnífica figura de doña *María Pacheco*, noble dama del siglo *XVI*, defensora de las libertades patrias, esposa de don *Juan Padilla*, y conocida en su época con el apodo de *El Último Comunero*. Todos los historiadores coetáneos presentan a la *Pacheco* como dama de noble cuna, ho-

nestísima de costumbres, culta y bella, de ánimo esforzado. El desastre de Villalar la halló en su oratorio, rezando delante de un crucifijo, acompañada de sus dueñas. Conmovida por la decapitación de su esposo, decidió defender a Toledo; y lo hizo con el mayor heroísmo.

Villaespesa se sirvió para su drama de algunas apoyaturas históricas sacadas de Sandoval y de un manuscrito de la Biblioteca de El Escorial; pero, por lo general, dejó libre su invención, exaltando tan egregia y castellana figura femenina con versos de mucha sonoridad y de la más fina emoción. Con este drama obtuvieron uno de sus mayores triunfos escénicos los inolvidables María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza.

* * *

Completan este volumen de teatro poético dos deliciosas piezas en un acto: El rey Galaor y El alma del desierto. El rey Galaor es como una miniatura de aquella literatura caballeresca—exaltación del honor, de los ideales más nobles, de las más doradas aventuras—que fué la obsesión de las gentes durante varios siglos; literatura que inicia en España el caballero Cifar y que cierra el caballero Qui-

Janó el Bueno, El rey Galaor, prototipo del señorío, de la grandeza de alma, figura en varias obras caballerescas—principalmente hispanas—, y en nada cede por su valor y por el lustre de sus empresas a los Amadisés, a los Palmerines, a los Lisuartes, a los Clariseles o a los Florandos.

El alma del desierto es como un eco maravilloso y recóndito de la obsesión árabe, consustancial en el último árabe español: Villaespesa.

* * *

Francisco Villaespesa nació en Laujar (Almería) y murió en Madrid. Desde muy joven llevó la vida bohemia, amorosa y lírica de aquellos poetas provenzales cuya única misión era sentir y exaltar la belleza y el amor. Varias veces recorrió la América española, cosechando triunfos y laureles inmarcesibles. Fundó revistas. Ganó mucho dinero y lo gastó espléndidamente, como un visir de Las mil y una noches. Publicó más de cincuenta volúmenes de poesías líricas. Su ideal fué siempre ser el único morador de una Alhambra fantástica devuelta a su siglo medieval. ¡Arabe andaluz! Nostalgias... Ensueños... Amores desdicha-

dos... Presentimientos melancólicos... Sensualidad... Molice... Música furtiva y dulcísima inagotable... Actitudes caballerescas... Colorido entero, pero empalidecido por las luces de los crepúsculos otoñales granadinos... ¡Arabe andaluz!

Otras obras teatrales: Bolívar, Doña María de Padilla, La maja de Goya, El halconero, Judith, Era él, En el desierto...

F. S. R.

EL ALCAZAR

DE LAS

PERLAS

Leyenda trágica, en cuatro actos y en verso.

Estrenada con extraordinario éxito por la Compañía Guerrero-Mendoza en el teatro Isabel la Católica, de Granada, la noche del 8 de noviembre de 1911, y en el de la Princesa, de Madrid, el 21 de diciembre del mismo año.

A los insignes artistas

MARIA GUERRERO

y

FERNANDO DIAZ DE MENDOZA,
y al gran poeta

RICARDO J. CATARINEU,
*con todo el agradecimiento y el
afecto de*

VILLAESPESA.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SOBEYA	Sra. Guerrero.
SULTANA AIXA	— Salvador.
LEILA HASSANA	Srta. Adamuz.
ZAHARA	— Gelabert.
FÁTIMA	— Riquelme (E.).
ALHAMAR, emir de Granada	Sr. Círrera.
PRÍNCIPE MUHAMAD, su hijo	Sra. Jiménez (C.).
ABU ISHAC, vali de Comares	Sr. Thuillier.
AZHUNA, alarife	— Díaz de
ALY BEN IBRAHIM, gran vazir	— Mendoza.
ABUL BECA, alcatib ...	— Juste.
OMAR, vali de Málaga.	— Montenegro.
ABEN FAT, médico	— Martínez Tovar.
MURUAM, vali de Granada	— Carsí.
AYUB, comerciante ...	— González.
ABUL HASSAN, vali de Guadix	— Díaz.
El ASTRÓLOGO	— G. Muñoz.
OZMÍN	— González.
ALIATAR	— Guerrero.
Un CAPITÁN	— Urquijo.
Un ESCLAVO	— G. Muñoz.
Un PAJE	— Covisa.

Damas, Esclavas, Caballeros, Guardias, Soldados, Músicos, Comerciantes, Cautivos, Siervos y Gente del pueblo.

AUTOCRÍTICA

HACE muchos años, deseaba yo rendir un homenaje pleno, absoluto de admiración, a la divina Granada, a la maravillosa ciudad que guarda, hechizada, no sólo la más noble tradición artística de nuestra raza, sino la más preciosa flor insigne de nuestra espiritualidad.

Granada, no sólo es para nosotros un encantado sueño de poesía, sino que es cumbre excelsa de nuestra alma mudéjar, viva y eterna exaltación de todo cuanto hay de sagrado en la medula gloriosa de nuestra estirpe.

Mi adolescencia había despertado al arte en el milagro de éxtasis y de tristeza del Generalife, en la gracia voluptuosa y florida de los jardines árabes, bajo la llama de los naranjos y bajo el silencio misterioso de los cipreses, junto a la melodía lauda de los surtidores, en las blancas galerías de columnas y bajo los techos de oro de la Alhambra, en la melancolía más que humana de las noches granadinas, llenas todavía del alma trágica de *El-Zogoibi*.

La visión fulgurante de la ciudad, enigmática, fatal y fascinadora como una esmeralda del Oriente, me perseguía y me embrujaba hasta la fascinación.

Toda mi raza, toda mi sangre, que floreció en los días púrpuras de Damasco y Córdoba, se erguían ante el recuerdo mágico de la ciudad fabulosa.

Y este ensueño, esta inquietud, fué concretándose en romances, en sonetos, en gacelas, en casidas, en centenares de poesías.

El motivo inicial, la idea fundamental de mi tragedia, surgió después de la lectura de la famosa leyenda de El-Lammani, preclaro poeta descendiente de los árabes sicilianos, que floreció en Túnez en el siglo XIV y que fué huésped ilustre de la corte de los nazaritas. *El legado de Alhamar* es una maravillosa leyenda digna de ser bordada en oro en el velo negro que cubre la Kaaba.

Alhamar agoniza en medio de la vega, al salir al frente de sus huestes y acompañado de don Enrich, aquel hermano aventurero y bravío de don Alfonso el Sabio, a combatir a los valles rebeldes de Málaga, Comares y Guadix.

En torno de su tienda se agrupan los caudillos. Su hijo primogénito solloza junto a la litera real. Alhamar, en trance de muerte, le entrega su espada de pedrería, su sello de oro y una misteriosa bolsa de cuero. El prin-

cipe descubre en ella la silueta de un alcázar e interroga al padre acerca de aquellos extraños trazos. Alhamar, entonces, le cuenta que una tarde, en la que cabalgaba por la vega, tuvo de pronto, entre los últimos fulgores del sol, la visión de un alcázar quimérico que resplandecía en la cumbre de la sierra. Clavó el acicate a su potro y partió a galope; mas a medida que avanzaba en su carrera, el alcázar se iba desvaneciendo.

¿No pudo nacer de aquí aquello de Zorrilla:

Lanzóse el fiero bruto con ímpetu violento?

Murió el alcázar con el crepúsculo, y Alhamar tornó a la ciudad, pensativo, llenos los ojos de la mágica visión encantada. Venía la noche, cuando, en una de las alquerías de la vega, escuchó el ulular de la multitud y vió al populacho que apedreaba a un fugitivo.

Ante la presencia del emir huyeron las gentes. Descendió Alhamar de su cabalgadura y tendió la mano al caído.

—Sólo Alhamar es capaz de dar la mano a un leproso.

Y el miserable, diciendo esto al emir, entrególe un pergamino, en el que aparecían las siluetas de un alcázar maravilloso.

Esta leyenda de piedad y de ensueño, del divino leproso y de la más alta gloria de la

casa del Nazar, dominó mi espíritu y fué el alma madre de mi tragedia.

Posteriormente, y antes de dar forma viva a mi tragedia, consulté libros árabes desde Aljatib y Almaccari hasta las traducciones y estudios de Casiri, Conde, Mármol Carvajal, Lafuente Alcántara, Slane, Dozy, Schaack, Simonet, Eguílaz, Fernández y González, etc. etc., todo cuanto cayó en mis manos referente a esta interesante época histórica.

Después, en un tomo de *Literatura árabe*, publicado por la Editorial Iberoamericana, de Barcelona, entre traducciones de los más famosos poetas del Islam, encontré una *Leyenda árabe, puesta en prosa castellana*—así dice textualmente el libro—, por Juan García Goyena, y en ella hallé nuevos materiales para la construcción de mi tragedia.

También en ella Alhamar sueña con la construcción de un alcázar fabuloso. Lo ve en sueños sobre la Colina Roja, y un día se encuentra frente a un alarife, humilde hijo del pueblo, que le ofrece el alcázar soñado.

El emir le acoge paternalmente y le da todos los medios que necesita para la realización de sus proyectos. Pero el genio de Azhuna se agota, y un bello día se despide de Alhamar y, apoyado en Sobeya, su esposa, recorre el mundo inútilmente.

Regresa a Granada abatido, confortado

sólo por el amor y la esperanza de Sobeya, y desde la vega vuelve a encontrar sobre la cumbre de un monte, al ponerse el sol, el alcázar soñado.

El salón de Comares está terminado; y aquella misma noche, Azhuna desaparece. El emir agoniza en su nuevo salón, esperando en vano los últimos trazos del alcázar.

Cuando llega Sobeya, loca, a entregárselos, el emir expira.

De esta leyenda del señor García Goyena --que, por un lamentable error editorial, aparece en el tomo de *La literatura árabe* como traducción--y de la del Lammani he conservado el tipo del alarife hijo del pueblo y el de Sobeya, símbolos del arte y del amor. Necesitaba, sin embargo, caracteres opuestos a éstos para que surgiese el conflicto dramático, y entonces la historia me dió el de Abu Ishac, valí de Comares, en cuyo personaje he querido simbolizar la fuerza, el fanatismo y la impetuosidad de la raza árabe, siendo como el nervio heroico de mi tragedia.

Todos los demás personajes que intervienen en ella son rigurosamente históricos, y algunos episodios, como la muerte de Alhamar en la vega y la sublevación de los valíes, también tienen este mismo carácter.

He procurado dar a la metrificación y a la imagen un sello marcadamente oriental. Es-

cribir mi tragedia como la hubiese escrito un árabe granadino ha sido mi único ideal estético.

Si se le acusa de exceso de color y de extremadamente lírica, me daré por satisfecho, porque así habré realizado el ideal que me propuse al escribirla: exaltar líricamente el alma de Granada.

FRANCISCO VILLAESPESA.

ACTO PRIMERO

Salón del trono en el antiguo alcázar de Habuz ben Zavi, en el Albaicín, cuyo fasto evoca la fabulosa magnificencia de las célebres cortes de Damasco y Bagdad.

Veinticuatro columnas esbeltas y gráciles cual palmeras de mármol, suestas o en grupos de tres, unidas en caprichosos arcos de herradura del más puro estilo árabe, trabajadas a cincel, como joyas, sostienen la amplia bóveda resplandeciente, constelada de estrellas de oro como las noches profundas y serenas del Yemen. En los encajes de los muros, esmaltados de oro, añil y púrpura, en pequeños cuadros formados con cintas y hojarasca, campean esculpidas las armas de los fundadores. Una espléndida fesifisa decora con los vivos tonos de sus grecas, alizarcos, flores y plantas trepadoras, el estuco brufido de los muros. Y por todas partes serpentean elegantes caracteres cúficos, prodigando alabanzas al sucesor de Zavi, repitiendo versículos de las suras coránicas y estrofas de los más célebres poetas.

A la izquierda, bajo un dosel de púrpura blasonada, se alza el trono, esculpido en el más puro oro del Darro, que sostienen—a la manera persa—dos leones, cuyas cabezas sirven de brazales, y cuyas pupilas despíden fulguraciones de rubíes. A la derecha, dos grandes puertas de arco, trabajadas en marfil y cedro, con arabescos y herrajes de plata, descansan sobre pilares de mármoles de colores y peque-

ñas columnatas de cristal. Al fondo, una galería donde tres amplios ajimeces se abren sobre los jardines y las fértiles riberas del Darro. Por sus huecos, sobrenadando en el oro del crepúsculo, flota, como una isla de fabulosas esmeraldas, el verdor perenne de la Colina Roja. Suavizan la dureza del pavimento de pórfido muelles y suntuosas alcatifas persas, donde los más bellos sueños del amor y de la guerra se dibujan nitidamente entre la monstruosa lujuria de la flora oriental. Cuatro pebeteros de oro, en forma de cálices de loto, se alzan en los cuatro ángulos del salón, sobre trípodes de plata oxidada, impregnando el aire con los más pesados y litúrgicos perfumes del Oriente: el incienso, la mirra, el nardo, el áloe y el benjuí. El humo vela la estancia en una neblina de ensueño.

Rumores de guzías lejanas y canciones perdidas ondean en la brisa. Todas las flores de la primavera, en búcaros de bronce de la India, en pequeñas canastillas de plata y en guirnaldas y festones que penden de los muros, derraman en el aire su aliento vegetal y fragante. Y siempre, acompañando con su voz de cristal a los que conversan, resuena la música del agua que lagrimea en los surtidores y borbota en las fuentes. Por el hueco del ajimez de la izquierda se ve el hilo saltarín y fúlgido de un surtidor que se desgrana en el azul como una sarta de perlas que se rompe. Y el salón todo, con sus mosaicos, sus azulejos, sus alicatados, las columnas y los adornos, evoca la visión patriarcal y guerrera de una tienda nómada del desierto, alzada sobre troncos de palmeras y recamada de colchas y tapices multicolores, con todo el oro y las joyas y las armas de un príncipe oriental, magnánimo y fastuoso.

ESCENA PRIMERA

AIXA, SOBEYA, LEILA HASSANA, ZAHARA, FÁTIMA y Esclavas. AIXA, en la galería del primer término de la izquierda, dormita sobre ricos almohadones de damasco, bordados de perlas, en amplio diván de seda turquí, con arabescos y flecos de oro. LEILA HASSANA vigila su sueño, agitando suavemente un largo abanico de plumas de pavo real. SOBEYA, ZAHARA y las otras damas contemplan extasiadas los prodigios del patio. Todas hablan en voz queda, temerosas de despertar a la Sultana, acordando sus voces a la música del agua.

Las Esclavas salen y entran silenciosamente. Unas tejen guirnaldas de flores y las suspenden de los arcos; otras desenrollan velos tan finos como el viento, haciéndoles flotar al sol. Algunas preparan canastillas de frutas y bandejas de confituras. También arrojan perfumes en los pebeteros, o muestran a la luz resplandeciente, en ricos cofrecillos de plata cincelada forrados de seda carmesí, el vivo relampagueo de las joyas: ajorcas, collares, diademas, brazaletes, pectorales y cintillos. Otras acarician sus instrumentos de cuerda: guzlas, arpas, laúdes y cítaras.

LEILA.

¡Silencio!... Sale la aurora.

Va a abrir Aixa sus pestañas.

(Aixa se estremece en sueños. Leila Hassana se vuelve a las Damas y les dice quedamente, con el índice enjoyado sobre el labio, en un grácil gesto de silencio.)

Templa tu guzla, Sobeya.
 ¡Cautivas, pulsad las arpas!
 Fátima, en los pebeteros,
 vierte pastillas de ámbar.

(Todas se aproximan sin hacer ruido, como sombras de seda. Las Esclavas, en un ángulo de la derecha, permanecen apoyadas en sus instrumentos. Fátima se retira, y tomando de manos de una Esclava un joyero de oro forrado de seda turquí, extrae de él dos pastillas de ámbar y las arroja en pebeteros que arden junto al diván donde reposa Aixa. Sobeya temple la guzla y se coloca bajo el primer arco de la izquierda, seguida de tañedoras de guzlas, arpas, laúdes y cítaras. Zahara se aproxima al lecho de Aixa. Esta despierta. Entreabre perezosamente los párpados y se queda un momento absorta, como soñando de nuevo, apoyada en el codo sobre los ricos almohadones. Empieza una música lenta y suave. Arrodillándose ante Aixa.)

¡Feliz el sueño que pudo,
 a besos, dejar cerradas
 esas pupilas, que son
 claros soles de Granada!

ZAHARA.—*(Arrodillándose ante Aixa.)*

¡Dichosa tú, que despiertas
 de un bello sueño, y te hallas

como soñando de nuevo
en el sueño de esta estancia!

LEILA.

¿Acaso el labio de un genio
a medias una palabra
dejó en tu oído, y quisieras
que de decirla acabara?

ZAHARA

¿Tal vez abriste los ojos
cuando una mano estrechabas,
y quieres sentir de nuevo
su presión sedosa y cálida?

LEILA.

¿O anhelas que al cuerpo vuelva
otra vez entera el alma,
y que huyan de tus sueños
los intangibles fantasmas,
como las sombras nocturnas
huyen de la luz del alba?

ZAHARA.

¡Pues habla; di lo que quieres,
que ante tus plantas postradas,
tus siervas para atenderte
sólo tu señal aguardan!

SULTANA.—(*Se incorpora perezosamente.*)

¡Al arrullo fugaz de esas fuentes,
se ha dormido, soñando, mi alma!
Me dormí sin sentir, cual si una
leve mano muy fina y muy blanca,
con sus dedos de rosa y de seda,
lentamente mis ojos cerrara,

¡Es tan dulce y suave este ambiente!
Es tan rica y fragante esta estancia,
que a dormir nos invita, soñando
con quiméricos cuentos de hadas!

(Se detiene un instante, incorporándose un poco. Pasea la mirada en torno suyo, como buscando a alguien.)

¡Oh Sobeya, placer de mis ojos,
amistad perdurable del alma!
¿Dónde estás, que tu voz no acaricia
mis oídos, que ansiosos te aguardan?

SOBEYA.

¡Esperándote estoy... Un espía
con la oreja a la tierra pegada
es mi vida, acechando en las sombras
el ligero rumor de tus plantas!

(Deja la guzla y se aproxima a Aixa. Se postra de rodillas, y cogiendo entre las suyas la mano de la Sultana, la cubre de besos. Luego, con la mano aún junto a los labios, murmura, dejando escapar las palabras entre los dedos enjorados.)

Esperando que abrieras los ojos,
esos ojos que son como el alba
que disipa inquietudes y sombras,
de la guzla las cuerdas templaba.
¡Oh Sultana, tu amor me ha llamado
y a mi pecho de orgullo embriagas,
y mi vida se esconde en tus dedos
como una paloma asustada!
Tu cariño es la estrella que guía

por senderos sin fin mi ignorancia,
 el arcángel que escuda mi pecho
 de la vida en las rudas batallas,
 y el oasis que ofrece a mis labios
 el sonoro frescor de sus aguas.
 Por pagar ese afecto, quisiera
 ser clavel en tus trenzas castañas,
 una perla en los ricos collares
 que circundan tu ebúrnea garganta,
 y uno de esos anillos que fulgen
 en tus manos tan tenues y blancas,
 cual jazmines bañados de luna
 o azucenas en vasos de plata.
 Dí: ¿qué pides? ¿Qué enhelan tus ojos?
 ¡Tus mandatos tus siervas aguardan!

SULTANA.—(*Carifiosamente, como enajenada
 por tanta belleza.*)

¡El Señor ha signado mi frente!
 Alhamar sobre todas me ama;
 a una noche vestida de estrellas
 el fulgor de mis joyas iguala;
 los poetas celebran mi nombre
 y los genios me han dado esta estancia,
 como nunca, ni en sueños siquiera,
 contemplaron pupilas humanas.
 ¡Ya que Dios nos ha dado la dicha
 de sus dones, gocemos sin tasa!

(*Pausa breve. Se levanta, diri-
 giéndose a Sobeya.*)

¡Dime ahora, Sobeya, una de esas
 amorosas gacelas tan lánguidas
 que parecen suspiros de amores
 que de labios unidos se escapan!

SOBEYA.—(*Recitando en el centro de la escena.*)

¿Conoce alguien el amor?
 El amor es sueño sin fin...
 Es como un lánguido sopor
 entre las flores de un jardín.
 ¿Conoce alguien el amor?
 Es un anhelo misterioso
 que al labio hace suspirar.
 Torna al cobarde en valeroso
 y al más valiente hace temblar.
 Es un perfume embriagador
 que deja pálida la faz.
 Es la palmera de la paz
 en los desiertos del dolor...
 ¿Conoce alguien el amor?
 Es una senda florecida...
 Es un licor que hace olvidar
 todas las glorias de la vida,
 menos la gloria del amar.
 Es paz en medio de la guerra,
 fundirse en uno siendo dos...
 ¡La única dicha que en la tierra
 a los creyentes les da Dios!
 ¡Quedarse inmóvil y cerrar
 los ojos para mejor ver,
 y bajo un beso adormecer,
 y bajo un beso despertar!
 Es un fulgor que hace cegar...
 Es como un huerto todo en flor
 que nos convida a reposar...
 ¿Conoce alguien el amor?

SULTANA.

Sobeya, ¿qué rui señor

doliente y enamorado
esta noche te ha enseñado
esa gacela de amor?

LEILA.

Bella, muy bella es, Sobeya,
la letra de esa canción;
por eso, por ser tan bella,
requiere contestación.

*(A una señal de asentimiento de
la Sultana, Leila Hassana recita.)*

¡Todos conocen el amor!
¡El amor es como un jardín
envenenado de dolor,
donde el dolor no tiene fin!
¡Todos conocen el amor!
Es como un áspid venenoso
que siempre sabe emponzoñar
al noble pecho generoso
donde le quieren calentar!...
Al más leal hace traidor...
Es la ceguera del abismo,
y la ilusión del espejismo
en los desiertos del dolor...
¡Todos conocen el amor!
¡Es laberinto sin salida,
es una ola de pesar
que nos arroja de la vida
como a los náufragos el mar!
Provocación de toda guerra,
sufrir en uno lo de dos...
¡La mayor pena que en la tierra
a los creyentes les da Dios!...
Es un perpetuo agonizar,
un alarido, un estertor,

que hace al más santo blasfemar...
¡Todos conocen el amor!

ZAHARA.—(*Pausa breve.*)

Aixa, para tu gusto, ¿cuál la más bella
[ha sido?

SULTANA.

Bellas, casi tan bellas, las dos gacelas son.
La primera es de un pecho virginal el latido,
y la otra es como el último latir de un co-
razón...

ESCENA II

Dichos, un ESCLAVO, que penetra por la puerta
de la izquierda y se inclina ante la Sultana

ESCLAVO.

Sultana, en el rico patio
que es orgullo de este alcázar,
para ofrecerte las flores
de tus cármenes, te aguardan,
temblorosas de impaciencia,
las doncellas de Granada.

(*La Sultana se levanta y, seguida
de las Damas, desaparece por la
izquierda. Suenan músicas lejanas.*)

ESCENA III

El ESCLAVO y SOBEYA

ESCLAVO.—(*Deteniendo a Sobeya al salir.*)
Sobeya, tengo que hablarte.

SOBEYA.

Esclavo, dime: ¿qué pasa?
¿Has visto a Azhuna?

ESCLAVO.

Le he visto
por esos bosques. Vagaba
como un loco. «Di a Sobeya,
único amor de mi alma,
que esta tarde he de mirar
cumplidas mis esperanzas»,
me dijo, y entre los árboles
se perdió como un fantasma.

SOBEYA.

Pues vuelve, esclavo, a decirle
que espere, que tenga calma,
que sus locuras de hoy
serán glorias del mañana;
y que esta noche le espero
bajo la luna, apoyada
en el ajimez que el Darro
refleja en sus claras aguas.

(*Sale el Esclavo por la izquier-
da. Sobeya se va por el fondo, y*

Abu Ishac, que habrá aparecido durante las últimas palabras, en la la galería la detiene bajo el arco del centro.)

ESCENA IV

SOBEYA y ABU ISHAC

ISHAC.—(*Acercándose a Sobeya. Su voz tiembla de emoción. Habla brusca y atropelladamente, como si temiese que se le escapasen las palabras.*)

¡Sobeya!... Escucha, por favor. ¡Detente!

Jamás mi corazón tembló por nada.

¡Yo, que ante nadie doblegué mi frente, hoy me acobardo y tiemblo a tu mirada!

Y por más que en mi auxilio invoco y llamo las palabras más dulces, sólo puedo decirte rudamente que te amo

con amor que a mí mismo me da miedo.

Yo no sé tiernos versos. No proclaman la gracia de tu nombre mis canciones...

¡Yo tan sólo sé amarte como aman a sus hembras, celosos, los leones!

Cuando escucho tu voz, ni a hablar me a tu vista se bajan mis pestañas, [atrevo;

¡pues desde el día en que te vi te llevo clavada como un dardo en mis entrañas!

Di que tu afecto mi ilusión comparte, una sola palabra di en mi abono,

¡y mi brazo será capaz de alzarte sobre las gradas del más alto trono!

SOBEYA.—(*Sorprendida por la rudeza y la intensidad de la voz de Abu Ishac, se queda un instante muda, y después le contesta débilmente, confusa, con dulzura, tranquila, pero irrevocable.*)

Abu Ishac, si pudiera
corresponder tu amor,
honra en ello tuviera.
Tu espada es la mejor
espada de Granada...
Tú eres digno de ser
la quimera soñada
de un alma de mujer.
Mas yo aspirar no puedo
con tu amor a soñar.
Tu gloria me da miedo...
Tú puedes encontrar,
entre las damas, una
más digna que comparta tus honores...
¡Prosigue tu fortuna
y olvida, para siempre, mis amores!

ISHAC.—(*Exaltándose.*)

¿Quién más digna que tú? ¿Quién más
ante los ojos del amor, si eres [preciada
—¡oh mi luz!—entre todas las mujeres
lo que entre las ciudades es Granada?
No destruyas, cruel, mis esperanzas,
ni rechaces mis nobles ambiciones...
¡Fuera de ti, me acechan los leones,
las espadas, las flechas y las lanzas!
Yo seré por tu amor el más osado
de todos los musulmicos guerreros...
¡Soy hijo de la Muerte, y los aceros
para darme reposo se han forjado!

(*Exaltándose.*)

¡Haz que rendida a mi pasión te vea!
 ¡Muéstrame solamente un caballero
 que en la lucha mejor vibre su acero
 y que más digno de tus gracias sea!
 Yo no soy como antes. Era rudo;
 era mi corazón de piedra dura...
 ¡No tuve más amor que mi armadura,
 mis armas, mis corceles y mi escudo!

SOBEYA.—(*Compasivamente.*)

¡Oh, no!... Yo no quisiera
 verte sufrir así,
 y si pudiera amarte te amaría.
 Pero tu amor no es más que una quimera...
 Has soñado, Abu Ishac; mas vino el día
 y disipó tu ensueño... ¡Vuelve en tí!

(*Sobeya desaparece por la izquierda.
 Abu Ishac intenta seguirla, cuando pe-
 netran por la galería de la derecha
 Omar, Abul Beka, Ayub, Aly ben Ibra-
 him, Aben Fat y Muruam.*)

ESCENA V

ABU ISHAC, OMAR, ALY BEN IBRAHIM, ABUL BEKA,
 ABEN FAT, AYUB, Pajes y Esclavos. Van en-
 trando, vestidos con los más ricos trajes y
 ostentando los diversos colores de las veinte
 tribus de nobles árabes y africanos que pue-
 blan a Granada. A cada uno le siguen pajes y
 siervos, portadores, en ricos azafates de plata,
 de regios presentes. Los Esclavos se agrupan
 en torno de las columnas y, apoyados en ellas,

permanecen inmóviles, como estatuas, con los brazos en arco, sosteniendo sobre sus turbantes las amplias bandejas

OMAR.—(*Desde el arco, inclinándose.*)

¡Sobre el noble Nazarita
la paz derrame sus ánforas!

BEKA.—(*Idem.*)

¡Vierta la gloria sus dones
en las glorias de su casa!

AYUB.—(*Idem.*)

¡Que los campos más estériles
florezcan bajo sus plantas!

ISHAC.—(*Idem.*)

¡Que el arcángel en la guerra
esgrima su cimitarra!

MURUAM.—(*Inclinándose ceremoniosamente.*)

¡Y en la paz le dé Mahoma
su justiciera balanza!

FAT.—(*Forman un grupo en el centro de la escena.*)

Como el sol, Alhamar lo alumbra todo;
¡mas ciega a quien le mira cara a cara!

IBRAHIM.

Su justicia no rueda cual torrente
que al desbordarse la campiña arrasa...
¡Es la lluvia del cielo, es el rocío
que fecunda los seres y las plantas!

BEKA.

¡Es la mano de Dios sobre los hombres
que amor prodiga y caridad derrama!

MURUAM.

No es en la guerra tigre que entre juncos
curvado y prontas para herir las zarpas,
acecha los rebaños de gacelas
que alegres corren al rumor del agua...
Es león que, rugiendo fuerte,
destruye al enemigo que le ataca.

ABEN FAT.

El protege las artes y las ciencias.
Gracias a su poder es hoy Granada
la Meca de Occidente. Dió la brújula
que dirige al marino por las aguas,
el papel que eterniza el pensamiento
del sabio y del poeta. Las murallas
levantó de palacios y hospitales,
restauró las mezquitas y dió sabias
leyes a los muslimes. ¡Con sus manos,
cuando no tiene que esgrimir la espada,
asiste a los enfermos incurables
y poda los rosales de su alcázar!

ISHAC.

¡Tiembra el cristiano al pronunciar su nom-
bre, porque sabe que no existen corazas, [bre,
ni corceles, ni escudos que resistan
el vigoroso empuje de su lanza!

BEKA.

Cuando nuestras mezquitas^m trocáronse en
[iglesias,

Necesita de la paz,
 porque en la paz se trabaja.
 ¿Qué dirías si, a la vuelta
 de una gloriosa campaña,
 tu troje hallases vacía,
 desmantelada tu casa,
 silenciosos los telares
 y las forjas apagadas?
 Mientras tú la ley extiendes
 con el filo de tu espada,
 nosotros tejemos telas,
 labramos tierras y armas,
 cuidamos tus propios bienes,
 y las galeras que zarpan
 de los puertos de Almería,
 Algeciras, Adra y Málaga
 llevan hasta los confines
 de las tierras más lejanas,
 con nuestros ricos productos,
 el esplendor de Granada.

ISHAC.

Del Profeta los rudos compañeros
 jamás ciñeron ricas vestiduras.
 Su corcel fué su trono y las llanuras
 su alcázar, y al fulgor de sus aceros
 lloraron las naciones, cual mujeres
 al cautiverio de su harem sujetas...
 ¡Si tuviese poder, Ayub!... ¡Qué quieres!
 ¡Colgaba de una almena a los poetas
 y echaba al muladar los mercaderes!
 Me fatiga el reposo del remanso;
 mi mano no acaricia: es una garra.
 ¡Mi deber es la guerra, y mi descanso
 hendir los cráneos con mi cimitarra!

IBRAHIM.

Tus quejas son injustas. No sólo con las
 [armas
 a nuestro Dios servimos. No hay triunfo
 [más fugaz
 que los lauros guerreros. ¡El polvo que te
 [cubre
 en los recios combates perdura mucho más!
 ¿Sólo bélicas glorias hicieron inmortales
 a los nobles califas de Córdoba y Bagdad?
 ¡Mucho más que la espada de los bravos
 [caudillos
 ensalzaron los sabios las glorias del Islam!
*(Suenan músicas y atambores. Aly y
 todos se vuelven hacia el lado del
 trono.)*

Mas ¡silencio! Se acerca seguido de su corte,
 como el sol entre estrellas, nuestro emir
 [Alhamar!

*(A la derecha del trono se descubre
 un rico tapiz de Siria, con áureos bor-
 lones y rapacejos de plata, y aparece
 el cortejo real. Primero, los Heraldos,
 con sus mazas y trompetas de oro, ves-
 tidos de seda carmesí. En sus petos
 fulguran bordadas las armas de Alha-
 mar: un escudo atravesado diagonal-
 mente por una banda, sujeto en los
 extremos por heráldicas bocas de dra-
 gones. Se adelantan, colocándose en la
 gradería del trono. Alhamar aparece
 grave y solemne, envuelto en el sayo
 negro bordado de esmeraldas, ciñendo
 el verde turbante entrelazado con hilos
 de gruesas perlas de los nobles des-*

cedientes del Hegiaz. Tras él, los Pajes vestidos de azul y plata, los Nobles de su guardia andaluza y los Soldados de su guardia africana. Los andaluces, armados de largas espadas, ostentan en sus motes y divisas, en sus marlotas y penachos, todos los colores de las más nobles familias del Islam. Se abren en forma de media luna y rodean el trono. Los de la guardia africana, vestidos de blanco, se agrupan en torno de todas las salidas del recinto y, apoyados en sus alabardas, custodian las puertas. El Emir se sienta majestuoso. La cúpula mayor del techo, que da sobre el trono, se abre misteriosamente, a compás de una música invisible, y parece que los genios y las huries deshojan sobre Alhamar las más fragantes flores del Paraíso. La tarde penetra a través de los ajimeces en oleadas de púrpura y oro, incendiando las labores de los moros y arrancando relámpagos de iris a las joyas y a las armas. En la quietud del momento se oye el latir de las fuentes, como un corazón sonoro, y el encanto armonioso de los ruiseñores que se arrullan en los quioscos de los jardines, en los cipresales del cementerio real y en los cármenes y en las alamedas del Darro. En la grada más alta del trono, se sienta la Sultana Aixa, que aparecerá envuelta en su velo, y en torno de ella,

Sobeya, Leila Hassana, Zahara y las demás Esclavas.)

ESCENA VI

LOS MISMOS: ALHAMAR, AIXA, SOBEYA, LEILA HASSANA, ZAHARA, Esclavas, Pajes, Heraldos, Caballeros y Guardias

IBRAHIM.—(*Inclinándose reverentemente ante las gradas del trono.*)

¡Salve, emir de los creyentes!

¡El Señor guarde tus días!

AYUB.—(*Idem.*)

¡Tu magnificencia es río
que la tierra fertiliza!

BEKA.—(*Idem.*)

Mar sin riberas te llaman:
¡tal es tu sabiduría!

OMAR.—(*Idem.*)

¡Fortaleza del Islam!

FAT.—(*Idem.*)

¡Amparo de Andalucía!

(*Todos se prosternan. La música cesa. Se hace un silencio profundo. Sólo las fuentes y el aliento de los jardines perfuman la estancia de fresca primavera.*)

ALHAMAR.—(*Solemnemente.*)

¡Que la paz de Dios sea con vosotros, y
 [pródiga
 derrame en vuestra casa y en la de vues-
 [tros hijos
 todas las alegrías! ¡Que el ángel os con-
 [duzca
 por la tierra lo mismo que por un paraíso!
 (*Pausa breve. Ayub se aproxima, se-
 guido de sus Esclavos, que portan en
 bandejas de oro telas multicolores, tan
 finas, que parecen tejidos de aire y de
 luz. Se inclina reverentemente, y to-
 mando con suavidad de manos acos-
 tumbradas a la caricia de las sedas un
 rico velo amaranto bordado de oro, se
 lo presenta al Emir.*)

AYUB.—(*Postrándose.*)

¡Salve, emir de los creyentes!
 Yo te ofrezco de rodillas
 esta tela que tejieron
 telares de tu Kadima,
 con la seda de tus vegas,
 con el oro de tus minas...
 Ni en Damasco, ni en Venecia,
 se tejen telas más finas...
 Entera cabe en el puño
 de tu esposa favorita...
 ¡Parece un velo de hadas
 y no un manto de odaliscas!
 (*Dos Pajes conducen las bandejas
 de oro sobre una rica mesa de mo-
 saico a la izquierda del trono.*)

ALHAMAR.—(*Después de haber examinado de trasluz la tela.*)

Dios te premie, Ayub. Mas quiero recompensar tu tesoro.

Toma mis llaves de oro.

¡Te nombro mi tesorero!

(*Saca del pecho un pequeño manójo de llaves áureas, primorosamente trabajado, y se lo entrega al mercader. Ayub se inclina reverentemente y se aleja de las gradas, sin volver la espalda al Emir, seguido de sus siervos, que durante la relación anterior han permanecido postrados. Omar se aproxima también, seguido de sus Esclavos, que portan en bandejas de oro los más ricos dones del Oriente. Cintillos de diamantes, joyeles de pedrería, ajorcas labradas, collares de perlas, huevos de avestruz, alfanjes damasquinos, telas vistosas: todo cuanto de bello y frágil existe sobre la tierra.*)

OMAR. — (*Postrándose reverentemente ante las gradas.*)

¡Señor, al puerto de Málaga
atracaron mis galeras,
cargadas hasta los topes
de las especies más bellas
de todo cuanto producen
juntos el mar y la tierra!
Golconda me dió diamantes,
Cachemira me dió telas;
Damasco, joyas y armas,

y Ormuz corales y perlas,
 en cambio de los productos
 de nuestras fértiles tierras...
 ¡Las riquezas de mis naves,
 Alhamar, son tus riquezas!

ALHAMAR.—(*Después de examinar los dones que los Pajes van colocando sobre la mesa de mosaico.*)

Dios te premie. Pero iguales
 las recompensas serán.
 ¡Yo te nombro capitán
 de mis galeras reales!

(*Omar, seguido de sus siervos, se retira con el mismo ceremonial que Ayub. Abu Ishac se adelanta. Le siguen sus Esclavos, llevando sobre cojines de púrpura bordados en oro las llaves de catorce fortalezas tomadas a los cristianos, y con ellas las espadas de sus alcaides rendidos. Por la puerta de la izquierda penetran también los vencidos, encadenados como traillas, altivos y fieros en su desamparo. Dos filas de soldados bereberes los conducen. Los cristianos permanecen detrás de los Esclavos en una fiera actitud, paseando sus miradas voraces y provocativas entre los nobles que los contemplan. Algunos muestran aún la sangre de sus heridas recientes.*)

ISHAC.—(*Inclinándose.*)

Al frente de mis rudos africanos

invadí la frontera en algarada.

Herí y maté, hasta mellar mi espada,
cercenando gargantas de cristianos.

Como un ciclón atravesé la sierra;
bebieron mis corceles en el Tajo...

¡Doscientas mulas se derrengan bajo
el fuerte peso del botín de guerra!

A tus plantas, señor, puso mi suerte
las llaves de catorce fortalezas,

y con ellas también vengo a ofrecerte
de sus bravos alcaides las cabezas.

*(Los Esclavos presentan, arrodillados,
las llaves y las espadas.)*

ALHAMAR.

Es, Abu Ishac, la gloria de tu nombre mi
[orgullo.

Te entrego los cautivos, y su rescate es tuyo.
Libra de esas pesadas cadenas a sus cue-

[llos...

Ya que les has vencido. ¡sé clemente con
[ellos!

Pero también mi afecto recompensarte
[espera.

Te nombro adelantado mayor de la fron-
[tera...

¡Toma mi propia banda, cíñe mi propia
[espada

y conquista mayores triunfos para Granada!

*(Se quita la espada y la banda y se
las da a Abu Ishac. Este se retira, acom-
pañado de sus siervos, por la galería del
fondo. Aben Fat se aproxima al Emir
con un rollo de pergamino en la mano.)*

¿Qué me pide la gloria de Sevilla inmortal?

FAT.

Señor, traigo los planos de otro nuevo hos-
[pital.

(Se los entrega al Emir, que los examina atentamente. En el silencio, pasan rumores de canciones, oleadas de perfumes y frescuras de fuentes.)

ALHAMAR.—*(Contemplando los planos.)*

Jamás vieron mis ojos nada más sorprenden-
[dente.

(Volviéndose y mostrándoselos a Aly ben Ibrahim.)

Aly, mira estas líneas, este trazo irreal...

¡Correr por los calados de estos arcos se
[siente

algo como la sangre de una vida inmortal!

¿Quién los trazó?

FÁTIMA.

Fué un hijo del pueblo. Se-
[rá asombro

de los siglos su nombre: Azhuna.

ALHAMAR.

¡Daré espacio,

Aben Fat, a sus alas! Dile tú que le nombro
alarife perpetuo de mi real palacio.

(Se retira Aben Fat. Muruam se aproxima al trono, seguido de gentes del pueblo, obreros, jardineros y agricultores, que llevan en las más lindas canastillas que se tejieron con los mimbres del Genil y el Darro todos los ricos productos que se fabrican en la ciudad)

y los más bellos dones que produce la vega.)

¡Cadi de mis cadies, sostén de la verdad,
el Señor te bendiga! ¿Qué pasa en mi ciu-
dad?

MURUAM.

Señor, en su nombre vengo
a ofrecerte las más bellas
especies que se producen
en su recinto y su vega.

*(Inclinándose reverente. La gen-
te del pueblo le imita.)*

¡Todo es tuyo, pues te debe
hoy Granada su grandeza!
La has vestido de jardines;
le ceñiste una diadema
de mil torres; la has poblado
de hospitales y academias,
de fábricas y de alcázares;
y abriste a la par sus puertas
de oro a todos los progresos
que existen sobre la tierra.
Mil fuentes cruzan sus calles
y mil canales su vega;
y cristianos y judíos
desde sus remotas tierras,
atraídos por su fama,
vienen a vivir en ella.
Jamás la justicia dicta
fallos que justos no sean...
¡Ninguna en la paz le iguala
ni le aventaja en la guerra!
Desde que su trono ocupas,
gracias a tus providencias,

entre todas las ciudades
es Granada la primera!

ALHAMAR.

Justo es recompensarla. Doy libertad, per-
[dono
a todos los que gimen en sus mazmorras.
[Quiero
que en este aniversario de mi subida al
[trono,
nadie pueda quejarse. Destinaré el dinero
de mi erario y el precio de este botín de
[guerra
a premiar el esfuerzo de los trabajadores.
lo mismo del labriego que cultiva la tierra
que del señor que cuida que su jardín dé
[flores;
del sabio, del artista... ¡De todos los que
[han hecho
de Granada la bella Sultana de Occidente!
¡Con las más ricas joyas adornaré su pe-
[cho,
y con un nuevo alcázar coronaré su frente!

IBRAHIM.

Señor, ya la has poblado de frondosos ver-
[geles,
de fuentes y de alcázares que envidiara
[Bagdad;
de torres y mezquitas, de baños y laureles...
En la tierra no existe más hermosa ciudad.

ALHAMAR.

Sin embargo, le falta a tan bella Sultana
su corona. Una altiva corona soberana,

como jamás los hombres idearon. En sue-
 [ños
 lo han mirado estos ojos que ha de comer
 [la tierra.

(Pausa breve, como recordando.)

Descansaba ayer noche de mis locos em-
 [peños
 en las blandas delicias que mi alhamie en-
 [cierra,

cuando soñé... Volví de un extraño paisaje
 cabalgando en la yegua sagrada de Azrael,
 cuando súbitamente detuvo del rendaje
 una mano invisible mi fogoso corcel.

Vi a un joven alarife que, apoyado en un
 [puente,
 algo extraño en los aires estaba contem-
 [plando.

Sus ojos eran negros y pálida su frente.
 Yacía inmóvil, como si estuviese soñando.
 «¿Qué haces?—dije—. ¿Qué pena tu espíritu
 [acongoja?

¿Por qué así permaneces ensimismado y
 [triste?»

«Señor, miro un alcázar en la Colina Roja.
 ¡Un alcázar más bello que todo cuanto
 [existe!»

Y me mostró su sueño... ¡Y mi reino daría
 por hallar a ese hombre!

IBRAHIM.

Ese hombre, señor,
 va unido a tu destino, según la profecía.
 Será la estrella hermana que aumente tu
 [esplendor,

Los astros lo presagian. Compartirá tu gloria;
sobre todos los príncipes tu nombre hará
confundirán los siglos la tuya y su memoria...
¡Tú serás la grandeza y él será el ideal!

(Se adelanta Abul Beka, seguido de una esclava nubia, bella como una estatua de basalto, que lleva sobre una artística bandeja de plata cincelada un gomil de oro donde se abre una inmensa rosa de Alejandría. Sobeya les sigue. Alhamar, al verle, sonrío dulcemente.)

ALHAMAR.

Y mi poeta, ¿qué trae?

BEKA.—*(Mostrando el presente del Paje y sacando del seno una larga tira de papel de hilo.)*

Una flor y una casida.

(Le presenta la flor al Emir, que la aspira con delicia.)

La flor la corté en tus cármenes,
donde temblaba de dicha,
orgullosa de poder
servir de encanto a tu vista.

Y si tú le das la venia
que ella humilde solicita,
Sobeya, la más hermosa
de las damas granadinas,
ante el fausto de tu corte
recitará mi casida...

Una casida a las fuentes
de tu ciudad favorita.

ALHAMAR.

La flor acepto, Abul Beka;
pero oigamos la casida.

(Se hace un silencio profundo. En torno del trono, formando una media luna, se agrupan los Nobles. Los Esclavos y los Guardias permanecen inmóviles, y hasta el rumor del agua parece amortiguado para oír. Todo da la sensación de un oído pegado a la tierra para escuchar los pasos de la felicidad.)

SOBEYA.

Las fuentes de Granada...

¿Habéis sentido,
en la noche de estrellas perfumada,
algo más doloroso que su triste gemido?
Todo reposa en vago encantamiento
en la plata fluída de la luna.

Entre el olor a nardos que se aspira en el
la frescura del agua es como una [viento,
mano que refrescase la sien calenturienta.
El agua es como el alma de la ciudad. Vigila
su sueño, y al oído
del silencio le cuenta

las leyendas que viven a pesar del olvido,
y bajo las estrellas de la noche tranquila
tiene palpitaciones de corazón herido.

¡La voz del agua es santa!

Quien la profunda música de su acento
[adivina,

comprenderá algún día la palabra divina...

¡El agua es guzla donde Dios sus miste-
 Las fuentes de Granada... [rios canta!
 ¿Habéis sentido,
 en la noche de estrellas perfumada,
 algo más doloroso que su triste gemido?
 Una, gorgoteante, suspira entre las flores
 de un carmen, esperando la mano de un
 [ensueño
 que abra a la blanca luna sus claros sur-
 [tidores
 para dar a la noche sus diamantes de
 [sueño,
 y mientras sobre el mármol, una a una,
 [desgrana
 las perlas de sus ricos collares de sultana.
 Algunas se despeñan como ecos de to-
 [rrrente,
 y entre las alamedas descienden rumoroso-
 [sas,
 arrastrando en el vivo fulgor de su co-
 [rriente,
 en féretros de espumas, cadáveres de rosas.
 Otra, por las paredes resbala lentamente,
 y entre las verdes hiedras lagrimear se
 [siente,
 como si poco a poco, por una estrecha
 [herida,
 se fuese desangrando hasta quedar sin vida.
 Las hay ciegas, y en ellas
 llora toda la móvil plata de las estrellas.
 Hay en el aire tanta humedad, que da frío.
 La noche un fresco aroma acuático deslie.
 El agua llora, gime, suspira, canta y ríe,
 y, dominando el gárrulo y eterno murmurio,
 se oyen plañir las roncás serenatas del río...

La sangre de Granada corre por esas fuentes,
 y en el hondo silencio de las noches serenas,
 al escuchar sus músicas sobre los viejos
 ¡la sentimos que corre también por nues-
 Aduerme nuestro espíritu su musical en-
 bebemos el ensueño de sus respiraciones;
 penetra hasta la carne en lentas filtraciones
 y huye por nuestros ojos en un furtivo
 Las fuentes de Granada... (llanto...)

¿Habéis sentido,
 en la noche de estrellas perfumada,
 algo más doloroso que su triste gemido?
(Un relámpago deslumbrante de belleza ilumina los rostros, y un estremecimiento de gloria recorre todos los mantos y parece agitar los tapices.)

ALHAMAR. — *(Haciendo un esfuerzo supremo para contener su emoción, con la voz trémula.)*

Tan bella es tu casida, Abul Beká, que
 que la esculpan en cúficos caracteres de oro,
 en la fuente más bella del palacio en que
 para que sirva siempre de encanto al pa-
 Son los versos, en medio de nuestra vida
 palmas a cuya sombra soñamos el amor...

¡Quien no escucha los cánticos divinos del
[poeta
es como el que desoye las voces del Señor!
La corona más noble de un rey es la poe-
[sia...

¡Si la tuya, Abul Beka, pudiese ser pagada
y yo fuese el monarca del mundo, te daría
por cada estrofa una ciudad como Granada!
Para pagar tus versos es pobre mi tesoro.
Mas ya que no tus versos, pagar puedo tu
[flor...

Toma mi regio anillo con mis sellos de oro..
¡Yo te nombro, Abul Beka, secretario ma-
[yor!

*(Se quita el anillo y se lo da al poeta,
recogiendo, en cambio, la poesía, que
se lleva sobre el corazón. Se oyen voces
en los jardines.)*

ALHAMAR.

Mas ¿oyes?... Esas voces... ¿Qué pasa?

IBRAHIM.—*(Acomándose al ajimez de la iz-
quierda. El ruido se acentúa.)*

Tus soldados
persiguen a un obrero que quiere penetrar
en tu alcázar.

ALHAMAR.—*(Recobrando súbitamente su ma-
jestad y dejando los planos en la mesa.)*

¡Que entre! ¡Nunca estarán
[cerrados
para nadie los regios salones de Alhamar!
*(Aly ben Ibrahim va a cumplimentar
la orden, cuando resuenan cerca de la*

puerta de la izquierda voces de Soldados y acentos de súplica. Parece que alguien forcejea desesperadamente. El crepúsculo empieza a deshojar sus rosas de púrpura en la estancia.)

ESCENA VII

Todos los personajes

VOCES DE GUARDIAS.—(*Fuera.*)
¡Atrás! ¡Atrás!

AZHUNA.—(*Con la voz suplicante.*)
¡Dejadme!... ¡Quiero ver al
[emir!

VOCES.—(*Fuera.*)
¡Detenedle!... ¡Está loco!

OTRAS VOCES.—(*Fuera.*)
Está demente... ¡Atrás!
(Se oye el rumor en la galería de la izquierda. Los tapices se agitan violentamente como si tras ellos luchasen.)

UNA VOZ.—(*Imperiosamente.*)
¡Heridle si es preciso!
(Aparece bajo el arco de la izquierda Azhuna, pálido, desgarradas las vestiduras, luchando con los Soldados y los nobles que quieren detenerle.)

AZHUNA.

¡Tened piedad de mí!

¡Dejadme ver!e!

SOLDADOS.

¡Fuera!

(Azhuna hace un esfuerzo supremo y se desprende de los que lo sujetan, dejando en sus manos jirones de la túnica. Tras él penetran los señores con la espada desnuda. Azhuna da un grito y corre a abrazarse a las rodillas del Emir.)

AZHUNA.

¡Piedad, señor, piedad!

ALHAMAR.—*(Con un gesto solemne, deteniendo a los Soldados y a los Nobles que quieren apoderarse de Azhuna. Este tiembla, abrazado a sus rodillas, besándole los borceguies y las orlas del sayo.)*

Deteneos... ¿Qué es esto? ¿Quién se atreve,
[imprudente,

sin mi venia, su espada desnudar ante mí?

(Todos se inclinan y envainan los aceros. Los Guardias y los Pajes ocupan sus puestos, y en el centro de la escena quedan en semicírculo los Caballeros. Al lado del Emir permanece Aly ben Ibrahim.)

Decid pronto: ¿qué pasa?

ISHAC.

Señor, es un demente
que encontraron los guardias vagando en
[tu jardín.

MURUAM.

Dice que ve un alcázar en los aires.

OMAR.

Quería penetrar sin permiso en tu mansión real.

AYUB.

No escuchó a los jenízaros que guardan la
[arqueria.

ISHAC.—(*Señalando a Azhuna.*)

¡Está loco!... ¡Miradle!

AZHUNA.—(*Abrazándose de nuevo a las rodillas del Emir.*)

¡Piedad, señor, piedad!

FAT.—(*Entrando y acercándose al Emir, clavaba en él los ojos suplicantes.*)

Alhamar, es Azhuna... El que trazó los de ese nuevo hospital. [planos

ALHAMAR.—(*A Azhuna, paternalmente.*)

Levanta.

AZHUNA.—(*Coge las manos del Emir y las cubre de besos.*)

¡Pero deja que te bese las manos!

ALHAMAR.—(*A todos.*)

¡Os presento a mi nuevo alarife real!

(*La luz del crepúsculo se va extinguendo. Todo queda en penumbra. Sólo la Colina Roja fulgura como una joya de iris, reflejando las últimas luces vespertinas. A Azhuna.*)

¿Qué quieres de mí, Azhuna?

AZHUNA.—(*Con los ojos febriles, en un arranque de gento, como quien trae el tesoro más fabuloso del mundo.*)

¡Señor, vengo a ofrecerte un alcázar cual otro en el mundo no habrá! Lo he soñado cien veces antes de cono-
[certe...

¡Oculto en lo más hondo de mi espíritu
[está!

Alcázar de las Perlas, le llamo desde el día en que flotando incierto en mis sueños le El mismo Paraíso su gloria envidiaría. [vi...
¡Tan rico es, y tan bello!

ALHAMAR.—(*Temblando de emoción.*)

¿Dónde le ves?

AZHUNA.—(*Señalando la Colina Roja.*)

¡Allí!

(*Todos se vuelven al ajimez del centro, y un grito de admiración ensancha todos los corazones. Como a un conjuro misterioso, el crepúsculo teje con los celajes que coronan la Colina un palacio de maravillas, de torres de alabastro, de columnas de mármoles y arcadas de oro, púrpura y añil.*)

Siempre allí le contemplé. ¡Ve, señor, cómo realidad mi quimera!
[toma

(*El palacio fantástico tiembla y desaparece con el último rayo del sol. Los ruiseñores cantan, y de la ciudad se eleva, pura y mística como una paloma, la voz del Muecin congregando a los fieles a la oración de la tarde.*)

LA VOZ DEL MUECÍN.

¡Creyentes, a rezar!
 ¡No hay más que un solo Dios, su profeta es
 y su siervo Alhamar! [Mahoma,

*(Otra voz más lejana repite el canto,
 y luego otra, hasta formar un coro.
 Todos se prosternan mirando a Oriente.
 Por el hueco del ajimez de la derecha
 se alza majestuosa, en un cielo de
 zafiro, la media luna de plata.)*

TELÓN LENTO

ACTO SEGUNDO

Un jardín en el Alcázar de la Alhambra. Al fondo, entre el verdor de la arboleda, se destaca la galería de un patio. A la izquierda, y en declive, una alta tapia de ladrillo cubierta de enredaderas. En el primer término de esta tapia, un portillo que da al campo. En el centro de la escena, una glorieta de cipreses y naranjos con un surtidor en el centro. Avenidas de rosales y de mirtos. Estanques ceñidos de arrañanes. En el primer término de la derecha, un gran quiosco, con bancos de piedra cubiertos de almohadones riquísimos.

Es de noche. La escena está iluminada por las fantasmagorías del plenilunio. Millares de pequeños farolillos de colores muy vivos penden de los árboles. Cuatro grandes lámparas de plata alumbran el quiosco. Suenan a lo lejos canciones y músicas. Cruzan por el fondo pajes con antorchas encendidas.

ESCENA PRIMERA

SOBEYA y AZHUNA. SOBEYA, en el quiosco, escuchando la canción

UNA VOZ DE MUJER.—(*Recitando en un quiosco que se supone próximo al de la derecha.*)

Mis dardos lancé a los cielos,

mas de los cielos bajaron
y en mi pecho se clavaron...
¡Amor, no juegues con celos,
que igual que los dardos son!...
¡Al cielo los dirigimos,
pero en vez del cielo, herimos
nuestro propio corazón!
Su brillo esconde la perla
bajo las aguas marinas...
Si la rosa tiene espinas
¿cómo no herirse al cogerla?
¡El romero es muy amargo,
más amargo que la hiel;
la abeja de él, sin embargo,
saca su más dulce miel!
¡Con esta máxima vieja
doy consuelo a mi dolor:
como el romero a la abeja
los celos son al amor!

(Cesan la música y la voz. Un perfume de primavera impregna la noche de voluptuosidad. Los ruiseñores cantan en los naranjos floridos y todo parece hecho para el amor. Azhuna aparece por la derecha y se dirige rápidamente, en busca de Sobeya, al quiosco.)

AZHUNA.

¡Sobeya, por fin te miro!

SOBEYA.

¡Azhuna, por fin te veo!...
Desde que no te miraban
mis ojos estaban ciegos.

AZHUNA.

¡Pobres ojos, pobres ojos,
las lágrimas que vertieron;
ya que no puedo enjugarlas,
he de pagar con mis besos!

(La besa en los ojos.)

SOBEYA.—*(Abrazándose a Azhuna.)*

¡Qué feliz soy a tu lado!
Entre tus brazos, me siento
morir de dicha... Parece
que son mi alma y mi cuerpo
tan pequeños, que podrían
deshacerse entre tus dedos.
Oye... Escucha cómo late
mi corazón en el pecho.

AZHUNA.—*(Poniéndole la mano sobre el corazón.)*

Palpita bajo mi mano
igual que un pájaro preso.
¡Corazón, corazón mío,
cuántas ternuras te debo!
¡Qué buena fuiste conmigo!

(Pausa. Recordando.)

Yo era un pobre y triste huérfano
abandonado en el mundo,
sin otro amparo que el Cielo...
¡Y, sin embargo, sentía
a veces mi pensamiento
surgir un mundo de gloria,
de esperanzas y de anhelos!
Al acariciar mis ojos
los más ricos monumentos
de la ciudad, sollozaba
de admiración y de celos...

¡Oh, dejar, dejar al mundo
tangibles, firmes y bellos,
los fabulosos alcázares
que poblaban mi cerebro!...
¡Darle forma a mis quimeras!
¡Tallar en piedra mis sueños!...
Por todas partes veía
alcázares en el viento,
y a gritos lo que miraba
iba a las gentes diciendo.
Una tarde, estaba solo,
tendido en el parapeto
de un puente del Darro, fijos
los ojos y el pensamiento
sobre la Colina Roja,
donde los rayos postreros
del crepúsculo fingían
maravillosos portentos...,
¡y vi alzarse en la Colina
el palacio de mis sueños!
Con mano rápida y ágil
en larga tira de cuero
copiaba cuanto veía...
Casi llegaba a su término,
¡cuando al morir el crepúsculo
todo se extinguió en el viento!...
Y lloraba de impotencia...
Y mis pupilas te vieron
que a mi lado, muda, inmóvil,
a mí locura asistiendo,
me mirabas compasiva,
el rostro libre del velo...
¡Y al contemplar tu hermosura
quedé de hermosura ciego!...

«¡Trabaja, estudia y espera!
—me dijiste sonriendo—,
¡El alcázar que soñaste
también mis ojos lo vieron!»
Y también como mi alcázar
te disipaste en el viento!...

SOBEYA.

¡Ya verás, Azhuna, cómo
se realizan nuestros sueños!

AZHUNA.

¡Yo soñé hacer un alcázar
de tan ricos aposentos,
que recordase a los hombres
las maravillas del Cielo!...
¡Y en sus mágicas estancias,
los dos, igual que en un sueño,
unidos en un abrazo
y fundidos en un beso,
pasar las horas veríamos
sin reparar en su vuelo!
¡Mas todo desvaneci6se;
y es tal mi dolor, que llego
a maldecir de mí mismo,
porque realizar no puedo,
a pesar de tantas luchas,
el alcázar de mis sueños!...

*(Se oyen de nuevo músicas cer-
canas.)*

SOBEYA.

Gente llega... Ven; que sepa
Alhamar tus desalientos,

que él ha de encontrar, Azhuna,
para tus males remedio.

*(Se lleva de la mano a Azhuna
por el quiosco de la derecha.)*

ESCENA II

ABU ISHAC, OMAR y ABUL HASSAM aparecen
por el fondo

OMAR.—*(Contemplando los jardines.)*
Nunca fiestas tan espléndidas
mortales ojos soñaron.
¡Las luces de estos jardines
alumbran más que los astros;
y son tan dulces las músicas
y tan suaves los cantos,
que los mismos ruseñores
se callan avergonzados!

ABU ISHAC.—*(Con ruda ironía.)*
¡Parece que hemos de nuevo
a Córdoba conquistado!

ABUL HASSAM.
¡Ni Almanzor celebró fiestas
tan ricas, ni cuando trajo
en hombros de los cautivos
las campanas de Santiago!

OMAR.
Después que nuestras banderas
victoriosas tremolaron

sobre los muros de Murcia,
 de Jerez, Lebrija y Arcos;
 cuando en Alcalá ben Zaide
 los ejércitos cristianos
 cayeron bajo la espada
 cual mies segada en el campo;
 Alhamar, traidor o débil,
 en lugar de exterminarlos
 y recuperar Sevilla,
 Córdoba, Jaén y Martos,
 con el rey Alfonso Décimo
 celebra treguas y pactos,
 ¡y perdemos en las paces
 cuanto en la guerra ganamos!

ABU ISHAC.—(*Exaltándose de ira.*)

¿Y hemos de sufrir pacientes
 tales afrentas? ¿Acaso
 para siempre se ha extinguido
 aquella raza de bravos
 que desde Oriente a Occidente,
 sobre el arzón del caballo,
 como a una virgen cautiva
 a la victoria arrastraron?
 Bien está que las mujeres,
 prisioneras del serrallo,
 gusten de guzias y adufes,
 de perfumes y de cánticos.
 ¡El guerrero sólo ama
 la lanza, el escudo, el casco,
 el rumor de la pelea
 y el estruendo del asalto!
 Su cuerpo, más que en la danza,
 es ágil sobre el caballo;
 mejor que la guzla, pulsa

la cimitarra su brazo,
y sólo gritos de muerte
saben exhalar sus labios.
Para el jardín, las palomas;
los leones, para el campo,
que no se hicieron las garras
ni las zarpas se han creado
para ir deshojando flores
ni andar a caza de pájaros...
En una palabra: ¿somos
hombres o somos esclavos?
Si somos hombres, la lucha,
hasta sucumbir luchando;
y si esclavos, desnudemos
nuestras espaldas al látigo,
para que escriba con sangre
nuestra deshonra el tirano...
Mas, en fin, sobran razones,
y aquí obrar es necesario...
¡Que enmudezcan nuestras lenguas
y empielen a hablar las manos!

OMAR.

En la vega están mis gentes
nuestra señal aguardando.
Si la fortuna es adversa,
ellas nos darán amparo,
protegiendo nuestra fuga...
Por si llegara este caso
—¡Dios no lo quiera!—y pues es
de cuerdos ser avisados,
tengo junto a este portillo,
para poder escaparnos,
ocultos en la espesura
diez corceles enjaezados.

ABU ISHAC.

Tú, Abul Hassam, ¿preveniste tus gentes?

ABUL HASSAM.

¡Tan sólo aguardo a que Muruam lance el grito para empezar el asalto! En el Albaicín me esperan cuatro mil hombres armados...

ABU ISHAC.

¡Mal haya aquel que confía en los ajenos cuidados!
¡Valen más de un hombre vivo, con ser sólo dos, los brazos, que los ocho que algún día a la fosa han de tirarlo!...
¡No te fies de Muruanes, que siempre salieron falsos!

(Pausa breve.)

¿Para qué andar entre sombras?
¡Mejor es salirle al paso, y en medio de estos jardines, como a un perro, apuñalarlo!

ABUL HASSAM.

Mas no perdamos el tiempo. Cada cual a su trabajo. Yo, al Albaicín.

(A Omar.)

Tú, a la vega;
¡y tú, Abu Ishac, vigilando quedas en estos jardines para iniciar el asalto!

(Se dirige al portillo, y desde él los saluda.)

¡El Señor os acompañe!

(Omar y Abul Ishac se inclinan.)

OMAR.

¡El dirija, Hassam, tus pasos!

(Sale Abul Hassam.)

ESCENA III

OMAR y ABU ISHAC. Este se reclina pensativo sobre el tronco de un árbol de la izquierda

OMAR.—*(Confidencialmente.)*

¿Qué mal te aflige? ¿Qué dolor rebosa tu corazón indómito, que a veces, como bajo una sombra pavorosa te agitas convulsivo y palideces?

ABU ISHAC.—*(Con tristeza desesperada.)*

¡Como un perfume que arrebató el viento, pasaron para mí las horas bellas!

Mis sombras alumbraron un momento con sus ojos de plata las estrellas; mas fuéronse apagando, una por una, y la noche envolvió mi pensamiento y abandonó mis pasos la fortuna.

Como si fuese agua, la alegría, entre mis manos para siempre ha huído, y hoy es mi corazón copa vacía...

¡Todo cuanto anhelaba lo he perdido!

¡Oh! ¿Quién me arrebató mi única prenda,

joyel fulgente de esmeralda y oro?
 ¿Qué pie descalzo penetró en mi tienda
 a robarme en la noche mi tesoro?
 ¿Para qué mis corceles, esos nobles
 hijos del viento? ¿Para qué mi espada,
 capaz de un tajo de segar los robles?
 ¡Tan enemiga se mostró la suerte,
 que en mi estéril dolor no anhele nada,
 sino el olvido eterno de la muerte!

OMAR.

Todo humano dolor tiene esperanza.
 El hombre valeroso no se abate
 en tanto pueda manejar la lanza
 y triunfar o morir en el combate.
 ¿Qué has hecho, di, de tu poder? ¿No siente
 tu corazón la antigua fortaleza?
 ¡Ya la arrogancia ha huído de tu frente
 y tus ojos perdieron su fiereza!
 De tu padre el valor se ha sepultado
 con él en el sepulcro, y en las venas
 la sangre generosa se te ha helado...
 ¿Quién, león, ha cortado tus melenas?
 ¡Ah, si tu padre abandonar pudiese
 el reino pavoroso de la nada,
 el rostro de vergüenza se cubriese
 viendo su sangre tan degenerada!

ABU ISHAC.—(Con voz emocionada.)

Escucha, escucha, Omar: ¿viste a Sobeya?
 Si deslumbró tus ojos su hermosura,
 ¿pudiste ver, después, cosa más bella?
 ¿Puede existir otra creación más pura?
 (Al recuerdo se exalta.)
 Parecen sus guedejas desprendidas,

al proyectar sus sombras en la tierra,
el estandarte de los Abbasidas
que conduce los fieles a la guerra.
¡Petos no hay que resistir lograran,
ni en Bagdad ni en Damasco fabricados,
las flechas tenebrosas que disparan
los negros en sus ojos emboscados!
Su hermosura es altiva ciudadela
que al asalto y al ímpetu provoca...
¡Es fina y ágil como una gacela
y tan dura y tenaz como una roca!

(Pausa breve. Recordando.)

¡Vagaba yo una noche, meditando
proezas dignas de humillar la fama,
por los jardines del alcázar, cuando
en mi camino apareció una dama!
Su fino velo levantóse al viento,
y contemplé su rostro pensativo,
blanco de luna... ¡Desde aquel momento
no sé si vivo en mí o en ella vivo!
¡Y desde entonces se eclipsó mi estrella,
y oculta pena el corazón me hiere
sin esperanza, porque soy de aquella
tribu indomable que de amor se muere!

(Con desesperación.)

¡Bajel sobre las olas zozobante,
tan sólo aguardo, en mi dolor tan hondo,
que abra el mar sus abismos un instante
para enterrar mis penas en su fondo!

OMAR.—*(Animándole.)*

¡Jamás te entregues a la adversa suerte;
libra de esas tristezas tu memoria!
¡La gloria y la mujer aman al fuerte,
y al cobarde desprecia la victoria!

Da al olvido la causa de tus males
y recobra la paz, pues las hermosas
doncellas son lo mismo que rosales,
que a todos los que pasan les dan rosas.

ABU ISHAC.—(Con celosa expresión.)

Ella tan generosa es con Azhuna
como avara y colérica es conmigo...

OMAR.—(Riendo desdeñosamente.)

¿Ella al lado de Azhuna?... ¡Es como una
fresca rosa en las manos de un mendigo!

ABU ISHAC.—(Con tristeza.)

Al alarife nuestro emir exalta
sobre todos. Su mano se la entrega...

OMAR.—(Enérgicamente.)

¿Hay espiga, Abu Ishac, aun la más alta,
que respeten las hoces en la siega?
¿Qué te importa Alhamar? Tú eres más
[fuerte...

Contra su trono tu poder descarga...
¿Las flechas sibilantes de la Muerte
no conocen la fuerza de tu adarga?
Tu pendón flota en veinte baluartes,
tienes más grandes hechos en tu abono...
¡Alza contra Alhamar tus estandartes,
y a la par que tu amor, conquista un trono!
Todo está preparado... Cien facciones
se alzarán por nosotros... ¿Qué más quieres?
¡Es hora de luchar como varones
y no de sollozar como mujeres!

ABU ISHAC.—(*Exaltado, como si renaciese en él toda su indómita bravura.*)

¡Te sobra la razón, Omar! Es hora de volver por la fama de mi nombre...
 ¡Maldito aquel que cual las hembras llora, pudiéndose vengar igual que un hombre! Nada habrá de ceder a nuestro empuje... Resuenen ya las cajas militares...
 ¡Ahora verán cómo despierta y ruga el león orgulloso de Comares!

(*Se oyen, por la derecha, músicas y cantos. Pasan antorchas entre los árboles. Omar se vuelve, receloso.*)

OMAR.—(*En voz baja.*)

¿No escuchas? Alguien llega... ¡Vamos prespor el portillo, cuya llave guardo, [to a revisar las tropas y a dar órdenes para que se preparen al asalto!

(*Se lleva a Abu Ishac por el portillo y cierra tras sí. Penetran por la derecha Alhamar y Azhuna conversando, seguidos de Guardias y de Pajes.*)

ESCENA IV

ALHAMAR, AZHUNA, UN PAJE, Soldados y Pajes

ALHAMAR.—(*Cariñosamente.*)

¡Vuelve en ti, noble Azhuna! Tu ánimo [recupera;
 en tu auxilio de nuevo llama a la inspira-
 ción...

¡El mágico conjuro de tu cincel espera
para surgir del caos la más bella creación!

AZHUNA.—(Con desaliento.)

¡No puedo, emir, no puedo! Es inútil...
[En vano
esta mano crispada mi altiva sien golpea.
¡La realidad del sueño es agua entre mi
[mano
y la forma indomable se rebela a la idea!

ALHAMAR.

¿Aspiras, por ventura, a más rico tesoro?
Pídeme cuanto quieras... ¡Para recompen-
[sarte
yo vaciaré mis arcas, aun cuando todo el oro
de la tierra es bien poco para pagar tu arte!
¿Es que al amor despiertas y sed de besos
[tienes?...
¿Te hablaron ya los nardos de carnes de
[doncellas?...
Habla... ¡Mis propias manos te abrirán mis
[harenas,
para que en ellos busques las vírgenes más
[bellas!
¿Ceñir quieres la altiva corona de Granada?
Dilo, Azhuna, y yo mismo la prenderé a
[tu frente.

AZHUNA.—(Desoladamente.)

Ni riqueza, ni honores, ni amor... ¡No quie-
[ro nada!
¡Tu amistad me ha colmado de todo regia-
[mente!

ALHAMAR.

¿Por qué entonces mis súplicas no atiendes?

AZHUNA.—(Con un gesto de impotencia.)

¡Bien quisiera,
pero en mis horizontes la luz del sol declina,
y no me queda un rayo, ni un reflejo si-
[quiera
que escanciar en la roja copa de tu colina!
En vano llamo al genio nocturno. En vano
[invoco
los creadores relámpagos que iluminan la
[mente...
Las sombras, sobre el alma, descienden
[poco a poco...
¡Soy mudo que agoniza sin decir lo que
[siente!

ALHAMAR.

Húndete de las dudas en las olas bravías,
y encontrarás las perlas...

AZHUNA.

¡Encontrarlas anhelo!
Me hundo en el mar, y salgo con las ma-
[nos vacías.
¡Dios no lo quiere!... ¡Cúmplase la volun-
[tad del Cielo!

ALHAMAR.—(Gravemente.)

Es inmutable, Azhuna, el fallo del Destino...
Escrito está con astros sobre inmortal zafir...
Cada espíritu tiene marcado su camino...
¡Todo cuanto está escrito se tendrá que
[cumplir!

(Queriendo convencer a Azhuna.)

¡Recuerda; yo era sólo un misero mancebo
huérfano que labraba mis tierras en Arjona,

y ahora, ya ves, prendida sobre el turbante
[llevo
de Granada la regia y sin igual corona!

(En voz más baja, paternalmente.)

¡La voluntad suprema ha unido nuestra
[suerte!

Yo soy mina que arroja los ásperos metales,
y tú eres el artífice cuyo cincel convierte
el metal tosco y duro en joyas inmortales...

¡No te amilanes nunca! Inspiración te sobra
para dar feliz término a la empresa in-
[tentada,

¿o dejarás que muera, sin acabar, tu obra,
el florón más espléndido de la hermosa
[Granada?

AZHUNA. — *(Emocionado y lleno de entusiasmo.)*

Es verdad, mis cinceles han creado por-
[tentos,
sutiles minaretes y altivas atalayas.

¡Di a Granada corona de ricos monumen-
[tos
y le ceñí un purpúreo cinturón de murallas!

En la Colina Roja acumulando he ido
todo cuanto de bello pudo soñar el arte.
Un alcázar de hadas mi cincel ha tejido
dentro de las murallas de un fuerte ba-
[luarte.

¡Fulgen sobre sus muros cabalísticos giros;
del amor y el ensueño agrandé los confines,
labrándote este vivido estuche de zafiros
para las esmeraldas de tus regios jardines!

(Como en un sueño.)

Mas yo soñé otro alcázar, divino y reful-
[gente,

donde en constante fiesta y en un perpetuo
 [tuo estío,
 como en el Paraíso prometido al creyente,
 ni el calor se sintiera ni se notase el frío.
 Un alcázar de fúlgidos y etéreos pabellones,
 con fuentes de alabastro y lámparas de oro,
 ¡en cuyos patios, llenos de aromas y can-
 [ciones,
 al son de ocultas músicas, en armonioso
 [coro,
 tejan danzas de amores odaliscas lascivas,
 y los ojos se entornen de placer para verlas,
 y donde el agua corra en gotas fugitivas
 semejando una lluvia de desatadas perlas!

(*Abatido de pronto.*)

Llegué a tu trono en una tarde de prima-
 [vera,
 embriagado de orgullo, a ofrecerte mi sue-
 [ño...
 ¡Me diste medios para realizar mi quimera,
 y hoy renuncio a lograrla sintiéndome pe-
 [queño!
 Me vuelvo a mis tinieblas, sin gloria y sin
 [laureles...
 Los cielos han querido castigar mi inso-
 [lencia...
 ¡Ya mis manos no pueden sostener los cin-
 [celes
 y los rompo a tus plantas en señal de im-
 [potencia!

ALHAMAR.—(*Reconfortándole.*)

¡Jamás nos brinda en vano sus dones la
 [Fortuna!
 ¿Qué obstáculos se oponen a cumplir mi
 [demanda?

¿Qué anhelas? ¿Qué pretendes?... ¡Res-
[ponde pronto, Azhuna!
¡Tu amigo lo suplica y tu emir te lo manda!

AZHUNA.—(Como el que se decide a revelar
un secreto.)

Pues bien, ¡yo necesito atravesar la tierra
desde Oriente a Occidente, del Norte al
[Mediodía,
para estudiar el arte que cada pueblo en-
[cierra
e impregnar de otro nuevo vigor mi fan-
[tasía!
¡Quiero estudiar las huellas que otros cultos
[dejaran,
de todos los misterios penetrar los arcanos,
y te alzaré un alcázar como jamás soñarán
ni los genios celestes ni los dioses paganos!

ALHAMAR.

¿Y ésa es la sola causa que tu dolor pro-
[voque?
Mis riquezas son tuyas... Partir puedes ma-
[ñana...
¡Torna presto a traerme el joyel de mi
[toca!

UN PAJE.—(Acercándose al Emir.)

¡Señor, a vuestro encuentro se acerca la
[sultana!

ESCENA V

Dichos, SOBEYA, AIXA, Damas, Pajes y Esclavas.
Penetran por la derecha AIXA, SOBEYA y las
Damas al son de las músicas. Todos se agrupan
en torno del quiosco

AIXA.—(*Besando las manos de Alhamar.*)

¡Felices ojos que vuelven
a contemplarte, Alhamar!
¡Buscándote en los jardines
hace dos horas que están!...
¡En vano cantos y músicas
me quisieron alegrar,
pues la dicha, sin tus ojos
no es dicha, sino pesar!

(*Se sientan en el banco de la
puerta del quiosco.*)

Mas ¿qué hiciste en tanto tiempo?

ALHAMAR.

Por los jardines vagar
con Azhuna, oír las músicas...
Recordarte a ti y soñar.

ESCENA VI

Dichos y ALY BEN IBRAHIM, que penetra precipitadamente por la izquierda

ALY BEN IBRAHIM.—(*A Alhamar, aparte.*)
Señor, buscándote vengo...

El noble Muruam te aguarda
y hablarte a solas desea
de un asunto de importancia.
(En voz baja.)
Parece que ya en sus manos
tiene el hilo de esta trama.

ALHAMAR.—*(En secreto.)*
¿Tú no sabes?

ALY BEN IBRAHIM.—*(Idem.)*
¡Sólo ha dicho
que redoblase la guardia
que custodia los jardines
y las puertas de tu alcázar!
El tiene ya el Albaicín
cercado...

ALHAMAR.—*(A todos.)*
¡Vamos, en marcha!
*(Se va por la izquierda, conver-
sando con Aly, precedido de Pa-
jes con antorchas. Le siguen la
Sultana y el acompañamiento.)*

AZHUNA.—*(Deteniendo a Sobeya.)*
Quédate... ¡Tengo que hablarte!
(Sobeya se queda.)

SOBEYA.—*(Señalando el quiosco de la de-
recha.)*
¡Siéntate bajo estas ramas!

ESCENA VII

SOBEYA y AZHUNA, sentados en el banco
de piedra

SOBEYA.

Aquí me tienes. ¿Qué me quieres?

AZHUNA.—(*Timidamente.*)

Tengo que darte una noticia...

SOBEYA.—(*Sorprendida.*)

¿Una noticia?

AZHUNA.

¡Mas tan triste,
que el labio no quiere decírla!

SOBEYA.—(*Con ternura.*)

Pues, habla, Azhuna... Esa tristeza
en siendo tuya será mía...

¡Siendo de dos una tristeza
ya no es tristeza, es alegría!
Dime, ¿qué pasa?

AZHUNA.—(*Tristemente.*)

Fatigado
de no poder dar forma y cima
al gran ensueño de mi alma,
hablé al emir de mi partida...
¡La inspiración que aquí no encuentro
voy a buscar en otros climas!

SOBEYA.—(Con alegría.)

¡Parte, abandona estos lugares;
 tiende tu vuelo, golondrina,
 ya que la nieve cubre el monte
 y los rosales se marchitan!

AZHUNA.—(Con voz trémula de dolor.)

Mas ¿dónde iré, si aquí me dejo
 mi sol, mis ojos y mi vida?

SOBEYA.—(Con infinita ternura.)

Mas ¿quién te ha dicho que irás solo?
 Yo alegraré tu compañía;
 seré en tus manos como un báculo,
 y con mi amor y mis caricias
 de los zarzales del camino
 te iré quitando las espinas.
 y si a tus ojos rinde el sueño,
 y si el cansancio te fatiga,
 sabré dormirte en mi regazo
 como si fueras una niña.
 Si en las arenas del desierto
 sientes la angustia de la asfixia,
 yo morderé mis propias venas,
 y presentándote la herida
 murmuraré: «¡Bebe mi sangre,
 si ella tu ardiente sed mitiga!»

(Pausa. Se quedan mirándose ex-
 tasiados.)

AZHUNA.—(Loco de felicidad.)

¡Háblame! ¡Encanta mis oídos!
 ¡Sigue en mi espíritu vertiendo
 todas las glorias de la tierra,
 todos los éxtasis del cielo!

SOBEYA.

¡Por las miserias de la vida
nos perderemos, como un vértigo
de amor, las manos enlazadas,
los labios juntos en un beso,
tejiendo con las realidades
guirnaldas para nuestros sueños!
¿Dónde alzaremos nuestra tienda?
¿Bajo qué arbusto, todo lleno
de blancas flores, nuestros cantos
deshojaremos a los vientos?
Habrá una luz de primavera;
brillará el mar como un espejo;
relucirán los minaretes
entre floridos limoneros...

(Mirándole a los ojos.)

Después, veré por tus pupilas
pasar visiones del desierto:
desfilan lentas caravanas
de melancólicos camellos;
y entre el verdor de las palmeras
junto a la cal del pozo nuevo,
brillar—marfiles rechinantes—
los blancos dientes de los negros.
Y cuando mustias nuestras alas
apenas puedan sostenernos,
suspenderemos nuestro nido
bajo el amparo de un alero,
en la casita que blanquea
entre floridos limoneros...

AZHUNA.—*(En un arranque de esperanza, alucinado.)*

¡Y luego, abriendo nuestras alas,
a nuestra patria tornaremos,

ciegas de luces las pupilas,
loco de amor el pensamiento,
a deslumbrar a los mortales
con el alcázar de mis sueños!

SOBEYA.—(*Loca de amor.*)

¡Sígueme hablando, Azhuna mío!
¡Solos y pálidos soñemos
hasta que cieguen nuestros ojos
y hasta que ya no queden besos!

(*Se estrechan. Suenan atambores
en el foro. Cruzan antorchas encen-
didas.*)

AZHUNA.—(*Levantándose.*)

¿Oyes?

SOBEYA.—(*Escuchando.*)

Resuenan atambores.

AZHUNA.—(*Alarmado.*)

¡Veré qué pasa!...

SOBEYA.—(*Resistiéndose a marchar.*)

Aquí te espero.

(*Señalando el quiosco. Se despiden.
Azhuna se va por la derecha. Sobeya
le sigue con la vista. Después se en-
tra en el quiosco y se oculta en él.
Se abre el portillo y aparecen caute-
losamente Abu Ishac y Omar.*)

ESCENA VIII

SOBEYA, en el quiosco; ABU ISHAC y OMAR

ABU ISHAC.—(*Avanzando hacia la izquierda, con recato. En voz baja.*)

Prepara los corceles. Con tus gentes ese camino y el portillo guarda, mientras yo, con cautela, me deslizo a indagar el motivo de esa alarma.

OMAR.—(*Con la misma voz.*)
¿Recelas algo?

ABU ISHAC.—(*Mirando a todos lados.*)

Sí. Los Muruanes fueron traidores siempre. ¡Son de raza! Si nuestro plan se realizó, a los nuestros por el portillo les darás entrada, y si fuimos vencidos, como temo, por él escaparemos de Granada. Voy a buscar noticias.

OMAR.

¡Ve tranquilo,
que mi acero te guarda las espaldas!
(*Omar desaparece por el portillo, que entorna tras sí. Abu Ishac avanza hacia la derecha.*)

ESCENA IX

ABU ISHAC Y SOBEYA

ABU ISHAC.

¡No más dudar! La suerte ya está echada...

¡Cúmplanse los designios de mi estrella!

(Al acercarse hacia la derecha, Sobeya se asoma a la puerta del quiosco, creyendo que es Azhuna. Abu Ishac retrocede al verla.)

¿Qué sombra en el jardín vaga encantada para turbar mi espíritu?...

(Reconociendo a Sobeya y dando un grito de júbilo.)

¡Sobeya!

SOBEYA.—*(Indignada por el engaño, sin poder contenerse.)*Siempre el mismo, Abu Ishac. ¿Te has con-
[vertido,

en mengua de tu honor, en un espía?

¡Siempre tu acento lúgubre en mi oído,

siempre tu sombra tras la sombra mía!

¡Hasta en mis sueños a mi estancia vienes

a encadenarme en tu salvaje yugo,

y en el umbral inmóvil te detienes,

clavando en mí tus ojos de verdugo!

ABU ISHAC.—*(Temblando de emoción.)*¿Por qué el sonido de mi voz te espanta,
si es que al verme a tu lado, hablar no

[puedo

sin que ahoguen los sollozos mi garganta
y dé a mi faz su palidez el miedo?

(Se rehace. Aproximándose a ella.)

¡Cuántas veces sentí, de gozo mudo,
cercenando cabezas como espigas,
rebotar en mi peto y en mi escudo
las flechas y las lanzas enemigas!
¡Risueño, sobre bárbaros bridones,
blandiendo mi lanzón con férrea mano,
reté a los más valientes campeones
del aguerrido ejército cristiano!
¡Y ahora, si te contemplo cara a cara,
se nubla mi pupila amortecida,
y de temor mi corazón se para
cual si fuera a escapármeme la vida!
En vano, en vano con mi orgullo lucho...
Como un veneno tu pasión respiro;
voy a oír, y tan sólo a ti te esucho;
voy a mirar, y sólo a tí te miro;
voy a hablar, y tan sólo sé tu nombre...

(En un arranque de pasión, cayendo a sus pies.)

¡Mira, mira a tus pies arrodillado,
igual que una mujer llorando, a un hombre
que jamás de rodillas ha llorado!

SOBEYA.—*(Emocionada por tanta amargura como refleja la voz de Abu Ishac.)*

¡Con qué imposible amor tu afecto sueña!
¿Por qué sufrir y suplicar en vano?

(Se acerca a él compasivamente.)

¡Si mi pasión tus súplicas desdeña,
te tiende, en cambio, mi piedad la mano!

(Le alza del suelo. Pausa breve. Como consolándole.)

¡Vuelve a ti mismo y reflexiona sobre nosotros, pues no es justo que humillada se incline una mujer oscura y pobre, la cerviz más altiva de Granada, cuando ansiosas las damas de ofrecerte el tesoro nupcial de sus amores, dejan caer el velo para verte pasar bajo sus ricos miradores! Yo soy cual piedra en el camino rota... ¡Olvidate de mí!... Busca un diamante digno de fulgurar en la garzota que adorna la altivez de tu turbante. ¡El águila real las cumbres ama; yo, igual que los jilgueros, sólo ansío para amar y cantar la verde rama que humilde cuelga sobre el claro río!...

ABU ISHAC.

No calman tus razones mis enojos; no me convencen... ¡La pasión sincera sin querer se nos entra por los ojos y del cuerpo y el alma se apodera!

SOBEYA.—(*Sin poder contenerse.*)

Eso mismo te digo... ¿Qué más quieres? Será siempre imposible tu demanda... Jamás consuelo a tu dolor esperes... ¡Ni al corazón ni al alma se les manda!

ABU ISHAC.—(*Después de un momento de vacilación; exasperado.*)

Pues bien, Sobeya; si es inútil todo, mis lágrimas, mi angustia, mi agonía; si de ablandar tu corazón no hay modo... ¡Por la ley del más fuerte serás mía!

De mendigar tu pan mi amor prescinde
y en el más negro abismo se desploma...
¡Castillo que a razones no se rinde,
al filo del alfanje se le toma!
¡Eres mi presa ya!

(Va a arrojarse sobre ella. Sobeya se arroja a sus plantas, sollozando, con las manos cruzadas. Abu Ishac se detiene.)

SOBEYA.

¡Por todo cuanto
tu noble corazón haya querido,
ten lástima de mí!... ¡Bañada en llanto
y postrada a tus plantas te lo pido!

(Abu Ishac vacila, conmovido.)

Sé digno de tu fama... Vete... Olvida
esta loca pasión... ¡Ten piedad de una
débil mujer que no tiene en la vida
más consuelo y amparo que su Azhuna!

(Abu Ishac, que iba a marcharse, se vuelve hacia ella, en un impetu de celos.)

ABU ISHAC.

El tigre de los celos que dormía
en mi pecho, a ese nombre se despierta,
y reclama su presa... ¡Serás mía!

(Va a sujetarla. Ella se levanta en un arranque terrible de protesta.)

SOBEYA.

¡Nunca!... Ni viva... ¡Ni aun después de
[muerta!

ABU ISHAC.—(*Clavando sus dedos en un brazo de Sobeya.*)

¡Te arrastraré a mi lecho del cabello;
y para mitigar tantos enojos,
entre mis dedos ceñiré tu cuello
hasta que salten de terror tus ojos!
¡Con un puñal desgarraré tu vida;
y con mis propias manos, ensanchando
con las uñas los bordes de la herida,
te he de arrancar el corazón, y cuando
tu sangre haya apurado, gota a gota,
ludibrio de pecheros y de siervos,
tus restos colgaré de una picota
para festín de buitres y de cuervos!

(*Resuenan atambores. Los jardines se pueblan de Soldados y de Pajes con antorchas. Abu Ishac, sorprendido, deja escapar a Sobeya, que intenta huir por la derecha.*)

SOBEYA.—(*Gritando.*)

¡Favor!... ¡Socorro!... ¡Cielos, amparadme!

(*Levanta los brazos al cielo. Abu Ishac, repuesto, corre hasta ella y la alcanza en el primer término de la derecha, cerca del quiosco. Omar se asoma al portillo con la espada desnuda, y al ver a Abu Ishac le grita.*)

OMAR.

¡Sálvate, Abu Ishac! Nos han vendido...

(*Desaparece por el portillo.*)

SOBEYA.—(*Forcejeando en brazos de Abu Ishac.*)

¡Suelta, suelta, traidor!...

(A los Soldados que aparecen por la izquierda.)

¡Favor!... ¡Salvadme!...

(Al ir a dirigirse Abu Ishac al portillo llevando en los brazos a Sobeya, se encuentra con Alhamar y los Soldados, que le rodean. Suelta a Sobeya, que corre a refugiarse entre los que acompañan al Emir. Abu Ishac desenvaina su espada y se apresta a la lucha.)

ESCENA X

Dichos, ALHAMAR, ALY BEN IBRAHIM, AZHUNA,
Soldados, Pajes y Esclavos

ALY BEN IBRAHIM.—(A Alhamar.)

¡El león en la trampa se ha metido!

(Momento de expectación y de silencio. Los Soldados forman dos filas detrás de Alhamar. Los Pajes alumbran con sus antorchas. Abu Ishac permanece en mitad de la escena, con la espada desnuda.)

ALHAMAR.—(Gravemente, acercándose a Abu Ishac.)

Nunca llegué ni a sospechar siquiera que el más bravo caudillo de Granada llegase a hacer traición a su bandera...
Estás preso, Abu Ishac... ¡Dame tu espada!

ABU ISHAC.—(*Revolviéndose como un león acorralado.*)

¿Mi espada?... ¡Está a mi brazo tan unida y les liga a los dos tan firme lazo, que aun después que mi cuerpo esté sin vida tendrán con ella que arrancarme el brazo!

ALHAMAR.—(*A Abu Ishac.*)

¡Date a prisión!

(*Los Soldados cercan a Abu Ishac. Este describe un círculo de muerte con su espada. Los Soldados retroceden.*)

ABU ISHAC.

 Mi orgullo desafia
el mercenario ardor de tus legiones...
¡Verás cómo a través de esa jauría
saben abrirse paso los leones!
Malparados saldrán en esta caza
el tropel de tus perros familiares...

(*Los Soldados retroceden más.*)

ALHAMAR.—(*Colérico, a los Soldados.*)

¡Desarmadle, cobardes!

(*Los Soldados y algunos Nobles acometen a Abu Ishac.*)

ABU ISHAC.—(*Abriéndose camino con su espada hasta el portillo.*)

 ¡Plaza!... ¡Plaza,
al león orgulloso de Comares!

(*Desaparece por él, acuchillando a los Soldados.*)

TELÓN RÁPIDO

ACTO TERCERO

Las célebres ruinas de Elvira, en las cercanías de Granada. Una gran explanada desde la cual se divisa un panorama soberbio. Al fondo, tras los restos de antiguos murallones cubiertos de hiedra, se ven las altas crestas nevadas de la sierra del Sol. A la derecha, en segundo término, las ruinas de un alcázar. Sólo una torre se mantiene en pie. A la izquierda, las estribaciones de una fragosa montaña, erizada de altas rocas y cubiertas de espesa jara. Un camino atraviesa la escena de derecha a izquierda en el primer término. En el centro, un arco trunco al pie de una encina gigantesca. Detrás del arco, y también atravesando la escena, un acueducto roto. Trozos de muralla, paredones con ajimeces vacíos, enredados de hiedras y de campanillas silvestres, por todas partes. Encinas y brezos. Escombros. La escena está poblada de soldados. En las estribaciones del monte, en las ruinas del alcázar y en las murallas del fondo, centinelas armados de lanzas.

ESCENA PRIMERA

SOLDADO 1.º y SOLDADO 2.º

SOLDADO 1.º

Levantemos los reales.

SOLDADO 2.º

¡Volvamos pronto a Granada,
antes de que entre los riscos
de estas ásperas montañas,
reboten nuestras cabezas
bajo la tajante espada
de los valis de Comares,
Andarax, Guadix y Málaga,
que, como rondan los lobos
los rebaños, así andan
rastreando nuestros pasos
por estas fragosas guájaras!

SOLDADO 1.º

Contra decretos celestes
no valen fuerzas humanas,
y el cielo y la tierra, próximas
calamidades presagian.

SOLDADO 2.º

Anoche surgió la luna
tan roja, que semejaba
sobre los montes el lívido
rostro de una degollada,
¡y hasta lloraron los cielos
estrellas en vez de lágrimas!

SOLDADO 1.º—(En voz baja.)

Estremecióse la tierra;
desplomáronse las casas,
y abriéronse en estos montes
hondas simas que arrojaban
como bocas del infierno
vapores de azufre y llamas.

SOLDADO 2.º—(*En voz baja.*)

El faquí de la Cadima,
anteayer, mientras rezaba
sobre el alto minarete
las oraciones del alba,
¡qué de cosas no vería
que de pronto perdió el habla;
y desde entonces demente
corre por calles y plazas,
desgarrándose la túnica
y mesándose la barba!

SOLDADO 1.º—(*Idem id.*)

Anoche aullaron los perros
en las puertas del alcázar;
y era su aullido tan lúgubre
que hasta el vello se erizaba,
cual si pasase en el viento
la sombra de algún fantasma.

SOLDADO 2.º

Al salir por Puerta Elvira
Alhamar, esta mañana,
contra el remate del arco
rompió, sin querer, su lanza;
y desde entonces camina
sin hablar una palabra,
con los ojos en el suelo
y sobre el pecho la barba.

SOLDADO 1.º

Dicen que empiezan a abrirse
sus heridas, y que embarga
tal desaliento su espíritu
por no mirar terminadas
las obras de ese palacio,

soberbio airón de la Alhambra,
que sin tregua sus pupilas
vierten raudales de lágrimas.

SOLDADO 2.º

Las fatigas y trabajos
de seis años de campaña
contra los valis rebeldes
han curvado sus espaldas.

SOLDADO 1.º—*(Mirando hacia la izquierda.)*

Calla. Por aquel sendero,
con las manos apoyadas
en los hombros de su hijo,
hacia nosotros avanza.

SOLDADO 2.º

¡Por la palidez del rostro,
parece un muerto que anda!
*(Se dirigen hacia la derecha a
reunirse con sus compañeros al pie
de las ruinas.)*

SOLDADO 1.º

¡No auguro bien de esta empresa!

SOLDADO 2.º

¡Mal comienza la jornada!
*(Por la izquierda aparece Alha-
mar, apoyado en el hombro del
príncipe Muhamad. Viene encorva-
do y pálido, andando trabajosa-
mente, con los ojos clavados en el
suelo y la barba fluctuando sobre
el pecho. Le siguen a distancia Aly
ben Ibrahim y Aben Fat.)*

ESCENA II

Dichos, ALHAMAR, el PRÍNCIPE MUHAMAD, ALY BEN IBRAHIM Y ABEN FAT

PRÍNCIPE.—(*Conduciendo filialmente a Alhamar al pie de la encina.*)

Padre, no te fatigues. Descansa aquí un
[momento,
Bajo el arco, a la sombra de esta encina,
[reposa.

ALHAMAR.—(*Dejándose conducir trabajosamente, con voz opaca. Aben Fat y Aly ben Ibrahim se retiran al pie del acueducto.*)
¡Mi vida es como débil lámpara temblorosa
que se apaga al más leve suspiro de un
[aliento!

PRÍNCIPE.

Da al olvido tus penas y recobra la calma.

ALHAMAR.

Es inútil... ¡Tan hondo es el mal que me
[hiere,
que ya de la flor mustia de mi cuerpo se
[quiere
escapar, cual perfume fugitivo, mi alma!
(*Se sienta en el basamento del arco.*)
¡Hace poco, una lágrima mi rostro hume-
[decía,
cuando tú me ayudaste a bajar del corcel,
pensando que ya nunca mi mano volvería
a agarrarse a las crines para montar en él!

(Con amargura.)

¡Ay, mucho más que el peso de mis setenta años,
mi vida como estas ruinas se desmorona
al minar lento y sordo de tantos desengaños!...
¡Prepárate, hijo mío, a ceñir mi corona!

PRÍNCIPE.—(Intentando reanimarle.)

¡No pienses más en eso! ¡Estás robusto y
como esta vieja encina! [fuerte

ALHAMAR.

¡Mas vacila mi planta!
La sangre se va helando, y siento en la
ese dogal de asfixia que nos tiende la
Va a eclipsarse mi estrella. Este cetro pasado
que sostener no pueden mis manos, te
y con él mi Granada. [confío,

PRÍNCIPE.

¡Cállate, padre mío!
¡Te lo pido de hinojos, a tus plantas pos-
[trado!

ALHAMAR.—(Poniendo su mano trémula sobre la espalda de su hijo.)

El hombre es sombra vana... ¡ni de su
Principio y fin ignora... La mano de Dios
y deshace los tronos... El rey que se com-
en su poder se deja engañar por un sueño.

(Lo levanta y le sienta a su lado.)

¡Oye bien, hijo mío! Si quieres que tu fama
supere a la de todos los reyes de la tierra,
liberal en las paces y valiente en la guerra,
como a tus propios hijos, a tus súbditos ama,
Contra el Destino adverso, no hay escudos
[ni torres...

Todo bajo su influjo transformase y varía...
¡Nunca niegues limosnas, porque quizás un
[día
le tenderás las manos al mismo que hoy
[socorres!

En liberal y pródigo a las nubes iguala;
a la misma justicia con tu justicia asom-
[bra;

y sé como esos árboles frondosos que dan
[sombra
al leñador que, impio, con su segur los tala.
¡Haz que el débil te ame y los fuertes te
[teman!

¡No prestes nunca oídos a las adulaciones,
y huye de los malvados, que son como
[carbones:
apagados nos manchan y encendidos nos
[quemán!

Al sabio presta apoyo, sé del artista amigo;
ellos son como tierra fértil, que por un
[grano
de simiente que arroje en los surcos tu
[mano,
luego harán que tus trojes se desborden
[de trigo.

Pon ya término a esta contienda fratricida
que hace más de seis años a Granada de-
[vora...

Haz que tus actos sean espejos de tu vida...
 ¡Sólo de Dios auxilios y protección im-
 [plora!

(Con creciente exaltación y voz trémula.)

¡Cuánto siento, hijo mío, que con mi vieja
 [espada
 y mi cetro y mi reino, darte también no
 [pueda
 las llaves de ese alcázar... ¡Corona que se
 [queda
 suspendida, esperando las sienes de Gra-
 [nada!...

Tranquilo expiraría, si al menos la fortuna
 me hubiese concedido mirarle terminado...

(Desesperándose, estremecido de súbito por honda emoción.)

Ha seis años que espero el regreso de
 [Azhuna,
 ¡y parece que a Azhuna la tierra se ha
 [tragado!

(Levantándose y extendiendo los brazos hacia la lejanía.)

¡Oh Granada, Granada, cómo en mis sue-
 [ños brillas!

Tu altiva sien corona mi Alcázar de las
 [Perlas...

Mas no es dado a mi alma gozar sus ma-
 [ravillas...

¡Se cerrarán mis párpados antes que pue-
 [da verlas!

(Desvariando, con los ojos visionarios y el busto erguido.)

¡Oh, cómo resplandecen bajo los claros
 [astros,

cual flechas de diamantes, tus vivos sur-
 [tidores,
 los oros y las púrpuras que esmaltan tus
 [labores,
 y la plata que insomne brilla en tus ala-
 [bastros!

(Da algunos pasos vacilantes y, faltar de fuerzas, se apoya en el tronco de la encina.)

¡El silencio me envuelve..., se enturbia mi
 [pupila!...

¡Entre mis secos labios la vida quiere huir,
 y bajo el pie la tierra se estremece y vacila,
 cual si para tragarme su boca fuese a abrir!
(Delirando.)

Azhuna, vuelve pronto a realizar mi em-
 ¡Mi Alcázar de las Perlas!... [peño...

PRÍNCIPE.—*(Con voz estremecida de dolor.)*
 ¡Vuelve en ti, padre
 [mío!

ALHAMAR.—*(Cayendo en un síncope.)*
 Mas todo disipóse cual se disipa un sueño.

PRÍNCIPE.
 ¡Socorro, capitanes!
(Aly ben Ibrahim, Aben Fat y algunos Caballeros acuden a socorrerle.)

IBRAHIM.

¿Qué pasa?

PRÍNCIPE.

En ti confío,

Aben Fat, en tu ciencia.

(Silencio de ansiedad. Aben Fat se

inclina y reconoce a Alhamar. Levantando lentamente la cabeza y dirigiéndose al Príncipe.)

ABEN FAT.

Señor, es impotente para salvar su vida toda la ciencia humana. En la ciencia divina confiad solamente... ¡Sólo Dios las dolencias del espíritu sana!

IBRAHIM,

¡Transportémosle pronto!

PRÍNCIPE.—(*Besando a su padre en la frente.*)

Aben Fat, está frío como un muerto.

ABEN FAT.

No temas... ¡Ten en Dios
[confianza!]

Aly ben Ibrahim y algunos Caballeros transportan cuidadosamente a Alhamar, saliendo con él por la derecha. Tras ellos se van también el Príncipe y Aben Fat.)

PRÍNCIPE.

Dime, Aben Fat, ¿no queda siquiera una
[esperanza?]

ABEN FAT.

¡Cúmplanse los designios del Señor!

PRÍNCIPE.

¡Padre mio!...

ESCENA III

CAPITÁN, SOLDADO 1.º, SOLDADO 2.º y Soldados.
Redoblan atambores. Los Soldados descienden
hasta el camino por todas partes y se agrupan
en torno de la bandera

CAPITÁN.

¡Levantemos la bandera!

¡En esa villa acampar!

(Señalando a la derecha. Ondeala
la bandera.)

SOLDADO 1.º—(Llegando.)

¿Qué pasa?

SOLDADO 2.º—(Idem.)

¿Qué nos sucede?

CAPITÁN.

¡Está expirando Alhamar!

SOLDADO 1.º—(Tendiendo los brazos al cielo.)

Señor, ¿qué va hacer Granada
si le quitas a Alhamar?

SOLDADO 2.º—(Idem.)

¡Sin pastor que los defienda,
los rebaños morirán!...

SOLDADO 1.º

¿Quién hilará nuestras ropas,
si lana no habrá que hilar?

SOLDADO 2.º

¡Sin fuente que le dé riego,
las mieses se agostarán!...

SOLDADO 1.º

Si en las eras no hay gavillas,
¿quién va a moler nuestro pan?

SOLDADO 2.º—(Al 1.º)

¡Ya te dije que esta empresa
por fuerza acababa mal!

*(Los Soldados desfilan, al son de
los atambores, por la derecha, pre-
cedidos del Capitán, que lleva la
bandera.)*

ESCENA IV

ALIATAR y OZMÍN aparecen de entre las ruinas
del alcázar y descienden cautelosamente hasta
el proscenio

ALIATAR.

¡En seis años de espionaje,
ojos y oídos atentos,
deslizándonos cual sombras
por todos los campamentos,
husmeando lo que dicen,
igual que la caza el perro,
nunca hicimos una presa
mejor que la que hemos hecho!

OZMÍN.

Andar en un sobresalto
continuo; temblar de miedo
bajo el ojo que nos mira,
que nos descubra temiendo.
Andar siempre vigilando,
sin dormir, porque en el sueño
no vaya el labio imprudente
a decir nuestro secreto...
Así vivimos seis años
en servicio de los nuestros.

ALIATAR.

¡Oh granadinos, en vano
aguzáis vuestros ingenios!
¡Buscáis fuera los espías
sin recelar que están dentro,
formando en vuestras banderas
y a costa vuestra viviendo!

OZMÍN.

Mas no perdamos instantes...
De cuanto ocurre avisemos
a Abu Ishac, que espera oculto
en la cumbre de aquel cerro.

(Señalando al de la izquierda.)

Yo voy a dar las señales,
y aquí su llegada espero...
¡Tú, en tanto, desde esa torre
vigilarás los senderos!

(Indica las ruinas de la derecha.

*Aliatar se dirige a la torre y se
oculta en ella. Ozmin asciende por
las estribaciones del monte de la
izquierda. Desde una peña lanza un*

agudo silbo. En la cima le contestan y aparecen en ella Abu Ishac y Omar, y a un signo de Ozmín descienden cautelosamente entre las rocas.)

ESCENA V

DICHOS, ABU ISHAC Y OMAR

OMAR.—(*Descendiendo, seguido de Abu Ishac.*)
 ¿Qué pasa, Ozmín? Las huestes enemigas,
 ¿por qué alzaron el campo?
 Ocultos como zorros, en las cuevas
 de ese fragoso monte, los miramos
 desbandarse a la próxima alquería.

OZMÍN.—(*Lleno de júbilo, dirigiéndose a Abu Ishac.*)
 El Señor nos protege... ¡Nuevas traigo
 que te han de henchir de gozo... ¡La corona
 de Granada, señor, está en tus manos!

OMAR.
 Mas ¿qué pasa?

ABU ISHAC.—(*Distraído.*)
 ¿Qué dice?

OZMÍN.
 De repente,
 Alhamar desmayóse, y transportaron
 su cuerpo hasta esa villa.
 (*Señalando a la derecha.*)

Dice Aben Fat que no hay remedio humano que le pueda salvar.

OMAR.

Parte al momento
y dínos cómo sigue... Aquí esperamos.

OZMÍN.

No temer. Aliatar, mientras regreso,
se queda en esa torre vigilando.

(Se va precipitadamente por el camino de la derecha. Abu Ishac se apoya, pensativo, en una columna.)

ESCENA VI

ABU ISHAC, OMAR y ALIATAR, oculto

OMAR.

¿Qué piensas, Abu Ishac, de todo esto?

ABU ISHAC.—*(Indiferentemente, como si hablase consigo mismo.)*

Es inútil luchar contra el Destino.

En mi sus ojos la desgracia ha puesto
y me acecha en las sombras del camino.

Los más nobles esfuerzos serán vanos.

OMAR.

Mas, si muere Alhamar, tuyo es el trono.

Su hijo será un juguete en nuestras manos.

ABU ISHAC.—(*Desdeñosamente.*)

Ni cetros ni juguetes ambiciono...
¡Mi árido corazón no aspira a nada!

OMAR.

¡Mas, a pesar de todo, nuestra gente
ha de poner sobre tu altiva frente
la soberbia corona de Granada!

ABU ISHAC.—(*Con honda amargura.*)

¿Para qué una corona? ¿Qué me importa!
Ya perdí la esperanza... Y sólo quiero
ver cómo el hilo de mi vida corta,
de la Muerte, el eterno mensajero!

(*Acercándose a Omar.*)

Cuando en estos seis años de contienda
me viste, como un bárbaro, a tu lado,
luchar en cien combates, y a mi tienda
volver como un león ensangrentado;
cuando delante de mi ciego arrojo,
desbaratado el enemigo huía,
y a mi blanco corcel tornaba rojo
la sangre que mi cólera vertía;
y a los golpes certeros de mis brazos,
como bajo la hoz mieses maduras,
rodaban las cabezas, y a pedazos
saltaban las más recias armaduras,
tal vez, alucinado, murmuraste:
«¡Con qué ardor este bárbaro ambiciona
ceñir a su turbante una corona!...»
Mas yo te juro, Omar, que te engañaste.
Pues sólo ambicionaba mi esperanza,
y ¡vive Dios que de verdad te hablo!,
morir bajo el empuje de una lanza
o clavado al borrén por un venablo.

(*Se apoya, fatigado, en un arco roto.*)

OMAR.—(*Con interés.*)

¿Por qué tu faz de angustia palidece?
 ¿Por qué tus ojos de coraje lloran?
 ¿Qué oscuro pensamiento te entristece?...
 ¿Qué pesares recónditos devoran
 tu corazón, como en los arenales
 desgarran, a la luz de la mañana,
 con sus voraces dientes, los chacales
 los restos de perdida caravana?

ABU ISHAC.—(*Decidiéndose a hablar, con voz trémula.*)

¿No has sentido jamás en tu existencia
 el yugo del amor? ¿Nunca has soñado
 hablar a una mujer, y a su presencia
 sin voz y sin aliento te has quedado?
 ¡No sabes lo que son en sus pasiones
 las gentes de mi raza, esos guerreros
 que mueren en la lid como leones
 y son para el amor como corderos!

OMAR.—(*Tímidamente.*)

¿Aun perdura en tu espíritu Sobeya?

ABU ISHAC.—(*Con intensa emoción.*)

¡Intentarla olvidar es vano empeño!...
 ¡Me duermo, y sólo con su imagen sueño,
 y al despertar no pienso más que en ella!
 A mí mismo este amor me causa espanto...
 Sin ella la existencia es una carga...
 ¡Como todo lo riego con mi llanto,
 el agua sabe a hiel y el pan me amarga!

OMAR.—(*Animándole.*)

Deja, que el tiempo sanará tu herida...

En tu gloria futura reflexiona...
 ¡La pena más tenaz pasa y se olvida
 bajo el regio esplendor de una corona!

ABU ISHAC.

¿Cómo olvidarla si una vez la viste?
 ¿Cómo arrancar del alma su hermosura?
 ¡El verdadero amor es siempre triste,
 y ni el poder lo alegra ni lo cura!

OMAR.

Del veneno nos salva otro veneno.
 y de un amor hostil otros amores.
 Consuela tu dolor sobre otro seno...
 ¡La tierra no se cansa de dar flores!

ABU ISHAC.

¡No hay tesoro que iguale a su tesoro!
 Para dar al olvido sus desdenes,
 he intentado poblar a peso de oro
 de vírgenes y esclavas mis harenas.
 Mas en vez de olvidarla, recordaba
 con más ansia sus mágicos hechizos;
 y cuando alguna, lúbrica, danzaba,
 suelto el torrente de sus negros rizados,
 por más que fuese insinuante y bella,
 su recuerdo, al oído, me decía:
 «¡Si delante de ti danzase ella,
 tu corazón de gozo estallarí!»

ALIATAR.—(*Asomándose a lo alto de la torre
 y señalando el sendero de la izquierda.*)
 Alguien llega, Abu Ishac, por esa senda.
 Ascended a esta torre... Esperaremos

aquí escondidos a que Ozmin regrese...
 ¡Daos prisa, señor, que pueden veros!

OMAR.—(A Abu Ishac, que permanece inmóvil, como olvidado de todo.)
 Vámonos, Abu Ishac.

ABU ISHAC.

¿Para qué? Deja
 que llegue el enemigo, y que su acero
 hunda en mi corazón hasta arrancarme
 esta pasión que sofocar no puedo.
 (Dejándose arrastrar por Omar, desaparecen entre las ruinas de la torre.)

ESCENA VII

AZHUNA y SOBEYA. Entran por la izquierda. AZHUNA vuelve demacrado, pálido, envejecido, con el blanco alquicel hecho jirones. Su diestra se apoya en un grueso palo de espino, de cuya punta cuelga una calabaza, y la otra mano descansa en el hombro de Sobeya. En su espalda pende un amplio morral de piel de camello. SOBEYA regresa también cubierta de polvo, con el rostro tostado por el sol y las vestiduras descoloridas. Conduce cariñosamente a Azhuna hasta las ruinas del primer término de la izquierda

AZHUNA.

¡Gracias, Señor! ¡Hemos logrado
 pisar las tierras granadinas!

SOBEYA.

Reposa un poco, reclinado
en los escombros de estas ruinas.

AZHUNA.

Busca su nido el ave herida;
las fieras tienen su cubil,
y en los peñascos donde anida
duerme sus sueños el reptil.
Sólo el humano peregrino
nunca ha sabido, ni sabrá
sobre qué piedra del camino
su último sueño dormirá.

SOBEYA.

Con la hermosura del paisaje
olvida, Azhuna, tu sufrir.

AZHUNA.—(*Se sienta al pie del arco y se queda
con la frente entre las manos.*)

Que ha sido inútil mi viaje,
¿cómo decírselo al emir?
Cuando después de tantos años,
«¿qué traes?», pregunte, le diré:
«Señor, tan sólo desengaños
en mi camino coseché.
¡Vuelvo más mísero que antes!
¡Cuando soñabas que traería
llena mi alforja de diamantes,
mírala, emir, está vacía!...»
¡Y este terrible desconsuelo
procuro en vano mitigar!

SOBEYA.—(Con esperanza.)

¡Espera, Azhuna! Aun puede el Cielo
algún milagro realizar!

AZHUNA.

¡Siempre tu voz murmura: «¡Espera!»
Suena piadosa en mi dolor
constantemente, cual si fuera
algún aviso del Señor!

(Breve pausa.)

¡Hace seis años que dejamos
Granada, para terminar
aquel joyel con que soñamos
su altiva frente coronar!
Cruzamos mares y desiertos,
aludes, lluvias, tempestades;
grandes naciones, pueblos muertos
y cien fantásticas ciudades.
Mas la desgracia fué conmigo
y hallar mis sueños no logré...
Igual que un mísero mendigo
ciego, guiado por tu fe,
supliqué en una y otra parte
remedios para mi aflicción...
¡Mas sus consuelos negó el Arte
a mi cansada inspiración!
Como remota polvareda
vi disiparse mi ideal...
¡Para mis manos ya no queda
ninguna rosa en el rosal!

SOBEYA.

¡No te fatigues! Cobra aliento,
porque el rosal no se ha agostado.

¡Espera! ¡Espera, pues presiento
que has de alcanzar lo que has soñado!

AZHUNA.

¡Cómo te engaña tu carifio!...
Contemplo estrellas en el mar
y lloro a solas como un niño
por no poderlas alcanzar.

SOBEYA.—(Llena de esperanza.)

No desesperes todavía,
yo he oído decir que cada ser
tiene una estrella que le guía
y le somete a su poder.
No sé por qué signo secreto
miro el lucero vespertino,
como si fuese un amuleto
contra el influjo del Destino.
Si alzo los ojos a su esfera,
en áureas cifras siempre leo
algo que dice: «¡Espera!... ¡Espera!...
¡Logrará Azhuna su deseo!»

AZHUNA.

Mas, ¡ay Sobeya!, esperé tanto
que más no puedo ya esperar...
¡Como las riego con mi llanto,
mis flores mueren al brotar!

SOBEYA

¡Anímate!... Para dar una
tregua de paz a tu aflicción,
bajo esta luz, ¿quieres, Azhuna,
que te recite una canción?

AZHUNA.

El agua clara, fresca y pura
para los labios del sediento
no tuvo nunca la dulzura
que para mí tiene tu acento.
¡Tan sólo oyendo tu poesía
se alegra un poco la mirada!

SOBEYA.

Pues bien: escucha la elegía
de esta ciudad abandonada.

(Se levanta y recita.)

Por dondequiera que la vista extendiendo
sólo contemplo ruinas.

Palacios que en las áridas colinas
se van, al sol, en polvo deshaciendo;

y con sus capiteles mutilados,

sus arcos truncos y columnas rotas,

en la llanura gris medio enterrados,

resucitan catástrofes remotas;

y evocan, bajo el sol de la mañana,

las mondas osamentas colosales

de alguna gigantesca caravana

perdida en los desiertos arenales.

Donde antes se elevaban a los vientos

el alcázar, la torre y la mezquita

de sólidos cimientos

y muros de alabastro y malaquita;

y hubo calles y plazas populosas,

academias y espléndidos bazares,

y jardines de nardos y de rosas,

y huertos de granados y azahares,

hoy tan sólo se ven escombros, piedras

gastadas, murañones

comidos por la lepra de las hiedras,
lápidas con borrosas inscripciones;
desangrados ladrillos que enrojecen
el polvo con sus lúgubres destellos
y rotos acueductos que parecen
gigantes esqueletos de camellos;
torreones sombríos
enseñando las caries de sus muelas,
y hasta algún ajimez de ojos vacíos
muriéndose a la luz de las estrellas.
¿Quién medita en altos alminares?
¿En dónde están las cajas militares,
adufes, añafles y atambores,
cuyos roncros clamores
hablaban de la gloria y de la guerra,
y a cuyo son, desnudos los aceros,
en sus yeguas volaron los guerreros
a conquistar para el Islam la tierra?
¿Dónde el rumor marino
de la plebe en los zocos congregada
para escuchar la voz del adivino,
y la flauta encantada,
con cuyas dulces notas temblorosas
lentamente adormece el beduino
a las negras serpientes venenosas?
¿Al pie de qué entreabierto celosía
da la guzla a la noche su poesía,
en tanto que los claros surtidores
comentan en su lengua melodiosa
que se murió de amores
un pobre ruiseñor por una rosa?
¡Ya de tanto esplendor no queda nada!
¡Todo trocose en polvo lentamente!
¡Tal la ciudad fantástica, encantada,
de las viejas leyendas del Oriente!...

Hoy, sólo a veces en la zarza asoma
 su achatada cabeza la serpiente,
 siguiendo el vuelo de alguna paloma.
 ¡Resplandece el lagarto en los zarzales
 ásperos, como una
 viva esmeralda, y en los arenales
 fosforece la plata de la luna
 en el ojo cruel de los chacales!
 Nadie viene a llorar entre sus ruinas...
 ¡Hasta las golondrinas,
 al no encontrar ni el quicio de una puerta
 donde colgar el nido,
 de la ciudad abandonada y muerta
 para siempre han huido!
 Sólo un pastor a visitarte viene...
 En el claro de un arco se detiene,
 y en tanto que sus cabras ramonean
 en el mustio verdor de las marañas,
 y los secos mastines olfatean
 los rastros de nocturnas alimañas,
 descolgando la gaita de los hombros,
 se sienta en los escombros...
 Y entona tan doliente melodía,
 que una lágrima rueda en cada nota...
 ¡Tan triste es la canción, que se diría
 que llora tu silencio gota a gota!

*(Pausa breve. Azhuna abre los ojos
 como quien despierta de un bello sue-
 ño. Empieza a declinar la tarde.)*

AZHUNA.

Como esas ruinas es mi alma:
 ayer fué grande entre las grandes,
 y hoy es tan sólo polvareda
 que a su capricho avienta el aire.

SOBEYA.

No sufras más... ¡Espera! ¡Espera!
¡Mira el lucero de la tarde!...

(Señalando al Oriente.)

¡En los picachos de aquel monte
los últimos rayos solares,
al fulgurar sobre la nieve,
fingen quiméricos alcázares!

AZHUNA.—*(Se levanta de pronto, dando un grito de júbilo al mirar los maravillosos portentos que el crepúsculo finge en la nieve de las cumbres.)*

¡Mira, Sobeya! ¡Ya comienza
mi loco ensueño a realizarse!

(Cayendo de rodillas, con los brazos tendidos al cielo, mirando la Montaña del Sol.)

¡Gracias, Señor! Cuando el sediento
sobre los secos arenales
cerró los ojos bajo el manto
para morir, tú le mostraste
la clara fuente milagrosa
que hizo brotar algún arcángel.

SOBEYA.

¡Para el que sabe esperar, siempre
truécase el sueño en realidades,
porque nos da Naturaleza
lo que negarnos quiso el Arte!

AZHUNA.—*(Saca del morral una larga tira de cuero y se dispone a copiar lo que ve, loco de entusiasmo.)*

Voy a copiar estos portentos...

Ve cómo surgen en el aire
muros, columnas y altas cúpulas
de oro, de púrpura y de jaspes!

(Se va exaltando. Sus ojos fosforecen, su mano tiembla, el cansancio y la emoción le ahogan.)

¡No puedo más!

SOBEYA.—*(Socorriéndole en sus brazos.)*

Castañetean

tus blancos dientes, tu pie arde...

AZHUNA.

La sed abrasa mi garganta...

¡Sobeya, un sorbo de agua tráeme!

¡Ve hasta la próxima alquería,
mientras mi alcázar copio, antes
que muera el sol y entre las sombras
vaya de nuevo a disiparse!

Tú ya conoces el camino...

SOBEYA.—*(Cogiendo la calabaza y marchándose rápidamente.)*

Azhuna, adiós... ¡Vuelvo al instante!

(Desaparece por la derecha.)

ESCENA VIII

AZHUNA, ABU ISHAC, OMAR, ALIATAR y OZMÍN

AZHUNA.—*(Trazando los planos al pie de la encina.)*

¡Oh noble emir, ya podré altivo

ante la corte presentarme,
 y si tu labio me pregunta:
 «¿En las alforjas, qué me traes?»
 Diré, mostrándote estos planos:
 «¡Señor, te traigo lo más grande
 y lo más bello que en la tierra
 pudieron ver ojos mortales!
 ¡Oh, ya tu Alcázar de las Perlas
 puede triunfal alzarse al aire,
 y coronar la altiva frente
 de la mejor de las ciudades!»

*(Aparecen Abu Ishac, Omar y Ozmin
 detrás de la torre y se acercan al pri-
 mer término de la derecha.)*

OMAR.—*(En voz baja.)*
 ¿Recuperó la voz?

OZMÍN.—*(A Abu Ishac.)*

Sólo un momento.

Estos ojos le han visto
 en su lecho, cercado de los nobles,
 llamar a Azhuna con ahogados gritos:
 «¡Oh, vuelve, Azhuna, a terminar tu obra!
 ¡Cúmpleme lo ofrecido!...
 ¡Mi Alcázar de las Perlas!», y de súbito
 desmayóse en los brazos de su hijo.
 Aben Fat asegura que sus ojos
 no verán las estrellas. Se han reunido
 los nobles en consejo, y al cristiano
 mandaron cartas reclamando auxilios
 para elevar al príncipe en el trono...
 Yo vi los mensajeros... ¡Son propicios
 los momentos!... ¡Señor, aprovechadlos!

AZHUNA.

¡Gracias, gracias, Dios mío,
 porque has dejado que mis ojos viesen
 lo que mortales ojos nunca han visto!
 ¡Por este alcázar ha de ser Granada
 admiración y pasmo de los siglos!

*(Se levanta y oculta cuidadosamente
 los planos en la escarcela.)*

OMAR.—*(Reparando en Azhuna en el momen-
 to en que esconde los planos.)*

Mas ¿quién es ese hombre?

*(Abu Ishac y Ozmin se vuelven a
 contemplarlo.)*

OZMÍN.—*(Mirándolo fijamente.)*

Un mensajero
 que va al cristiano a demandar auxilio.
 ¿No ves con qué cuidado
 se oculta en la escarcela el pergamino?

ABU ISHAC.

Apoderaos de él.

OZMÍN.

¡Vamos al punto!

OMAR.

¡La muerte le daré si lanza un grito!

*(Omar y Ozmin se encaminan con
 sigilo por entre las ruinas para coger
 de espaldas a Azhuna. Abu Ishac avan-*

*za lentamente por el camino. A Ozmin,
mientras caminan.)*

Sujétale los brazos.

OZMÍN.

¡Este día,
buenas presas nos brinda la fortuna!
*(Caen de pronto sobre Azhuna, que,
sorprendido, se alza violentamente.)*

OMAR.

¡Dame pronto esos pliegos!

ABU ISHAC.—*(Contemplando a Azhuna en el
momento de ponerse en pie.)*

¡Es Azhuna!
¡Por fin!... El mismo infierno me lo envía.

OMAR.—*(Desenvainando el acero. Azhuna re-
trocede, dispuesto a defender su tesoro.)*

¡Dame esos pliegos!

AZHUNA.

No. ¡Aun cuando siegue
mi garganta tu espada,
no esperes que te entregue
pliegos que son la gloria de Granada!

OMAR.—*(Poniéndole un puñal en el pecho.)*

¡Suelta, suelta!

AZHUNA.—*(Gritando desesperadamente.)*

¡Socorro!

OZMÍN.—(*Estrechando el cuello entre sus manos.*)

¡No des voces!

AZHUNA.

¡Tened piedad!

ABU ISHAC.—(*Mirándole fijamente, con sonrisa feroz y cruzándose de brazos ante él.*)

Azhuna, ¿me conoces?

AZHUNA.

¡Si tu alma a la piedad no está dormida,

Abu Ishac, de rodillas te lo ruego!

¡Defiéndeme, señor, porque este pliego
mucho más vale que mi propia vida!

¡Es mi gloria! La gloria de Granada,
su joyel máspreciado y refulgente...

¡La corona a los genios arrancada
que ha de ceñir de eternidad su frente!

ABU ISHAC.—(*Con ira reconcentrada.*)

¡Mírame bien, Azhuna! Hace seis años
que muriendo de odio, hosco y sombrío,
como acechan los lobos los rebaños,
constantemente tu regreso espío.

¡Nadie puede librarte de mis iras!

¡No esperes compasión! ¡Que no bastara,
para saciar el odio que me inspiras,
que cien veces la vida te arrancara!

¿Pedirme que te ampare?... ¡Es insolencia!...

¡Para borrar del todo tu memoria,
no sólo he de arrancarte la existencia,
sino también tu amor... y hasta la gloria!

(*Con furor creciente.*)

Asaltaré a Granada con mi gente,
sus moradores pasaré a cuchillo,

y tiraré por tierra aquel castillo
 con que soñaste coronar su frente.
 Y cuando ya no queden ni cimientos,
 de algún verdugo las sangrientas manos
 en los escombros quemará tus planos
 y echarán sus cenizas a los vientos.
 Dame pronto esos pliegos.

AZHUNA. (*Con súbita energía.*)

¡No, no quiero!
 ¡Son mi vida! ¡La gloria de mi arte!

OMAR.

¡No grites, porque nadie ha de ampararte!

ABU ISHAC.—(*Desnudando el puñal.*)

¡Sediento de tu sangre está mi acero!

AZHUNA

No necesito auxilios ni socorros,
 ni me asusta el fulgor de esas espadas...
 ¡Los sabré defender a dentelladas,
 como el león herido a sus cachorros!

(*Abu Ishac se arroja sobre él y le sujeta el cuello con una mano. Azhuna forcejea desesperadamente.*)

ABU ISHAC.—(*En voz muy baja, levantando el puñal.*)

Dime antes de morir... ¿qué es de Sobeya?

AZHUNA.

Inútilmente me preguntas... ¡Hiere
 cuando quieras, cobarde!

ABU ISHAC.—(*Le hiere en el pecho.*)

¡Pues bien, muere!
¡No te he matado yo!... ¡Te mató ella!

(*Azhuna cae herido al pie de la encina, con las manos aferradas a la escarcela.*)

ALIATAR.—(*Que sale precipitadamente de la torre.*)

¡Huid pronto! ¡Un tropel de gente armada se aproxima, señor, por este lado!

(*Señalando el camino de la derecha. Abu Ishac se inclina sobre Azhuna y se apodera de los planos.*)

AZHUNA.—(*Intentando incorporarse, con un grito de desesperación.*)

¡Oh, mis planos! ¡La gloria de Granada!

ALIATAR.

¡Huyamos por allí!

(*Señalando la cumbre de la izquierda. Ascienden los cuatro precipitadamente.*)

ABU ISHAC.—(*Agitando los planos en lo alto de la cumbre.*)

¡Ya estoy vengado!

AZHUNA.—(*Haciendo un esfuerzo supremo, se incorpora y se arrastra hasta las estribaciones del monte, intentando trepar entre las rocas.*)

¡No te escondas, ladrón, en esa sierra!
Nada te ha de valer, pues si te subes

a la cumbre más alta de la tierra,
 aunque te encaramases a las nubes,
 arrastrándome igual que las serpientes,
 allí te iré a buscar, para arrancarte
 mi gloria... ¡Y con las uñas y los dientes
 el corazón y el alma devorarte!

*(Se desploma y rueda al pie de unos
 árboles.)*

ESCENA IX

AZHUNA, herido; SOBEYA, ALY BEN IBRAHIM,
 un CAPITÁN y Soldados penetran por la dere-
 cha precedidos de SOBEYA, que vuelve con la
 calabaza llena de agua

IBRAHIM.

Pronto... ¿Dónde está Azhuna, que no cesa
 Alhamar de llamarle delirando...
 El le puede salvar...

SOBEYA.

Al pie de esa
 encina está sus planos terminando.

IBRAHIM.

Mas allí ya no está. ¡Míralo!

SOBEYA.

¿Dónde
 sin esperar mi vuelta se habrá ido?
(Llamando.)

¡Azhuna! ¡Azhuna!

(Todos indagan por la escena.)

CAPITÁN.

¡Azhuna!

IBRAHIM.

¡No responde!

CAPITÁN.—(*Viendo de pronto a Azhuna entre las rocas.*)

¡Allí, entre aquellas rocas, está herido!

(*Sobeya da un grito desgarrador. Después se precipita sobre el cuerpo de Azhuna, abrazándose a él. Todos la siguen.*)

SOBEYA.—(*Levantando en sus brazos la cabeza de Azhuna.*)

¿Qué mano criminal te dió la muerte?

Respóndeme, mi bien... ¡Quién me diría

que el agua que piadosa fui a traerte,

fuese el agua también de tu agonía!...

¡Vuelve a mis tristes ojos tu mirada!

Habla, mi amor... ¿Por qué en callar te empeñas?

AZHUNA.—(*Abriendo los ojos e intentando incorporarse. Sobeya le sostiene.*)

¡Me han robado la gloria de Granada!

Abu Ishac..., y perdióse entre esas breñas...

No le puedo seguir... ¡Estoy herido!

(*Con suprema amargura.*)

¡Se extinguirá, Sobeya, mi memoria!

SOBEYA.—(*En un arranque inaudito de amor.*)

¡El amor es más fuerte que el olvido!

(*Se levanta. Las manos están bañadas en sangre. Después se inclina sobre Azhuna.*)

¡Azhuna!, por tu nombre y por la gloria
de tu Granada, la ciudad querida;
por la sangre que corre por mis manos,
¡juro que, a costa de mi propia vida,
sabr  mi amor recuperar tus planos!

*(Extiende al cielo los brazos. Todos
la contemplan mudos de emoción. El
crepúsculo muere en las cumbres de la
montaña del Sol.)*

TELÓN

ACTO CUARTO

Torreón de un castillo en las cercanías de Granada. Al fondo, tres amplios arcos que dan a las almenas. A la izquierda, una hoguera. A la derecha, una puerta. Trofeos y pertrechos de guerra por todas partes.

Es de noche. La escena aparece iluminada por algunas teas de resina clavadas en los muros y en los pilares de los arcos. Relampaguea.

ESCENA PRIMERA

OZMÍN, ALIATAR y un PAJE, sentados en esca-
beles de encina, calentándose en torno de la
hoguera

PAJE.

Maldita noche. ¿No oís
cómo ruge la tormenta?

OZMÍN.

¡Como un jabalí que herido
por una nube de flechas
se abre camino en el monte,
abatiendo las malezas,
así, gruñendo de cólera,
pasa el viento por las selvas!

ALIATAR.

¡En seis años de campaña
por estas salvajes sierras,
nunca he pasado una noche
tan horrible como ésta!

PAJE.

Tiemblo de miedo, y de frío
mis dientes castañetean...

OZMÍN.

¡Aseguran los espías
que a esta vieja fortaleza,
el nuevo emir de Granada
mañana a sitiarnos llega!

ALIATAR.

¡Sobre el cuerpo de su padre
Alhamar, por el Profeta,
el nuevo emir ha jurado
no dar término a la guerra
y llevarla a sangre y fuego,
hasta tanto que no vea
en los muros de la Alhambra
sangrando nuestras cabezas!

PAJE.—(Con temor.)

Arrasará nuestras casas...
Sembrará de sal las tierras...

ALIATAR.

¡Tantos soldados se agrupan
en torno de sus banderas,
que al avanzar por el llano
bosques de lanzas semejan!

OZMÍN.

¡Pero Abu Ishac no se espanta,
y como a auxiliarnos vengan
los otros valís rebeldes,
ya veréis cómo no quedan
de los muros de Granada
ni aun el polvo de las piedras!

ALIATAR.

Desde que dió muerte a Azhuna,
como sabéis, en la sierra
de Elvira, Abu Ishac parece
no un hombre, sino una fiera...
¡Ay, desde entonces su alma
se hizo sorda a la clemencia!
Asuela las alquerías,
a los cautivos degüella,
¡y cuanta más sangre bebe,
su espada está más sedienta!

PAJE.

¡O encerrado entre estos muros
pasa las noches en vela
con magos y con astrólogos,
consultando las estrellas!

OZMÍN.

¡Yo le he visto, a medianoche,
atravesar las tinieblas
como un fantasma, llamando
en áalta voz a Sobeya!
¡Sus ojos fosforecían
bajo el negror de las cejas,
como los de un lobo oculto
en el fondo de una cueva!

PAJE.

¡No sé por qué, pero temo
que esta noche nos suceda
algún mal, porque en mi vida
vi una noche como ésta!

ESCENA II

Dichos, ABU ISHAC y el ASTRÓLOGO, que entran
por el arco del centro

ABU ISHAC.—(*Aproximándose.*)

¿Qué hacéis, bergantes, rezando
alrededor de esa hoguera?

(*Todos se levantan aturcidos.*)

PAJE.—(*Disculpándose.*)

Señor, hace tanto frío,
que hasta el aliento se hiela...

ABU ISHAC.

Más frío tendrás desnudo
y colgado de una almena,
como has de estar, si te atreves
a hablar ante mi presencia...

(*Avanzando hacia el centro. El*

Paje se echa a temblar.)

¡Ozmín, vigila esta torre,
redobla los centinelas,
que una noche tan oscura
es propia para sorpresas!

(*Todos se inclinan.*)

OZMÍN.

¿No tienes más que mandarme?

ALIATAR.

Señor, ¿nada más deseas?

ABU ISHAC.

¡Que todos, sobre las armas,
vigilen la fortaleza...,
y que en los mismos infiernos
despierte aquel que se duerma!
(Salen por el arco de la izquierda.)

PAJE.—*(Al salir, a Aliatar.)*

Mira... Parecen sus ojos
nubes que relampaguean.

ALIATAR.—*(Idem, al Paje.)*

¡Tiene su rostro sombrío,
más pálido que la cera!...
(Desaparecen por los arcos.)

ESCENA III

ABU ISHAC y el ASTRÓLOGO

ABU ISHAC.—*(Sombriamente.)*

¿Nada te dicta, astrólogo, tu ciencia,
que pueda mitigar esta amargura
que mina, lenta y sorda, mi existencia,
y es para el alma como noche oscura?
¡Ni una estrella mis pasos ilumina,

y, perdido en las sombras de mí mismo,
soy como un pobre ciego que camina
por los ásperos bordes de un abismo!

ASTRÓLOGO.—(Con gravedad.)

Ni la virtud austera
que de todo apetito vive ayuna,
y que en las noches de la primavera,
a la luz de la luna,
cuando el deseo hincha su garganta,
de su lecho de piedra se levanta,
y con los ojos fijos en el cielo,
a la carne rebelde disciplina,
hasta que sangra, y de dolor se inclina,
como una flor de púrpura, en el suelo;
ni el vicio a quien sorprende la alborada
reclinado en el seno de una amante,
la sien de frescas rosas coronada,
y en las manos la copa rebosante...
¡Ni el demacrado asceta,
ni el joven libertino
se podrán evadir de la saeta
que dispara en las sombras el Destino!
¡Y ambos, heridos por la misma suerte,
bajo el silencio de los ataúdes,
confundirán sus vicios y virtudes
en el árido polvo de la muerte!
¿De qué le sirve al sabio que, olvidado
de todo vano ruido,
en su encierro, estudiando, ha encanecido
sobre viejos volúmenes curvado,
cegar los ojos y quemar las cejas
descifrando borrosas escrituras,
para basar en experiencias viejas
la moral de las máximas futuras?

¡Los signos que su mano va trazando
asiduamente, con temblor divino,
la esponja de la muerte va borrando,
hasta dejar en blanco el pergamino!
Y es inútil su efímera quimera,
y son vanos sus frágiles intentos...
¡Como si un loco labrador quisiera
arar las aguas y encauzar los vientos!

ABU ISHAC.

No entiende mi rudeza de soldado
la profunda verdad de tus razones,
ni tampoco a esta torre te he llamado
para oír consejos ni aprender lecciones...
¡Sólo pido a tu ciencia que me diga
si algún remedio conocido existe
contra este amor desesperado y triste
que el corazón y el alma me atosiga!

ASTRÓLOGO.

Durante treinta años, encerrado
en silenciosas torres, he estudiado
los libros más famosos de la Tierra.
Nahxiya me enseñó la Nigromancia,
y Ahmed, el de Madrid, la Quiromancia
y los secretos que la Alquimia encierra.
Con la piedra llamada heliotropía
cambió la luna en sol, la noche en día.
Transformó una montaña, en un instante,
en alcázar de genios y de huríes...
Sé transmutar la lágrima en diamante,
y la sangre en rubíes,
y en oro el polvo que tu planta huella...
¡Y leo todo el porvenir humano
en los rayos de plata de la estrella

y en las confusas líneas de la mano!
 A mi voz se despiertan los titanes
 y derrumban las sólidas techumbres,
 y estallan en la nieve de las cumbres,
 como flores de incendio, los volcanes.
 ¡Al soplo de mis labios, los nublados
 fertilizan los áridos desiertos,
 y en los áureos espejos encantados
 resucitan las sombras de los muertos!
 Dí dónde quieres que mi ciencia ejerza
 su poder, y yo juro complacerte...
 ¡Sólo contra el amor no tengo fuerza,
 porque el amor es hijo de la muerte!
 ¡Y es más fácil que un muerto cobre vida
 y de su oscura tumba se levante,
 que arrancar la pasión que vive unida
 a las propias entrañas del amante!
 De este amor que te espanta y que te
 [asombra,
 jamás, pobre mortal, librate esperes...
 Es la sombra del cuerpo, y ¿cómo quieres
 de un cuerpo vivo separar su sombra?

ABU ISHAC.

Dices bien: arrancarme estos amores
 fuera más que arrancarme la existencia...
 Sólo le pido, astrólogo, a tu ciencia
 bálsamos que mitiguen mis dolores.
 Treguas en estas luchas, un momento
 de paz para mi alma, un lenitivo
 que aminore este bárbaro tormento,
 ¡el ¡ay! constante en que muriendo vivo!

ASTRÓLOGO.

Los bálsamos que pides no son propios

de mi ciencia... ¡Tu empeño será vano,
 porque para el amor no hay telescopios
 ni se transmuta el corazón humano!

(Con misterio.)

Solamente, Abu Ishac, decirte quiero
 tu horóscopo... ¡Durante cien veladas,
 signo a signo, lucero por lucero,
 lo han leído en la noche mis miradas!

ABU ISHAC.

¿Qué enigma para mí guardan los astros?

ASTRÓLOGO.—*(Decidiéndose. Con solemnidad.)*

¡No dicen más sino que, astuta y fiera,
 siguiendo va una víbora tus rastros,
 y entre las flores su aguijón te espera!

ABU ISHAC.—*(Displicentemente.)*

¡Tan sólo ese presagio me amenaza?

ASTRÓLOGO.

¡En torno de tu estrella vaga una
 nube sangrienta que tu suerte enlaza
 al alfanje de plata de la luna!

(Proféticamente.)

¡Antes que bruña el sol al oceano
 y dore esas almenas,
 a este castillo llamará la mano
 que te ha de libertar de tus cadenas!

ABU ISHAC.

¡Si me engañas..., piedad no esperes nunca!
 ¡Sin que valgan ensalmos ni conjuros,
 del adarve más alto de estos muros
 haré que cuelgue tu cabeza trunca!

¡Y entonces, tus pupilas embusteras,
 para ejemplo de falsas profecías,
 devorarán las aves carniceras
 hasta dejar tus órbitas vacías!
 Mas si se cumple, en cambio, lo que dices,
 sabré recompensarte generoso;
 y en vez de alimentarte de raíces
 en inmundo cubil, como un leproso,
 tendrás lechos de púrpura, manjares
 exquisitos y túnicas valiosas;
 áureas vajillas, siervos y cantares,
 y lúbricas doncellas, tan hermosas,
 que al desatar sus trenzas en el viento,
 en tu cuerpo decrepito y gastado
 harán resucitar, rugiendo hambriento,
 al león insaciable del Pecado!

ASTRÓLOGO.

Todos esos tesoros que me ofrecen
 tus labios, si quisiera los tendría...
 Mezquinos y fugaces me parecen...
 ¡Mi recompensa es mi profecía!

*(Suena bajo la almena el caracol de
 un viandante.)*

ABU ISHAC.—*(Volviéndose hacia el arco del
 centro.)*

¿No has oído? Debajo de esa almena
 resuena el caracol del peregrino...

(Abu Ishac se acerca a la almena.)

ASTRÓLOGO.—*(Mientras Abu Ishac se dirige
 al torreón.)*

¡Es el lúgubre aullido de la hiena,
 que olfatea la muerte en su camino!

ESCENA IV

Dichos, un PAJE, OZMÍN, ALIATAR, Soldados y Pajes. El Paje, seguido de sus compañeros, penetra por la puerta de la derecha; Aliatar, Ozmín y los Soldados, por el arco de la izquierda. Abu Ishac se vuelve al proscenio. Todos se inclinan ante él. El Paje se adelanta

PAJE.

¡Señor, al pie del castillo
piden hospitalidad!

ABU ISHAC.—(Al Paje.)

¡Pues al instante, el rastrillo
para que pasen alzád!

(A los Soldados, señalando la hoguera.)

Avivad presto esa llama...

(A los Pajes.)

Formaos de dos en dos...

¡El que a nuestra puerta llama,
es mensajero de Dios!

(El Paje sale por la puerta de la derecha. Los otros Pajes forman dos filas hasta la puerta, con las antorchas encendidas. Algunos Soldados avivan la hoguera. Ozmín y los restantes se agrupan en torno de los arcos. El Astrólogo se oculta entre ellos.)

ESCENA V

Dichos, ALY BEN IBRAHIM, ABUL BEKA, ESCLAVO y SOBEYA, vestida de esclavo. Entre los Pajes penetran Aly ben Ibrahim y Abul Beka, por la puerta de la derecha. Detrás de ellos, los dos Esclavos. Todos vienen envueltos en sus albornoces. Abu Ishac les sale al encuentro, con las llaves del castillo en las manos

ABU ISHAC.—(*A sus huéspedes.*)

¡Las manos del Señor, sobre vosotros, su bendición y su poder derramen!...

¡Sed bien venidos a esta vieja torre!...

(*Inclinándose ante ellos.*)

Yo mismo a vuestros pies pongo sus llaves...

ABUL BEKA.—(*Adelantándose y descubriéndose. Aly ben Ibrahim hace lo mismo.*)

Abu Ishac, ¿nos conoces?

ABU ISHAC.—(*Retrocediendo sorprendido.*)

¡Abul Beka!

¡Ibrahim!... Mas ¿qué pasa? Di, ¿qué os en esta noche oscura a mi castillo? [trae

¿Venís como traidores a espiarme?

(*Amenazante.*)

¡No esperar compasión!... ¡Habéis caído en una madriguera de chacaes!

¡Cara habéis de pagar vuestra osadía!...

(*A los Soldados.*)

¡Soldados, al momento desarmadles!

(*Los Soldados los rodean.*)

ALY BEN IBRAHIM.—(*Mostrando el cinto.*)

¡Sin armas, Abu Ishac, aquí venimos,
y en vez de guerra te brindamos paces!

(*Los Soldados retroceden a una señal de Abu Ishac.*)

En nombre de Muhamad, de nuestro príncipe
por muerte de Alhamar, su excelso padre,
con el agua y la sal a ti llegamos,
deseosos de acabar con tantos males
como devoran nuestro reino. En tanto
que los pastores y los rabadanes,
igual que encarnizados enemigos
se destrozan en bárbaros combates,
sobre nuestros rebaños indefensos
aullando de furor los lobos caen...
y el cristiano cautiva nuestras hijas
y se apodera de nuestras ciudades.

ABUL BEKA.

¡Escúchame, Abu Ishac, lo que te escribe
el príncipe Muhamad, que el cielo guarde!

(*Se adelanta al centro de la escena.
Saca un largo pergamino sellado con
las armas reales de Muhamad II. Le-
yendo solemnemente.*)

«En nombre del Dios único, generoso y cle-
mente,
yo, Muhamad, primogénito del emir Al-
hamar,
azote del impío y amparo del creyente,
sostén y fortaleza de los hijos de Agar,
a ti, Abu Ishac, caudillo y valí de Comares,
te mando en este pliego mi regia bendi-
ción...

¡Que, como el sol serena la furia de los
 [mares,
 la paz de Dios descienda sobre tu corazón!
 ¡Deseoso de que acabe la lucha fratricida,
 que de todos los fieles baña en llanto la faz,
 mi corazón magnánimo las ofensas olvida,
 y con Aly te mando mis saludos de paz!
 Todos cuantos castillos te he tomado en la
 [guerra,
 privilegios y honores, te juro devolver.
 Perdonaré a tus siervos, aumentaré tu tierra,
 y al frente de mis huestes de nuevo te has
 [de ver.
 Más que el sol y los astros brillará tu for-
 [tuna.
 ¡Solamente una cosa te tengo que exigir:
 que me entregues los planos que le qui-
 [taste a Azhuna
 al llevarle a tus plantas su destino a morir!
 Con ellos el alcázar que corona a Granada,
 para pasmo del mundo, podremos terminar...
 ¡Juré recuperarlos, con la paz o la espada,
 junto al lecho de muerte de mi padre Al-
 [hamar!
 Si te niegas, no esperes de mi piedad se-
 [guros;
 caeré con mis leones sobre ese torreón...
 ¡Degollaré tus gentes, arrasaré tus muros,
 y ni muerto ni vivo obtendrás mi perdón!»

ABU ISHAC.—(*Rompiendo impetuosamente el
 silencio y la expectación de todos.*)
 Aunque tuviese que vagar errante
 sin patria y sin hogar, sin un amigo,

arrastrando mi planta sanguinante,
 pordioseando el pan como un mendigo;
 de vereda en vereda,
 huyendo sin cesar, como uno de esos
 perros hambrientos a quien sólo queda
 la sarna de la piel sobre los huesos,
 y en cruz los brazos, sin cerrar los ojos,
 en medio de esas ásperas montañas
 quedasen insepultos mis despojos
 para pasto de cuervos y alimañas;
 y me ofrecieran, con la vida, el oro
 y todas las riquezas de la tierra...
 ¡cuanto en los cielos y en el mar se encie-
 [rra!...
 ¡Al emir no entregaba mi tesoro!...
 Antes que darle eso, le daría
 el alma, el corazón... la vida entera...
 ¡Aun cuando el propio Dios me los pidiera,
 a dárselos a Dios me negaría!

ALY BEN IERAHIM.

Mas la muerte de Azhuna, ¿no ha extinguido
 el odio de tu pecho?

ABU ISHAC.—(*Sacando de la escarcela los planos y mostrándolos.*)

¡No!... Perdura
 más hondo, más tenaz, más encendido...
 ¡La herida de las almas no se cura!
 Es la única prenda que poseo;
 mi odio, mi amor, mi última esperanza...
 ¡De mi ruda venganza fué trofeo...
 y nadie ha de arrancarme mi venganza!

Ojo por ojo, sí...; muerte por muerte...
 Extinguiré del todo su memoria...
 ¡El me robó mi amor, y yo, más fuerte,
 para vengarme, le quité su gloria!

ALY BEN IBRAHIM.

¿Pero por qué esos planos conservaste?

ABU ISHAC.

Ellos son testimonio de mis duelos...
 ¡Oh pobre viejo, como nunca amaste,
 nunca podrás saber lo que son celos!
 El no murió del todo... Aun vive para
 mi odio insaciable... Al estrujar sus planos
 siento un goce infernal, cual si estrujara
 su propio corazón entre mis manos.
 ¡Y cuando me atormenta su recuerdo,
 en mis ímpetus ciegos y dementes,
 como un perro famélico, les muerdo,
 hasta hacerlos sangrar entre mis dientes!
(Oculta los planos en la escarcela.)

ABUL BEKA.—*(Acercándose, y en tono conciliador.)*

¡Tu resistencia y tus recursos mide,
 Abu Ishac! No te ciegues... Reflexiona...
 Bien poca cosa nuestro emir te pide...
 En cambio de esos pliegos, te perdona...
 Acalla tu rencor... Piensa en tu estado...
 El valí de Guadix ya se ha rendido,
 y el de Málaga parias ha jurado...
 Uno a uno, tus pueblos han caído
 bajo nuestro poder... ¡Sólo te resta,
 contra todas las fuerzas de Granada,

un puñado de hombres dentro de esta
torre, por nuestro ejército sitiada!

ABU ISHAC.—(*En un arranque de orgullo.*)

¡El temor que la vil canalla siente,
en generosos pechos nunca anida,
ni abate un noble su arrogante frente
por salvar los harapos de su vida!
Decidle a vuestro amo que la tierra,
los planos... y la sal, todo le niego...
¡De mí no espere sino cruda guerra
y eterna destrucción a sangre y fuego!
Contra todas las fuerzas de Granada
tenaz combatiré, de noche y día...
¡A nuestro emir decidle que mi espada
a él... y a su reino entero desafia!
Ni su amistad ni su perdón anhelo
y a la lucha sus impetus emplazo...
¡No espero más socorro que el del cielo
ni busco más defensa que mi brazo!
Y si nadie, ni el cielo me socorre,
no espere que me rinda fatigado...
¡Me encerraré en los muros de esta torre
y en sus escombros moriré aplastado!

ABUL BEKA.—(*Conciliador.*)

Pero escucha y medita lo que digo.
¡Si es noble sucumbir bajo el acero,
morir de hambre y de sed, como un men-
[digo,
es afrenta y baldón para un guerrero!
¡El hambre es dura, y pueden tus soldados
ante la tienda del emir llevarte
como un cordero, con los pies atados,
y en ofrenda de paz sacrificarte!

ABU ISHAC.—(*Se vuelve hacia los suyos. En voz alta.*)

Guerreros, el emir la paz nos brinda...

Todos habéis oído su embajada...

¿Queréis, valientes, que mi alfanje rinda
ante el nuevo tirano de Granada?

LOS SOLDADOS.—(*Golpeando con las armas los escudos.*)

¡No!... ¡No!... ¡Nunca!

ABU ISHAC.

¡Socorro no esperéis!

OZMÍN.—(*Adelantándose.*)

¡Señor, los defensores del castillo
prefieren ser pasados a cuchillo
a que treguas o paces concertéis!

SOLDADOS.—(*Gritando.*)

¡Guerra a muerte pedimos!

ABU ISHAC.—(*Mirando fijamente a los suyos.*)

¡Si hay acaso
alguno entre vosotros que quisiera
abandonar ahora mi bandera,
puede libre salir..., franco está el paso!

OZMÍN.—(*Adelantándose.*)

¡Defendiendo a tu lado estas almenas,
todos triunfar o sucumbir queremos!

ALIATAR.—(*Idem.*)

¡Nuestra sangre por ti derramaremos
hasta dejar exhaustas nuestras venas!

ALY BEN IBRAHIM.—(Con un gesto de resignación.)

De convencerte ya no encuentro modo,
y del encargo del emir desisto...

¡Dios te ampare, Abu Ishac!...

(Se dispone a salir.)

ABU ISHAC.

¡Decidle todo
cuanto habéis escuchado y habéis visto!

ABUL BEKA.

De tu propia desgracia eres causante...

ABU ISHAC.

¡Decid que entre nosotros, en la tierra,
sólo habrá desde hoy en adelante
eterna destrucción y eterna guerra!

ALY BEN IBRAHIM.

Está bien, Abu Ishac... Tú lo has querido...

ABUL BEKA.

¡No te quejes a nadie de tu suerte!

¡En tus manos las paces has tenido!

SOLDADOS.

¡No queremos las paces!... ¡Guerra a
[muerte!

(Salen Aly ben Ibrahim y Abul Be-
ka por la puerta de la derecha, prece-
didos de Pajes con antorchas. Abu
Ishac les despide.)

ESCLAVO.—(*Al ir a partir, en voz baja a Sobeya, en el centro de la escena.*)

Vente, Sobeya. Atiende a mis razones...

SOBEYA.—(*En voz baja.*)

¡Parte, esclavo! Tus ruegos serán vanos...

Al pie de estos bermejos torreones

espera oculto... ¡Te echaré los planos!

(*Se va el Esclavo detrás de sus señores. Sobeya se vuelve hacia el arco de la izquierda y se oculta entre los Soldados.*)

ESCENA VI

Todos, menos ALY BEN IBRAHIM, ABUL BEKA
y el ESCLAVO

SOLDADO 1.º.—(*Contemplando a Sobeya, que intenta ocultarse entre los Soldados.*)

¡Traición!

(*Caen sobre ella y la sujetan. Aliatar acude.*)

ALIATAR.—(*A Abu Ishac.*)

Aquí un esclavo se ha escondido.

(*Los Soldados, en actitud amenazadora, se arremolinan en torno de Sobeya. Abu Ishac se vuelve al centro de la escena.*)

OZMÍN.—(*Arrastrando a Sobeya hasta Abu Ishac.*)

¡Contempladle, señor!

(Sobeya permanece indiferente entre las manos de los Soldados.)

ABU ISHAC.—*(Mirándola fijamente.)*

Dime: ¿qué quieres?

¿Por qué con tus señores no te has ido?

SOBEYA.—*(Con voz trémula.)*

Tengo que hablarte a solas...

ABU ISHAC.—*(Receloso.)*

¡Tú! ¿Quién eres?

SOBEYA.—*(Descubriéndose el rostro.)*

¿No me conoces, Abu Ishac?

ABU ISHAC.—*(Sorprendido.)*

¡Sobeya!

(Los Soldados la sueltan. Abu Ishac se vuelve hacia ellos y les dice con voz áspera.)

Idos todos... ¡Dejadnos un instante!

(Los Soldados salen por los arcos.)

ASTRÓLOGO.—*(Aparte, junto al fuego.)*

La vibora ha pisado el caminante...

¡Adiós, señor!

(A Abu Ishac, dirigiéndose al arco de la izquierda. Aparte, al salir.)

¡Se cumplirá tu estrella!

ESCENA VII

SOBEYA y ABU ISHAC, solos, en el primer término

ABU ISHAC.—(*No queriendo creer en lo que ve.*)

¡Oh visión fugitiva y misteriosa!

Dime pronto: ¿qué es esto? ¿A qué conjuros les debo tu presencia entre estos muros que eran para mi amor como una fosa?

¡Por fin llegaste al alma que te espera!...

Ante mis ojos sonreír te veo,

y te tocan mis manos... ¡y no creo

que seas realidad, sino quimera!...

Mas quimera o mujer, ¡sé bien venida!...

Ensueño o realidad, ¡bendita seas!...

(*Acercándose a ella, en voz baja.*)

Para venirme a ver, di: ¿qué deseas?

¡Tuyo es mi corazón, tuya es mi vida!...

¡Pero háblame, que escuche yo tu acento,

y pueda convencerse mi esperanza

que no eres sombra que intangible avanza

para morir al soplo de mi aliento!

SOBEYA.—(*Aproximándose y mirándole fijamente.*)

¡No soy sombra, Abu Ishac! ¡Mírame: toca

la fiebre de mis manos; ve mi frente

pálida, la sonrisa de mi boca

y el resplandor de mi mirada ardiente!

¿No me conoces ya? ¿Acaso es para

tu corazón voluble mi figura,

como un muerto olvidado que se alzara de pronto de su negra sepultura?

ABU ISHAC.

Tu voz vierte su música en mi oído...
La escucho... y de escucharla no estoy
[cierto...

¡Oh, déjame soñar si estoy dormido,
o morir de placer si estoy despierto!

*(Pausa. Se queda contemplándola ex-
tático. De pronto se agita convulsiva-
mente. Desconfiando y retrocediendo
de súbito.)*

¿A qué vienes aquí? Dime: ¿a qué vienes,
que vacila al andar tu frágil planta,
y me hablas... y temblando te detienes
cual si el temor ahogase tu garganta?

*(Recuperando la confianza y acercán-
dosele.)*

Mas aunque llegues como loba hambrienta,
curvas las garras y erizado el vello,
de mi sangre sedienta,

a clavarme los dientes en el cuello
y a devorar después mi vida entera...

¡Bendita seas por haber venido
para hacer sonreír por vez primera
a estos labios que nunca han sonreído!

SOBEYA.—*(Deslumbrándole con su belleza.)*

¡Mira la palidez de mi semblante,
este temblor continuo; mi mirada,
que en la tuya se clava suplicante,
cual la de una gacela acorralada!

Apenas a tu vista me sostengo...

De angustia y de rubor muero a tu lado...

¡Porque a decir a tu esperanza vengo
lo que siempre mis labios te han callado!

(Haciendo un esfuerzo horrible.)

Tú no sabes lo horrible de esta lucha...

¡Tanto sufre mi ser, que ya no puedo
resistir mi pasión... Escucha... escucha
cómo tiembla mi voz de gozo... y miedo!

(Luchando aún con los más encontrados afectos.)

A decírtelo el labio se me niega...

mas lo dirá mi alma temblorosa...

¡La que ayer se negaba a ser tu esposa,
como una esclava ante tu amor se entrega!

(Se queda mirándole.)

ABU ISHAC.—*(No queriendo dar crédito a sus
ojos. Retrocediendo.)*

Mas no... no puede ser... ¡Estoy demente!

¡Tu voz me engaña, y en tu blanco seno

escondes entre flores la serpiente

que infiltrará en mi sangre su veneno!

*(Fascinado por Sobeya; mirándola
ávidamente.)*

Mas ¿qué importa la muerte? ¿Qué me im-

[porta

que me engañes o no? ¡Sigue mintiendo,

que tu sonrisa al cielo me transporta,

y la gloria en tus ojos estoy viendo!

Por pensar que la fuente del camino

puede tener el agua envenenada,

¿dejará de saciar el peregrino

la sed que hace imposible su jornada?

*(En un arranque de amor, ebrio de
felicidad.)*

Me traiciones o no, déjame verte...

¡He de saciar en ti la sed que siento,
y si al beber tus labios me dan muerte,
como son tuyos, moriré contento!

SOBEYA.—(*Acercándosele más, con los ojos fijos en los de él.*)

¡Mirame!... No te engaño... Olvida, olvida ese tenaz recuerdo que te agobia...

¡Aquí me tienes, Abu Ishac, vestida y temblando de amor como una novia!

¿Para qué, vanamente, atormentarnos? Un amor inmortal vengo a ofrecerte...

Nadie podrá de nuevo separarnos...

¡Soy tuya... y seré tuya hasta la muerte!

(*Envolviéndole en su mirada.*)

¿Quién habla de recelos y de enojos?

¡Fué el pasado sangrienta pesadilla que pronto borrará de nuestros ojos

el nuevo sol que en el Oriente brilla!

De apagar nuestra sed llegó la hora...

¡Sacia en mí tu pasión ardiente y fiera!

Destrózame... Mi corazón devora...

¡Mas deja, deja que en tus brazos muera!

(*Abu Ishac la estrecha ansiosamente en sus brazos.*)

ABU ISHAC.—(*En un vértigo de amor.*)

La misma realidad supera al sueño...

¿Qué me importan los celos y la ira, si soy dueño del mundo al ser tu dueño?

Esto es vivir, y lo demás... ¡mentira!

¡Dios mismo en tus pupilas resplandece; me inunda como un mar tu cabellera,

y al ceñirte en mis brazos me parece

que estrecho en ellos la creación entera!

¡Deja, deja que en ciego desvarío
 beba la eternidad que hay en tus besos,
 y que estreche tu cuerpo contra el mío
 hasta que crujan de placer tus huesos!

(Vuelve a abrazarla.)

De gozo el corazón salta a pedazos...

¡Es demasiado gloria tu cariño!...

¡Mírame agonizar entre tus brazos,
 sollozando de amor igual que un niño!

SOBEYA.

Mi labio torpe a traducir no acierta
 la inmensa dicha que mi pecho siente...

¡Entre tus brazos soy como una muerta,
 condenada a callar eternamente!

ABU ISHAC.—*(Mirándola hasta el fondo de los
 ojos y oprimiendo su cuello entre sus ma-
 nos.)*

¡Mas, ¡ay!, que a veces en tus ojos veo
 algo que de mí viene a separarte
 para siempre, y mi amor siente el deseo
 imperioso y brutal de asesinarte!

*(Sobeya le contempla suplicante. Abu
 Ishac la suelta.)*

Mas no temas mirar tu vida rota...

Toda mi rabia contra ti se pierde...

¡Si me odiases aún, mis venas muerde
 y bébete mi sangre, gota a gota!

¡Cumple en mí la venganza más artera,
 condéname al más bárbaro tormento,
 mas deja al menos que en tus brazos muera,
 absorbiendo tu alma con tu aliento!

SOBEYA.—*(Con resentimiento.)*

¡Cómo me hieren tus palabras rudas!...

Colérico y cruel conmigo eres...
 Si te vengo a buscar, ¿para qué dudas?
 Si estoy entre tus brazos, ¿qué más quieres?
 Razón no tienes ya para quejarte;
 mas quiero ser leal y te perdono...
 ¿Qué cosa más aún puedo entregarte,
 si mi cuerpo en tus brazos abandono?

ABU ISHAC.

¡Yo arrancaré del pecho estos rencores
 por no verte sufrir, Sobeya mía!
 ¡Quien está acostumbrado a los dolores
 no puede resistir una alegría!
 Tú misma has de imponerme la condena
 que merezco. Mas, siéntate a mi lado...

*(La sienta a su lado, en un escabel,
 junto al fuego.)*

La luz ya va a surgir. ¡La vida es buena,
 y todo está para el amor creado!
 Antes de tú venir, no existió nada:
 fuera de nuestro amor, todo es vacío...
 ¡Clava en mis tristes ojos tu mirada,
 y junta el labio con el labio mío!

*(La estrecha en sus brazos. Pequeña
 pausa.)*

Todo va en esos campos renaciendo
(Mirando hacia las almenas.)

al resplandor fecundo de la aurora...
 ¡El pasado es la sombra que va huyendo,
 y nuestra vida empieza desde ahora!
 Por el presente tu pasado olvida...
 ¡Para gozar de esta pasión sincera,
 aquí nos queda aún toda una vida,

(Señalando al cielo.)

y luego allá, la eternidad entera!

¡Y aunque la eternidad fuese un demente
y efímero anhelar del alma avara,
para poder amarte eternamente,
este amor infinito la creara!

(Sacando los planos de la escarcela.)

¡Para que al par nuestro pasado muera
y empezar a vivir, mis propias manos,
en las voraces llamas de esa hoguera,
van a quemar mis celos y estos planos!

*(Al ir a arrojarlos, Sobeya se los arre-
bata súbitamente, alzándose en un su-
premo gesto de triunfo. Abu Ishac se
queda un momento atónito. Después se
levanta, interponiéndose entre Sobeya
y el arco del centro.)*

SOBEYA.

¡Ya están en mi poder! ¿Qué te has creído?
¿Pudo abrigar tu amor una esperanza?
Sólo por ellos hasta aquí he venido...

(Con los brazos tendidos al cielo.)

¡Azhuna, ya he cumplido mi venganza!

ABU ISHAC.—*(Acercándosele amenazador.)*

No podrás escaparte... Serás mía...

SOBEYA.—*(Retrocediendo, pero con energía.)*

¡Mi odio es tan grande y tan desesperado,
que desgarrar mi cuerpo desearía
sólo porque tus manos lo han tocado!

ABU ISHAC.—*(Cayendo sobre ella.)*

Con tus propias palabras te condenas...
Estás en mi poder...

SOBEYA.—(*Sacando de pronto un puñal y clavándose en el pecho.*)

¡Inútilmente!

¡Ya mi puñal emponzoñó tus venas
con todos los venenos del Oriente!

ABU ISHAC.—(*Vacila un momento, pero se alza y estrecha entre sus manos el cuello de Sobeya.*)

Mas mi venganza no acabó del todo...

Entre mis manos voy a estrangularte...

(*Sobeya le mira desencajada, y Abu Ishac le suelta el cuello, aunque la retiene en sus brazos.*)

No me mires, Sobeya, de ese modo...

(*Con la voz débil y dolorida.*)

¡Prefiero que me mates, a matarte!

¡Morir de odio o de amor, me da lo mismo,
con tal de sucumbir entre tus manos!

SOBEYA.—(*Forcejeando por separarse de Abu Ishac.*)

Entre nosotros dos se abre un abismo...

(*Se desprende de Abu Ishac y corre a las almenas, agitando los planos.*)

Esclavo, ¿estás ahí?... ¡Toma los planos!

(*Abu Ishac quiere seguirla y se desploma bajo el arco del centro. Sobeya arroja los planos.*)

ABU ISHAC.—(*Agonizante.*)

¡Oh Sobeya..., traición!...

SOBEYA.—(*Gritando, inclinada sobre las almenas.*)

Huye, no esperes...

¡Corre, esclavo, veloz, y di a Granada
cómo mueren por ella sus mujeres!

(Se vuelve triunfalmente.)

¡Su gloria se salvó!... ¡Ya estoy vengada!

ESCENA VIII

Dichos; OZMÍN, ALIATAR, el ASTRÓLOGO, Pajes
y Soldados. Penetran precipitadamente por to-
dos lados. La luz de la aurora empieza
a clarear

ALIATAR.—*(Entrando.)*

Mas ¿qué pasa?

SOLDADO.—*(Viendo el cuerpo de Abu Ishac
tendido bajo el arco y señalándosele a los
que entran.)*

¡Traición!

(Todos se aproximan.)

OZMÍN.—*(Inclinándose sobre Abu Ishac.)*

Di: ¿quién te ha herido?

SOLDADOS.—*(Llenos de horror, en torno de
Abu Ishac.)*

¡Traición! ¡Traición!

OZMÍN.—*(Levantándole la cabeza en su
brazo.)*

¡Contéstame!

ABU ISHAC.—(*Abriendo los ojos y expirando, como en un suspiro.*)

¡Sobeya!

(*Todos se inclinan. Aliatar le coloca la mano sobre el corazón.*)

ALIATAR.

¡Su corazón no tiene ya un latido!

OZMÍN.

Cerrad sus ojos...

ASTRÓLOGO.—(*Apareciendo entre los Soldados y tendiendo los brazos al cielo.*)

¡Se cumplió su estrella!

(*Los Soldados descubren a Sobeya, que ha permanecido reclinada en el ángulo de las almenas, y se dirigen a ella con las espadas desnudas.*)

SOLDADOS.

¡Aquí está ya!

(*Señalando a Sobeya.*)

OZMÍN.—(*Sosteniendo a Abu Ishac, a los Soldados.*)

¡Clavadle vuestros hierros!

ALIATAR.—(*Idem id.*)

¡Matadla!

PAJE.—(*Dirigiéndose resueltamente, con las espadas desnudas, a Sobeya.*)

¡Sí, te despedazaremos,
y desde estas almenas echaremos
tus sangrientas piltrafas a los perros!

SOBEYA.—(*Tendiendo los brazos al cielo, como quien cumplió un voto.*)

¡Granada, mi palabra está cumplida!

¡Azhuna, ya he salvado tu memoria!...

(Volviéndose a los Soldados, en un gesto orgulloso de desafío, mostrándoles el pecho.)

¿Qué me importa morir?... ¡La muerte es
[vida

cuando es por el Amor o por la Gloria!

*(Los Soldados, gritando, la acometen.
Telón rápido.)*

FIN DE

«EL ALCÁZAR DE LAS PERLAS»

ABEN-HUMEYA

TRAGEDIA MORISCA. EN CUATRO
ACTOS Y EN VERSO

A NATALIO RIVAS

Por el perenne y fervoroso culto que habéis alzado en el fondo de vuestra alma a la gloriosa y pródiga tierra que guarda las nobles cenizas de nuestros muertos; por todo cuanto habéis hecho por glorificarla y por lo que aún esperamos de vuestro esfuerzo, le dedica este poema alpujarreño, estos cantos de amor y de sangre, de odio y de guerra, su devoto paisano y amigo,

FRANCISCO VILLAESPESA.

Laujar de Andarax,
16 de diciembre de 1913.

PERSONAJES

<p>ZAHARA. DOÑA ISABEL DE MERCADO. DAMAR. ZORAIDA. LA HUÉRFANA. LA HERMANA. LA VIUDA. LA DEMENTE. MORISCA 1.^a IDEM 2.^a ABEN-HUMEYA. BEN-ALGUACIL. DON ALVARO DE FLORES.</p>	<p>DON LOPE DE ATIENZA. DON DIEGO DEL RÍO. ABEN-ABOO. HUEZÍN. PELÁEZ. VILCHES. EL HABAQUÍ. EL CAÑARÍ. EL PARTAL. ALMENDARI. PREGONERO. SOLDADO 1.^o IDEM 2.^o MORISCO 1.^o IDEM 2.^o</p>
---	--

Cautivas, Moriscas, Soldados, Moriscos y Turcos.

La acción pasa en Granada y en las Alpujarras, en 1567-1569.

El maestro Angel Barrios compuso para ella tres inspiradísimos momentos musicales.

ACTO PRIMERO

Una plaza en la cima del Albaicín, desde donde se divisan, glorificadas por el oro y la púrpura de la tarde, las magnificencias de la ciudad y las maravillas de la Alhambra. Entre la verde primavera de los jardines se destacan trágicamente los bermejos torreones del alcázar real, y las severas fortificaciones que lo defienden, custodiando con un cinturón de murallas los fabulosos tesoros del más glorioso ensueño nazarita. A la izquierda, un aljibe de doble arco, empotrado en el muro de un viejo torreón practicable, al cual se asciende por una pequeña escalinata de piedra. En primer término, la fachada blanca de cal y relucientes azulejos de una rica vivienda morisca. Puerta estrecha. Ajimeces de mármol, con espesas celosías de colores. A la derecha, otras casas, y en primer término, una callejuela. En el centro de la escena, una hoguera encendida. Empieza a declinar la tarde.

ESCENA PRIMERA

ZAHARA, DAMAR, ALMENDARI, Moriscos y Moriscas. Los Moriscos, sentados a las puertas de sus casas, en la escalinata del aljibe y en el balaustre del fondo de la plaza, silenciosos e inmóviles, con la cabeza entre las manos, profundamente abatidos. Las Moriscas forman un

semicírculo en torno de la hoguera, agitando
sus almazales

ZAHARA.—(*Con el almazal en las manos.*)

¡Blancos almazales,
celajes de gasa,
donde como estrellas
en nubes de plata,
de las granadinas
los ojos brillaban;
puesto que ya nunca
velaréis sus gracias
—así el rey Felipe
en su edicto manda—,
sed humo y ceniza
dentro de estas llamas!

(*Arroja los velos al fuego.*)

DAMAR.—(*Volviéndose a los hombres.*)

¡Granadinos, como hembras,
dejad correr vuestras lágrimas,
puesto que hombres no sois
para salvar a Granada!

(*Los hombres se retuercen de ira.
Otros sollozan. Algunas doncellas
acompañan la lamentación tañen-
do adufes y dulzainas.*)

ZAHARA.—(*Desprendiéndose de sus ricos co-
llares.*)

¡Frágiles collares
de coral y ámbar,
topacios, zafiros,
perlas y esmeraldas,
con broches de oro

y engarces de plata,
 que sobre los senos
 relampagueaban;
 puesto que ya nunca
 —así el rey lo manda—
 podréis enroscaros
 a nuestras gargantas,
 rompeos en lluvia
 de fúlgidas lágrimas!

(Los arroja a la hoguera, rompiéndolos violentamente.)

DAMAR.—*(A los hombres.)*

¿No os da vergüenza quejaros
 como miserables esclavas
 teniendo las manos libres
 para manejar las armas?

(Los hombres continúan sollozando.)

ZAHARA.—*(Sacando un Corán del seno.)*

¡Libro que al Profeta
 un ángel dictara,
 a compás del trueno,
 sobre una montaña;
 como no podemos
 recitar tus máximas
 —así el rey Felipe—
 en su edicto manda—
 dentro de esta hoguera
 quememos tus páginas
 porque no las manchen
 las manos profanas!

(Desgarra el Corán y arroja los pedazos a las llamas. Los hombres

se cubren el rostro. Algunos se muerden los puños de coraje.)

ALMENDARI.

¡Oh libro santo, contigo
se quema también mi alma!

MORISCO 1.º

¡Las llamas que te consumen
a mi corazón abrasan!

ALMENDARI.

¡Es un trozo de mi carne
cada hoja que te arrancan!

DAMAR.—(A los hombres.)

¡Si defender no podéis
nuestra ley, con vuestra espada
arrancaos esas lenguas
de raíz, como cizaña,
antes que el aire envilezcan
con lamentaciones vanas!

MORISCA 1.º

¿Para qué queréis la lengua,
si han prohibido nuestra habla?

ZAHARA.—(Aproximándose de nuevo a la hoguera.)

¡Danza de otros días,
armoniosa danza
de nuestras leleilas
y de nuestras zambras,
en la que, a las luces
de las almanaras,
sobre la alcatifa

de flores bordada,
sueños de amor tejen
las ágiles plantas,
mientras nuestros cuerpos
se encurvan y enlazan,
como los rosales
cuando el viento pasa!...
¡Ya nunca en tus giros
flotarán al aura
negras cabelleras
sobre espaldas blancas!...
Porque nos prohíbe
nuestro rey danzarla,
¡sollozad, adufes,
y plañid, dulzainas!...
¡Bailemos, doncellas,
hijas de Granada,
en torno del fuego
la última danza!

(Algunas Doncellas bailan, agitando sus velos, al son de adufes y dulzainas.)

MORISCOS.—*(Sollozando.)*
¡Ay de nosotros!...
¡Ay de Granada!

ESCENA II

Dichos y el CAÑARÍ, que desciende del torreón

CAÑARÍ.—*(A los Moriscos.)*
¡Aquí los hombres llorando,
mientras las mujeres danzan!...

¿No oís el pregón que pregona
al viento nuestra desgracia?

*(Algunos hombres se le acercan,
las mujeres cesan de danzar y le
rodean. Se escucha un redoble le-
jano de atambores.)*

ALMENDARI.

¿Qué nueva infausta nos traes?

MORISCO 1.º

¿Qué rigor nos amenaza?

ZAHARA.

¿Qué nueva tormenta, padre,
tu adusto ceño presagia?

CAÑARÍ.

Un escuadrón de soldados
ha subido de la Alhambra
a darle fuerza al edicto
que el rey Felipe ordenara.
En vano ha pedido treguas
para cumplir la pragmática
nuestro protector, el noble
don Alonso de Granada,
descendiente de los reyes
que estos reinos gobernarán...

¡La Audiencia le ha desoído!

*(Los Moriscos sollozan. Las mu-
jeres se indignan.)*

ZAHARA.—*(A los hombres.)*

¡De vosotros es la infamia,
porque lloráis como hembras
en vez de empuñar las armas!

ALMENDARI.

¿Qué pueden hacer los brazos,
si no tenemos espadas?

ZAHARA.

El enemigo las tiene...
¡Cobardes, id a tomarlas,
y haced que cumpla el cristiano
las condiciones pactadas,
bajo las cuales rindieron
nuestros padres a Granada!

ALMENDARI.

¡Dios, por nuestras propias culpas,
este castigo nos manda!...
¡Doblemos la frente ante
su voluntad soberana!

MORISCO 1.º

Sin cabeza que nos guíe,
sin recursos y sin armas,
¿cómo vamos a oponernos
a las banderas de España?

CAÑARÍ.

¡Si no estuviese la sangre
en vuestras venas helada,
romperíamos los hierros
con que el cristiano nos ata!...
¡Sólo nuestro grito esperan
para asaltar a Granada
más de treinta mil moriscos
armados, en la Alpujarra!

(Resuenan atambores cercanos.

Los Soldados aparecen en la explanada del torreón.)

ALMENDARI.—(*Témeroso.*)

¡Silencio!, el pregón se acerca.

MORISCO 1.^o—(*Huyendo por la callejuela.*)

¡Huyamos a nuestras casas!

(Algunos Moriscos le siguen; otros permanecen inmóviles sentados en los tramos de la escalinata y en el balaustre de la plaza. Las mujeres se agrupan en torno de la hoguera. Sólo el Cañari permanece de pie en el centro.)

ESCENA III

Dichos, el Capitán DON ALVARO DE FLORES, PREGONERO, Soldados y Ministriles. Silencio de expectación, redoble de atambores

PREGONERO.—(*Desde el torreón.*)

¡Vecinos de estos barrios: en el nombre
[del rey
nuestro señor Felipe Segundo, que Dios
[guarde,
a todos los moriscos que habiten en sus
[reinos,
bajo pena de muerte, les prohíbe que hablen
su ruda algarabía, que celebren sus ritos,
que se envuelvan en velos, y que vistan
[sus trajes,

que usen baños y afeites, que den zambras
 y que a la antigua usanza de su nación
 [y fiestas,
 [se casen!

(*El Capitán y los Soldados descienden.*)

ALVARO.

Ya el pregón habéis oído...
 ¡Los que infrinjan la ordenanza,
 serán, sin más expedientes,
 quemados en una plaza!

(*Viendo a los Moriscos inmóviles.*)

¿Pero qué os pasa? ¿Qué hacéis
 inmóviles como estatuas,
 sentados en los umbrales?

(*Les da con el pie para que se levanten. Los Soldados le imitan.*)

¡Levantaos, vil canalla,
 e inclinaos ante el nombre
 del rey Felipe de España!

(*Todos se levantan y se inclinan, menos el Cañari, que permanece erguido.*)

Gritad: ¡Viva el rey Felipe!

MORISCOS.—(*Menos el Cañari.*)

¡Viva! ¡Viva!

ALVARO.—(*Reparando en la actitud del Cañari.*)

¿Por qué callas
 tú, miserable?... ¿Eres mudo?...
 ¡A ver si a los golpes hablas!

(*Le cruza el rostro con la vaina*

del acero. El Cañari retrocede de un salto. Se palpa los vestidos como buscando un arma. Las mujeres gritan.)

CAÑARÍ.—*(Haciendo un esfuerzo terrible para contenerse.)*

También di el viva... ¡Tened más respetos de estas canas!...
¡Si yo fuese como vos,
la mano que me tocara,
para echársela a los perros,
de un golpe la cercenara!

(Don Alvaro lo golpea nuevamente. Los Soldados lo sujetan. Las mujeres gritan. Sólo los Moriscos permanecen silenciosos.)

SOLDADO 1.º

¡Echadle una soga al cuello
y entrémosle así en Granada!

(Los Soldados atan al Cañari, golpeándole.)

ZAHARA.—*(Saltando como una fiera delante del Capitán.)*

¡Capitán, ése es mi padre!...
¡Oh, si yo tuviese armas,
contra vos y contra todos
juntos tomara venganza!
¡Soltad al preso al momento,
si no queréis que a pedradas,
igual que a perros rabiosos,
os echemos de esta plaza!

ALVARO.—(*Mirando a Zahara.*)

Una morisca más bella
jamás vi...

(*Aproximándose, con exagerada galanteria.*)

La faz levanta,
¡que quiero admirar las glorias
que Dios ha puesto en tu cara!
(*La intenta sujetar por un brazo.*)

ZAHARA.

¡Déjame!

ALVARO.

¡Vamos, morisca,
acércate!

ZAHARA.

¡Me acercara,
si algo, si un arma tuviera
que clavarte en las entrañas!
(*Retrocede y se ampara entre las
Moriscas.*)

MORISCAS.—(*Agresivamente.*)

¡Soltad al preso! ¡Soltadle!

ALMENDARI.—(*Interponiéndose.*)

¡No aumentar nuestra desgracia!
¡Callad... y del cielo cúmplase
la voluntad soberana!

ALVARO.—(*A Zahara.*)

¡Tú así lo quieres, pues sea!
¡Soldados: id y apresadla,

y a la hija y al padre juntos
bajaremos a Granada!

(Los Soldados se disponen a cumplir las órdenes. Las mujeres se les interponen.)

DAMAR.—*(A los Soldados.)*

¡Venid por ella, si sois
capaces de tal hazaña!

ZAHARA.—*(Desafiante.)*

¡Aunque estos hombres, cobardes,
(Señalando a los Moriscos.)
en vez de ampararnos callan,
viendo cómo ante sus ojos
a sus mujeres maltratan,

(A los Soldados.)
arremeted con nosotras,
pues es justo que combatan
contra indefensas mujeres
los que a los viejos ultrajan!

ALVARO.

Basta de contemplaciones.
¡Soldados, a ellos!

(Al ir a acometer los Soldados aparecen por el torreón Diego Alguacil y un grupo de Moriscos armados.)

ESCENA IV

Dichos, DIEGO ALGUACIL y Moriscos

ALGUACIL.—(*Interponiéndose.*)

¿Qué pasa?

ZAHARA.—(*Gritando.*)

¡Quieren llevarse a mi padre!...

DAMAR.

¡Y a ella quieren apresarla!

ALGUACIL.—(*A los Moriscos.*)

¿Y vosotros consentís

que se cumpla tal infamia?

Moriscos, llegó la hora

de empezar nuestra venganza...

¡A morir por nuestra ley

o a triunfar por nuestra causa!

(*Se dispone a acometer con un grupo de Moriscos. Las mujeres se arman de piedras.*)

ALVARO.

¡Soldados, a arcabuzazos

disolved esa canalla!

(*Los Soldados preparan las mechas, mientras otros, espada en mano, se disponen a acometer.*)

ESCENA V

DICHOS, DON FERNANDO DE VÁLOR, que entra por la callejuela y se interpone entre ambos bandos

FERNANDO.—(*Desembozándose.*)

¡Paso franco a un caballero
veinticuatro de Granada!

(*Al reconocerle, el Capitán y los
Soldados se descubren. Los Moris-
cos corren hacia él.*)

ALVARO.—(*Saludándole.*)

¡Señor don Fernando Valor!

FERNANDO.

Decid, capitán, ¿qué pasa?

DAMAR.—(*Interrumpiéndole.*)

¡Señor, que nos atropellan!...

FERNANDO.—(*Severamente.*)

¡Que hable el capitán! ¡Tú, calla!

ALVARO.—(*Señalando al Cañarí.*)

¡Porque prendimos a este
anciano, que se negaba
a vitorear el nombre
del rey Felipe de España,

(*Todos se descubren.*)

ya lo veis, señor, está
esta chusma alborotada,
y entrarla a razón pensamos
con la fuerza de las armas!

ZAHARA.—(*Acercándose resuelta a Don Fernando.*)

El ha ultrajado a mi padre
sin motivos, y su cara
cruzó, cual la de un esclavo,
con la cinta de su espada.
¡Y este ultraje no toleran
las personas de mi raza,
pues cuando para vengarse
hombres de valor les faltan,
saben vengarse a sí mismas
las mujeres de Granada!

DAMAR.

¡Nos ultrajó, don Fernando!

ALGUACIL.

¡Nuestra paciencia se cansa,
pues comienza un nuevo ultraje
cuando otro ultraje se acaba!

FERNANDO.—(*Imperiosamente.*)

¡Callad! Disolveros presto...
Cada cual torne a su casa.

ALGUACIL.

Bien sabe Dios que lo hacemos
porque tú, señor, lo mandas...

DAMAR.

Sólo por tí nos marchamos,
que sí no...

FERNANDO.

¡Moriscos, basta!

(Al Capitán.)

Capitán, soltad al preso...

Yo le sirvo de fianza.

(Los Moriscos se entran en sus casas o se van por la calleja, menos Zahara y Alguacil.)

ALVARO.

¡Sólo por vos le doy suelta!

(Los Soldados sueltan al Cañarí, que se arroja a los pies de Don Fernando.)

CAÑARÍ.

¡Señor don Fernando, gracias!

ALVARO.—*(A los Soldados.)*¡Y nosotros, a seguir
pregonando la pragmática!*(Saluda a Don Fernando y se va, seguido de los Soldados, por la calleja.)*¡Vive Dios, que de estas gentes
luego tomaré venganza!

ESCENA VI

DON FERNANDO DE VALOR, ZAHARA, ALGUACIL
y el CAÑARÍ

CAÑARÍ.

¡Mi vida, señor, es tuya!

ZAHARA.—*(Arrodillándose a los pies de Don Fernando.)*

¡A tus pies está tu esclava!

¡Bien se conoce que corre
por tus venas la preclara
sangre de aquellos califas
que fueron gloria de España!...

ALGUACIL.

¡Contra el cristiano, a la gente
de tu antiguo reino ampara!

FERNANDO.—(*Haciéndoles levantar del suelo.*)
No vengo a daros amparo,
sino a pedirlo...

CAÑARÍ.

¿Qué pasa?

ALGUACIL.

¡Nuestra sangre, gota a gota
verteremos por tu causa!

ZAHARA.

¡Por ti, gustosos muriéramos
como esclavos!...

CAÑARÍ.

¡Señor, habla!

FERNANDO.

Ya sabéis todos que soy
veinticuatro de Granada,
y que tengo, por real cédula,
a mis padres otorgada,
derecho a entrar donde quiera
armado de todas armas.
Esta tarde fui a Cabildo
a la sesión, y llevaba

la daga prendida al cinto
y en el tahalí, la espada.
Como es costumbre que nadie
armado a Cabildo vaya,
dejé el acero en la puerta...,
mas se me olvidó la daga.
Pero el alguacil mayor,
el señor don Pedro Daza,
apenas me vió, me dijo,
con descompuestas palabras:
«Ya sabe vuesa merced
que es costumbre, respetada
por todos, en este sitio
penetrar siempre sin armas...
Conque, señor don Fernando,
dejad que os quite la daga.»
«¡Eso no reza conmigo
—le dije, rojo de rabia—,
que tengo derecho a entrar
armado donde me plazca,
pues procedo de la sangre
de los reyes de Granada!»
«¡Sangre morisca, y cual tal,
miserable, ruin y baja!»
¡Así repuso don Pedro!...
¡Mas no acabó la palabra
sin que la afrenta mi mano
en su rostro no vengara!
«¡Prendedle!», gritaron todos
a los soldados de guardia.
Mas yo, a través de la chusma,
me abrí paso con la daga...
Y aquí me tenéis buscando
un amparo en mi desgracia,

mientras mis quejas elevo
a don Felipe de España...
¡Preciso es que, disfrazado,
salga hoy mismo de Granada!

CAÑARÍ.—(*Insinuante.*)

¡Don Fernando, si quisierais,
qué bien dejarais vengada
nuestra afrenta! ¡Nuestra gente
a alzarse está preparada!

ALGUACIL.

¡Más de treinta mil moriscos
te esperan en la Alpujarra!

CAÑARÍ.

¡Para triunfar del cristiano,
sólo una ayuda nos falta!

ZAHARA.

¡Coloca sobre tus sienes
la corona de Granada!...

CAÑARÍ.

Lo primero es que te salves...
Después, señor... En mi casa
entra, y en ella hablaremos
en tanto que te disfrazas.

(*A Alguacil y Zahara.*)

Vosotros aquí quedaros,
vigilando en esta plaza;
no vaya a ser que la ronda
venga a prenderle, avisada
por las gentes de don Alvaro
del lugar donde se halla.

VILLAESPESA.—7.

FERNANDO.

¡Que el Señor os premie el celo
con que amparáis mi desgracia!

ZAHARA.

¿Quién, teniendo sangre mora,
no ha de morir por tu causa,
si siempre has sido el escudo
de las gentes de tu raza?

(Entranse Don Fernando y Cañari en la casa. Zahara y Alguacil permanecen en escena. Empezan el crepúsculo.)

ESCENA VII

ZAHARA y DIEGO ALGUACIL

ALGUACIL.

¡Por fin, Zahara, que a solas
contigo un instante quedo!

ZAHARA.

¡Para platicar de amores
no es oportuno el momento,
que entre el amor y la patria,
la patria siempre es primero!

ALGUACIL.

No vengo a hablarte de amores,
sino a decir que no puedo
sufrir ya más los ultrajes
y afrentas que padecemos,

y que me voy esta noche
a la sierra, con los nuestros.

ZAHARA.

¡Ese es tu deber; ve y cúmplole,
que yo aquí tu suerte espero,
para, si tornas triunfante,
premiar, Alguacil, tu esfuerzo,
o para vengar tu muerte,
si cayeses defendiendo
con las armas en la mano
la libertad de tu pueblo!

ALGUACIL.

Sólo por estar ausente
de tu amor, marcharme siento...
¡Estando lejos de ti
me voy a morir de celos!

ZAHARA.

¿Celos de mí? Mas ¿por qué?

ALGUACIL.

¡Porque es tu rostro tan bello,
que el que lo mira no puede
borrarlo de sus recuerdos;
porque embalsaman tus labios
a las brisas con su aliento,
y el que respira sus rosas
no puede vivir sin ellos!
¡Celos de todo! Del aire,
porque agita tus cabellos;
del sol, porque en tus mejillas
deja sus besos de fuego;
de lo que miran tus ojos,

de lo que tocan tus dedos
 ¡y hasta del traje que vela
 los tesoros de tu cuerpo!...
 ¡Y mira hasta dónde llega,
 Zahara, mi ofuscamiento,
 que ha poco, cuando el de Valor,
 queriendo alzarte del suelo,
 te dió la mano, clavando
 en tus grandes ojos negros
 las pupilas codiciosas,
 tuve que hacer un esfuerzo
 terrible para no hundirle
 este puñal en el cuello!

ZAHARA.—(*Asombrada.*)

¿Celos tú de don Fernando?

ALGUACIL.

¡Hace tiempo que los tengo!

ZAHARA.

Mas, ¿por qué?

ALOUACIL.

¡Si se razonan
 los celos, ya no son celos!...

¡Porque tú eres muy hermosa
 y es muy galán el mancebo!

(*Violentamente.*)

¡Le miraste!

ZAHARA.—(*Con severa dignidad.*)

No confundas
 el amor con el respeto.

Es nuestro señor, Desciende
 de nuestros reyes, de aquellos

nobles califas que leyes
a España y al mundo dieron...
¡Ni yo he de aspirar a tanto,
ni él puede aspirar a menos!

*(Aproximándose. Con sinceridad,
pero sin apasionamiento.)*

Parte tranquilo a la lucha...
¡Tuyos son mis pensamientos,
mi corazón y mi alma,
cuanto soy y cuanto tengo!
¡Las mujeres como yo
cumplen lo que prometieron!
¡Y si durante la ausencia,
al hallarse de ti lejos,
mis ojos mirasen algo
que no fuese tu recuerdo,
me los arrancase, para
castigar su atrevimiento!

ESCENA VIII

Dichos, DON FERNANDO y el CAÑARÍ. Por la puerta de la izquierda aparece el CAÑARÍ seguido de DON FERNANDO, disfrazado de morisco. Al verlos, los amantes se separan y se les aproximan

CAÑARÍ.—*(A Don Fernando.)*

Aquí quedad un instante.
Tú, Diego Alguacil, conmigo
ven a ensillar el caballo
y a prevenir los amigos.

(A Zahara.)

Tú, la entrada de la casa

vigila desde este sitio,
y prevén a don Fernando
por si hubiera algún peligro.

(A Don Fernando.)

Aquí estamos al momento...

Descansad, señor, tranquilo...

(Vase por la escalinata del torreón.)

ALGUACIL.—(Marchando tras el Cañari.)

¡Dejarlo aquí con Zahara,
vive Dios que es un suplicio!

ESCENA IX

ZAHARA y DON FERNANDO. El crepúsculo empieza a declinar, ensangrentando las altas torres de la Alhambra. De la ciudad remota asciende un lejano repique de campanas que tocan a oraciones. La luz es suave y dulce, y una onda de poesía parece envolverlo todo. DON FERNANDO, como un sonámbulo, se acerca al último pilar del arco del aljibe, y, apoyándose en él, se queda un momento absorto en la visión de la ciudad. ZAHARA le sigue como una sombra, sumisa y tenue. También sus ojos y su alma parecen perderse en la misma contemplación.

FERNANDO.—(Como hablando consigo mismo.)

¡La hora ya ha sonado! ¡Cúmplase
la voluntad del Destino!...

¡Adiós, ciudad de mis sueños,
pensil en donde he nacido,
quizás no vuelvan a verte
estos pobres ojos míos,

que al despedirse se llenan
de amargo llanto, lo mismo
que si al dejar tus vergeles
dejasen el Paraíso!

¡Ningún amante en el mundo
¡adiós! dijo a su cariño
con la ternura y la pena
con que yo a ti te lo digo!

(Queda un momento inmóvil, reclinado en el pilar, como ocultando su llanto y su tristeza.)

ZAHARA.—*(Como soñando.)*

¡Granada, Granada,
de tu poderío
ya no resta nada!

Lloran elegías las aguas del río,
y entre sus cristales ya no te reflejas
como una sultana, la sien coronada
de áureos minaretes y torres bermejas.
Ya tus tejedores no entonan cantares,
mientras tus telares

hilan las más ricas y frágiles sedas...

Mudas se quedaron tus alfarerías...

¡Tan sólo las brisas lloran elegías
entre los verdores de tus alamedas!

El agua, que en todo su frescor diluye,
es llanto que eterno de tus ojos fluye
llorando la antigua grandeza pasada.

De tu poderío ya no resta nada...

¡Tu gloria, Granada,

pasó como pasa, bajo el puente, el río!

¡Hoy entre tus muros no hay un alarife
que teja el ensueño de un Generalife
con gemas y perlas y randas de encajes;

ni al marcial estruendo de atambor sonoro,
 cruzan por tus plazas los Abencerrajes,
 vestidos de plata y armados de oro!
 ¡Ya las callejuelas de tu Alcaicería
 no invade el tumulto ni la algarabía
 de hombres que discuten en lenguas ex-
 [trañas;
 ni sueñan princesas tras los alhamies,
 ni en Bib-Rhambra quiebran, justando, sus
 [cañas,
 gallardos Gomeles y altivos Zegries!
 ¡Ya por puerta Elvira
 la plebe de activos obreros no mira
 pasar los botines guerreros... Altivos
 caudillos, de polvo, de sangre bañados,
 que arrastran cadenas de tristes cautivos
 por largas hileras de picas guardados;
 ni ve los camellos de las caravanas
 que vienen cargados
 con oro y perfumes de tierras lejanas;
 ni entre la arboleda que ensombra el camino
 contempla un relámpago de armas que se
 [aleja;
 ni de las antorchas a la luz bermeja
 levanta palacios dignos de Aladino!...
 ¡Ya el Darro no copia sobre sus cristales
 ojos negros entre nubes de almaízales,
 ni a beber sus aguas inclinan los cuellos,
 mojando las crines, ágiles corceles,
 mientras de la luna los blancos destellos
 riman con la albura de los alquíceles!
 ¡Ya el Genil no riega
 las huertas floridas
 que pueblan la vega,
 ni en sus frescas aguas lavan sus heridas

soldados que tornan de alguna algarada!
 ¡Su corriente gime como avergonzada:
 una pena eterna suspira en su canto,
 cual si en vez de aguas arrastrasen llanto!...
 La Alhambra está sola. Entre la floresta
 ya no queda un eco de la antigua fiesta.
 Bajo los encajes de los ajimeces
 la voz de la guzla no solloza amores
 mientras entre aromas y entre ruiseñores
 da la luna al mármol áureas palideces.
 Ni en las alcatifas de sus patios mudos
 tejen odaliscas con los pies desnudos
 todas las lascivas danzas del Oriente
 entre los perfumes de los pebeteros;
 ni por sus mosaicos resbalar se siente
 la espuela de oro de altivos guerreros...
 ¡Granada! ¡Granada!... ¡Tu Alhambra está
 [en ruinas!

Llorando hasta el Africa van las gOLON-
 [drinas
 a dar a tus hijos el triste mensaje,
 y tus nobles hijos lloran de coraje,
 ensillan los potros, empuñan la espada
 y aullando de rabia se van hacia el mar,
 y al ver los perfiles de Sierra Nevada
 se postran de hinojos y gimen: ¡Granada!...,
 y las olas lloran al verlos llorar...
 ¡Granada! ¡Granada!,
 de tu poderío
 ya no resta nada.
 ¡Lloran elegías las aguas del río
 y entre sus cristales ya no te reflejas,
 como una sultana, la sien coronada
 de áureos minaretes y torres bermejas!
(Queda un momento con la cabeza

entre las manos, profundamente abatida.)

FERNANDO.—*(Que la ha escuchado en silencio, apoyado en el arco del aljibe, se le acerca profundamente conmovido.)*

¡Zahara, a mis pensamientos,
como un eco han respondido
esos trágicos lamentos
que sin respirar he oído,
como escucha el musulmán
de hinojos en la mezquita
la majestad infinita
de los versos del Corán!
¡Veme, Zahara, llorar
de impotencia y de dolor!
¡Ay, quién le pudiera dar
a Granada su esplendor!
¡Y que en vez de esas campanas
que en las iglesias cristianas
repican las oraciones,
resonase en sus confines
el clamor de los muezines
en los altos torreones!

ZAHARA.—*(Insinuante.)*

¡Si don Fernando Muley
desenvainase la espada,
Granada tuviese rey
y fuese otra vez Granada!
¡Si don Fernando quisiera
—brazos no le han de faltar—
aun mirase su bandera
en la Alhambra tremolar!

FERNANDO.

¡Granada, Granada mía,
ayer altiva sultana
y hoy esclava de la impía
y feroz turba cristiana,
todo esfuerzo será vano!...
¡Ya no tienes salvación,
que en los brazos del cristiano
has perdido el corazón!

ZAHARA.—(Con voz profética.)

Humana grandeza,
orgullo, belleza,
poder, sentimiento...
¡Todo, todo es viento,
humo que se va!
En los viejos muros,
con trazos seguros,
un día lejano
le esculpió una mano
que ni polvo es ya...
Lo saben las flores
y los ruiséñores;
el ciprés lo siente,
lo dice la fuente:
«¡No hay más Dios que Alá!»
¡Plantar quiso en vano
su cruz el cristiano
en tus torres!... ¡Nada,
Granada es Granada,
¡siempre lo será!...
Lo saben las flores
y los ruiséñores;

el ciprés lo siente,
lo dice la fuente:
«¡No hay más Dios que Alá!»

ESCENA X

Dichos, CAÑARÍ y ALMENDARI, bajando precipitadamente por el torreón

ALMENDARI.

Don Fernando, presto, presto,
¡salvaos, señor, salvaos!

CAÑARÍ.—(*Señalando a la derecha.*)

Al final de esta calleja
os esperan los caballos,
y un buen golpe de moriscos
para poder escoltaros.

ALMENDARI.

De Granada salió fuerza
para prenderos...

CAÑARÍ.

Hallaron
a los soldados que iban
el edicto pregonando,
y ellos les dijeron dónde
estabais.

(*Se oyen voces lejanas. Las campanas tocan a rebato. Redoble de atambores y arcabuzazos.*)

ALMENDARI.

¡Y todo el barrio,

al conocer la noticia,
en vuestro favor se ha alzado!

CAÑARÍ.

¿No escucháis, señor, cuál tocan
las campanas a rebato?

*(Las mujeres se asoman a las ven-
tanas y a las puertas. El vocerío
aumenta.)*

MORISCOS.

¡Viva Aben-Humeya!

(Fuera.)

¡Viva!

ESCENA XI

Dichos, ALGUACIL y Moriscos armados, que pe-
netran por el torreón

ALGUACIL.

¿Dónde estás, señor? ¡Tu brazo
ha de romper las cadenas
que nos impuso el cristiano!

FERNANDO.

¿Qué queréis de mí, moriscos?

ALGUACIL.

¡Que nos salves, y salvaros!

ALMENDARI.

¡Que al frente nuestro te pongas
y del Albalcín salgamos!

ALGUACIL.

Que con nosotros te vengas
a la sierra, para darnos
la libertad... ¡Que tú seas
nuestro rey!

FERNANDO.—(*Decidido.*)

¡Al campo vamos!...
¡Y cúmplase de mi estrella
los designios soberanos!...
¿Una mano que os guíe
os falta? ¡Aquí está mi mano,
y a vengar va Aben-Humeya
a don Fernando de Valor!
(*Se va, seguido de los Moriscos,
por la calleja.*)

ALGUACIL.

¡Viva Aben-Humeya!...

MORISCOS.

¡Viva!...

ALGUACIL.—(*A Zahara.*)

¡Adiós, Zahara! ¡Me marchó
donde el deber me reclama,
a libertar mis hermanos!

ZAHARA.—(*Despidiéndose.*)

Mi vida se va contigo.

DAMAR.—(*Que desciende por la escalinata.*)

¡Que se acercan los cristianos!

ZAHARA.—(*A los Moriscos.*)

¡Huid pronto, que ya se acercan!

CAÑARI.

Vosotras, pronto, a encerraros.

(Se van los Moriscos por la calleja. El Cañari y su hija penetran en su casa. Los demás Moriscos se encierran en las suyas.)

ESCENA XII

DON ALVARO DE FLORES, DON LOPE DE ATIENZA, FREGONERO, Soldados; luego, ZAHARA, DAMAR y Moriscos. Gritos y atambores que resuenan cercanos

ALVARO.—*(A Don Lope.)*

Aquí hallamos al rebelde.
En alguna de estas casas
debe encontrarse escondido.

LOPE.

Mas todas están cerradas.

ALVARO.—*(A los Soldados.)*

¡Llamad, y si no contestan,
que al suelo las puertas caigan!

SOLDADOS.—*(Golpeando las puertas.)*

¡Abrid al rey!... ¡No responden!

ALVARO.

¡Sin compasión saqueadlas,
y que no se escape ninguno
de los que hay dentro!...

(Los Soldados echan abajo las puertas.)

LOPE.

La plaza

vos vigilad, capitán,
 en tanto que estas moradas
 registro, a ver si en alguna
 encuentro al rebelde. ¡Gracias
 por vuestra ayuda, don Alvaro!
(Entran en una casa.)

ALVARO.

¡Ya comienza mi venganza!
 ¡Oh, si la casa de aquella
 morisca yo hallar lograra,
 la humillación de esta tarde
 daba por bien empleada!

PREGONERO. — *(Señalando la casa de la izquierda.)*

Aquí, don Alvaro, vive
 la morisca más bizarra
 de todas cuantas encierran
 del Albaicín las murallas.
 La de esta tarde...
(Resuenan gritos y arcabuzazos.)

DAMAR.—*(Dentro.)*

¡Socorro!

ALVARO.—*(Al Pregonero y a un Soldado.)*
 Forzad la puerta.

PREGONERO.—*(Obedeciendo a Don Alvaro.)*
 ¡Está franca!

ALVARO.—(*A los Soldados. Entrando.*)
 ¡Pues a ella!... ¡A ver si logro
 saciar en su amor mis ansias!

DAMAR.—(*Dentro.*)
 ¡Piedad! ¡Amparo! ¡Socorro!
 (*Aparece Don Lope. Tras él, dos
 Soldados arrastran a Damar.*)

LOPE.—(*A Damar.*)
 ¡Lo que es tú ya no te escapas!...
 ¡Dinos pronto, mala pécora,
 dónde el de Valor se halla!

DAMAR.
 ¡No esperes que yo os lo diga;
 vuestra empresa será vana!

LOPE.—(*A los Soldados.*)
 ¡Pues avivad esa hoguera
 y arrojadla entre las llamas!

DAMAR.
 Y conmigo, hecha cenizas,
 se extinguirán mis palabras.

SOLDADO 1.º.—(*Saliendo de una casa con las
 manos llenas de joyas y dirigiéndose a otros
 Soldados.*)
 ¡Mirad, mirad estas perlas
 y este collar de esmeraldas!...
 ¡Valen más de cien ducados!

LOPE.—(*A los Soldados que sujetan a Damar.*)
 ¡Pronto, a la hoguera arrojadla!

PREGONERO.—(*Saliendo de casa de Zahara con el Soldado 2.º*)

¡Qué envidia tengo a don Alvaro!

SOLDADO 2.º

¡La suerte es para envidiarla!

PREGONERO.

Se defendió la paloma,
mas clavó el halcón sus garras...

UN SOLDADO HERIDO.—(*Que penetra por el torreón y se dirige a Don Lope.*)

Capitán, todo este barrio
se ha revuelto. La canalla
nos acomete. El de Valor
por esta pendiente baja,
queriendo ganar el campo
para escapar de Granada.

LOPE.

Pues tocad marcha al momento...

¡Vamos allá, camaradas!

(*Los tambores tocan marcha. Vanse todos precipitadamente, abandonando a Damar, que forcejea por romper sus ligaduras. Aparece Don Alvaro, sin capa y sin sombrero, y le pregunta a un Soldado que huye.*)

ALVARO.

¿Qué pasa? Ya se ha cumplido,
¡vive el Cielo!, mi venganza.

SOLDADO.

¡Vámonos por la calleja,
don Alvaro, que se escapan!

(Se van. Las mujeres salen desgredadas y horrorizadas a las puertas, Suenan arcabuzazos y gritos.)

MUJERES.

¡Maldición sobre vosotros!
¡Del Cielo el castigo caiga!

DAMAR.

¡Que jamás brote una espiga
donde pongáis vuestras plantas,
y que hasta la misma tierra
para tragarnos se abra!

ZAHARA.—*(Que aparece, como loca, desmele-
nada, con las ropas en desorden.)*

¡Capitán, capitán Alvaro Flores,
que estas mismas pupilas que han mirado
tu infamia, te contemplan devorado
por la lepra de todos los dolores!

¡Aun cuando pidas a la tumba abrigo,
de mí no has de escapar, pues dondequiera
que vayas, mi venganza, astuta y fiera,
como una sombra marchará contigo!

¡Ella envenenará con su ponzoña
el aire que respires y la fuente
que bebas, y en la fosa eternamente
devorará insaciable tu carroña!

Será en tu corazón gota de plomo
y ceguera de muerte en tu mirada...

¡Ya verás, capitán, ya verás cómo
se vengán las mujeres de Granada!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Un mesón en Cádiar. Por el arco de la amplia puerta del fondo se ven, a los rayos de la luna, la plaza del pueblo y la fachada de una iglesia con reminiscencias de mezquita. A la derecha, una enorme chimenea, bajo cuya ancha campana se agrupan bancos rústicos. En las repisas de la chimenea, botes, tarros y otros enseres domésticos. En el fuego, sobre las trébedes, borbotan ollas y pucheros de barro. A un extremo de la piedra del lar, troncos de encina y gavillas de sarmientos. Cerca de la chimenea, una mesa rústica con vasos y un velón de cuatro mecheros encendidos. A la izquierda, grandes arcos, sostenidos por recios postes de madera, que conducen a las caballerizas. Algún candil pende de las vigas del techo, y un farol con cristales azules y rojos ilumina la puerta.

Bajo los arcos, jalmas, sacos, etc.

ESCENA PRIMERA

PELÁEZ, VILCHES, ZAHARA, BEN-ALGUACIL y Soldados. PELÁEZ, VILCHES y Soldados beben en torno de la mesa, junto al lar. BEN-ALGUACIL, con traje de escudero cristiano, se calienta al fuego. Atiende a todos y prepara la colación. Por la plaza pasan, de cuando en cuando, alegres grupos cantando villancicos al son de guita-

rras, panderos y zambombas. ZAHARA, convertida en mesonera, anda de acá para allá

Voz.—(*Cantando fuera.*)

Jesucristo vino al mundo
 en las pajas de un pesebre,
 mientras que por los caminos
 iba cayendo la nieve.
 ¡Despertad, pastores,
 cantad y bebed,
 porque va esta noche
 Jesús a nacer!

(El coro repite el estribillo, y las voces se alejan cantando por la plaza.)

VILCHES.

Hace más de quince días
 que vagamos por las crestas
 de esas montañas bravías.
 entre atajos y entre cuestras,
 y nos causa maravilla
 cómo a caminar se atreve
 nuestra planta, si la nieve
 nos cubre hasta la rodilla.
 ¡Bosques poblados de fieras;
 valles ásperos y hondos;
 ventisqueros, torrenteras;
 precipicios, cuyos fondos
 no ven los ojos humanos;
 pueblos que parecen nidos
 de vencejos y milanos
 en las rocas suspendidos,

y picachos eminentes
 tocados de nieve y hielo,
 que con sus altivas frentes
 rasgan el azul del cielo!...

ZAHARA.

Mas decid: ¿qué andáis buscando?

VILCHES.

Vamos siguiendo la huella
 de un morisco, un don Fernando
 que hoy llaman Aben-Humeya.

ZAHARA.

¿Qué delito cometió?

VILCHES.

Al Cabildo de Granada,
 con la daga y con la espada,
 contra fuero y uso, entró.
 Y al querérselas quitar,
 la desnudó don Fernando,
 e hiriendo y acuchillando
 la calle logró ganar...

ZAHARA.

¡Bravo es el mozo y resuelto!

VILCHES.

Luego escapó de Granada...

ZAHARA.

Y después, de él ¿no habéis vuelto,
 soldados, a saber nada?

VILCHES.

Afirman que los moriscos
ahora le alzaron por rey
y con él, por esos riscos,
van imponiendo su ley.
Se le busca en la montaña...

ALGUACIL.

¡Si los monfies le ayudan
no le hallaréis, aunque acudan
todos los tercios de España!
¡En las armas no confíes,
que más te valiera hallar
a un león, que tropezar
con un bando de monfies!

VILCHES.

A fe, que si tropezara
con el morisco, le echara
a rodar por esos tajos,
para que así me pagara
las penas y los trabajos
que por su culpa sufrí...

ZAHARA.

El querrá vivir, también...
¡Si van a tratarlo así,
al no entregarse hace bien!
(Pequeña pausa. Suenan músicas.
Los Soldados beben.)

PELÁEZ.—(A Zahara.)

Dime: ¿quién es esa dama
tan bella, que habita al lado
del mesón?

ZAHARA.

Señor, se llama
doña Isabel de Mercado.
Persona de gran linaje,
según la fama asegura,
a quien rinden vasallaje
la riqueza y la hermosura.
Huérfana vino a quedar,
y aquí vive con su tío,
el licenciado del Río,
que es alcaide del lugar.

PELÁEZ.

¿Y es honesta?

ZAHARA.

Hasta la fecha
es tal su recogimiento,
que una vida más estrecha
no llevase en un convento.

PELÁEZ.

Siendo noble, rica y bella,
no le ha de faltar galán...

ZAHARA.

¡Y eligió bien la doncella!
Al más bravo capitán
de las banderas del rey...
¡Según la gente asegura,
ella le ama con locura,
y él le tiene mucha ley!

PELÁEZ.

(Ya logré lo que quería.)

Amigos, vamos a dar
 unas vueltas al lugar,
 ¡que ésta es noche de alegría
 y hay que beber y cantar!

*(Se levanta y se dirige al foro.
 Bajo, a los Soldados, que salen
 tras él.)*

¡Cual de un castillo sitiado
 la muralla se examina,
 examinad con cuidado
 la casa de la divina
 doña Isabel de Mercado!

VILCHES.

¿Mas don Alvaro persiste
 en robar a la paloma?

PELÁEZ.

¡Castillo que se resiste,
 por asalto se le toma!
 El cariño enardecido
 más con el rigor se inflama;
 y esta noche ha decidido
 robar, Vilches, a la dama.
 Como ella a misa no va,
 mientras dicen misa, pues,
 con la ayuda de los tres
 doña Isabel robará...

VILCHES.—*(Saliendo.)*

¡Ni en pendencias ni en amores,
 ¡pardiez!, existe un soldado
 más bravo y afortunado
 que don Alvaro de Flores!

ESCENA II

ZAHARA y BEN-ALGUACIL, que siguen a los Soldados hasta la puerta y se quedan un instante detenidos en los umbrales, como acechando

ZAHARA.—(*Amenazante.*)

¡Reid, miserables, que en tanto
que se celebra la misa
de esta noche, vuestra risa
se habrá de trocar en llanto!

(*Reparando en Alguacil, y retornando al centro de la escena.*)

¡Esa ropilla cristiana
qué bien, Alguacil, te sienta!

ALGUACIL.—(*Contemplando ansiosamente a Zahara.*)

¡Mesonera más galana
mis ojos no han visto...!

ZAHARA.—(*Interrumpiéndole.*)

Cuenta

a qué has venido...

ALGUACIL.

A esperar
a Aben-Humeya... y a verte;
¡que aunque el verte me da muerte,
sin verte no puedo estar!

ZAHARA.—(*Con severidad.*)

¡Silencio! No es ésta hora
de amantes pláticas, cuando

el odio que nos devora
su venganza está tramando.

*(Conduciéndole de nuevo hasta la
puerta y señalando la lejanía.)*

¡En esos cerros no miras
resplandecer los fulgores
de cien encendidas piras?
¡No son míseros pastores
que celebran, placenteros,
la fiesta de Navidad,
sino indómitos guerreros
afilando sus aceros
para darnos libertad!...

(En voz baja, viniendo al centro.)

¡Y cuando estén entregados,
en los templos, a sus fiestas,
todos los cristianos de estas
sierras serán degollados!

(Con sorda rabia.)

¡Vengaremos lo sufrido.
y en su sangre cobraremos
toda la sangre que hemos,
bajo su yugo, vertido!...

ALGUACIL.—*(Con fiereza.)*

¿Piensas que ociosa mi mano
en esta noche ha de estar?...
¡Si sólo puede igualar
a tu amor mi odio al cristiano!...
¡Tengo en ellos que vengar
tanta amargura pasada!...
¡Mi patrimonio robado;
mi casa, de sal sembrada;
mi padre, descuartizado
en la plaza de Granada;

y para mayor baldón,
yo, que a la vida venía,
mientras mi madre moría
desangrada, en un rincón
de la más oscura y fría
cárcel de la Inquisición!...

(Volviéndose apasionadamente a Zahara.)

Mas mientras llega la hora
en la que pueda saciar
esta sed abrasadora
de sangre, ¿por qué ocultar
la pasión que me devora?

ZAHARA.—*(Con energía, rechazándole.)*
¡Cállate!...

ALGUACIL.—*(Queda un momento abatido. Después se acerca de nuevo a Zahara.)*

Por complacerte
me callaré... ¡Mas advierte,
Zahara, por Dios, que si
mis palabras te dan muerte,
me mata el silencio a mí!...

ZAHARA.—*(Atajándole.)*

¡No me sigas preguntando
lo que no he de contestar,
que si te mato callando,
te daré muerte al hablar!

ALGUACIL.—*(Con pasión desesperada. Aproximándose más, profundamente emocionado. Zahara baja los ojos y se cubre el rostro con las manos.)*

¿Por qué te ocultas la cara?

¿Por qué se apartan, Zahara,
 tus negros ojos de mí?
 ¿Qué te ha hecho mi amor para
 tratarme, Zahara, así?...
 ¿Por qué, Zahara, por qué?
 Desde que te conocí,
 mi voluntad te entregué
 y esclavo tuyo viví...
 En ti cifré mi contento...
 ¡Fué para mí tu ternura
 como el vaso de agua pura
 para el labio de un sediento!

ZAHARA.—(*Con resolución.*)

¡En mi cariño has cifrado
 inútilmente tu orgullo!...
 ¡Porque el vaso en que has soñado
 beber, no puede ser tuyo,
 que otros labios lo han besado!

(*Alguacil retrocede, violento, encogiéndose como el león que se dispone a caer sobre su presa. Zahara le mira desafiante, dominándole con su mirada.*)

¡Por más que intentes hacer,
 mi amor no has de conseguir!...
 ¡Ni más tú debes saber,
 ni más te puedo decir!

ALGUACIL.—(*Con un arranque de celos, desesperado, livido, con la ira más salvaje pintada en el rostro, sujetando a Zahara por la muñeca.*)

¿Amas a otro?

(Zahara le rechaza y hace un gesto afirmativo.)

¡Su nombre!...

¡Un nombre que desgarrar
entre mis dientes, y un hombre
en el que pueda saciar,
bebiendo su sangre entera,
la sed voraz de la fiera
que mordiendo en sus desvelos
los hierros de su prisión,
están rugiendo de celos
dentro de mi corazón!...

(Se agita desesperadamente. Zahara permanece erguida, desafiándole y dominándole con su actitud.)

ZAHARA.—*(Mirándole con altiva fiereza.)*

¿Su nombre?... Si alguna vez
mi labio lo pronunciara,
de rodillas se postrara,
al oírlo, tu altivez...
¿Vengar quieres mi desvío
en mi amado?... ¡Calla, necio,
que tu amenaza desprecio
como de tu amor me río!
¡Yo me basto a defender
su vida, y si en él osara
tu odio los ojos poner,
como a un perro te matara!

ALGUACIL.—*(Amenazante.)*

En las llamas que me envuelven
arderá tu corazón...

(Los Soldados aparecen en la plaza. Zahara se vuelve a la puerta.)

ZAHARA.

¡Silencio!...

(Señalando a la puerta.)

¿No ves que vuelven

los soldados al mesón?...

ESCENA III

Dichos, DON ALVARO DE FLORES, DON DIEGO DEL RÍO, VILCHES, PELÁEZ y Soldados, que entran por la puerta del foro. ALGUACIL y ZAHARA se separan

Aquél, hosco y sombrío, se va a sentar en una jalma, bajo el arco del medio, de la izquierda, donde permanecerá durante la escena, sigulendo con los ojos todos los movimientos de ZAHARA. Esta vuelve a sus quehaceres. Aviva el fuego. Sirve vino, y entra y sale en el interior, pero siempre inquieta y con los ojos fijos en la puerta de la calle, como si esperase algo. Los Soldados se sientan de nuevo en torno de la mesa, mientras el CAPITÁN y DON DIEGO conversan en el centro de la escena. Diálogo muy animado. Las músicas y los villancicos prosiguen sonando a lo lejos en las pausas del diálogo

DIEGO.

Ya aposentada tenéis,
capitán, la compañía,
y hasta que despunte el día
en mi casa os holgaréis,
casa humilde como mía...
Mas mi buena voluntad
en ella sabrá suplir

la holgada comodidad
 con que acostumbra vivir
 el hidalgo en la ciudad.
 Después de misa, señor,
 la cena de Nochebuena
 compartiremos; la cena
 no será de lo mejor;
 pero, ¡pardiez!, será buena...
 Y espero que no echaréis
 en ella de menos nada
 de todo cuanto en Granada
 para regalo tenéis
 en vuestra rica morada,
 porque esta pródiga sierra
 tantos tesoros encierra,
 que en materia de yantar
 nada tiene que envidiar
 a lo mejor de la tierra.

ALVARO.—(Desembozándose.)

¿Qué de menos echaría
 un príncipe, ¡vive Dios!,
 estando en la compañía
 de un hidalgo como vos,
 que es todo cortesanía;
 y más teniendo a su lado,
 para colmar de ventura
 sus ojos de enamorado,
 la soberana hermosura
 de doña Isabel Mercado?

(Avanzan los dos hacia el centro.
 Zahara lo reconoce, ahoga un grito
 y hace un esfuerzo terrible para
 disfrazar su emoción.)

ZAHARA.—*(Desde el último arco. Aparte.)*

¡Gracias, Cielo!... El capitán
don Alvaro... ¡Padre mío,
esta noche, con qué brío
mis manos te vengarán!

*(Desaparece en el interior, vol-
viendo a salir al poco rato con una
bota de vino en la mano.)*

DIEGO.—*(A Don Alvaro.)*

Será vuestra colación:
sopa de almendra, jamón
de los Berchules, curado
entre nieve, y un lechón
tiernecito y bien asado.
Perdices en escabeche
y pollos en pepitoria,
¡y un plato de arroz con leche
que os ha de saber a gloria!...
Todo rociado a su vez
con añejo de Albuñol,
ese vinillo que es diez
veces mejor que el jerez,
el mejor vino español.
Y, además, por si os antoja,
uvas de Ohanes, sandías
de Adra, limas de Rioja,
peras de Ragol, meloja
y ciruelas de Dalías...
De dulces podréis catar
lo mejor de la creación:
pan de higo de Turón,
mantecados de Laujar
y alfajores de Albondón.
Roscos de San Cayetano.

torreznos de huevo y miel,
 flanes, natillas... ¡y es llano
 que en todo veréis la mano
 de mi sobrina Isabel,
 que en esto de enconfitar,
 y sólo justicia hago
 a su fino paladar,
 nada tiene que envidiar
 a las monjas de Santiago!

ALVARO.

¡Aun cuando la cena es buena,
 a decir me atrevería
 que, mucho más que la cena,
 me agrada la compañía!

DIEGO.

¡Vuestra lengua es lisonjera
 por demás!...

ALVARO.—(Llamando.)

¡Mesonera!

(Se acerca Zahara.)

¡A estos soldados dispón
 una buena colación
 cual si para reyes fuera!...
 ¡La casa por la ventana,
 para feriarlos, echad!...

(A los Soldados.)

¡Camaradas, celebrad
 cual cumple a gente cristiana
 la noche de Navidad!

(Sacando un bolsillo y dirigiéndose a Zahara.)

¡En cambio a las atenciones

que con mis gentes uséis,
mesonera, aquí tenéis
un puñado de doblones
para que vos os feriéis!

(Arroja el bolsillo sobre la mesa.)

ZAHARA.—*(Sin tomar el bolsillo.)*

A aceptarlo no resisto,
porque os quiero complacer.

ALVARO.—*(Reparando detenidamente en Zahara. Aparte.)*

¡Qué hermosa!... ¡Señor, yo he visto
no sé dónde a esta mujer!

ZAHARA.—*(Tomando el bolsillo y arrojándolo en el cajón de la mesa. Con intención, a Don Alvaro.)*

¡Yo os juro que quedarán
satisfechos de la fiesta,
y que nunca pasarán,
ni vos mismo, capitán,
una noche como ésta!

La cena será servida...

¡Acepto vuestros favores,
y estaré toda la vida,
señor, muy agradecida
a don Alvaro de Flores!

(Aparte. Con voz sorda.)

¡Ira, tu furor contén!

¡Quémate en tu propia llama!

ALVARO.—*(Aproximándose cortésmente.)*

¿Sabéis vos mi nombre?

ZAHARA.

¡Quién

no lo sabe, si la fama
 por doquiera lo proclama
 como el del mejor soldado
 que armas ciñe bajo el sol,
 espejo fiel y dechado
 del caballero español!...
 ¡Seguro podéis marchar,
 que es generoso mi pecho,
 y tranquila no he de estar
 hasta que os pueda pagar
 todo el bien que me habéis hecho!...
*(Saluda y se acerca a la mesa a
 servir vino a los Soldados.)*

ALVARO.—*(A Don Diego.)*
 ¡Discreta es la mesonera!

DIEGO.
 Tiene ingenio y donosura...
 Según el vulgo asegura,
 sólo a su ingenio supera,
 don Alvaro, su hermosura.

ALVARO.
 ¿Es del lugar?

DIEGO.
 No lo sé.
 Hace poco aquí llegó,
 y este mesón arrendó;
 y, por lo que aquí se ve
 y lo que se dice de ella,
 don Alvaro, en el lugar,
 bien os puedo asegurar
 que de virtud la doncella
 es un modelo ejemplar,

ALVARO.—(*Interesado.*)
¿Morisca?...

DIEGO.

Buena cristiana,
según es su devoción...
De serlo vieja se ufana...

(Las campanas dan el primer toque de misa. Pasa un grupo de gente cantando.)

Mas escuchad... La campana repica... Ya la función religiosa va a empezar.

(Aproximándose a la puerta. Don Alvaro le sigue.)

Mi casa es cerca, al doblar,
capitán, aquella esquina...
¡Vamos, que hay que acompañar
a la iglesia a mi sobrina,
para que arregle el altar!

ALVARO.

Me obliga la distinción,
que para mí no hay laurel
comparable al galardón
de servir de rodrigón
a dama como Isabel.

DIEGO.

Con tanta cortesanía
ella está mejor pagada,
que nunca dama sería
más contenta y más honrada
que ella en vuestra compañía.
Ya impaciente nos espera...

ALVARO.

Pues vamos presto los dos...

¡Salid!...

(Invitando a Don Diego, con cortesía.)

DIEGO.

No; primero vos...

ALVARO.—*(Mirando, al salir, a Zahara. Aparte.)*¡Yo he visto esta mesonera
no sé dónde, vive Dios!

ESCENA IV

Dichos, menos DON ALVARO y DON DIEGO. ALGUACIL y ZAHARA se asoman a la puerta y observan

ALGUACIL.

La nieve descende fría,
y aullando bajan los vientos
de esa montaña bravía
igual que lobos hambrientos...
El rayo rasga los cielos
con su sangriento fulgor...VILCHES.—*(Calentándose.)*¡Siempre entre nieves y hielos
viene al mundo el Redentor!
Mas ¿qué te puede importar
que nieve a ti, buen amigo,
si tienes para tu abrigo
el rescoldo de este hogar?

ALGUACIL.—(*Acercándose.*)

No es por mí, que ya mi piel
está a la nieve curtida,
es que espero la venida
de mi amo...

VILCHES.

¿Quién es él?

ZAHARA.—(*Interviniendo, al notar el embarazo de Alguacil.*)

Un hidalgo principal,
de sangre tan limpia y clara,
que hasta el más noble se honrara
teniéndole por igual...

VILCHES.

¿Por qué vive en estas sierras?

ZAHARA.

En ellas, señor, nació,
y señoríos y tierras
de sus padres heredó.

PELÁEZ.—(*Interviniendo.*)

Y con el tiempo que hace,
¿cómo a caminar se atreve?

ZAHARA.

¡Curtido está el que aquí nace
a los vientos y a la nieve!

VILCHES.

¡Mas si le tienden un lazo
los monfies!...

ZAHARA.

¡No hay temor,
que ellos conocen su brazo
y respetan su valor!

PELÁEZ.—(A Vilches.)

¡Bien le defiende la moza!

ZAHARA.—(Vivamente.)

¡Quién en la Alpujarra entera
no conoce y no venera
a don Diego de Mendoza!
Su familia es bien nombrada...
¡Deudo es también del marqués
de Mondéjar, que en Granada
capitán general es!...

VILCHES.

¿Es del lugar?

ZAHARA.

¡De Medina!...
¡De esa villa que en las peñas
de esa montaña vecina
finge un nido de cigüeñas!

PELÁEZ.

¿Cómo a Granada no va?

ZAHARA.

Porque ama estas asperezas
donde creció... ¡Son rarezas
de su genio!...

ALGUACIL.—(Que durante el final del diálogo
ha estado acechando la puerta.)

¡Aquí está ya!

(Todos vuelven la vista. Zahara corre impaciente hacia la puerta, donde aparece Aben-Humeya, embozado en una larga capa cubierta de nieve, con botas de montar y espuelas. El sombrero le cae sobre el rostro.)

ESCENA V

Dichos y ABEN-HUMEYA

HUMEYA.—*(A Alguacil, en voz alta, desde la puerta.)*

Dale pienso a mi caballo,
que a Medina partiremos
después de misa del gallo.

ALGUACIL.—*(Alto, con intención.)*

¿La oiremos aquí?

HUMEYA.

La oiremos.

(A Zahara.)

¡Buenas noches, mesonera!

ZAHARA.—*(En voz baja.)*

¡Cuánto tardasteis!

ALGUACIL.—*(Idem.)*

La gente,
vuestra señal, impaciente,
sedienta de sangre espera
en esas huertas cercanas...

HUMEYA.—*(En voz baja y rápida.)*

Mí orden les hice saber...

¡Aquí caerán, al postrer
repique de esas campanas!

(Se adelanta hasta el centro. En voz alta, reparando en los Soldados.)

¡Vive Dios!... ¡Por lo que veo
estáis bien acompañados!...

¡Que el Cielo os guarde, soldados!...

¡Salud y paz os deseo!

(Saluda. Los Soldados le contestan.)

VILCHES.—*(Invitándole a acercarse.)*

¡Hidalgo, que os guarde Dios!...

Si aquí queréis calentaros,
podéis, señor, acercaros,
que hay lugar para los dos...

PELÁEZ.

¡Larga ha sido la jornada!...

HUMEYA.

Y no cesó de nevar...

La ropa traigo mojada
y me la voy a mudar,
pues no es justo que con esta
capa y con aqueste sayo,
vaya esta noche a una fiesta
como la misa del gallo...

(Alguacil, que ha desaparecido por la puerta, vuelve a surgir por los arcos de la izquierda.)

VILCHES.

¿Venís de lejos?

HUMEYA.

De Laujar:
—cinco leguas—del mercado,
donde acabo de comprar
un potro tordo rodado
que es magnífico ejemplar...

VILCHES.—(*Interrumpiéndole.*)

¡Mas perdone! ¿Por allí
qué dicen de Aben-Humeya?

HUMEYA.

¡Tan mala es, señor, mi estrella,
que nada sobre esto oi!...
¡Mas que os libre vuestra suerte
de topar con el doncel,
porque toparse con él
es toparse con la muerte!

PELÁEZ.

Mas ¿tan bravo es el mancebo?

HUMEYA.

¡Tiene brío y juventud!

VILCHES.—(*Alzando un vaso de vino y ofreciéndole otro.*)

¡Hidalgo, a vuestra salud!

HUMEYA.—(*Con una galante cortesía, excusándose.*)

¡Mil gracias, pero no bebo!

(Resuena el segundo repique de la misa. Las ventanas del templo empiezan a iluminarse.)

Ya vuelven a repicar...

¡Que os guarde Dios, noble tropa!

¡Voy a mudarme de ropa,
que la misa va a empezar!

(A Zahara.)

Dame una luz,

ZAHARA.—*(Tomando el velón.)*

¡Al momento!...

¡Al final del corredor
hallaréis vuestro aposento!

(Le precede con la luz por los arcos de la izquierda. Aben-Humeya se inclina cortésmente y saluda a los Soldados. Diego Alguacil se va tras él.)

VILCHES.—*(Saludando.)*

¡Que el Cielo os guarde, señor!...

VOCES.—*(Fuera. Cantando.)*

Los pastores dormitaban
y un ángel les despertó:
¡Venid—les dijo—, pastores,
que ha nacido el Redentor!

¡Despertad, pastores!

¡Pastores, corred
a adorar al Niño
nacido en Belén!

ESCENA VI

Dichos, menos ABEN-HUMEYA y BEN-ALGUACIL

VILCHES.—*(A los Soldados.)*
 ¡Que retoce el buen humor!
 ¡Amigos, reíd, cantad,
 que esta noche es Navidad
 y ha nacido el Redentor!

ZAHARA.—*(Saliendo, por el primer arco de la izquierda. Aparte.)*
 ¡Pronto habéis de padecer
 y empezareís a gemir,
 que a tiempo que va a nacer
 vuestro Dios, vais a morir!

VILCHES.
 La nieve borró el camino...
 ¡Para que no nos helemos,
 con un buen trago de vino
 nuestros cuerpos calentemos!
(Se vuelve hacia la mesa.)

ZAHARA. *(Aparte.)*
 ¡Temblad, que llegó el momento;
 porque esa nieve que baja
 del Cielo, vuestra mortaja
 está tejiendo en el viento!
(Empieza un nuevo repique.)

VILCHES.
 De nuevo están repicando...
 De la campana el clamor

parece que va anunciando:
¡Va a nacer el Salvador!...

ZAHARA.—(*Aparte.*)

¡Ninguno de la mañana
el resplandor mirará!...
¡Por vosotros la campana
a muerte doblando está!
(*Se acerca y les sirve más vino.*)
Aquí el vino...

PELÁEZ.—(*Llenando el vaso.*)

Su virtud
en tu semblante retoza...
¡A tu salud, buena moza!...

VILCHES.—(*Alzando el vaso.*)

¡Mesonera, a tu salud!
(*Beben y se disponen a partir.*)

ZAHARA.

¿Se van todos?

PELÁEZ.—(*En voz baja.*)

Ya lo ves...
¡Mas si tu voz me ordenase
que me quedara, quedase,
aunque me ahorcaran después!

VILCHES.—(*Acercándose.*)

¡Y yo también!...

SOLDADO.

¡Y yo!...

PELÁEZ.

Vamos,
elige tú, vida mía,

porque a hacerte compañía
 todos dispuestos estamos.
 ¿Quién es el que más te agrada?
 Pues no es justo que te quedes
 sola ahora, cuando puedes
 estar bien acompañada...

ZAHARA.

Como desairar no quiero
 a causa de la elección,
 a ninguno, en conclusión:
 ¡quedarme sola prefiero!

PELÁEZ.

¿A nadie tu amor señala?...
 ¡No uses melindres, morena,
 que esta noche es Nochebuena!

ZAHARA.—(Aparte.)

¡Mas para ti será mala!
 (Vuelven a beber, riendo y bromeando.)

PELÁEZ.

A nuestra salud, ¡bebed!
 (Intenta abrazarla; ella se esqui-
 va y se dirige a uno de los arcabu-
 ces colocados cerca de la chime-
 nea.)

ZAHARA.—(Tomando el arcabuz.)

¡Las manos quietas tened,
 que os juro por esta luz
 que, si adelantáis un paso,
 el corazón os abraso
 con vuestro propio arcabuz!...

Mí honor no ha de toleraros
el más ligero desmán...

PELÁEZ.—(*Acercándose.*)
Ahora verás...

VILCHES.—(*Mirando a la puerta.*)
¡A callaros,
que aquí viene el capitán!

ESCENA VII

Dichos y DON ALVARO DE FLORES

ALVARO.—(*A los Soldados.*)
¿Pero qué hacéis aún ahí?
Al templo marchad de prisa,
que ya va a empezar la misa...
(*Los Soldados salen. Zahara permanece junto al fuego.*)
Tú, Peláez, quédate aquí.
(*Peláez se detiene.*)

ESCENA VIII

DON ALVARO PELÁEZ y ZAHARA. Esta, junto
al fuego

ALVARO.—(*A Peláez, en secreto.*)
¿Todo lo tienes dispuesto?

PELÁEZ.—(*En voz muy baja.*)
 Como para una batalla
 todo dispuesto se halla,
 y cada cual en su puesto.

ALVARO.
 Al alférez le di orden
 de que si el vulgo se altera
 al enterarse y quisiera
 promover algún desorden,
 que lo encierre a arcabuzazos.

PELÁEZ.
 Podéis confiar en él,
 que es leal...

ALVARO.
 ¡Doña Isabel,
 cuándo te tendré en mis brazos!...

PELÁEZ.
 Mas ved que el vulgo es asaz
 malicioso, y si concluye
 por saber...

ALVARO.
 ¡Se le atribuye
 a los moriscos, y en paz!
 ¡Nada habrá que lo remedie!
 Saldrá todo según quiero...
 ¡Cuando la misa promedie,
 ya sabes, aquí os espero!
 (*Resuena el último repique de
 misa. El Capitán y Peláez se van.
 Se les ve atravesar la plaza y pene-
 trar en el templo.*)

VOCES.—(*Cantando fuera.*)

¡El monte dejad, pastores!
¡Llegad todos a Belén,
porque el Redentor del mundo
esta noche va a nacer!

(*Aparecen por los arcos Alguacil
y Aben-Humeya, con sus trajes mo-
riscos, envueltos en amplios man-
tos. Zahara se les aproxima.*)

ESCENA IX

ABEN-HUMEYA, ZAHARA Y BEN-ALGUACIL

ZAHARA.—(*Espiando desde la puerta.*)

¡Toca, campana, de prisa,
que a muerte vas a tocar!...

HUMEYA.—(*A Alguacil.*)

Llegó el momento. La misa
va en este instante a empezar.
Vete, Alguacil, a avisar
a nuestros bravos hermanos...
(*Sale, recatadamente, Alguacil.*)
Mas espera...

ALGUACIL.—(*Volviéndose.*)

¿Qué me quieres?

HUMEYA.

¡Que respeten las mujeres,
los niños y los ancianos!

ALGUACIL.—(Al salir, mirando recelosamente a Aben-Humeya y Zahara.)

¡En vano es que el labio rece
piedad clamando a los cielos!...

¡Misero del que tropiece
con el furor de mis celos!

(Se va. Zahara cierra la puerta y
apaga las luces de dentro, dejando
sólo el velón sobre la mesa.)

ESCENA X

ABEN-HUMEYA y ZAHARA. ABEN-HUMEYA permanece un momento inmóvil, cruzado de brazos, en el centro de la escena. ZAHARA le contempla con ansiedad, sin atreverse a romper su silencio

HUMEYA.—(Como hablando consigo mismo.)

¡El decreto de tu estrella
ya te señaló el camino!...

¡Ya te has puesto, Aben-Humeya,
frente a frente a tu destino!

¿Veré mi gloria cumplida?

Ya está la lucha empezada...

¡Desde hoy no tendrá mi vida
más solución que mi espada!

(Desnudándola.)

¡Noble espada, triunfadora
reliquia de mis mayores,

en ti se concentra ahora
el amor de mis amores!

¡Gloriosa espada, a quien diera
Damasco su fino temple,

deja que mi vida entera
 extasiada se contemple
 en tu fuerte hoja acerada,
 con la ventura triunfante
 con que se mira el amante
 en los ojos de su amada!
 ¡No temas que te abandone,
 hasta que en dura campaña
 mi altiva frente corone
 con la corona de España!
 ¡No te rendiré al cristiano,
 que nunca habré de entregarte,
 en tanto pueda empuñarte,
 como te empuña, mi mano!
 ¡Y si vencida se ve
 mi generosa ambición,
 antes de hacerte traición,
 hasta el puño te hundiré
 dentro de mi corazón!

ZAHARA.—(*Acercándose para alentarle.*)
 ¡Animo, señor!... ¡La hora
 de la venganza resuena!...
 Mas ¿qué te angustia? ¿Qué pena
 tu semblante descolora?
 ¿En el triunfo desconfía
 tu esperanza?

HUMEYA.

No, Zahara...
 ¡Es que mi alma se para
 antes de emprender la vía
 que el Destino me depara!

ZAHARA.

Pero ¿qué amengua tus bríos?

HUMEYA.

¡El sino de Aben-Humeya!...
(*Con supersticioso terror.*)
¡Temo el rigor de esa estrella
enemiga de los míos!

ZAHARA.

¡Desecha el vano temor
que en tu espíritu se encierra,
que contra el cielo y la tierra
te defenderá mi amor!...

HUMEYA.—(*Estrechándola en sus brazos.*)

Es verdad... ¡Tu amor ha sido,
en mi sendero de abrojos,
espejo fiel que mis ojos
para mirarse han tenido!
¡La única flor perfumada
que sus piedades ha abierto
en el árido desierto
de mi vida desolada!

ZAHARA.—(*En un arranque de cariño.*)

¡Y mi amor tan grande es,
que si tu rigor dijera
que muriese, sucumbiera,
bendiciéndote, a tus pies!

HUMEYA.—(*Dulcemente.*)

¿Tanto me quieres, Zahara?

ZAHARA.

¡Mi propio amor me da miedo!

HUMEYA.

¿Y sí yo te traicionara?

ZAHARA.

Te matara... ¡y me matara!
 ¡Que sin ti vivir no puedo!
 ¡Mas en tanto que latir
 sienta la sangre en mis venas,
 nadie podrá destruir
 estas amantes cadenas!...
 ¡A mi amor puedes pedir
 el sacrificio mayor.
 que por ti yo sabré hacer
 lo que ninguna mujer
 hizo nunca por su amor!
 Si de esta pasión sincera*
 cansado, señor, te sientes,
 ¡como un lobo a una cordera
 desgarrar mi vida entera
 con tus uñas y tus dientes!...
 ¡Mas si tu amor me traiciona,
 para vengarme seré
 como una hambrienta leona,
 y matando, moriré!

HUMEYA.—(*Acariciándola.*)

¡Así mi orgullo te quiere,
 hija de esa raza ciega,
 que cuando al amor se entrega,
 por él mata y por él muere!

(*En tono de reconvención.*)

¡Mas nunca quieres contarme,
 Zahara, a lo que has venido!

ZAHARA.

¡A verte a ti, y a vengarme
 del hombre que me ha ofendido!

¡Su rastro y tu amor seguí,
y mira tú qué alegría,
que hallé la venganza mía
a tiempo de hallarte a ti!
¡Y hoy, al par que acariciar
las mejillas de mi amor,
podrán mis manos vengar
a mi padre y a mi honor!

HUMEYA.—(Con interés.)

¿Cómo a esta sierra llegaste?
¿Cómo tu padre murió?...

ZAHARA.

¡Escucha lo que pasó
cuando el Albaicín dejaste!
Aun sonaban destemplados
vuestros roncós atambores,
cuando en nuestra plaza, osados,
penetraron los soldados
de don Alvaro de Flores.
Gritos, gemidos y quejas...
De cuando en cuando la luz
de algún tiro de arcabuz
filtrándose por las rejas...
Yo, en mi estancia, arrodillada,
al Cielo piedad pedía,
cuando oí que desgonzada
mi puerta al suelo venía.
Mi padre, desesperado,
salió, blandiendo su acero...
¡Oí su grito, un grito ahogado,
que en vano olvidarlo quiero,
pues aquí quedó clavado!

(Señalando al corazón.)

Una espuela resonó,
 me desplomé en un diván,
 y en la puerta apareció
 don Alvaro, el capitán...
 Y de lo que allí pasó
 ya no quieras saber nada...
 ¡Un anciano que moría,
 una mujer deshonrada...
 y un rufián que sonreía
 y por la escalera huía
 sin chambergo y sin espada!

HUMEYA.—(*Con rabia sorda.*)

¡Sigue!

ZAHARA.

¡Si yo misma pierdo
 la memoria del pasado!...
 Tan solamente recuerdo
 que con el traje rasgado
 y flotante a la caricia
 del viento la blanca toca,
 apellidando justicia
 anduve como una loca.
 La gente, al verme pasar,
 de terror se estremecía;
 y así, ciega de pesar,
 llegué a la Chancillería
 y en la sala quise entrar.
 Mis gritos y mis razones
 los soldados desoyeron,
 y hasta el paso me impidieron,
 arrojándome a empellones.
 Y viendo que a la severa
 justicia que apellidaba

ninguno me contestaba,
 como si nadie la oyera,
 sentí renacer la brava
 fiereza del pueblo mío
 dentro de mi corazón,
 y en un arranque sombrío
 de mi desesperación,
 como aquel que un desafío
 al mundo y al cielo lanza,
 rugí en furioso ademán:
 «¡Puesto que del capitán
 justicia aquí no me dan,
 yo sabré tomar venganza!...»

HUMEYA.—(*Con vehemencia.*)
 ¿Y después?

ZAHARA.

Pensando en ti,
 de la ciudad me salí,
 encaminando al acaso
 por esos montes mi paso...
 Supe que estabas aquí,
 y aquí a buscarte llegué...
 Una morisca que huía
 a la montaña, tenía
 este mesón; me quedé
 con él por ventura mía
 y por cristiana pasé.

(*Con feroz alegría.*)

¡La venganza que soñaba
 hoy ha venido a mi mano,
 cuando menos lo esperaba,
 porque ya me imaginaba
 que hube de jurarla en vano:

que entre las gentes que van,
 señor, en tu seguimiento,
 y aquí alojadas están,
 he encontrado al capitán,
 al capitán de mi cuento!

HUMEYA.—(*Con pasión.*)

¡Será vengarte mi orgullo!
 ¡En este brazo confía,
 que si mi cariño es tuyo,
 tu venganza será mía!
 Y a ese traidor capitán
 que aquí nos trajo la suerte,
 muerto a tus pies lo verán
 esos ojos, que me dan,
 cuando me miran, la muerte.

(*La estrecha.*)

ESCENA XI

Dichos y DOÑA ISABEL DE MERCADO. En el banco
 cerca de la mesa permanecen abrazados ABEN-
 HUMEYA y ZAHARA, a la dudosa luz del velón.
 DOÑA ISABEL aparece por el arco primero de la
 izquierda, pálida y temblorosa

ISABEL.—(*Dentro.*)

¡Favor! ¡Socorro!

(*Los amantes se separan, sor-
 prendidos.*)

HUMEYA.

¿Has oído?

(*Se alzan. Doña Isabel entra pre-*

precipitadamente y se dirige a Aben-Humeya.)

ISABEL.

¡Amparo! ¡Por Dios, valedme!

HUMEYA.

¿Qué tenéis?

ISABEL.

¡Presto, escondedme!

(Se arrodilla.)

¡Arrodillada os lo pido!

(Se abraza a las rodillas de Aben-Humeya.)

HUMEYA.—*(Alzándola.)*

¿Qué os pasa, señora mía,
que aquí os entráis asustada,
como corza acorralada
por una hambrienta jauría?

ISABEL.—*(Con las manos tendidas.)*

¡Si ocultarme no queréis,
me encontrarán!...

HUMEYA.

Mas ¿qué os pasa?

ZAHARA.—*(Reconociéndola.)*

Dofia Isabel, ¿qué tenéis?

ISABEL.—*(Precipitadamente.)*

Han asaltado mi casa...

ZAHARA.

¿Quiénes?

ISABEL.

¡Mis perseguidores!

HUMEYA.—(*Contemplando avaramente la belleza de Doña Isabel.*)

¿Quiénes fueron tan osados?

ISABEL.—(*Temblando.*)

¿Quiénes fueron?... ¡Los soldados de don Alvaro de Flores!

ZAHARA.

¿Don Alvaro ha sido?

ISABEL.—(*Temblando.*)

¡Sí!

ZAHARA.—(*Con firmeza.*)¡Calmaos, doña Isabel,
que no hallaréis contra él
mejor refugio que aquí;
pues aquí vuestra hermosura
estará contra su ley
más guardada y más segura
que en el palacio del rey!HUMEYA.—(*Tranquilizándola.*)

¡Contad!

ISABEL.

Sola en mi morada,
diligente disponía
la cena que preparada
para el capitán tenía,
cuando éste, de repente,

en mi estancia penetró,
 y ayudado por su gente
 arrebatarme intentó...
 La luz luchando apagué,
 y de sus brazos huí...
 Por la ventana salté
 a ese patio... aquí llegué...
(Arrodillándose de nuevo.)
 ¡Tened compasión de mí!

ZAHARA.

¡Calmaos, doña Isabel!
 ¡Estáis segura!

ISABEL.—*(A Aben-Humeya.)*

¡Salvadme,
 si sois cristiano, o matadme
 antes de entregarme a él!
 ¡Vedme a vuestros pies rendida!...
 ¡Mi honor salvadme, señor,
 que entre el honor y la vida
 lo primero es el honor!...

HUMEYA.

¡Segura podéis estar,
 si mi acero os acompaña,
 aunque os vengán a buscar
 todos los tercios de España!...
 ¡Y quién, siendo caballero,
 ha de dejar, vive Dios,
 sin que le ampare su acero
 a una dama como vos!
(La levanta.)

ESCENA XII

Dichos, y luego DON ALVARO, VILCHES y PELÁEZ

PELÁEZ.—(*Fuera.*)

¡De la linde por el muro
al mesón se habrá corrido,
pues por la puerta yo os juro
que la dama no ha salido!

(*Al oír las voces Zahara y Aben-Humeya permanecen inmóviles escuchando. Doña Isabel se refugia entre ellos.*)

ALVARO.—(*Fuera.*)

¡Pues llamad en el mesón!
(*Suenan fuertes aldabonazos.*)

PELÁEZ.

¡Abrid, abrid, mesonera!...
(*Zahara interroga con la vista a Aben-Humeya. Doña Isabel le coge las manos, suplicante.*)

ISABEL.

¡No abráis, por Dios!...

HUMEYA.—(*A Zahara.*)

¡Abre!

(*Zahara se dirige a la puerta. Aben-Humeya la detiene con un gesto. Doña Isabel tiembla de espanto.*)

¡Espera!

¡Antes llévate el velón!

(Zahara se lleva el velón por los arcos de la izquierda y después se encamina a la puerta, en tanto que Doña Isabel, con las manos suplicantes, implora a Aben-Humeya.)

ISABEL.—*(Con desesperación.)*
¡Me dejáis abandonada!

HUMEYA.

¿Quién, después de contemplaros, es capaz de abandonaros?...

¡Señora, no temer nada!

¡Confiar podéis en dos defensores; el primero, en la justicia de Dios, y después en este acero que a desnudar voy por vos!

(Aben-Humeya la ampara, y permanece con ella en el segundo arco de la izquierda. Los golpes arrecian.)

VILCHES.—*(Fuera.)*

¡Abrenos! ¿No nos conoces?

ZAHARA.—*(Quitando la tranca.)*

¿Por qué tan fuerte llamáis?

¡Que yo estoy sorda pensáis para darme tales voces!...

ALVARO.—*(Fuera.)*

¡Abres, o la puerta arranca mi furor!

ZAHARA.—*(Abriendo.)*

¡No ejercitéis

vuestras fuerzas, pues ya veis
que tenéis la puerta franca!

*(Entran violentamente Don Alvaro,
Vilches y Peláez.)*

ALVARO.—*(A Zahara.)*

¿Aquí una dama se entró?

ZAHARA.—*(Soltando una carcajada.)*

¡Una dama!

ALVARO.—*(Violentamente.)*

A bromas tomas
lo que te pregunto...

ZAHARA.—*(Con energia.)*

¡Yo
soy poco amiga de bromas!
¡No insistir en tal simpleza,
que si no voy a creer
que ya, de tanto beber,
perdido habéis la cabeza!

ALVARO.—*(Con furor.)*

¿Entró la dama? Responde...
Si ocultas, ¡voto a Luzbel!,
el lugar donde se enconde,
mis gentes con un cordel
de esta viga te ahorcarán...

HUMEYA.

¡Enciende luces, Zahara,
que quiero verle la cara
a tan bravo capitán!...

(Don Alvaro, Vilches y Peláez)

echan mano a la espada, sorprendidos. Zahara penetra por la alquería en busca del velón.)

ALVARO.—*(Con arrogancia.)*
¿Quién habla?

HUMEYA.
¡Quien os oyó!
(Zahara entra con la luz. Aben-Humeya se adelanta al medio de la escena.)
¿Buscáis a la dama?

ALVARO.
¡Sí!

HUMEYA.—*(Señalando a Doña Isabel, que está arrodillada al pie de un arco, con las manos juntas tendidas al cielo.)*
Pues ya la tenéis aquí...
(Don Alvaro va a precipitarse sobre ella. Aben-Humeya se interpone.)
¡Pero la defiendo yo!...

ALVARO.
¿Quién sois?

HUMEYA.
¡Quien os matará!...

ALVARO.
¡Saber vuestro nombre quiero!

HUMEYA.—*(Desnudando la espada.)*
¡Preguntádselo a mi acero,
que él por mí responderá!

(Don Alvaro tira de la espada.)
 ¡La dama buscáis, señores?
 Aquí está... ¡Venid por ella!...
 Mas la ampara Aben-Humeya
 contra don Alvaro Flores!
*(Se desemboza y aparece vestido
 ricamente a la morisca.)*

ALVARO.

¡Vive Dios, que esto me agrada!...
 ¡Será doble mi partida,
 pues con la dama y tu vida
 terminaré mi jornada!...
(A los Soldados.)
 ¡Guardad los arcos, no huya!
(Avanzando hacia Aben-Humeya.)
 Tu cabeza y la doncella...

HUMEYA.

¿Mi cabeza?... ¡Ven por ella
 antes que caiga la tuya!

ALVARO.

¡Te tengo ya en mi poder!

HUMEYA.

¡Tú sí que estás en el mío!...

ALVARO.

¡De tus alardes me río!...

HUMEYA.

¡Ahora lo vamos a ver!
*(Por la plaza se ven cruzar sigi-
 losamente gentes armadas.)*

ALVARO.

¡Peláez, a la gente avisa!
(Sale Peláez. Vilches queda vigilando la puerta.)

HUMEYA.

¡Será tarde, porque están
 en mi poder, capitán,
 y no volverán de misa!
(Resuena de pronto un redoble de atambores. La plaza se anima. Gentes con antorchas cruzan de acá para allá. Todo rapidísimo.)

¿No escuchas el resonar
 de los roncós atambores,
 los gritos y los clamores
 que levantan a la par
 vencedores y vencidos?...
 ¡Son mis valientes hermanos,
 que vengan en los cristianos
 los ultrajes padecidos!

VOCES.—*(Fuera.)*

¡Viva! ¡Viva Aben-Humeya!
(El vocerío aumenta. La fachada del templo empieza a arder.)

PELÁEZ.—*(Con la espada desnuda, apareciendo en la puerta y dirigiéndose al capitán.)*
 ¡Huid! ¡Nos pasan a cuchillo!

ISABEL.—*(Cayendo de rodillas, con las manos tendidas al cielo.)*
 ¡Piedad, Señor!

HUMEYA.—*(Con supersticiosa ansiedad.)*
 ¡Ya mi estrella
 comienza a esparcir su brillo!

ALVARO.

¡Puesto que a morir me obliga
mi destino adverso hoy,
moriré como quien soy
teñido en sangre enemiga!

*(Se dirige con la espada desnuda
a la puerta. Aben-Humeya se le in-
terpone.)*

HUMEYA.

¡No hay salida!... ¿Dónde va?

ALVARO.

Hay una...

HUMEYA.—*(Presentándole la espada.)*

Y está cerrada.

ALVARO.

¿Quién me la cierra?

HUMEYA.

Mi espada...

ALVARO.

¡Pues mi espada la abrirá!

*(Al ir a acometerle se interpone
Zahara con el arcabuz que habrá
tenido preparado durante la ante-
rior relación. Se lo echa a la cara.)*

ZAHARA.—*(A Aben-Humeya, que intenta de-
tenerla.)*

¡Aparta! Su vida es mía...

(Dispara el arcabuz.)

ALVARO.—(*Cayendo.*)
¡Traición!

HUMEYA.

Zahara, ¿qué has hecho?

ZAHARA.

La bala le entró en el pecho...
¡Tengo buena puntería!...
(Tendiendo los brazos al cielo.)
¡Padre, con mi propia mano
tu noble sangre vengué
en la sangre del cristiano!...

ALVARO.—(*Agonizante.*)
¡Ay, me muero!

(Zahara se inclina sobre el herido, clavando en los ojos, que ya empieza a vidriar la muerte, sus pupilas. El resplandor del incendio del templo ilumina trágicamente la escena. Aben-Humeya, de pie, de espaldas a la puerta, y Doña Isabel, de rodillas, bajo el segundo arco de la izquierda, contemplan inmóviles la escena. En la plaza se oye el vocerío de la multitud.)

ZAHARA.

¡Mirame!...
¡Mi venganza llegó al fin!...
¡Contéplame bien la cara,
y acuérdate de Zahara,
la mora del Albaicín!

TELÓN LENTO

ACTO TERCERO

Las almenas de un castillo en Válor, desde donde se divisa, al fondo, el magnífico y salvaje panorama de la sierra, pródigo en valles fértiles, bosques frondosos y picachos nevados. A la izquierda, en primer término, un alto y fuerte torreón, al cual se penetra por un arco del más puro estilo árabe. En el lienzo del torreón, un ajimez con espesas celosías de colores. A la derecha, una amplia puerta de herradura que conduce a la explanada del castillo.
Es media tarde.

ESCENA PRIMERA

ZAHARA y ABEN-HUMEYA. Este aparece apoyado en las almenas, contemplando las cumbres lejanas, como siguiendo el vuelo de un sueño muy vago y muy remoto. ZAHARA, a su lado, como queriendo arrancarle de aquella contemplación

ZAHARA.—(*Insinuante, anhelando penetrar en lo más íntimo de sus pensamientos.*)
¿Qué voraces y ocultas pesadumbres tu corazón devoran hoy, que impera el orgullo triunfal de tu bandera sobre la nieve de estas altas cumbres?

Después de quince lunas de combate,
 donde al cristiano, sin cesar, venciste,
 ¿acaso en toda la Alpujarra existe
 algún lugar que tu poder no acate?
 Bajo tu alfanje se humilló Castilla;
 tu gloria en todo su esplendor destella,
 ¡y más que el sol en el cenit, tu estrella,
 sobre estos montes victoriosa brilla!
 Delante de tus bandos de monfies
 y tus bravas escuadras de africanos,
 como palomas ante los neblies,
 huyen y se desbandan los cristianos.

*(Queriendo romper el hondo silencio
 de Aben-Humeya.)*

Mas ¿qué empaña la luz de tu mirada?
 ¿Qué te falta, señor?

HUMEYA.—*(Como respondiendo a sus propias
 interrogaciones.)*

Le falta una
 perla al regio collar de mi fortuna...

ZAHARA.—*(Con extrañeza.)*

¿Una perla le falta?

HUMEYA.—*(Con voz profundamente emocio-
 nada.)*

¡Mi Granada!

Sólo por ella me lancé a la guerra;
 por romper su prisión...

*(Como si la ciudad remota y querida
 se alzase ante sus ojos, corporizada en
 sus propios sueños.)*

¡Juntos daría

todos, todos los reinos de la tierra,
por mirarte otra vez, Granada mía!...

*(Queda un momento con la frente
apoyada entre las manos, con los ojos
cerrados, como para ver mejor en el fon-
do de su alma la visión que le obse-
siona.)*

ZAHARA.—*(Queriendo reanimarle, embriagán-
dole con el sueño heroico y sonoro de sus
palabras evocadoras.)*

Pues pronto del cristiano vencedores,
blandiendo al sol desnudos los aceros,
penetrarán en ella tus guerreros
a compás de tus roncós atambores...
¡Coronarán sus muros tus valientes,
y otra vez en sus mágicos confines
resonará la voz de los muedines
llamando a la oración a los creyentes!...
¡De nuevo alegrarán nuestras miradas
las gloriosas enseñas islamitas,
y el estandarte de los Omniadas
sobre las torres de sus cien mezquitas!...
¡Y a la azul claridad de los luceros,
a compás de las músicas gimientes,
entre el perfume de los pebeteros
y el suspirar callado de las fuentes,
otra vez en los patios de la Alhambra,
las odaliscas de tu harén, cautivas,
sus velos rasgarán, en las lascivas
fiestas de luz de la morisca zambra!...

*(Reparando en la indiferencia desde-
ñosa de Aben-Humeya, que continúa
como ajeno a sus palabras; cambiando
de tono, con dolorosa humildad.)*

¿Acaso mi palabra te importuna?
 ¿En qué, señor, tu esclava te ha ofendido,
 que de tus ojos ni siquiera una
 mirada su presencia ha merecido?

HUMEYA.—(*Rechazándola.*)
 ¡Aparta! ¡Déjame!

ZAHARA.—(*Aproximándose nuevamente, sollozante.*)

Pero ¿qué tienes,
 que hasta escuchar mi voz te causa enojo?...
 ¡Siempre en tus labios para mí desdenes,
 y siempre duros para mí tus ojos!

HUMEYA.—(*Friamente.*)
 ¡Calla, Zahara!... ¿Para qué te empeñas
 en amargar mi vida a todas horas,
 con esas necias lágrimas que lloras
 y esos vagos celos con que sueñas?
 ¿De qué te quejas, di?...

ZAHARA.

¡De tu desvío!...
 ¡Del injusto rigor con que me hiere
 tu ingratitud!... ¡De que mi amor se muere,
 en tu cansado corazón, de hastío!

(*Del ajimez del torreón descienden
 lentamente las notas de un laúd. Am-
 bos se quedan inmóviles, clavando los
 ojos en la celosía.*)

ISABEL.—(*Cantando dentro.*)
 Ausente del bien que adoro,
 en tierra de infieles vivo,

como un ruiseñor cautivo
 en una jaula de oro.
 Y sin esperar consuelo
 en su dorada prisión,
 como una flor entre el hielo
 se muere mi corazón...

HUMEYA.—(*Como quien despierta de un sueño, dirigiéndose a Zahara.*)
 ¡Oh, qué dulce canción! ¿Has escuchado algo más dulce que esa cantilena?

ZAHARA.—(*Conmovida también al encanto doloroso de la música.*)
 ¿Qué ruiseñor agonizó de pena?

HUMEYA.—(*Sin poder reprimir su entusiasmo.*)
 ¿Qué ruiseñor?... ¡Doña Isabel Mercado!...

ZAHARA.—(*Al oír el nombre de la rival odiada, retrocede, como quien ve dentro, al inclinarse a beber en la fuente, la vibora que le acecha entre los juncos de la orilla.*)
 ¡Ella siempre!... ¡Maldita la sirena que tu amor y mi dicha me ha robado!
 (*Su voz tiene estridencias de odio. Sus ojos relampaguean de rencor, y adquiere de súbito un aire hostil y agresivo, que contrasta violentamente con la humildad anterior.*)

HUMEYA.—(*Violentamente, como si una mano cruel e indiscreta le oprimiera, hasta hacerle sangrar, una llaga oculta.*)
 ¡Cállate!...

ZAHARA.—(*Exaltándose en su rencor, con los puños crispados y los dientes rechinantes, como si desgarrase las palabras.*)

¡No amordaces mis anhelos!

¡Deja que en gritos mi furor estalle!

¿Cómo quieres, señor, que el labio calle cuando se rompe el corazón de celos?...

¡Mi amor ha de triunfar de esa cristiana! No vencerá doña Isabel... ¡lo juro!

HUMEYA.—(*No pudiendo reprimir la cólera que le produce la profanación y amordazando con su mano los labios osados.*)

¡Cállate, infame, que ese nombre puro al pasar por tus labios se profana!

(*La sujeta violentamente por un brazo, dominándola con la fiera de su gesto y la agresiva fulminación de la mirada.*)

¿Qué eres tú? ¿Quién franquicia te concede a inquirir de mi vida en el arcano, misera flor de harén a la que puede, cuando le plazca, deshojar mi mano?...

¡Hunde en el polvo tu arrogancia fiera y respeta el secreto que atesoró!...

(*Zarandeándola, amenazante.*)

¡Ay de ti, miserable, si quisiera.

tu aliento empañar a la mujer que adoro!

(*Zahara va a hablar. Aben-Humeya le indica silencio con un gesto.*)

ZAHARA.—(*Agitándose convulsivamente como una agonizante.*)

¿Cómo callar, si siento en mis entrañas, hundiendo en mí sus corvos agujijones,

más víboras hambrientas y escorpiones
que esconden esas ásperas montañas?

HUMEYA.—(*Frenético de tra.*)

¡Ponle freno a tu voz!... Calla y olvida
la íntima llaga que en mi pecho escondo.
¡Una palabra más... y no respondo
de no ahogarla en mis manos con tu vida!

ZAHARA.—(*Retrocediendo espantada, con toda
la feroz ironía de su impotencia.*)

¿Tanto la amáis?

HUMEYA.—(*En un arranque de pasión, como
quien desborda una copa colmada.*)

Para obtener siquiera
una sonrisa suya, una mirada,
todo mi triste corazón le diera:
¡hasta el trono de oro de Granada!

ZAHARA.—(*Espantada y envidiosa al mismo
tiempo de aquella pasión.*)

¡Me lo dices a mí!...

HUMEYA.—(*Sin oírla, como hablando consigo
mismo.*)

Desde el momento
en que la vi, sentí que florecía
dentro del corazón un sentimiento
de eternidad... Su imagen de alegría
y de ambición mi juventud ha henchido;
y fuera de ella, para mí, no existe
sino la sombra y el silencio, ¡el triste
reino de las tinieblas y el olvido!
¡Es mi supremo bien!... ¡Sólo por ella

mi ardiente corazón encuentra brios
para luchar contra la infausta estrella
que siempre fué enemiga de los míos!...

(Resuena un redoble de atambores cercanos.)

ZAHARA. — *(Irguiéndose desafiante, como si aquel redoble guerrero despertase en lo más hondo de sus entrañas la altivez indomable y toda la salvaje y violenta acometividad de su raza.)*

Cuando al amor le roban la esperanza,
para poder vivir y alimentarse,
sólo le queda un fruto: ¡la venganza!
¡Y juro que mi amor ha de vengarse!...

(Quedan un instante los dos frente a frente, agitados por el torbellino de sus pasiones llameantes y encontradas: tal un león y una pantera, que recogen sus fuerzas y las disponen para el último choque. Resuenan más cerca los atambores. Ben-Alguacil aparece por la puerta de la derecha, inclinándose ante Aben-Humeya.)

ESCENA II

Dichos, BEN-ALGUACIL y el HABAQUÍ

ALGUACIL.

Banderas turcas señaló el vigia.
Las gentes de Huezín tornan triunfantes.
Por las abruptas sendas de esta umbría

(Señalando al foro.)

se ven trepar las huestes, y ondeantes
desplegarse a los vientos las enseñas...
¡y el eco multiplica los clamores
de sus roncadas trompetas y atambores
por las concavidades de esas breñas!...

(Aben-Humeya, el Habaquí y Alguacil se dirigen al fondo a observar desde las almenas. Zahara se les va acercando poco a poco, como atraída por algo irresistible, superior a su voluntad, y observa también.)

ALGUACIL.—(A Aben-Humeya, señalando con la mano bajo las almenas.)

¡Ve, señor! Entre una nube
de polvo, la brava gente
de Huezín, triunfante sube
por esa larga pendiente.

HABAQUÍ.—(Señalando también.)

¡Qué tristes y pensativas,
agobiadas por sus penas,
van las cristianas cautivas
arrastrando sus cadenas!

HUMEYA.—(Conmovido por el cuadro trágico que pasa ante sus ojos.)

¡Allí vienen entre ultrajes,
denuestos y maldiciones,
descalzas y hechos jirones
los mantelos y los trajes!
Hincha el dolor sus gargantas;
sus rizos desgrena el viento,
y en donde posan las plantas
dejan un rastro sangriento.

¡Resbalan por el espanto
de sus mejillas hundidas
el llanto de sus heridas
y la sangre de su llanto!
¡Y así suben el sendero,
por las picas aguijadas,
como reses destinadas
a morir al matadero!

HABAQUÍ.—(*Profundamente conmovido también.*)

¡Su estado es tan lastimoso
y es tal su desolación,
que al pecho más valeroso
se le oprime el corazón!

ALGUACIL.

¡Lo mismo que esas cristianas,
sufriendo iguales pesares,
cruzarán nuestras hermanas,
desterradas de sus lares,
las estepas castellanas!

HABAQUÍ.—(*Volviéndose a Alguacil.*)
Mas la piedad...

ZAHARA.—(*Atajándole, con la voz áspera, vibrante de rencor.*)

¿Quién la siente
cuando grita el ciego enojo
de nuestra venganza: «Diente
por diente y ojo por ojo»?
¡No puede haber compasión!

(*Con rencorosa intención, mirando a Aben-Humeya, pero hablando con el Habaquí.*)

¡Pídele tú a la leona
que perdone al que a traición
le arrebató su león...
y verás si le perdona!

(Resuenan atambores por la derecha. Todos se vuelven. Sólo Aben-Humeya permanece en el fondo.)

ESCENA III

Dichos, HUEZÍN (capitán turco), ABEN-ABOO (caudillo morisco), Capitanes, Soldados y Cautivas. Por el arco derecho penetran HUEZÍN y ABEN-ABOO, seguidos por los Capitanes. Las Cautivas, custodiadas por los Soldados, se detienen un instante bajo el arco. ABEN-HUMEYA se vuelve a los que entran. Todos se inclinan y abaten armas

HUEZÍN.—*(Adelantándose.)*
¡El Cielo os guarde, señor!

HUMEYA.
¿Qué tal fué la empresa, Huezín?

HUEZÍN.—*(Con dureza.)*
¡Si ha sido bueno el botín,
la matanza fué mejor!
Victoriosas y altaneras,
dando a los infieles caza,
llegaron nuestras banderas
hasta los muros de Baza...
¡Y mis valientes guerreros,
de matar tantos cristianos,

cansadas tienen las manos
y mellados los aceros!

(Señalando a las Cautivas.)

¡Aquí tienes las cautivas!

ALGUACIL.—*(A los Capitanes.)*

¡Buena partida apresasteis!

HUÉRFANA.—*(Sollozando.)*

Si a nuestros padres matasteis,

¿por qué nos dejasteis vivas?

(Los Capitanes se separan para dejar paso a las prisioneras. Vienen pálidas, desgredadas y sangrientas. Las ropas, hechas jirones, y los pies, descalzos. Toda la bárbara crueldad de la guerra se refleja en la miseria desoladora de su aspecto.)

HUEZÍN.—*(Señalándoles a Aben-Humeya.)*

Aquí está el rey...

ABOO.

¡Besad
el polvo que su pie huella!

SOLDADOS.

¡Viva! ¡Viva Aben-Humeya!

CAUTIVAS.—*(Cayendo de rodillas.)*

¡Piedad! ¡Justicia! ¡Piedad!...

¡Nos dejaron sin esposos,
sin padres y sin hermanos!

ZAHARA.—*(Con vengativa complacencia.)*

¿Acaso son los cristianos
con nosotros más piadosos? .

¡En Jubiles y en Laroles,
en Feliz, Güéjar y Ohanes,
aún se lloran los desmanes
de los tercios españoles!...

*(Las Cautivas sollozan, proster-
nadas. Sólo la Demente permanece
de pie, rígida como una amenaza.
Sus ojos llamean y sus greñas pa-
recen erizadas de espanto. Todo su
aspecto hace sentir la frialdad mar-
mórea del pánico.)*

HUÉRFANA.—*(Con las manos suplicantes ten-
didas a Aben-Humeya.)*

¡Después de darle tormento,
mi padre, señor, quemaron,
y a mí misma me obligaron
a echar su ceniza al viento!

OTRA.

¡Ante mi vista, un soldado
rasgó el seno de mi madre!...
¡Con el cuerpo de mi padre
a la ballesta han jugado!...

LA HERMANA.

¡A mis hermanos clavaron
en la Peza, en una cruz!...

LA VIUDA.

¡A mi esposo me forzaron
a herir con un arcabuz!

LA DEMENTE.—*(Con los puños crispados, ten-
didos a Aben-Humeya, como amenazando a*

un fantasma. Su voz tiene la dureza impasible de la fatalidad.)

¡Por tus infames acciones,
tirano, maldito seas!...

¡Que por tus propios sayones
asesinado te veas!

*(Los Soldados intentan golpearla,
pero un gesto de Aben-Humeya los
detiene.)*

HUÉRFANA.—*(Disculpándola.)*

Perdió, señor, la razón...

LA VIUDA.

¡Cómo no la iba a perder,
si le dieron a comer
de su hijo el corazón!

*(Aben-Humeya se estremece de
horror, apartando los ojos de las
Cautivas, temeroso de que su emo-
ción se exteriorice.)*

HUMEYA.—*(Al Habaquí.)*

Las cautivas encerrad
en esa torre...

*(Señalando el torreón de la iz-
quierda.)*

CAUTIVAS.

¡Tened
de nosotras caridad!
¡Perdón!

HUMEYA.

¡Alzad!

(Se vuelve al Habaquí.)

¡Atended
su sustento con holgura!...

CAUTIVAS.—(*Alzándose.*)

¡Gracias, mil gracias, señor!...

ZAHARA.—(*Con rencor, viéndolas salir.*)

¡Darles fuera lo mejor,
en los fosos, sepultura!

LA DEMENTE.—(*Volviéndose, al salir, hacia Aben-Humeya, en un ademán de maldición.*)

¡Por tus infames acciones
será inflexible tu estrella!...

¡Morirás, Aben-Humeya,
a manos de tus sayones!

(Aben-Humeya se estremece, como si la sombra de un presentimiento cercano le rozase con sus alas de hielo. Las Cautivas desaparecen por la puerta del torreón, precedidas del Habaquí y custodiadas por algunos Soldados.)

ESCENA IV

Dichos, menos el HABAQUÍ, las Cautivas
y Soldados

HUMEYA.—(*A los Capitanes.*)

¡Vuestras banderas triunfantes
congregad para partir
esta tarde!...

HUEZÍN.—(*Adelantándose.*)

¡Señor, antes
mis quejas tienes que oír!...

HUMEYA.—(*Sorprendido.*)
¿Qué dices, Huezín?

HUEZÍN.—(*Con resolución.*)
¡Aunque
me taches, señor, de osado,
con rudeza de soldado
la verdad te contaré!
Las banderas africanas
que aquí conmigo vinieron,
y leales combatieron
contra las huestes cristianas
por liberar tu nación
y sostenerte en el trono
se quejan de tu abandono...,
¡y se quejan con razón!
¡Las pagas que devengadas
en estas diez lunas llevan
aun no les fueron pagadas,
y contra mí se sublevan!...
¡Y si yo hubiera sabido
lo que me esperaba aquí,
de Argel no hubiera salido,
pues para vivir así,
combatiendo sin medrar,
mejor me valiera estar,
rizada al viento la vela,
en mi rauda carabela
pirateando en el mar!...

HUMEYA.—(*Haciendo un esfuerzo terrible para
refrenar su enojo.*)
¡Ve y tranquiliza a tu gente,
prometiéndole, Huezín,
que será suyo el botín!...

(Con severa firmeza.)

¡Mas también hazles presente
a tus revueltos soldados
que en estas sierras vecinas
aún quedan robles y encinas
para ahorcar a los osados!
¡Y tú, si te amengua estar
militando en mis banderas,
puedes irte cuando quieras
de nuevo a piratear,
que a los moriscos de España,
para morir o vencer,
Huezín, no han de menester
ayudas de gente extraña!...

*(Huezín se inclina, sumiso, ante
la promesa del botín. Aben-Humeya
se encara con los Capitanes.)*

¡Capitanes, congregad
vuestras tropas y tomad,
antes del anochecer,
el camino de Motril!...
¡Mis órdenes, Alguacil,
mañana os haré saber!...

(A Aben-Aboo.)

Aben-Aboo, tú serás
quien mi estandarte reciba...
De jefe supremo vas...

CAPITANES.

¡Viva Aben-Humeya!... ¡Viva!

ABOO.—*(Inclinándose.)*

¡Que Dios te guarde, señor!

HUMEYA.—(*Despidiendo con un gesto a los Capitanes y disponiéndose a salir por la izquierda.*)

¡Y a ver si en esta jornada
el camino de Granada
nos abre vuestro valor!

(*Sale por la izquierda. Los Capitanes desfilan por la derecha. Al ir a salir Alguacil, Zahara se interpone y lo detiene.*)

ESCENA V

ZAHARA Y BEN-ALGUACIL

ALGUACIL.—(*Sorprendido por la determinación de Zahara.*)

¿Por qué ante mí te presentas,
cuando sabes que al mirarte
las heridas mal cerradas
en mi corazón se abren?

(*Con inquietud.*)

¿Qué quieres de mí, Zahara?

¿Qué anhelas?...

ZAHARA.—(*Con resolución, clavando en él, para dominarle, sus grandes ojos negros.*)

¡Tengo que hablarte!

ALGUACIL.—(*Receloso.*)

¿Qué tienes que hablarme?

ZAHARA.—(*Aproximándose y dominándole con la mirada.*)

¡Escucha!

¿Aun en tus entrañas arde
ese fuego inextinguible
que, como en el alma nace,
vive con el alma eterno
y no hay frialdad que lo apague?...

(En voz baja.)

¿De Aben-Hurneya tus celos
quieren, Alguacil, vengarse?

ALGUACIL.—*(Sin poder reprimir su rencor.)*

¡Aunque tuviese en las venas
y en el corazón más sangre
que agua, juntos, en su seno
encierran todos los mares,
la sed voraz de mis odios
la agotara sin saciarse!

(Con recelo, mirando a todos lados, como temeroso de que le escuchan.)

Pero tú, ¿para qué avivas
las pasiones infernales
que bajo las apariencias
de esta su misión cobarde,
adormidas y encubiertas,
pero no extinguidas, yacen
igual que bajo la nieve
de esos picachos gigantes,
crepitan, hierven y rugen
las llamas de los volcanes?

(Con desgarradora ironía.)

¿No te bastan los desprecios
con que a mi amor ultrajaste,
sino que, piadosa, quieres
darme muerte, porque sabes

que es sin tu afecto la vida
una carga intolerable?...

¿Vienes a encender mis odios
para después delatarme?...

*(Con voz intensamente conmovi-
da, mirándola con profunda emo-
ción.)*

¡Delátame a mi verdugo!

¡Haz que ruede, si te place,
a tus plantas mi cabeza!...

¡Pisotéala, como antes
todas las dichas del mundo
con mi amor pisoteaste,
que al sangrar bajo tus plantas,
siempre ardientes y leales,
mis pobres labios crispados
se abrirán para besarte!

ZAHARA.

¿Tal me juzgas, que me crees
capaz de acción tan infame?

*(Con todo el furor reconcentrado
de su orgullo herido.)*

¡No vengo a avivar tus iras
para después delatarte.

sino a fundir con tus odios
mis odios, que aun son más grandes,
para que juntos y a un tiempo
sobre su vida derramen
la ponzoña de tus víboras
y el veneno de mis áspides!

¡Nunca, Alguacil, del desierto
en los secos arenales,
por la sed enloquecidos
y azuzados por el hambre,

su presa con tanta rabia
 devoraron los chacales,
 como los celos que siento
 el corazón devorarme!...
 ¡Si yo por su amor, voluble,
 burlé tu pasión constante,
 él por la esclava cristiana
 mayor la afrenta me hace,
 que siempre es mayor la afrenta
 cuando el cariño es más grande!

ALGUACIL.—(*Con salvaje alegría.*)

Por fin te llegó la hora...
 ¡Gracias al Cielo que sabes
 cómo nos duelen y sangran
 las heridas incurables!
 ¡Como las hiedras, que trepan
 y se enroscan a los árboles,
 y a medida que las ramas
 sin savia, marchitas, caen,
 más lozanas y más verdes
 sus cabelleras esparcen,
 así los celos se enroscan
 al pecho de los amantes;
 y no hay hacha que los corte
 ni mano que los arranque,
 que después de muerto el tronco
 aun viven de su cadáver!...

ZAHARA.

¡Ya que tu afrenta y la mía
 son afrentas semejantes,
 hagamos que también sean
 nuestras venganzas iguales!

ALGUACIL.—(Con misterio, espiondo por si lo oyesen.)

¡Su trono y su vida están
 en mis manos... y en el aire...
 que lo que inventan los celos
 no puede inventarlo nadie!
 ¡En mis redes le he prendido
 y de ellas no hay quien le salve,
 porque envidias y recelos
 sembré entre sus capitanes,
 y lo que son nubes hoy
 serán después tempestades!...
 ¡Sólo una chispa hace falta
 para que el incendio estalle!...
 ¡Y como estalle el incendio
 ni el Cielo podrá salvarle!

(Al mirar recelosamente a un lado y otro, advierte la presencia de Doña Isabel en el arco de la izquierda. Se vuelve a Zahara y le señala el arco.)

Aquí viene la cautiva...

ZAHARA.—(Como si, a la evocación de la enemiga, una idea terrible se apodera de ella.)

¡Vete!

(Imperiosamente a Alguacil, señalándole la puerta de la derecha.)

ALGUACIL.—(Dudando.)

¿Qué intentas?

ZAHARA.—(Como quien toma una resolución inquebrantable.)

¡Hablarle!

ALGUACIL.—(*Receloso.*)
Mas advierte...

ZAHARA.—(*Con el brazo tendido hacia la puerta, en un gesto de irreducible firmeza.*)

¡Vete presto!...

¡En esa explanada aguárdame,
y verás cómo se vengan
las gentes de mi linaje!

(*Sale Alguacil por la derecha. Doña Isabel aparece, como ajena a todo cuanto la rodea, en el arco de la izquierda. Al verla Zahara, da un grito y tiende los brazos al Cielo, como pidiendo fuerzas para realizar sus designios.*)

¡Venganza, azuza tus dardos;
odio, afila tus puñales,
que las ofensas de amor
sólo se borran con sangre!

ESCENA VI

ZAHARA y DOÑA ISABEL

ZAHARA.—(*Deteniendo a Doña Isabel, que avanza hasta el centro de la escena, abstraída en sus pensamientos.*)

¡Cristiana, detente! Mira
mis ojos... ¿Qué ves en ellos?

ISABEL.—(*Sobresaltada ante el mirar relampagueante de Zahara.*)

¡Déjame pasar!... ¡Aparta!...

ZAHARA.—(*Cortándole el paso.*)
¿Huyes de mí?

ISABEL.—(*Retrocediendo con ingenua timidez.*)
¡Me das miedo!...
¡Tu rostro es el de un cadáver,
y tus ojos echan fuego!...

ZAHARA.—(*Aproximándose, desgarrando las palabras entre sus dientes.*)
¡Es el odio en que me abraso,
que, no cabiendo en mi pecho,
se me escapa por los ojos!...
¡Ve cómo estaré por dentro!

ISABEL.—(*Espantada.*)
¿Odias?

ZAHARA.—(*Con risa sarcástica.*)
¡Y tú lo preguntas,
siendo causa de este incendio!
¡El volcán que me devora
es de odio y es de celos!...
(*Transfigurada de rencor.*)
¡Celos de ti, vil cristiana,
y odio a ti!... ¡Y así par me siento
por el infierno abrasada
y yo abrasando al infierno!
¡El odio que en nuestras razas
enemigas encendieron
ocho siglos de continuos
combates a sangre y fuego,
en mí ruge con la rabia
de un león en el desierto!...

¡Y los celos en que ardo
son tales y tan violentos,
que extraño que ya en cenizas
no hayan trocado mi cuerpo!...

(Irguiéndose amenazante.)

¡Maldita la noche aquella
en que en Cádiar, bajo el techo
de mi mesón te acogiste!...

¡Más te valiera haber muerto
quemada, como en la iglesia
tus hermanos sucumbieron,
que morir dentro de mí,
devorada por mis celos!

(La sujeta violentamente.)

ISABEL.—*(Forcejeando por escapar.)*

¡Apártate!... ¡No te acerques,
que me profana tu aliento!

*(Cae de rodillas. Zahara saca un
puñal del seno.)*

¡Piedad! ¡Amparo! ¡Socorro!...
¡Valedme y salvadme, cielos!...

ZAHARA.—*(Alzando el puñal para hierirla.
Aben-Humeya aparece en el arco de la iz-
quierda.)*

¡Ya verás cómo se vengán
las leonas del desierto!

ESCENA VII

Dichas y ABEN-HUMEYA

HUMEYA.—(*Deteniendo el brazo de Zahara cuando va a herir a Doña Isabel.*)

¡Atrás, Zahara!

(*La rechaza.*)

¿Qué intentas?

ZAHARA.—(*Forcejeando por librarse de Aben-Humeya, como la fiera a quien arrebatan la presa.*)

¡Vengarme de tus desprecios!

HUMEYA.—(*Oprimiéndole la muñeca hasta obligarla a soltar el hierro.*)

¡Suelta el puñal si no quieres

que su fino y corvo acero,

en vez de hundirse en el suyo,

se hunda hasta el pomo en tu pecho!...

(*Zahara da un grito, Aben-Humeya se vuelve y tiende la mano galantemente a Doña Isabel.*)

¡Alzad, señora!

(*A Zahara, imperiosamente.*)

¡Y tú, pronto,

de rodillas!... ¡Besa el suelo

que ella pisa!...

(*La vuelve a sujetar nuevamente para obligarla.*)

ZAHARA.—(*Retorciéndose de desesperación.*)

¡Dadme muerte,

si es que la muerte merezco,
 porque la muerte mil veces
 a esta humillación prefiero!

HUMEYA.—(*Casi doblándola.*)
 ¡Pronto, pronto, de rodillas!

ZAHARA.—(*Mirándole con toda la desesperación de su impotencia.*)
 ¿Tú lo quieres?

HUMEYA.—(*Dominándola con la fiereza de sus ojos.*)
 ¡Yo lo quiero!...

ZAHARA.—(*Sollozando, casi vencida.*)
 ¿Me humillas así?

HUMEYA.—(*Duramente.*)
 ¡Te humillo!...

ISABEL.—(*Intercediendo.*)
 ¡Perdonadla!...

ZAHARA.—(*Que estaba ya rendida, con las rodillas casi dobladas, hace un esfuerzo supremo y se yergue de nuevo amenazante.*)
 ¡Yo desprecio
 perdón que de ti me venga!...
 ¿De ti?... ¡Ni la vida acepto!
 ¡Y si la vida me dieras,
 fuera tal mi sentimiento,
 que por no deberte nada
 me diera la muerte luego!...

HUMEYA.—(*Avanzando amenazador. Zahara retrocede hacia la derecha como una fiera acorralada.*)

¡Calla o les pondré a tus labios
una mordaza de hierro!
Víbora que entre juncales
guarda oculto su veneno,
¡ay de ti si nuevamente
en mi camino te encuentro!
¡Ay de ti si audaz te atreves
a empañar siquiera el cielo
de esos ojos!... ¡De una almena
mandaré colgar tu cuerpo
para que sacie las hambres
de los buitres y los cuervos!

(*Lanza el puñal por una de las almenas.*)

Apártate de mi vista...

ZAHARA.—(*Retrocediendo de espaldas y saliendo por el arco de la derecha, reflejando en su voz y en su rostro toda la desesperación de su impotencia.*)

¡Vengad esta afrenta, celos!...

ESCOENA VIII

DOÑA ISABEL y ABEN-HUMEYA. Hay un instante de silencio en el que los dos se contemplan profundamente conmovidos

ISABEL.—(*Rompiendo tímidamente el silencio.*)

¡Nadie más agradecida
os habrá de estar, señor,

porque dos veces la vida
le debo a vuestro favor!

HUMEYA.—(*Contemplándola con honda y sincera emoción.*)

Cristiana dime: ¿hasta cuándo
te envolverá esa tristeza,
que si aumenta tu belleza
a mí me está amortajando?
¡Deja tus suspiros hoy,
que, en mi enamorado afán,
celoso de ellos estoy...
porque no sé dónde van!
¡Aquí, a tu capricho, tienes
sedas, joyeles y oros,
que son tuyos los tesoros
que custodio en mis harenes!...
¡Y de esta sierra bravía
que de nieve se engalana
serás la altiva sultana
siendo la sultana mía!...
¡Y mañana, cuando fiera
en las torres de Granada
flote, al viento desplegada,
la gloria de mi bandera,
tendrás para tu recreo
alcázares, camarines,
miradores y jardines
cual nunca soñó el deseo!...
¡Y si eso no le bastara
a tu ciego frenesí,
una nueva Alhambra alzara
mi cariño para ti!...

ISABEL.—(*Con humilde sencillez.*)

¡Señor, a ofrecerme vienes

lo que mi alma no ambiciona,
 que el peso de una corona
 es mucho para mis sienes!
 ¡Más que Granada y su vega
 y su Alhambra, yo prefiero
 el recogimiento austero
 de mi casa solariega,
 y al amor de un soberano
 el casto amor ejemplar
 que el sacerdote cristiano
 bendice al pie del altar!

(*Suplicante.*)

¡Cesad en vuestra porfía,
 y que os baste el confesaros
 que si yo pudiera amaros,
 don Fernando, os amaría!

HUMEYA.—(*Con celosa ansiedad.*)

¿A otro amas?... Habla...

ISABEL.—(*Después de un corto silencio, con
 enérgica resolución.*)

¡Sí!

(*Pequeña pausa. Aben-Humeya se
 estremece, como agitado por la im-
 petuosa violencia de su raza.*)

HUMEYA.—(*Con desesperada amargura, refre-
 nando su ira.*)

¡Y a declararlo te atreves
 a quien la vida le debes
 y su vida cifra en ti!...
 ¡A quien por ti despreciara
 el trono de sus mayores,
 y de su Dios renegara
 en pago de tus favores!...

¿No sabes, en tu anhelar,
 que pudiera mi furor
 a viva fuerza tomar
 lo que hoy me niega tu amor?...
 ¡Y si place a la fiereza
 de mi orgullo soberano
 puede rodar tu cabeza
 a una señal de mi mano!...

ISABEL.—(*Con resignada tristeza.*)

Estoy en vuestro poder.

¡Por esclava me tenéis,
 y podéis conmigo hacer
 todo cuanto deseáis!...

Yo, tranquila, me someto,
 señor, a tu voluntad...

¡Tan sólo os pido respeto!...

¡Mi triste amor respetad!

(*Como disculpándose, con la voz
 velada por las lágrimas.*)

La noche maldita, cuando
 me amparó vuestra hidalguía,
 mi corazón, don Fernando,
 ya no me pertenecía...

Mi honra vuestra acción salvara,
 ¡mas que no digan, por Dios,
 que la defendisteis para
 robármela luego vos!

¡Olvidadme, que el olvido
 bálsamo será después!...

¡Por vuestros padres lo pido
 sollozando a vuestros pies!

(*Se postra de rodillas, regando
 con su llanto las plantas de Aben-
 Humeya.*)

HUMEYA.—(*Estremecido profundamente por el recuerdo del dolor paterno.*)

¡Por mis padres? ¡Qué irrisión!...
¡No sabes tú, desdichada,
que pudriéndose en Granada
están, en una prisión!...

ISABEL.—(*En un llamamiento desesperado de piedad.*)

¡Por tu Dios!

HUMEYA.

¡Mi Dios me lanza
al mal si te pierdo a ti,
que eres la sola esperanza
de la fe con que creí!

ISABEL.—(*Sollozando.*)

¡Por mi amargo padecer!

(*Aben-Humeya, profundamente conmovido, la contempla con los ojos húmedos de lágrimas.*)

¡Por las lágrimas que, hurafías,
tiemblan en vuestras pestañas
sin atreverse a caer!...

HUMEYA.—(*Después de una terrible lucha consigo mismo, como dirigiéndose a algo invisible, cuya fatalidad siente en su corazón.*)

¡Cúmplase la voluntad
omnívota de mi estrella!...

¡Otra vez Aben-Humeya,
solo con la adversidad!

(*Le tiende la mano a Doña Isa-*

bel y la alza. Su voz tiene temblores de llanto.)

Sí a mi cariño prefieres
 el amor de otro doncel...,
 desde ahora libre eres...
 ¡Dios te bendiga, Isabel!...
 ¡Y como dote de bodas,
 y espero que lo recibas,
 te regalo, Isabel, todas
 esas cristianas cautivas!...
 ¡Adiós, locas ambiciones!...
 ¡Para mí sólo te pido
 que no me des al olvido
 al rezar tus oraciones!
 ¡Y que si caigo algún día
 con mi destino luchando,
 llores por mí, vida mía,
 como estoy por ti llorando!...

(Se queda un instante llorando con el rostro oculto entre las manos. Doña Isabel le contempla con profunda piedad.)

ISABEL.

¡No os olvidaré, señor,
 y siempre estará mi vida
 en deuda y agradecida
 a tan inmenso favor!

HUMEYA.—*(De pronto, bruscamente, como si se avergonzara de su propia debilidad y temeroso de que las fuerzas le abandonen.)*

¡Disponed vuestra partida!

(Se acerca a la puerta de la izquierda y llama con voz de trueno.)

¡Parta!

PARTAL.—(Que aparece y se inclina en el umbral.)

¡Mi señor, mandad!

HUMEYA.—(Con los ojos clavados en el Cielo, como pidiéndole fuerzas para el amante sacrificio.)

¡Adiós, esperanzas vanas!

(En voz alta, a Partal.)

¡A las cautivas cristianas
da en mi nombre libertad!
¡Y sin perder un momento,
con el escuadrón más fiel,
al cristiano campamento
escolta a doña Isabel!...

(Sale Partal.)

ISABEL.—(Queriendo besarle la mano.)

¡Gracias!

HUMEYA.—(Esquivando el beso y dejándola pasar por el arco.)

¡Márchate, cristiana,
que aún eres mi tentación!

(Desaparece Doña Isabel, dirigiendo antes una inmensa mirada de piedad a Aben-Humeya. Este la sigue con los ojos. Después intenta ir tras ella; pero se detiene un instante y vacila, apoyando la mano en el corazón.)

¡A toda pasión humana
te has cerrado, corazón!

(Se va lentamente por el arco de la izquierda.)

. ESCENA IX

ZAHARA, sola, entrando por el arco de la derecha y mirando salir a ABEN-HUMEYA, como si hubiese estado espionando la escena anterior

ZAHARA.

¡Todo, todo se ha acabado
para mí!... ¡Llora por ella!...
¡Me vengaré, Aben-Humeya,
como nadie se ha vengado!
¡No abrigues ni la esperanza
de aplacar este furor,
porque será mi venganza
aún más grande que mi amor!

ESCENA X

Dicha, ALGUACIL y ABEN-ABOO, que entran conversando agitadamente por la derecha

ABOO.

Yo le expondré los enojos...

ALGUACIL.

¡Será inútil, porque él
tan sólo ve por los ojos
de la cristiana Isabel!

ABOO.

Yo le hablaré con lealtad...

ALGUACIL.—(*Cortándole la palabra.*)
¡Nuestras quejas serán vanas!...

ZAHARA.—(*Aproximándose.*)
¿Qué pasa?

ALGUACIL.
¡Que a las cristianas
ha dado el rey libertad!

ABOO.
Con la noticia tememos
que se revuelva la gente,
y hablar con el rey queremos...

ZAHARA.—(*En voz baja.*)
¡Le hablaréis inútilmente!
(*Bajando aún más la voz, con
profundo misterio.*)
¡Se ha vendido a los cristianos
y a ellos nos quiere entregar,
para su vida salvar
a costa de sus hermanos!

ABOO.—(*Protestando.*)
¡Es mi sangre, Aben-Humeya!...
¡Respétala!

ZAHARA.—(*Con infernal complacencia.*)
¡Qué ilusión!...
¡Te manda a una expedición
para que mueras en ella!

ABOO.—(*Fieramente, sin querer darle crédito.*)
¡Mientes!

ZAHARA.—(*Serenamente, volviéndose a Alguacil.*)

¿Que yo miento?... ¡No
verás el sol en Motril!...
Pregúntaselo a Alguacil,
que él lo sabe como yo!

ABOO.—(*Ansiosamente, volviéndose a Alguacil.*)

¿Pruebas?

ALGUACIL.—(*Dudando un momento como quien dispone de un plan.*)

Te las daré luego...

(*Con resolución, bajando la voz.*)

¡Cuando esta noche en Mairena,
te pueda mostrar el pliego
donde a muerte te condena!

ABOO.

¡Si me llegas a probar,
Ben-Alguacil, su vileza,
te juro que su cabeza
a mis pies ha de rodar!

(*Se oye afuera un confuso griterío. Los tres se vuelven hacia la derecha.*)

ZAHARA.—(*Escuchando.*)

¿No oís?

ABOO.

¿Qué algazara es ésa?

ALGUACIL.—(*Mirando por el arco.*)

¡Parece que amotinados

aquí vienen los soldados
para reclamar su presa!

VOCES.—(*Fuera.*)

¡Que nos dejen las cautivas
y entre todos se repartan!

(*Los soldados, capitaneados por
Huezín, invaden tumultuosamente
la escena por la entrada de la de-
recha.*)

ESCENA XI

Dichos, HUEZÍN y Amotinados

ABOO.

¿Qué ocurre?

HUEZÍN.

¡Al rey ver queremos
y decirle, cara a cara,
que las cautivas de aquí
no se van!... ¡Son presa franca
y a todos nos pertenecen!

AMOTINADO.

¡Como del castillo salgan,
aunque leones las guarden
serán nuestras!...

HUEZÍN.

¡Las espadas
no han de tornar a los cintos
mientras no se nos repartan!
(*Todos asienten gritando.*)

ABOO.—(*Con firmeza.*)

Yo hablaré al rey, y os prometo
que no se irán...

ALGUACIL.—(*Con resolución.*)

¡Vuestra causa
será nuestra!

ZAHARA.—(*Con salvaje alegría.*)

¡Ya comienza
a dar frutos mi venganza!

ESCENA XII

Dichos, ABEN-HUMEYA, DOÑA ISABEL, el HABAQUÍ, PARTAL, Cautivas y Arcabuceros de la guardia real. Cuando es mayor el tumulto, ABEN-HUMEYA aparece por el arco del torreón, seguido de DOÑA ISABEL y las Cautivas, amparadas por los Arcabuceros. La inesperada presencia del rey hace retroceder un instante a los rebeldes

HUMEYA.—(*Adelantándose solo, con un gesto dominador y magnífico.*)

Moriscos, ¿qué pretendéis?

(*Los Amotinados se rehacen, cercando amenazadores a Aben-Hume-ya.*)

AMOTINADO.

¡Que se reparta la presa!

HUEZÍN.

¡Que las cautivas nos deis!...

HUMEYA.

¡Será vana vuestra empresa!...

HUEZÍN.—*(Amenazante.)*

¡No les darás libertad!

HUMEYA.—*(Irguiéndose, en un arranque supremo de dignidad.)*

¡Y habéis llegado a creer
que el temor llegue a poner
frenos a mi voluntad!...

(Desafiante.)

¡A vuestra necia osadía
mi regio orgullo resiste,
que donde yo estoy no existe
más voluntad que la mía!
Nunca al miedo me rendí...

(A las Cautivas, que tiemblan.)

Cautivas. libres estáis...

*(Mostrando fieramente el pecho
a las espadas de los rebeldes.)*

¡Y a ver, moriscos, si osáis
hacer armas contra mí!...

(Los Amotinados van retrocediendo.. Algunos envainan los alfanjes.)

Todo el peso de mi ley
os haré sentir ahora...

*(Se vuelve y le da galantemente
la mano a Doña Isabel.)*

¡Mi mano tomad, señora!...

(Con imperio, a los amotinados.)

¡Abrid paso a vuestro rey!

*(Los rebeldes, dominados por su
actitud, se inclinan ante Aben-Hu-
meya, dejándole el paso libre y*

agrupándose temerosamente en el fondo. Desfila la comitiva. Primero Doña Isabel y Aben-Humeya, y tras ellos, entre dos filas de arcabuceros, las Cautivas. Mientras resuenan añafles y atambores, desciende lentamente el

TELÓN

ACTO CUARTO

Salón del palacio de Aben-Humeya, en Laujar. Al fondo, un amplio arco de herradura que da a un mirador, por cuyos calados ajimeces penetra la marmórea claridad del plenilunio. A la izquierda, una puerta. A la derecha, el alhamí real, cuyo arco de entrada cubre un rico tapiz de Oriente. En el segundo término, otra puerta. Divanes con almohadones bordados. Alcatifas fastuosas. Pebeteros en los ángulos. Lámparas moriscas.

ESCENA PRIMERA

ABEN-HUMEYA, reclinado en un diván, cerca del alhamí. ZORAIDA, tafiendo un laúd, al lado de ABEN-HUMEYA. Esclavas, que acompañan la danza golpeando los panderos. ZAHARA, apoyada en el arco del mirador, palpitante de inquietud, como espiando en la noche algo que espera

HUMEYA.—(*Profundamente conmovido, como si el canto despertase en el fondo de su alma toda la amargura de su amor perdido.*)

¡Calla, calla esa canción
tan honda y tan dolorida!...

¿No ves que al tocar la herida
aún sangra mi corazón?

¡Tal tristeza en mí levanta
y tales sueños me evoca,
que parece que la canta
mi corazón por tu boca!...
¡Arranca sólo al laúd
dulces y amantes sonidos
que suspendan mis sentidos
y alegren mi juventud!

(Zoraida suspende la música. Aben-Humeya permanece un instante con la cabeza entre las manos, profundamente abatido. Las danzarinas dejan de bailar. Aben-Humeya hace un esfuerzo para olvidar y aturdirse de nuevo. Levanta la vista buscando a Zahara.)

¿Dónde estás, Zahara?

ZAHARA.—*(Estremeciéndose al oír su nombre.)*
Aquí,
mi señor...

HUMEYA.—*(Incorporándose.)*

Pero ¿qué hacías?

(Zahara se aproxima lentamente, como si temiera su mirada.)

¿Qué te pasa, que hace días
andas huyendo de mí?
¡Si te busca la mirada,
te encuentro siempre cubierta
en tu almaizal, apostada
tras el tapiz de una puerta,
o cruzando tan ligera
por mis floridos jardines,
cual si a tus plantas cifiera
el silencio sus chapines!

Tiemblas si el labio te nombra;
a mi alrededor te veo
como una fiera en ojeo
agazapada en la sombra...

(Aproximándose y cambiando de tono.)

Tu voz tiene tal hechizo
que nos transporta al Edén...
¿Qué pena enmudecer hizo
al ruiñeñor de mi harén?

ZAHARA.—*(Con voz sorda.)*

Presa en mis recuerdos vivo;
mis ojos cegó el dolor...

HUMEYA.

¡Ruiñeñor ciego y cautivo
es el que canta mejor!
¡Vuelve de nuevo a cantar
y tus recuerdos olvida,
porque es preciso en la vida
olvidar... y perdonar!

ZAHARA.—*(Con intención.)*

En lo que pidas, tu sierva
te complacerá sumisa,
humilde, como la hierba
que perfuma a quien la pisa.
¡Mas, ¡ay!, en mi corazón,
como a traición lo han herido,
no hay sitio para el olvido
ni lugar para el perdón!

ESCENA II

Dichos y el HABAQUÍ, que aparece por la puerta de la derecha

HABAQUÍ.—(*Inclinándose al entrar.*)
¡Perdona, señor, si vengo
a importunarte!...

HUMEYA.—(*Recobrando su imperio.*)
¿Qué pasa?
¿Mi guardia de arcabuceros
con el rumor de sus cajas
ya atruena el valle y despierta
los ecos de esas montañas?...

HABAQUÍ.
A hablarte de eso venía...
Aun no ha llegado tu guardia,
y, por más que en ello pienso,
no me explico su tardanza.
(*Zahara sigue atentamente el
diálogo. De cuando en cuando se le-
vanta, se asoma al ajimez y ob-
serva.*)

HUMEYA.
¿No le enviaste las órdenes
al capitán que la manda?

HABAQUÍ.
¿Cuándo dejó de cumplirse
orden que por tí fué dada?

¡Entregó mi propia mano
 los pliegos esta mañana,
 al soldado más leal
 de los que en esta campaña
 vertieron su sangre, bajo
 las banderas de Granada!
 Antes que la clara luna
 esos valles plateara,
 desfilar, señor, debieron
 los soldados de tu guardia
 delante de los floridos
 ajimeces de tu alcázar.
 ¡Ya es más de la medianoche,
 y aun no anuncian su llegada,
 en las cumbres las hogueras
 de las rojas atalayas!...
 ¡Y ve, señor, que el lugar
 desguarnecido se halla!
 Precaución hay que tener.
 (Con misterio.)

HUMEYA.

Estando lejos de aquí
 los cristianos, Habaquí,
 ¿de quién vamos a temer?

HABAQUÍ.

Si yo reinase, señor,
 mucho más que a los cristianos
 temese a nuestros hermanos...
 Es más temible el traidor
 que en nuestra tienda se esconde,
 y para herirnos procura
 el sitio indefenso, donde
 deja un hueco la armadura,

que el enemigo valiente
 que en la contienda empeñada
 hunde hasta el pomo, de frente,
 en nuestro pecho su espada.

HUMEYA.—(*Pensativo.*)

¡Tú piensas que pueda haber
 algún peligro!...

HABAQUÍ.

¡Lo creo,
 porque hace tiempo que veo
 lo que no quisiera ver!
 Desde que les diste suelta
 a las cautivas, la gente
 murmura y anda revuelta,
 y prevenirse es prudente...
 ¡En público y sin rebozo
 se atreven a declarar
 que eres demasiado mozo
 y blando para reinar;
 que al cristiano nos engaña
 tu ambición, y que prefieres
 el lecho de tus mujeres
 a la tienda de campaña,
 y las músicas sutiles
 de la guzla, a los clamores
 de los roncós atambores
 y los rudos añafiles!...
 Cree, señor, a mi lealtad...

HUMEYA.—(*Como si una sospecha repentina
 lo asaltase.*)

¡Pero sospechas de alguno?...
 ¡Habla pronto!

HABAQUÍ.

¡En puridad,
de todos y de ninguno!...
La traición no tiene nombres...

HUMEYA.

¿Y en qué te fundas?...

HABAQUÍ.

¡Me fundo
en que yo conozco el mundo
y el corazón de los hombres!

HUMEYA.—*(Queriendo disipar sus temores,
pero dejando traslucir las preocupaciones
que le causan.)*

¡Calma tu imaginación,
que esos temores que expresas
tan sólo recelos son
del amor que me profesas!
¡Reposa hasta que en Oriente
el sol de nuevo rutila,
y que el Partal con su gente
estos contornos vigile.
que aun antes que los luceros
se extingan, verás entrar
mis bravos arcabuceros
a guarnecer el lugar!...
¡No pases por mí cuidados
y a dormir tranquilo ve!

HABAQUÍ.—*(Queriendo oponerse.)*

¿Y tu alcázar sin soldados
esta noche dejaré?...

HUMEYA.—(*Con imperio.*)

¡Parte tranquilo de aquí!...

¡De tus temores me río,

Habaquí, porque confío

en Dios... y después en mí!

(*El Habaquí se inclina y sale por la derecha.*)

ESCENA III

Dichos, menos el HABAQUÍ

HUMEYA.—(*Pensativo, viendo alejarse al Habaquí.*)

¡Cuando estaba más contento

vuelve mí dicha a turbar

un vago presentimiento,

y algo inexorable siento

que está próximo a llegar!

(*Pequeña pausa.*)

¡Tiene el Habaquí razón;

en esta dura campaña,

más enemigos que España

nuestras mismas gentes son!

¡Nadie cumple su deber,

y aun antes que a los cristianos,

a nuestros propios hermanos

tendremos que someter!

(*Volviéndose a las Esclavas.*)

¡Avivad el pebetero;

matad las luces, que quiero

retirarme a descansar,

si descanso puede hallar
 la incertidumbre en que muero!
*(Las Esclavas cumplen las órde-
 nes.)*

ZAHARA.

¡Ya está la luz apagada!

ZORAIDA.—*(Insinuante.)*

¿Nada anhela vuestro amor
 de nosotras?

HUMEYA.—*(Señalándoles la puerta de la de-
 recha.)*

¡Idos, nada!

*(Desaparece por el arco del al-
 hamí.)*

ZORAIDA.—*(Al salir.)*

¡Que el Cielo os guarde, señor!

*(Se inclinan profundamente y sa-
 len. Sólo Zahara permanece en el
 ángulo, inmóvil, como confundida
 en la sombra.)*

ESCENA IV

ZAHARA, sola. Al salir ABEN-HUMEYA, ZAHARA le sigue ansiosamente con los ojos, como si quisiera decirle algo: pero al ver que él desaparece sin mirarla, queda inmóvil, y sobre la ansiedad de su rostro pone su máscara el rencor

ZAHARA.

¡Ni siquiera una mirada
 al salir!... ¡Ni una siquiera!...

(Baja un instante la cabeza en el anonadamiento de su esperanza. Después se yergue amenazante.)

¡Su muerte está decretada!...

(Silencio angustioso. Después se agita en un ademán de protesta. Con voz que parece escapada del fondo de sus entrañas.)

¡Pero no quiero que muera!

(Avanza resuelta, como arrastrada por una fuerza oculta, superior a su voluntad, hasta el alhamí.)

¡Voy a salvarle!

(Con voz sorda, cerca del arco.)

¡Señor!

(Retrocede de nuevo, sintiendo renacer en su alma todo el rencor oculto de sus celos. Como si se increpase a sí misma.)

Mas ¿qué le vas a decir,
sí, aunque le salve tu amor,
tus celos le harán morir?

(Como si en su interior luchasen desesperadamente las más encontradas pasiones. Pontiéndose las manos a la boca, cual si quisiera ahogar en sus palabras sus propios sentimientos.)

¡Alma, tu piedad sofoca!...

¡Celos, dadme vuestra ayuda,
y haced que se torne muda,
para la piedad, mi boca!

(Golpeándose violentamente el pecho.)

¡Corazón, calla tu mengua!...

¡Para obligarte a callar,
yo misma voy a cortar,
entre mis dientes, tu lengua!

(Pequeña pausa. Se dirige lentamente al mirador.)

¡Aun en la blanca cámara
del Almírez no se advierte
el resplandor de la hoguera
que me anunciará su muerte!

(Estremeciéndose, como si cada latido del corazón fuese un siglo de inquietud.)

¿No vendrán?... ¡Ay! ¿Por qué tardas,
hoguera, tanto en arder?

(En un arranque de desesperada ansiedad.)

¡Quién te pudiera encender!...

(Cayendo de bruces sobre el mirador, como si su corazón estallase en sollozos.)

¡Pero, no!... ¡Pero no ardas,
que arder no te quiero ver!...

(Se queda un momento sollozando. De súbito se levanta, queriendo sofocar su ternura con el recuerdo de la rival odiada.)

¡Mas en vano el tiempo pierdo
de loca esperanza en pos,
que la sombra de un recuerdo
se interpone entre los dos!

(Como si a la evocación de la ausente despertasen en su corazón, de nuevo, más hambrientos que nunca, todos sus recuerdos.)

¡Venganza!... ¡No triunfará

de mi amor doña Isabel!

¡Que muera!...

(Se yergue con un gesto terrible de amenaza.)

¡Sí! ¡Morirá,

aunque yo muera con él!...

(Cae de nuevo en un sollozo desesperado.)

¡Ojos que sólo soñasteis

para sus ojos vivir;

pobres ojos que mirasteis

bajo sus plantas morir

vuestra postrera esperanza,

y que aun lloráis sus desvíos!...

¡Decid, decid, ojos míos,

si no es justa mi venganza!

(Como si un rayo de esperanza iluminase, de pronto, las tinieblas de su desesperación.)

Mas ¡si él la diese al olvido,

y otra vez a mí volviera

más amante y más rendido!...

(Resuelta a salvarle.)

¡No quiero, Señor, que muera!...

¡Mas olvidar su traición

tampoco, cielos, podré!...

(La duda la estremece en una convulsión inaudita.)

¿Qué voy a hacer?... ¡No lo sé!...

(Desesperadamente.)

¡Dímelo tú, corazón,

que sangras por doble herida!...

¡Corazón!, ¿quién es más fuerte,

el amor, que grita: «¡Vida!»

o el odio, que ruga: «¡Muerte!»?

(Cae de nuevo sollozando. Después se serena un poco y avanza resuelta hacia el alhamí. Tiende la mano para alzar el tapiz, pero se detiene temblando, como espantada de sí misma.)

¡Y yo he podido forjar,
sin estallar de dolor,
la infamia que ha de acabar
con la vida de mi amor!...
¡Yo, que, de amor encendida,
por verle dichoso diera
toda mi sangre y mi vida!...
¡Y cien vidas si tuviera!

(Queda un momento sollozando en silencio, apoyada en el umbral de la puerta de la izquierda, medio oculta por el tapiz que la cubre.)

ESCENA V

Dicha y ABEN-HUMEYA. Este aparece por el arco del alhamí, como perseguido por los fantasmas de sus propios pensamientos

HUMEYA.

¡Qué terrible pesadilla
hirió mi imaginación!...
¡La frialdad de una cuchilla
traspasa mi corazón!...
¡Qué vida, Señor, qué vida!...
¡Estoy despierto, y aun siento
como un dolor sordo y lento
en el lugar de la herida!

¡Ay, siempre en el sueño ves,
 corazón, tu triste suerte,
 que no en vano el sueño es
 el espejo de la muerte!
 Nunca el destino abandona
 lo que en sus garras apresa;
 ni aun en sueños nos perdona...
 ¡Cuánto pesa una corona!...
 ¡Señor, Señor, cuánto pesa!

*(Va hacia el ajimez y queda un
 instante contemplando la noche.)*

Noche magnífica y clara,
 ¿qué guardarán para mí
 las estrellas?...

*(Zahara se le acerca. Aben-Hu-
 meya se vuelve sobresaltado.)*

¿Quién va ahí?

ZAHARA.—*(Con humildad, acercándosele.)*
 Tu sierva, señor...

HUMEYA.—*(Tranquilizándose.)*

¡Zahara!...

¿Qué te ha impedido marchar
 con las otras? Di...

ZAHARA.—*(Con timidez.)*

 Mi amor,
 que se queda a vigilar
 el sueño de su señor.

HUMEYA.—*(Contemplándola con tristeza y ternura al mismo tiempo.)*

Tú siempre me has sido fiel.

ZAHARA.

¡Porque el amor me encadena,
y, en amando, hasta la hiena
se torna menos cruel!

HUMEYA.—(*Contemplándola con piedad.*)

Mas yo, en pago, he desgarrado
tu corazón, sin sentir
que estaba de amor colmado...

ZAHARA.

Y ¿quién recuerda el pasado
si piensa en el porvenir?

HUMEYA.

¡Qué mal el alma custodia
su afecto, y qué mal derrama
el cariño que la inflama!...
¡Amamos a quien nos odia
y odiamos a quien nos ama!
¡Y en tanto que el alma, ciega,
su propio dolor prefiere,
la muerte en silencio llega
y por la espalda nos hiere!

ZAHARA.

¡Qué tristes cosas me dices!

HUMEYA.—(*Dejando escapar sus recelos.*)

¡Quimeras y augurios son
que en mi regio corazón
echaron hondas raíces!

(*Con misterio, como respondiendo
a una idea fija.*)

¿Recuerdas lo que me dijo
aquella pobre mujer

a quien dieron de comer
el corazón de su hijo?

ZAHARA.—(*Queriendo animarlo.*)
Sus anatemas olvida...
¿Quién hace caso a la loca?

HUMEYA.
¡Pues envenené mi vida
la maldición de su boca!
Y en esta noche, Zahara,
me agito y tiemblo encogido,
cual si una voz murmurara
sus palabras a mi oído:
«¡Por tus infames acciones
será inflexible tu estrella!...
¡Morirás, Aben-Humeya,
a manos de tus sayones!...»
¡Y algo dice al corazón,
ya cansado de sufrir,
que pronto se va a cumplir
tan horrible predicción!
¡Porque hoy mi destino traza,
en su curso indefinido,
la estrella que siempre ha sido
la enemiga de mi raza!...

ZAHARA.—(*Animándole.*)
Vencerás, Aben-Humeya.
Tan sólo la voz escucha
de tu valor...

HUMEYA.—(*Como agobiado por el peso de la
fatalidad de su raza.*)
Mas ¿quién lucha
contra el rigor de su estrella?

¡Es blasfemo desatino
oponerse a su rigor,
que luchar contra el Destino
es luchar contra el Señor!

*(Pequeña pausa. Como siguiendo
a sus propios pensamientos.)*

Viendo mi raza oprimida,
bajo los hierros cristianos,
soñé, a costa de mi vida,
libertar a mis hermanos,
sobrepujando la hazaña
de aquellos bravos guerreros
que dominaron a España
con sus triunfantes aceros,
imponiendo en el planeta
a emperadores y a reyes,
con las leyes del Profeta,
el imperio de sus leyes...
¿Qué resta de ese esplendor?
Unos cuantos salteadores
que me llaman su señor,
mientras afilan, traidores,
en las sombras, su puñal;
una corona irrisoria,
de espinas, para mi gloria,
y en vez de cetro real,
misera caña en mi mano...
¡Sólo me falta tener
también mi cruz, para ser
el Ecce-Homo cristiano!...

ESCENA VI

Dichos y el PARTAL, que penetra por la derecha

PARTAL.—(*Inclinándose, desde la puerta.*)

¡Señor, señor!, perdonad
si aquí vengo...

(*Aben-Humeya se vuelve, sobresaltado.*)

HUMEYA.—(*Recobrándose.*)

¡Te creí
de ronda, Partal!...

PARTAL.—(*Avanzando.*)

Aquí
me conduce mi lealtad.

HUMEYA.

Y tu lealtad ¿qué desea?

PARTAL.

¡Mis gentes han encontrado
desangrándose a un soldado
en la rambla de Alcolea!
Al momento de expirar
dijo que era portador
de una orden tuya, señor...

HUMEYA.—(*Inquieto.*)

¿Y la orden?

PARTAL.

Al cruzar

por la rambla, le asaltaron
 los traidores, y el papel
 de las manos le arrancaron...
 ¡y la existencia con él!

HUMEYA.

¿Y quién pudo haber osado?

PARTAL.

Algo debió sospechar
 y a decir iba el soldado...
 Sólo pudo murmurar,
 haciendo un esfuerzo rudo:
 «Dile a Aben-Humeya que
 se guarde y defienda de...»
 ¡Y el nombre decir no pudo!
 ¡Me miró con ansia loca,
 el labio cárdeno abrió
 para seguir... y expiró
 con la palabra en la boca!

HUMEYA.

¿Y no sospechas?

PARTAL.

¡Señor,
 si de alguien yo sospechara,
 ya ante tus ojos sangrara
 la cabeza del traidor!

*(Zahara, intranquila, luchando
 entre los más encontrados deseos,
 va y viene al mirador, observa des-
 de él y atiende a las palabras del
 Partal.)*

HUMEYA.

¿En dónde tienes tus gentes?

PARTAL.

Acampan en el Fondón.

HUMEYA.

¿Y son muchos?...

PARTAL.

¡Pocos son,
pero son los suficientes!
¡Cada uno de esos buenos
y curtidos veteranos
vale por veinte cristianos
y diez turcos, por lo menos!

HUMEYA.

¡Toma diez de los mejores,
y ve a los alrededores
del suceso, a averiguar,
y si das con los traidores
haz un castigo ejemplar!

PARTAL.

Además, señor, venía
para decirte que fuera,
en ese patio, te espera
y quiere hablarte un espía.
Llega del campo cristiano
con pliegos de tal valor,
que sólo puede, señor,
entregarlos a tu mano.

HUMEYA.—(*Inquieto y desconfiado.*)

¿Tú le conoces, Partal?

PARTAL.

No abrigues, señor, temores...
 ¡Es el Gorri, el más leal
 de todos tus servidores!

HUMEYA.—(Al Partal.)

Cumple mi mandato, y luego
 torna, Partal, a avisarme...
 (Al salir por la derecha.)
 ¿Qué sorpresa irá a brindarme
 el Destino en ese pliego?...

ESCENA VII

ZAHARA y el PARTAL

ZAHARA.—(Mirando ansiosamente por el ajimez y ahogando un grito.)

¡Ya, en la cumbre de aquel monte,
 el resplandor de la hoguera
 enrojece el horizonte!...

(Con energía indomable.)

¡Lo salvaré!

(Se dirige al Partal, en el momento que éste se dispone a partir.)

PARTAL.—(Deteniéndose.)

¿Qué hay?...

ZAHARA.—(En voz baja.)

¡Espera!

¿A tu señor eres fiel?

PARTAL.

Me ofendes al preguntar...

ZAHARA.

¿Su vida quieres salvar?

PARTAL.

¡Mi sangre diera por él!...

¿Mas qué ocurre?

ZAHARA.

¿Ves aquella
pira en el monte encendida?...¡Ella anuncia que la vida
va a perder Aben-Humeya!...

PARTAL.—(Espantado.)

¿Qué dices?

ZAHARA.

Lo que has oído;
¡pues para su perdición
sus puñales han unido
los celos y la traición!...
¡No hay que perder tiempo en vano
si le queremos salvar,
que el peligro está cercano
y está indefenso el lugar!

PARTAL.

Mas ¿quién tal crimen fraguó?

ZAHARA.

¡Lo más bajo y lo más vil!...
¡La envidia de Aben-Aboo
y los celos de Alguacil!

(Empujándole hacia la puerta.)

¡Pronto, pronto, corre, vuela
por entre esos olivares;
hunde en tu potro la espuela
hasta rasgar sus ijares!...
por tu gente al Fondón ve,
y torna presto...

PARTAL.—*(Saliendo.)*

Me voy...

¡Y te juro por quien soy,
que su vida salvaré!

ESCENA VIII

ZAHARA, viendo desaparecer a el PARTAL

ZAHARA.

¡Cielos, salvadle!...

*(Como acometida de una súbita
esperanza.)*

¡Si yo

a confesárselo todo
me atreviese!...

*(Cayendo de nuevo en un profun-
do abatimiento.)*

¡Mas no hay modo

de confesárselo!... ¡No!...,
que, de mi infamia espantado,
mi aviso desprezaría...

*(Tendiendo los brazos al Cielo. en
un arranque desesperado de dolor.)*

Si el Destino despiadado,
en su furor sólo ansía

un corazón donde hundir
 su acero cortante y frío...
 ¡Aquí está, Señor, el mío,
 por él dispuesto a morir!

ESCENA IX

Dicha y ABEN-HUMEYA, que entra con un pliego en la mano

HUMEYA.—(*Contemplando el pliego.*)

¡Temo leerlo! Adivino
 algún peligro cercano...
 ¡Parece que mi destino
 está temblando en mi mano!

(*Viendo a Zahara.*)

Acerca una antorcha para
 poder leerlo, Zahara.

(*Zahara entra en el alhamí y regresa con una antorcha en la mano, que coloca cerca de la puerta, en el muro; Aben-Humeya le entrega el pliego.*)

Rompe el nema del papel
 y quién lo firma repara...

(*Zahara rompe el nema del pliego y se acerca a leerlo a la luz de la antorcha. Aben-Humeya la sigue ansiosamente con la vista.*)

ZAHARA.—(*Dando un grito inarticulado, como quien se encuentra de pronto una víbora en su camino.*)

¡Cielos!... ¡De doña Isabel!

(Queda con el pliego en la mano, trémula de ira, con los ojos fijos en Aben-Humeya, en una explosión de celos.)

HUMEYA.—*(Al oír el nombre, se acerca ansiosamente; pero después, viendo la actitud de Zahara, refrena su impaciencia, comprendiendo por vez primera todo el dolor y la angustia de aquella existencia devorada por los celos, y un sentimiento de piedad florece súbitamente en su corazón.)*

¿Qué puede importarte a ti?...

¡Dame el pliego sin temor,
que aunque viva para mí
ha muerto para mi amor!...

(Zahara se estremece de emoción. Desdobra el pliego y se lo da a Aben-Humeya para que lo lea. Leyendo.)

«¡Como mi honor y mi vida
salvasteis, señor, hoy quiero
honor y vida salvaros,
y así pagar lo que debo,
que las que son bien nacidas
pagan con creces sus débitos!
Según las revelaciones
que, al convertirse de nuevo
en la santa fe de Cristo,
un viejo morisco ha hecho,
esta noche, don Fernando,
vuestra vida corre riesgos:
que Aben-Aboo, vuestro primo,
y los turcos convinieron
en Mecina daros muerte
para quitaros el reino...

¡Y ojalá que a vuestras manos
 esta carta llegue a tiempo!
 ¡No esperéis ningún socorro,
 porque todo vuestro ejército
 causa común con los turcos,
 para vuestro mal, ha hecho!...
 ¡En Laujar estáis cercado,
 y si no rompéis el cerco,
 os cautivarán los míos
 o muerte os darán los vuestros!...
 Cuando estas líneas leáis,
 sin vacilar un momento
 al campo cristiano huid...
 ¡Para que podáis hacerlo,
 el perdón del rey Felipe
 os mando con este pliego!...»

ZAHARA.—(*No pudiendo resistir más su emoción.*)

¡No dudes! ¡Huye de aquí!...
 ¡Escapa al campo cristiano!...

HUMEYA.

¿Tú me lo aconsejas?

ZAHARA.

¡Sí!...

HUMEYA.

¡Pues me aconsejas en vano!...

ZAHARA.—(*Insiste.*)

¡Huye, señor! ¡Te amenaza
 la muerte!...

HUMEYA.

¡Jamás huyeron

los varones de mi raza,
que combatiendo cayeron
en su glorioso abandono
contra su suerte menguada,
defendiendo con su espada,
más que su vida, su trono!...

ZAHARA.—(*Queriéndole arrastrar fuera.*)
¡Vendrán a buscarte! ¡Huyamos!...
¡Sé de un oculto camino!...

HUMEYA.—(*Rechazándola.*)
¿A qué?... ¡Por donde vayamos
allí irá nuestro destino!...
(Señalando el pliego.)
¿Ves, Zahara, este papel?
Es el pliego del perdón...
*(Lo rasga y arroja los pedazos
por el ajimez.)*
¡Pues también rompo con él,
Zahara, mi salvación!

ZAHARA.—(*Sin poder contenerse.*)
¿Qué has hecho, señor, qué has hecho?

HUMEYA.
¡Desafiar a la suerte!...
¡Si quiere herirme la muerte,
tendrá que hacerlo en el pecho!...
*(Vacilando de pronto, como si se
avergonzase de dar crédito a la in-
famia.)*
¡No puedo creer que sea
realidad tan vil traición,
aunque dice que lo crea
la voz de mi corazón!

ZAHARA.—(*Ansiosa por descubrir su secreto.*)
 ¡A tu corazón da fe,
 y huye!...

HUMEYA.—(*Extrañado del tono de certidumbre de Zahara.*)
 ¿Tú lo sabes?

ZAHARA.—(*Duda un momento. Después se yergue con energía.*)

¡Sí!

HUMEYA.
 Mas ¿cómo?

ZAHARA.—(*Espantada de sus palabras y temerosa de su trascendencia.*)

¿Cómo? ¡Ay de mí!
 (*Decidiéndose.*)

¡Yo tan solamente sé
 que antes que amanezca el día,
 si no huyes, morirás!
 (*Señalando la puerta de la izquierda.*)
 ¡Huyamos, señor!

HUMEYA.
 ¡Jamás,
 que huir fuera cobardía!
 ¡Yo sabré imponer mi ley
 a esa chusma amotinada,
 y si caigo en la jornada
 verán cómo muere un rey!

ZAHARA.—(*Insistiendo, anhelante.*)
 ¡De tu destino fatal,
 huye, señor, en seguida!...

¡Las banderas del Partal
 protegerán nuestra huida!
 ¡Monta presto en tu corcel,
 esa sierra atravesemos,
 y en la costa embarcaremos
 para Tetuán o Argel!...

HUMEYA.

¡Si mi corona ambiciona
 no ha de triunfar su vileza,
 que por salvar la cabeza
 no perderé la corona!

*(Volviéndose a Zahara, como si
 una idea repentina le inquietase.)*

Mas ¿tu afán, cómo llegó
 esa infamia a conocer?

ZAHARA.—*(Sin poder reprimir la explosión de
 su sinceridad.)*

¡Cómo no lo he de saber,
 si la infamia forjé yo!...

HUMEYA.

¿Tú?

ZAHARA.—*(Desbordante de sinceridad.)*

El puñal les entregué,
 y, en mi celoso despecho,
 señalándoles tu pecho,
 «¡Hundidlo en él!», les grité.
 ¡Para dar muerte al león,
 yo les señalé el cubil!...

HUMEYA.—*(Horrorizado.)*

¿Capaz tú de tal acción?

ZAHARA.

No fui yo: ¡mi corazón!...
¡Arráncamelo por vil!

HUMEYA.—(*En un impetu de fiereza.*)

¡Oh, si, te lo arrancaré
con estas manos, y cuando
las turbas vengan aullando
de furor, les mostraré
tan sanguinantes despojos,
como presa de la fiera...,
para que miren sus ojos
la suerte que les espera!

(*Se arroja sobre ella. Zahara cae
de rodillas luchando desesperada-
mente, más que por salvar su vida,
por salvar la de él.*)

¡No tendré piedad de ti!

ZAHARA.

¡Arrástrame del cabello!...
¡Ahoga en tus manos mi cuello,
pero huye, señor, de aquí!...

(*Se escucha un rumor de voces cer-
canas. Los dos se quedan inmóviles.
Zahara se escapa de las manos de
Aben-Humeya y le señala de nuevo
la puerta de la izquierda.*)

¡Huye, señor!... ¿No oyes esa
ronca y sorda gritería?
¡Es que aúlla la jauría
al olfatear su presa!...

HUMEYA.—(*Dándose cuenta de su situación, y
dirigiéndose al ajimez.*)

¡Mis guardias!

ZAHARA.—(*Siguiéndole.*)

¡Todos están
en el Fondón acampados,
y antes que tornen, caerán
aquí los amotinados!...

(*Mirando desde el ajimez.*)

¡Ya han penetrado en la plaza!...

VOCES.—(*Fuera.*)

¡Muera Aben-Humeya!... ¡Muera!...

ZAHARA.

¡Ve la suerte que te espera
si consiguen darte caza!...

¡Huye, señor!...

HUMEYA.—(*Desafiante.*)

¡No sé huir!...

¡Cumpla el Destino su ley,
que el que vivió como rey,
como rey sabrá morir!...

VOCES.—(*Más cercanas.*)

¡Muera Aben-Humeya!... ¡Muera!

(*Zahara le indica la puerta de la izquierda.*)

HUMEYA.—(*Con firmeza.*)

Aquí les esperaré...

ZAHARA.—(*Como si una esperanza la ilumina-
ra de súbito.*)

¡Aunque tu orgullo no quiera,
yo tu vida salvaré!...

(*Corre a la puerta de la derecha,*

y antes que Aben-Humeya tenga tiempo de impedirselo, la cierra.)

HUMEYA.

¿Qué has hecho?

ZAHARA.—(Con alegría.)

¡Te salvé al fin!...

(Empujándole hacia la puerta de la izquierda.)

¡Yo detendré su furor,
en tanto que tú, señor,
escapas por el jardín!

(Empujándole.)

¡Huye!

(Aben-Humeya la rechaza.)

VOCES.—(En la puerta de la derecha.)

¡Que muera el traidor!...

ALGUACIL.—(Fuera.)

¡Echad abajo la puerta!...

(Empujan la puerta. Aben-Humeya se yergue y se dirige a abrir. Zahara se le interpone, abrazándose a sus rodillas. Aben-Humeya se desprende de ella con violencia, arrojándola al pie de un diván.)

HUMEYA.—(Abriendo la puerta.)

¡No es preciso!... ¡Ya está abierta,
y aquí está vuestro señor!

(Se queda inmóvil delante de la puerta, con los brazos cruzados, retánolos con el gesto y la mirada.)

ESCENA X

Dichos, BEN-ALGUACIL, HUEZÍN, ABEN-ABOO y Soldados moriscos y turcos. Penetran con las armas desnudas para acometer a ABEN-HUMEYA

ALGUACIL.

¡Por fin has venido a dar,
traidor, en tus propios lazos!

(Van a acometerle. Zahara se alza y de un salto se interpone, cubriendo con su cuerpo a Aben-Humeya.)

ZAHARA.

¡Atrás!... ¡Antes de pasar
tendréis que hacerme pedazos!

ABOO.

¡Paso franco, miserable!

ZAHARA.

¡No, no pasaréis de aquí!...
¡Yo soy de todo culpable! ...
¡Quitadme la vida a mí!...

(Aben-Aboo la empuja violentamente y pasa. Tras él, Alguacil, Huezín y Soldados. Aben-Humeya se prepara a defenderse con su espada.)

ABOO.—*(A los Soldados.)*

Vigilad toda salida...

ZAHARA.—(*Queriendo interponerse. Todos la rechazan.*)

¡Compadeced su abandono!

ALGUACIL.

¡Arrojémosle del trono
y quitémosle la vida!

HUMEYA.—(*Disponiéndose a acuchillarlos.*)

¿Quién quiere mi vida?

ALGUACIL.—(*Arremetiéndole.*)

¡Yo!

HUMEYA.

¡Pues luchando la obtendrás!...

(*Mientras lucha con Alguacil y los Soldados, Aben-Aboo le hiere por el costado.*)

ABOO.—(*Hiriéndole.*)

¡Muere!

HUMEYA.—(*Próximo a desplomarse.*)

¡Cobardes!...

ZAHARA.—(*Saltando como una fiera y amparando el cuerpo de Aben-Humeya.*)

¡Atrás!

HUMEYA.—(*Cayendo en brazos de Zahara; cerca del diván, con los ojos vueltos a Aben-Aboo.*)

¡A traición, Aben-Aboo,
como matas, morirás!...

ZAHARA.—(*Como loca, abrazándose al cuerpo de Aben-Humeya.*)

¿Qué habéis hecho?... ¿Qué habéis he-
[cho?...

(*Se inclina y besa el cadáver. Después se vuelve fieramente a los conjurados.*)

¡Temblad, traidores, temblad,
que el puñal que hirió su pecho
mató nuestra libertad!

ALGUACIL.

El tirano ya expiró...
¡Viva, viva, granadinos,
vuestro rey Aben-Aboo!

(*Los Soldados aclaman y rodean a Aben-Aboo y a Alguacil, y algunos Soldados intentan arrojarse sobre Aben-Humeya.*)

ZAHARA.—(*Alzándose amenazadora.*)

¡Atrás!... ¡Atrás, asesinos!...
¿Su corona ensangrentada
queréis? ¡Pues venid por ella;
mas la gloria de Granada
murió con Aben-Humeya!

(*Cae sollozando sobre el cadáver mientras los Capitanes ondean sus banderas en torno de Aboo. Telón rápido.*)

FIN DE
«ABEN-HUMEYA»

EL REY GALAOR

Tragedia en tres actos y en verso
(el tercero
dividido en dos cuadros)

PERSONAJES

EL REY GALAOR.		EL DESCONOCIDO.
GUDULA.		SEGISMUNDO.
SIBYLA.		HAROLDO.

La acción, en un país fabuloso.
Edad Media.

ACTO PRIMERO

Un salón grande y taciturno, revestido de viejas tapicerías. Al fondo, un amplio ventanal gótico, por cuyos huecos se ve el mar encrespado. A la izquierda, una puerta. Crepúsculo. Todo aparece en una dudosa claridad de misterio, donde las figuras vagan como sombras.

ESCENA PRIMERA

HAROLDO y SEGISMUNDO. Al alzarse el telón, aparecen HAROLDO en la ventana, contemplando el mar, y SEGISMUNDO a su lado. El primero, armado de un arco

HAROLDO.

¡Segismundo, mira cuántas
gaviotas sobre el mar!
En los ásperos cantiles
se las siente aletear,
con un zumbido de enjambre
que torna a su colmenar;
chillan, en el mar se arrojan,
vuelan de acá para allá,
como si temiesen algo
que esté próximo a llegar...

SEGISMUNDO.

¡Chillidos de gaviotas
son signos de tempestad!

HAROLDO.—(*Mostrando el arco y sacando una
flecha del carcaj.*)

Hombres no cacé en la guerra
ni gacelas en la paz...

Para que no se enmohezcan
las flechas en mi carcaj,
sobre esas aves errantes
mi brazo voy a probar.

(*Mirando y extendiendo el arco.*)

Sobre aquélla... La más alta...

(*Dispara el arco. Segismundo se
asoma a la ventana.*)

SEGISMUNDO.

¡Buen blanco!

HAROLDO.

¡Cayó en el mar!...

(*Inclinándose en el barandal.*)

¡Igual que un vellón de espuma
se ve en la espuma flotar!...

(*Deja el arco apoyado en la ven-
tana y se dirige al centro de la es-
cena.*)

Para el que es joven y siente
en sus venas estallar
la vida como un incendio;
para el que anhela luchar,
y ama el peligro y la guerra,
y gusta amores trovar,
es lo mismo que un sepulcro
este palacio real.

Bien está que Galaor,
 para quien la vida ya
 tan sólo tiene recuerdos,
 se encierre aquí a recordar,
 al rescoldo de la lumbre
 y entre las manos la faz.
 Mas el que no tiene una
 hazaña que relatar,
 cuando su cuerpo se curve
 bajo el peso de la edad,
 ¿qué le contará a sus nietos
 al resplandor del hogar?...

(Desdenosamente.)

¡Que mató una gaviota,
 y que una vez, de un rosal,
 cortó las rosas más frescas
 para adorno de un altar!...

(Pequeña pausa.)

¿Esta es la corte del rey
 cuyo nombre hizo temblar
 a los más fieros caudillos?
 ¡Mejor me valiera estar
 encerrado entre los muros
 de mi castillo feudal;
 cazando en aquellos bosques,
 galopando en mi alazán,
 con el halcón en la diestra
 y en el cinto el yatagán;
 o escuchando a los juglares
 amantes trovas cantar,
 bajo las arcadas góticas
 de un palacio provenzal,
 o de fraile en un convento,
 o de pirata en el mar!

SEGISMUNDO.

Trovando en dulces cantares
su amoroso desvarío,
ya no alegran los juglares
las veladas familiares
de este alcázar mudo y frío.
Ni sangrientas las miradas,
por las rápidas visiones
de las presas codiciadas,
en alcándoras doradas
aletean los halcones.
Ni al clamor de los clarines,
que evocan viejos laureles,
tienden al viento las crines,
relinchando, los corceles
de los nobles paladines.
Las puertas están cerradas,
y en las panoplias oscuras,
entre el polvo arrinconadas,
se enmohecen las espadas
y las viejas armaduras.
Galaor está sumido
en honda desolación...
¡De tanto como ha sufrido
tiene el corazón transido
y ha perdido la razón!
Y hasta su hija, que era
su única dicha, heredera
de su cetro y su corona,
en negra torre aprisiona
como si fuese una fiera.
Con tal saña la ha encerrado;
la guarda con tal cuidado,
que desde que vive presa

ninguno ver ha logrado
el rostro de la princesa.

HAROLDO.

¡Qué locura!

SEGISMUNDO.—(*En voz baja, misteriosamente.*)

¡No es locura!

Exalta su fantasía
una vieja profecía
que el fin de su estirpe augura.

Desde entonces, receloso
vive de todo. En la paz
de la noche, ¿no le viste,
desenvainando el puñal,
la cabellera revuelta,
muda y pálida la faz,
por los largos corredores
como un fantasma vagar?
A veces, salta del lecho,
dando gritos, y se va
las puertas y las ventanas
del palacio a vigilar,
cual si temiese que alguien
por ellas pudiese entrar...
En vano los caminantes
piden hospitalidad,
que para todos las puertas
siempre cerradas están...
Ahora, subido en la torre
más alta, está viendo el mar,
cual si esperase a lo lejos
a algún bajel divisar...

HAROLDO.

¡Está loco! Mas ¿qué importa?

Ya que no puedo esperar
 aquí ni amores ni fama,
 procuremos recordar,
 en este laúd que he hallado,
 polvoriento en un desván,
 una trova que hace tiempo
 escuché a un viejo juglar.

*(Coge un viejo laúd que hay encima de un sillón y se pone a tem-
 plarle.)*

SEGISMUNDO.

¡Como Galaor la oiga,
 mal lo vamos a pasar!

HAROLDO.

Está entregado a sus furias...
 Sibyla la aprenderá,
 y podrá con sus cadencias
 alegrar su soledad.

(Pulsa el laúd y canta.)

En la calleja desierta
 vibra el alma de un laúd...
 ¡El amor llama a tu puerta!...
 ¡Sal a abrirle, Juventud!
 ¡Sal a abrir al Prometido,
 toda trémula de amor,
 sin más velos que el tejido
 de rosas de tu pudor!

ESCENA II

Dichos y GALAOR, que entra colérico. HAROLDO se queda inmóvil, y SEGISMUNDO se inclina

GALAOR.

¿Quién se atreve en este sitio
cantos de amor a entonar?

SEGISMUNDO.—(*Temblando.*)

¡Señor!...

HAROLDO.—(*Balbuciendo.*)

¡Señor!... No sabía...
¡Perdón! ¡Perdón!

(*Cae de rodillas.*)

GALAOR.

¡Basta ya!
Rompe el laúd, que sus notas
en mi alcázar suenan mal.
Arroja a la mar sus restos...

(*Haroldo, temblando, rompe el
laúd y arroja sus pedazos al mar.*)

¡Y si vuelves a cantar,
yo te juro que con ellos
a pudrirte irás al mar!...

(*Como temeroso, observando desde el ventanal.*)

El oleaje se encrespa.
Se acerca la tempestad.
Antes que la noche llegue,
todas las puertas cerrad,

que no vayan los fantasmas
con la sombra a penetrar.

*(Se sienta junto a la ventana.
Haroldo y Segismundo se inclinan
y se van silenciosamente.)*

ESCENA III

GALAOR, sentado en alto sitial, de respaldo blasonado, junto a la ventana

GALAOR.

¡Dejadme, pensamientos! Vuestros picos de
[acero
devoran mis entrañas... ¡Una tregua os su-
[plíco!

¿No veis que de tristeza y de terror me
[muero
bajo el bárbaro y duro furor de vuestro pi-
[co?

Mi alma es como una llaga que de sangrar
[no cesa.

Toda mi carne se abre como una inmensa
[herida...

¡Son demasiados tigres para una sola presa,
y son muchos dolores para una sola vida!

Mi materia y mi espíritu son una misma
[cosa:

todo sangra y me duele; todo es lepra as-
[querosa.

*(Horrorizado, esconde la cabeza entre
las manos.)*

¿Qué espero en esta noche? ¿Qué invisible
[ladrón

vendrá a robarme ahora algo del corazón?

ESCENA IV

GALAOR permanece un instante pensativo y lúgubre, con los ojos cerrados y la cabeza entre las manos. GUDULA entra melancólicamente, con los ojos arrasados en lágrimas

GALAOR.—(*Estremeciéndose al oír los pasos.*)
¿Quién es?

(*Reconociendo a Gudula.*)
¡Ah!, tú, Gudula... ¿La dejaste
[encerrada?

GUDULA.—(*Entregándole dos grandes llaves de plata.*)
Encerrada, ¡hija mía!, lo mismo que a las
[fieras.

GALAOR.
¿Cuándo, al fin, veré enjutos tus ojos?...

GUDULA.
Cuando quieras
libertar a mi hija.

GALAOR.
Entonces, desdichada,
jamás miraré secas las fuentes de tu llanto...

GUDULA.—(*Suplicante.*)
Galaor, oye. Escucha: ¿por qué, si la amas
[tanto,
por qué la tienes dentro de esa torre, cau-
[tiva?...
¡La hija de mis entrañas está enterrada en
[vida!

GALAOR.—(*Piadosamente.*)

No, Gudula; yo nunca pensé hacerla di-
 [chosa,
 como nunca he pensado, dulce alma la-
 [crimosa,
 darle voz a las piedras y espíritu al acero...
 (*Con terror, mirando a todas partes.*)
 Mas teniéndola presa en esa torre, espero
 libertarla de aquello que está para llegar...

GUDULA.—(*Cayendo de rodillas, con las ma-
 nos tendidas al cielo.*)

¡Ten piedad de una madre desolada, Dios
 [mío!

GALAOR.—(*Alzándola dulcemente.*)

¿Crees que Dios, desde el cielo, tus quejas
 [va a escuchar?
 Ilusiones pueriles... Se pierde en el vacío
 la voz que a Dios se eleva... Pon la vista
 [en el mar.
 Las olas que allá miras no cesan de llorar;
 mas nosotros, que el hábito de escucharlas
 [tenemos,
 tan sólo las oímos cuando oír las queremos...
 ¡Ay, por mucho que gimas en tu desolación,
 Dios, verdugo impasible, tu voz no ha de
 [escuchar,
 pues para sus oídos nuestros gemidos son
 como para nosotros los gemidos del mar!

GUDULA.—(*Con fe.*)

¡Dios premia, tras la muerte, las penas de
 [la vida!...

GALAOR.

¿Piensas que Dios, acaso, pobre madre aflit-
 [gida,

cuando llegue la muerte, justicia nos va a
 Pudiera ser, pudiera... Mas también puede
 que nos mire lo mismo que al mar estamos
 y olvide a los que van a la tumba cayendo,
 igual que yo me olvido, después de un cla-
 de las ondas que mueren llorando en su

[hacer?

[ser

[viendo,

[ro día,

[agonía.

GUDULA.—(*Horrorizada.*)
 ¡Blasfemas!

GALAOR.

Si blasfemo, sólo Dios es culpa-
 Dios, que mirar me ha hecho en el mar agi-
 de nuestra pobre vida el símbolo inmutable,
 el símbolo que tantas veces me ha alucí-
 que eriza mis cabellos y mi terror revela,
 que en sueños me apuñala y despierto me
 Si ver la vida quieres, pon tu vista en el mar.

[ble...

[tado

[nado,

[hiela...

(*Levantándose y aproximándose a la
 ventana.*)

Abre los ojos. Mira... Allá se ven trepar
 los escollos, en choques confusos de gigantes,
 corriendo y persiguiéndose, las olas ulu-
 Gimen, silban, aúllan, retuércense encres-
 cambian besos y flores, blanden finas es-
 cambian besos y flores, blanden finas es-

[lantes.

[padas;

[padas;

tienen gestos serviles y luego gestos bravos,
arquéanse como reyes, se humillan como
[esclavos;

no paran, corren siempre en filas luminosas;
amenazan viriles, suplican lastimosas;
unas derraman besos, otras clavan puñales;
éstas visten de odio y de lujuria aquéllas;
despéñanse al abismo, se levantan triun-
[fales

a las nubes, dan ayes, y al final, todas ellas,
una a una, llorando, blasfemando o riendo,
en espuma, en la playa, van todas sucum-
[biendo.

Cada alma es una onda. Yérguese altiva-
[mente,

quiere alcanzar el cielo y en él resplandecer
de estrellas y de soles coronada la frente...
Después, herida, viendo su efímero poder,
cae y muere deshecha en doloroso canto...
¡Cada alma es una onda!... ¡La vida es
[mar de llanto!

*(Galaor se sienta de nuevo en el si-
llón, y Gudula a sus pies, en el suelo,
sobre una almohada de terciopelo rojo,
bordada en oro. Silencio corto.)*

GUDULA.

¡Qué crueldad sin ejemplo! ¡Qué inaudito
[martirio,
tenerla así encerrada, como un cándido lirio
en mazmorra sombría... ¡Cerrada, pobre
[estrella,
señor, con estas llaves que pesan más que
[ella!

GALAOR.

¡Quien te oyese creería que yo soy un
[león!...

Si la dicha no fuese tan sólo una ficción,
si yo mirar pudiera feliz a la hija mía,
¡mis brazos, para darle alas, me cortaría!
¡La amo, y quiero librarla del dolor que
[me pesa!

¡La amo mucho, y por eso he de guardar-
[la presa!

(Misteriosamente.)

De noche, la Desgracia estas salas recorre...

GUDULA.—(Abrazándose a las rodillas de Galaor.)

¡Galaor, abre pronto las puertas de su to-
[rre!

GALAOR.

¡Nunca, que la Desgracia está durmiendo
[ahora,
y es tan fugaz su sueño, que a nada se in-
[corporat

Si le abriese las negras puertas de su pri-
[sión,

estallando de júbilo tu noble corazón,
con tan fuertes latidos tu pecho golpearía,
que la Desgracia, entonces, al fin desper-
[taría!...

GUDULA.—(Desesperada.)

Si es así, si despierta a los más leves rui-
[dos,
¿cómo ya no lo ha hecho al son de mis ge-
[midos?...

(*Con dulzura, tomándole las manos.*)
 ¡Sácala de esa torre! Andaré yo a su lado,
 vigilándola siempre con maternal cuidado,
 como un ángel que cuida a un rosal muy
 [enfermo!...

GALAOR.—(*Rechazándola suavemente.*)

¡No insistas más, Gudula! La flor que abre
 [en un yermo
 en paz vive y fallece. Mas las plantas triun-
 [fales
 que encantan con su aroma los jardines
 [reales,
 serán decapitadas por dedos refulgentes...
 ¡No insistas! Del acaso las alas inclementes
 vibran sobre nosotros cual desnudas espa-
 [das...

GUDULA.

¡La bondad de Dios!

GALAOR.

Desde las torres elevadas
 nadie ve las hormigas entre el polvo pasar...
 (*Lleno de un nuevo terror.*)
 ¡Ay! ¿Quién no teme a aquello que está pa-
 [ra llegar?...
 ¡Quien no siente el espanto de lo que ha
 [de venir
 es un ciego sin guía ni bordón, que impru-
 [dente
 cruza un estrecho puente, tan ruinoso, que
 [siente
 las tablas carcomidas bajo sus pies crujir!
 (*Pequeño silencio.*)
 Atiende bien, Gudula. Una vez, era mayo,
 iba alegre de caza, en mi caballo bayo,

entre risas de pajes y cantos de halconeros,
cuando al cruzar un bosque de verdes li-

[moneros,
el nervioso corcel, viendo en la hierba en
palpitar una hoja. llenóse de pavor, [flor
y conmigo lanzóse en tenebroso abismo...

Exponiendo la vida, con leal heroísmo,
el más fiel de mis pajes, el noble Segis-

[mundo,
del fondo del barranco me extrajo mori-
[bundo.

Allí cerca se alzaba tu castillo feudal,
y a él me llevaron. Nunca tu mirada se ha-

[bia
—ni siquiera en un sueño—cruzado con la
[mía.

Mas al volver del trágico letargo de mi mal,
junto a la cabecera de mi lecho te ví

como a un ángel. ¡Tus manos, al curar mis
[heridas,

eran tan luminosas, tan dulces, tan pulidas,
que llorando de gozo, al Señor le pedí

que mi cuerpo de nuevo fuese una sola
[llaga!...

De ti quedé prendado... ¡Y aun recordar
[me halaga

aquellas dulces horas! «Que me amabas»,
[decías...

¡Oh, qué sueños de amores!... Al cabo de
[unos días

bendijo un arzobispo, Gudula, nuestra
[unión...

Pareciónos entonces, ciegos por la pasión,
que el uno para el otro habíamos nacido,
como nacen dos aves para formar un nido,

y que al verte en la cuna sonreír amorosa
Dios decretado había que tú fueses mi es-
[posa.

Mas, meditando un poco, fué una hoja agos-
la que unió nuestras almas... [tada

GUDULA.—(*Interrumpiéndole.*)

¡Hoja por Dios mandada!

GALAOR.

¿Por Dios?... ¿Por el acaso?... ¿Quién afir-
[marlo puede?...

¡Tan sólo sé que todo cuanto aquí nos su-
[cede

tiene tantas raíces y tantos, tantos frutos,
que no doy paso en esta vida de horror y
[lutos,

sin que no me estremezca de terror al pen-
[sar

los males que este paso me puede ocasio-
[nar!...

GUDULA.

Mas, Sibylla, ¿qué tiene que ver con todas
[esas

penas? Cantan felices otras nobles prince-
[sas...

Para ellas es la vida eterno amanecer...

GALAOR.

¿Felices? Mas ¡qué pronto lo dejarán de ser!
Casarán las princesas y serán reinas luego;
se llenarán de hijos, y mil llagas de fuego
devorarán tenaces su carne corrompida...

¡Ay de los que se atreven a dar a un hijo
[vida!

¡Ay de los que se arriesgan! El hombre y
 [la mujer
 de los más negros crímenes cómplices pue-
 [den ser.
 ¡Imagínate toda la angustia que han su-
 [frido
 la madre de un poeta y el padre de un
 [bandido!...

*(Se mete las manos en la cabellera
 revuelta.)*

GUDULA.—*(Cariñosamente.)*

¡Cálmate!

GALAOR.

¡Quién me diera un poco de so-
 [siego!

Mas ¿cómo conseguirlo?, ¡oh Gudula!, si
 [llego,
 recelando la pena que lejos me amenaza,
 a no sentir ahora la que me despedaza.

(Delirando.)

¿Lo que habrá de llegar? ¡Nadie, nadie se
 [mueva!

Dos hombres una vez entraron a una cueva;
 a los dos abrasaba la misma sed de oro;
 uno encontró la muerte y el otro halló un
 [tesoro.

En una negra y fría noche devastadora
 hizo carbón un rayo a una pobre pastora
 que fué a buscar abrigo—¡oh dura suerte
 [limpia!—

bajo una vieja haya que yo plantado había

cuando eran puras como las hostias estas
 [manos.
 Dos jóvenes hermanas encuentran dos her-
 [manos.
 Eligen los esposos... La lujuria se espeja
 en sus ojos... ¡Dios mío!... Mas de cada
 [pareja
 un asesino nace... Tal vez naciese un santo
 si la elección es otra... En cada esquina,
 [en tanto,
 el Azar nos espía... ¡Misterio alucinante!...
 Se cae una columna y mata a un caminante.
 ¿Qué está para llegar?

GUDULA.

¡Oh mi hija adorada!

GALAOR.

Bien sé que vive triste, pero no está amar-
 [gada.
 ¡Y así, triste la quiero! La risa atrae el do-
 [lor,
 que va tras ella, como siervo tras su señor...
 ¡Llorad, llorad sin tregua! ¡El que pasa
 [riendo
 es como el que un talego de oro va sacu-
 [diendo
 por un pinar sombrío donde acechan ladro-
 [nes!...
 No insistas más, Gudula, que tus lamenta-
 [ciones
 son vanas. Encerrada en esa fortaleza,
 ¡nadie podrá robarle su angelical pureza!

GUDULA.

¡Qué locamente piensas! ¡Pues juzgas que
 [el Destino

es un tímido huérfano o una débil mujer
 que enmudece de espanto y se acobarda al
 la sombra de un viajero que le corta el ca-
 [ver
 [mino!
 Puedes, Galaor, de hierros y bronces cubrir
 las puertas de su cárcel, y hasta hacerlas
 [guardar
 por dos fieros leones de sangriento mirar...
 ¡Las puertas han de abrirse, si Dios las
 [manda abrir!
 ¡Que Dios no te castigue! Si El quisiese,
 [Sibyla
 escapase ahora mismo de su helada prisión...

GALAOR.—(*Inquieto.*)

Mas ¿cómo?

GUDULA.

¿Cómo? Muerta.

GALAOR.—(*Oculto la cabeza entre las manos.*)

La tienes...
 ¡Muerta! ¡Tienes
 [razón!

GUDULA.

¿Por qué tiemblos? ¿Por qué tu
 [voz vacila?

Palidece tu rostro... Galaor, ¿en qué pien-
 [sas?

GALAOR.—(*Como delirando.*)

En lo que va a llegar... ¡Por qué florestas
 [densas
 anda mi alma! El frío en mis carnes acu-
 [chilla...;
 siento aullar a los lobos... ¡Qué horrible pe-
 [sadilla!

(*En voz baja, como quien descubre un secreto.*)

Y muchas veces, muchas, conversando contigo,
 pienso que este tormento es el justo castigo
 de aquel mi odioso crimen...

GUDULA.—(*Espantada.*)

¿Qué crimen cuentas? Di...

GALAOR.

Amé a otra mujer antes de amarte a ti,
 y de ella tuve un hijo. Y en vez de estrangularle,
 o de pasar mi vida junto a él, para librarle
 de todos los escollos y abismos traicioneros,
 le arrojé indiferente por los despeñaderos
 a las ondas brutales de la vida cruel...
 ¿Qué le habrá sucedido?

GUDULA.

¿No sabes nada de él?

GALAOR.

No. Apenas fué nacido le dejé en una es-
 [trada...
 Era al caer la tarde... Y al romper la al-
 [borada
 no estaba ya en el sitio donde yo lo escond-
 [diera...
 ¿Quién lo robó? No sé... ¡Quizá alguna
 [fiera!

(*Pequeña pausa.*)

Tal vez si lo intentase consiguiera encon-
 [trar lo,
 Le coloqué en el cuello, antes de abando-
 [nar lo,

engarzado en un rico collar de oro, un
 [anillo
 con un rubí de Oriente de extraordina-
 [rio brillo...
 ¡Jamás, jamás, Gudula, buscarle he pro-
 [curado!
 El recelo, quizá, de verle desgraciado,
 pálido, sollozando por su infortunio inmenso,
 paralizame cuando en encontrarle pienso...

SIBYLA.—(*Su voz, dulcemente amortiguada
 por la distancia.*)

Trajeron claveles
 blancos y encarnados,
 y adorné con ellos
 mis bucles dorados.
 ¡Qué alegres venían!
 ¡Qué aroma tan blando!
 ¡Al verlos diríase
 que estaban cantando!
 Mis ojos leales
 después los miraron...
 ¡Pusiéronse tristes
 y se marchitaron...
 No sé qué desgracia
 en mí traigo presa...
 No sé si en mis ojos
 despiertan tristezas,
 o si son mis ojos
 llorosas turquesas,
 ¡que hasta en la alegría
 divisan tristezas!

(*El canto desfallece extenuado
 de dulzura. Galaor y Gudula se*

contemplan con los ojos húmedos de lágrimas.)

GALAOR.

¿Eres tú quien le enseña esos cantos de
[amores?

GUDULA.

Yo, no. Pero los cantos dolientes y argen-
[tinos
le nacen en el alma como si fuesen flores,
porque también en mayo florecen los es-
[pinos.

GALAOR.

¿De qué te habla en la torre? ¿Qué sueña?

GUDULA.

Quiere saberlo todo...
¡Desdichada!

GALAOR.

¿Y tú?

GUDULA.

Titubeante,
obedezco tus órdenes. Le miento en todo
[instante.

GALAOR.

¿Y ella?

GUDULA.

Jamás me cree.

GALAOR.

¿Jamás te cree?

GUDULA.

Nada.

Todo es inútil... Todo. Por más, por más
 [que intente
 decirle que en el mundo existen solamente
 tres seres: tú, yo y ella, no cree...

GALAOR.

¡Desdichada!

¡Continúa! ¡Habla!

GUDULA.

Dice que existe otra persona
 digna por su belleza de ceñir tu corona...
 Un señor muy hermoso con las manos de
 [nieve,
 que llegará a buscarla en breve, ¡muy en
 [breve!

GALAOR.—(Como loco, sujetándola por un
 brazo.)

¡Me desgarró el pecho!... ¡Qué horror! Va-
 [mos, confiesa
 que fuiste tú, ¡oh madre desnaturalizada!,
 quien hablando de amores envenenaste esa
 conciencia que era como paloma immacu-
 [lada...

¿Qué has hecho? Di, ¿qué has hecho?

GUDULA.—(Con noble firmeza.)

Si fui yo, Galaor,
 la que sembró en su pecho la simiente de
 [amor,
 ¡que Dios mi cuerpo cubra de llagas ho-
 [rrosas!

(Dulcificando la voz.)

Mas los rosales nunca aprenden a dar ro-
 [sas...

GALAOR.

¡Todo perdido! ¡Todo!

GUDULA.

Y ahora ¿por qué motivo conservar aún intentas ese cuerpo cautivo, si su alma vuela libre y, volando, se aleja por el azul del cielo buscando su pareja? Déjala ya que salga, y verás la sonrisa en mis labios exangües...

GALAOR.

Ahora es cuando precisa vivir más alejada del engaño del mundo. ¡El pozo más inmenso será poco profundo para encerrarla!

GUDULA.

¡Escucha! ¡Tanta pena es-
[tremece
su pecho, que da lástima! Apenas amanece, ansiosa de ver todo lo que nunca ha mirado, las planicies, los mares y ese cielo azulado, a un escabel se sube a ver si al fin alcanza la ventana que encierra su suprema espe-
[ranza.
Y aunque no llega aún, parece, Galaor, que para que no sea su anhelo cosa vana, su cuerpo esbelto y ágil crecer hace el Se-
ñor.

GALAOR.—(Con dureza.)

¡Es preciso, Gudula, tapiar esa ventana!

GUDULA.—(*Inclinándose con amarga sumisión.*)

¡Y manda al mismo tiempo cavar mi sepultura!...

GALAOR.—(*Agitándose desesperadamente.*)

¡Ay, qué infortunio el mío!... ¡Qué implacable tortura!

¡Mirar podrán sus ojos maravillas y horrores,
cuerpos llenos de llagas y jardines con flores!

Sus ojos infantiles, estrellas luminosas,
mirarán las galeras que arriban victoriosas,
y quedarán soñando con países distantes,
con ciudades de púrpuras, con islas de diamantes...

¡Van a ver sus pupilas! ¡Le dirán que es hermosa
todas las cosas feas, y hasta las cosas bellas,
nubes, rosas y cisnes, crepúsculos y estrellas,
le dirán cómo es su belleza preciosa!...

¡Van a ver de los árboles los conubios óscenos
que henchirán de lujuria sus virginales senos...

¡Sus ojos van a abrirse!... ¡Van a ver!...
[Van a abrir las puertas de su alma, de la inviolada Ofir
a la trágica y negra cohorte de la Suerte:
¡la Ambición, el Deseo, la Desgracia y la
¡No puede ser! [Muerte!

(*Toma las dos llaves de plata a escondidas de Gudula, las oculta bajo el manto y se dirige a la puerta.*)

GUDULA.—(*Queriendo detenerle.*)
¡Escucha! ¿Adónde vas?
[¿Adónde?

GALAOR.—(*Sale.*)
No lo sé... ¡Quiero aire!

GUDULA.—(*Desde la puerta.*)
¡Galaor!
(*Pequeña pausa.*)
¡No responde!

ESCENA V

GUDULA, sola, descendiendo al fondo de la
escena

GUDULA.
¿Dónde irá? ¿Dónde irá? ¡Quién conoce el
[camino
adonde nos empujan las fuerzas del Les-
[tino!
Acaso sus pesares los vaya a consolar
oyendo los gemidos prolongados del mar.
(*Se sienta junto a la ventana y se
queda un momento mirando al mar en
sombra.*)
No sé qué es; mas algo, algo la noche es-
[pera...
Se oye un rumor lejano, como si una galera
de esperanzas y ensueños y músicas col-
[mada,
llegase desde lejos, desde una primavera,
a embriagar de canciones y a dejar per-
[fumada

la soledad profunda de esta estéril ribera...
 ¿Qué oirán nuestros oídos? ¿Qué verá la
 [mirada?
 ¿Una nueva tristeza? ¿Una nueva alegría?

SIBYLA.—(*Su voz, dentro, con acento desgarrador.*)

¡Madre! ¡Madre!
 (*Gudula se levanta asustada.*)

GUDULA.

¡Sibyla!

(*Se queda un instante atenta e inmóvil, como si interrogase al silencio.*)

¿Será la voz del viento
 al deshojar las rosas del jardín, o el lamento
 de una ola que muere en la costa bravía?

SIBYLA.—(*Con voz más desgarradora.*)

¡Madre! ¡Madre!

GUDULA.—(*Dirigiéndose a la puerta.*)

Es Sibyla. ¿Qué pasa?

SIBYLA.

¡Madre mía!

ESCENA VI

GUDULA y GALAOR. GUDULA va a salir, mas se detiene al ver aparecer a GALAOR, que entra pálido y trémulo, haciendo esfuerzos inauditos por ocultar su agitación

SIBYLA.—(*Siempre su voz.*)

Saltaron mis ojos
 en tanto dormía...

¡Soy ciega, mas veo
 mejor que veía!
 ¡Oh mi lindo novio!
 ¡Con sus manos bellas
 anda por el cielo
 cogiéndome estrellas!
 ¡Ahora le estoy viendo
 por verdes jardines,
 con sus manos bellas
 cortando jazmines.
 ¡Allá va mi novio
 por los arenales,
 con sus manos bellas
 buscando corales!
 ¡Ya llega mi novio,
 que loco de amores
 me ofrece corales,
 estrellas y flores!
 El día y la noche
 para mí son día...
 ¡Soy ciega, mas veo
 mejor que veía!

*(Galaor y Gudula escuchan la
 canción cerca de la puerta, visi-
 blemente emocionados.)*

GUDULA.—*(Enternecida.)*

¡Oh, qué canción tan bella! ¡Qué voz tan
 [clara y pura!
 ¡Nunca he escuchado un canto de tan hon-
 [da dulzura!

GALAOR.—*(Trágicamente pálido, lleno de
 amargura.)*

Los ruiseñores cantan mejor si alguien les
 [ciega.

GUDULA.—(*Despavorida, viendo el aspecto terrible de Galaor.*)

¿Qué tienes, Galaor? ¿Qué profundos eno-
[jos
te hacen palidecer? ¿Por qué tiemblas? So-
[siega...

GALAOR.—(*Trágicamente.*)

¡Con mi puñal, Gudula, le he saltado los
[ojos!

(*Gudula cae al suelo desmayada. Galaor se arrodilla junto a ella, abrazándola y besándola.*)

SIBYLA.—(*Mientras cae el telón.*)

Picaron mis ojos
en tanto dormía...
¡Soy ciega, mas veo
mejor que veía!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Una larga y tenebrosa galería abovedada. A la izquierda, separada por una gran puerta de bronce, parte de la prisión de Sibylis. En un extremo se ve una rueca. A la derecha, una escalera de piedra. Al fondo, una puerta y una ventana de gruesos barrotes, por donde penetran las últimas claridades del crepúsculo.

ESCENA PRIMERA

GALAOR y SEGISMUNDO, junto a la escalera, conversando en voz baja

GALAOR.

¡Antes de que llegue con las sombras lo
[que está
ya para todas las puertas de este gótico
palacio fúnebre cerrad! [llegar,
Marchaos todos y dejadnos
en esta eterna soledad!
¡Para que nadie pueda abrirnos,
tirad las llaves a la mar,
donde ésta sea tan profunda
como la misma eternidad!

SEGISMUNDO.

Señor, ¿qué os pasa? Vuestros ojos

parecen trágicos que van
 a desprenderse de sus órbitas;
 tenéis tan pálida la faz
 cual si los labios de la Muerte
 os acabasen de besar.
 ¿Por qué tembláis como las hojas?

GALAOR.—(Con misterio.)

Por lo que está para llegar...
 ¿No ves su sombra que se arrastra
 por los jardines a espiar,
 como un ladrón que nos acecha,
 la mano puesta en su puñal?
 Por estos patios, ¿no has mirado
 en la penumbra fulgurar
 fosforescentes sus pupilas
 como los ojos de un chacal?
 En los espejos polvorosos,
 ¿no has visto rápido cruzar
 como el perfume de un aliento
 que empaña el límpido cristal?
 Como el nocturno caminante
 que atravesando el monte va,
 antes de ver al lobo oculto
 entre el espeso matorral,
 siente erizársele el cabello
 y de pavor se echa a temblar,
 así yo siento, antes que verlo,
 a lo que está para llegar...

(Pausa. Se dirige al fondo, llevando del brazo a Segismundo.)

Rugen las olas encrespadas;
 aúlla ya cerca el huracán;
 brillan relámpagos sangrientos;
 retumba el trueno... Tú dirás,

mientras medroso, santiguándote,
 sin voz te pones a rezar:
 «¡Ay desdichados los que andan
 en frágil leño sobre el mar!
 ¡Ay infelices caminantes
 que en medio de la tempestad
 van tanteando por la sierra
 sin el amparo de un hogar!»
 Mas el marino hallará puerto
 o entre las olas se hundirá;
 y el caminante acaso pueda
 buscar refugio en un pajar...
 ¡Vivos o muertos, todos hallan
 limite o término a su mal!
 Mas hay pesares en mi vida
 que nunca, nunca han de acabar:
 ¡ni devorarlos quiere el lobo,
 ni sumergirlos puede el mar!

(En voz baja, lleno de pavor.)

Espero algo inevitable,
 algo que está para llegar;
 algo que pasa inadvertido
 en medio de la oscuridad...
 Lo que jamás ojos mortales
 han visto, paje, ni verán,
 pues quien rasgar quiere su velo
 para mirar la ignota faz,
 se queda inmóvil como esas
 estatuas místicas que están
 sobre las tumbas de los reyes
 en nuestra vieja catedral...

(Pequeña pausa.)

¡Marchaos todos y dejadnos
 en esta eterna soledad!

SEGISMUNDO.—(Con la voz conmovida.)

¡Porque he crecido como un hijo
a vuestro lado, en vuestro hogar;
por el amor que me tenéis;
por estas lágrimas..., dejad
que a vuestro lado viva siempre
y que os defienda mi lealtad!
Por si viniese la desgracia
vuestra existencia a amenazar,
dejad que vele como un perro,
acurrucado en vuestro umbral!...
Y ¡ay del fantasma o de la sombra
que aquí se atreva a penetrar!

(Se lleva la mano a la espada.)

GALAOR.—(Emocionado.)

¡Todo es inútil, Segismundo!
Todo es en vano... Vete ya...
No me haces falta, pues tu espada
es buena para guerrrear
con seres vivos, mas con sombras,
¿de qué tu espada servirá?
¡Será lo mismo, paje mío,
que si la hundieses en el mar!

(Pequeña pausa.)

Márchate, paje, y vuelve cuando
torne a mi espíritu la paz...
Entonces puedes, Segismundo,
de nuevo el cuerno resonar,
traer halcones en la diestra,
a los sabuesos atraillar...
y galopando por los bosques,
de nuevo iremos a cazar...
¿Hoy o mañana? ¡Qué me importa!
¿Aves o sueños? ¡Qué más da!

Podrás sonar áureos clarines;
 a mis mesnadas congregar;
 entre florestas de alabardas
 mi roja enseña tremolar...,
 y partiremos a la guerra
 de nuevo, paje, a conquistar...
 ¿Hoy o mañana? ¡Qué me importa!
 ¿Cuna o sepulcro? ¡Qué más da!
 Mas ahora, ahora, si me amas,
 si te condues de mi mal,
 vete y no tornes... En mi alcázar,
 que hoy es morada sepulcral,
 cantos de amor, de caza y guerra
 no han de volver a resonar...
 Tan sólo lágrimas, sollozos,
 crisar de puños, rechinar
 de dientes... ¡Todos los dolores
 de la llagada Humanidad!

SEGISMUNDO.

Pero, Sibyla...

GALAOR.—(*Interrumpiéndole bruscamente.*)

¡Calla, calla!

Si a tu señor eres leal,
 ¡nunca ese nombre a mi presencia
 te atrevas más a pronunciar!

SEGISMUNDO.

¡Señor, al irme de palacio,
 de ella, a la fuerza, os he de hablar!
 Murmura el vulgo de su enclerro,
 y hasta llegaron a trovar
 una canción sobre su historia,
 canción que os voy a recitar:

«A la princesa Sibyla,
bella como un lirio en flor,
en una torre encerrada
la tiene el rey Galaor.
Porque no amase, su padre
sus lindos ojos cegó:
ruiseñor ciego entre hierros
cantará más y mejor...
¿Pues qué valen las prisiones
y hierros contra el amor?»

GALAOR.—(*Fuera de sí, sujetándole por el
cuello.*)
Calla, o mueres...

SIBYLA.—(*Su voz, desde la prisión.*)
Padre mío,
¿con quién, dime, con quién hablas?

SEGISMUNDO.
Señor...

GALAOR.—(*En voz muy baja, empujándole ha-
cia la escalera.*)
¡Silencio, o te hundo
mi puñal en la garganta!

SIBYLA.—(*Impaciente, apareciendo en la pri-
sión y acercándose a tientas a la puerta.*)
Padre mío, ¿no respondes?

GALAOR.—(*Soltando a Segismundo.*)
¡Nuestra deuda está pagada!
¡Si tú mi vida salvaste,
hoy la tuya dejo salva!

Vete, y que contigo todos
mis servidores se vayan...

(En voz alta.)

Voy, mi hija...

SEGISMUNDO.

Mas oídme...

GALAOR.—*(Empujándole.)*

¡Silencio!... ¡Vuelve mañana,
que quiero por esta noche
quedarme solo en mi alcázar!

*(Segismundo desaparece por la esca-
lera. Galaor se vuelve hacia la prisión
de Sibyla.)*

ESCENA II

GALAOR y SIBYLA

GALAOR.—*(Metiendo las llaves, que lleva pren-
didas al cinto, en la doble cerradura.)*

¿Qué quieres?

SIBYLA.

¡Cuánto has tardado!

¿Con quién hace poco hablabas?

*(Galaor abre la puerta, que rechina
tristemente, y en el dintel aparece la
blanca figura de Sibyla.)*

GALAOR.

Con mis propios pensamientos,
que encontrados batallaban...

*(Abraza cariñosamente a Sibyla y la
besa en la frente.)*

SIBYLA.—(*Abrazándose al cuello de su padre, con la voz muy dulce.*)

Déjame salir... ¡Si vieras
cómo es lúgubre esta estancia!

Estos muros son tan fríos,
tan triste perfume exhalan,
que al respirarlo se llenan
mis ojos ciegos de lágrimas.

(*Galaor tiembla y se estremece todo
al recuerdo de la escena terrible.*)

GALAOR.—(*Dulcemente, dándole la mano para servirle de lazarillo.*)

Toma la mano, hija mía...

SIBYLA.—(*Al cogerla entre las suyas.*)

¿Por qué te tiembla?

GALAOR.—(*Intensamente pálido.*)

Por nada.

SIBYLA.—(*Acariciando entre las suyas la mano paterna.*)

¡Qué bellas eran tus manos!
Tan finas, blancas y pálidas
como las que anoche, en sueños,
las trenzas me acariciaban.

GALAOR.—(*Lleno de terror.*)

¿Soñaste anoche, hija mía?

SIBYLA.—(*Sonriente, con ingenua felicidad.*)

Soñé... No sé dónde estaba.
El aire era tan fragante
y tan puro, que mi alma,

no cogiéndome en el pecho,
 por mis labios se escapaba,
 y como pluma en el viento,
 por los espacios volaba...
 Tú y mi madre estabais lejos,
 y a mi lado se encontraba
 un mancebo tan gallardo
 como un ángel...

GALAOR.—(*Violentamente, poniéndole la mano en la boca.*)

Basta, basta;
 olvida esos locos sueños.

SIBYLA.—(*Tristemente.*)

¿Te ofendo con ellos?

GALAOR.—(*Conmovido.*)

¡Calla!
 ¡Perdóname! ¡Dame un beso!
 (La besa.)
 ¡Se me han saltado las lágrimas!

SIBYLA.—(*Con júbilo.*)

¡Lo mismo que tú me besas
 el mancebo me besaba!

GALAOR.—(*Intensamente agitado, cubriéndose el rostro con las manos.*)

¿Qué dices? ¡Horror, Dios mío!

SIBYLA.—(*Con lágrimas.*)

¿Te molestan mis palabras?
 ¿Qué mal te causo soñando?
 ¿Por qué de mí te separas?
 ¡Yo que pensaba alegrarte

recitando al son del arpa
la canción que escuché en sueños,
y que no sé quién cantaba!...

GALAOR.

¿Una canción?

SIBYLA.

¡Y tan dulce
que suspiro al recitarla!

Tráeme el arpa... Ha de gustarte...

(Galaor se estremece, dudando en concederle lo que pide.)

Desde que ciegos se hallan
estos pobres ojos míos,
más dulces mis labios cantan.

(Se lleva la mano a los ojos. Galaor, conmovido, se inclina y se los besa.)

GALAOR.—*(Aparte, entrando por el arpa.)*

¡Sus palabras son puñales
que en mi corazón se clavan!

(Entra y sale al momento con el arpa.)

Aquí está ya...

(Aproxima paternalmente a la ciega el arpa. Los dedos de Sibyla buscan y acarician las cuerdas como si fuesen cosas vivas.)

SIBYLA.

Pues comienzo...

¡Las cuerdas están templadas!

(En el centro de la escena, Sibyla recita, acompañándose del arpa. Galaor

la oye, apoyado en la puerta de la prisión.)

En tierra lejana
tengo yo una hermana.
Siempre en primavera
mi llegada espera
tras de la ventana.
Y a la golondrina
que en sus rejas trina
dice con dulzura:
«¡Por aquella espina
que arrancaste a Cristo,
dime si le has visto
cruzar la llanura!»
El ave su queja
lanza temerosa,
y en la tarde rosa
bajo el sol se aleja.
Desde su ventana,
mi pálida hermana
pregunta al viajero
que camina triste:
«¡Por tu amor primero,
dime si le viste
por ese sendero!»
Pero el pasajero
su calvario sube
y se aleja lento,
dejando una nube
de polvo en el viento.
Desde su ventana,
a la luna grita
mi pálida hermana:
«¡Por la faz bendita
del Crucificado,

dime en qué sendero
 tu rayo postrero
 su paso ha alumbrado!»
 La luna, la vaga
 llanura ilumina,
 trémula declina
 y en el mar se apaga.
 Acaso yo errante
 pase vacilante
 bajo tu ventana,
 y sin conocerme,
 mi pálida hermana,
 preguntas al verme
 venir tan lejano:
 «Dime, peregrino,
 ¿has visto a mi hermano
 por ese camino?»

(Mientras Sibyla recita, aparece por la escalera Gudula; se detiene un momento, y después, para no interrumpirla, se aproxima sin hacer ruido a Galaor, y cogidos de las manos permanecen juntos a la puerta de la prisión oyendo la canción.)

ESCENA III

DICHOS y GUDULA. Al terminar SIBYLA la canción, GUDULA y GALAOR quedan inmóviles, sollozando quedamente

SIBYLA.—*(Abandonando las cuerdas del arpa.)*
 ¿Por qué callas, padre mío?
 ¿Dónde estás?

GUDULA.—(*Corriendo a abrazar a su hija.*)
¡Sibyla!

SIBYLA.—(*Reconociéndola.*)
¡Madre!

GALAOR.—(*Con acento desesperado.*)
¡No puedo más!

SIBYLA.—(*Acariciando a su madre.*)
¡Madre mía!
¿También mi canto escuchaste?
(*Con pena.*)

Tienes húmedos los ojos...
(*Tiende las manos como copas para recoger el llanto materno.*)

Y tibias y lentas caen
tus lágrimas en mis manos,
cual si mis dedos besasen...

(*Galaor permanece inquieto, con el oído atento, como si oyese algún rumor. Se dirige al fondo y escucha.*)

GALAOR.—(*Aparte.*)
¡No puedo más!... ¡Tengo miedo!
Me parece que anda alguien
por el jardín.

(*A Gudula, inquieto.*)
¿Has oído
pasos, Gudula?

GUDULA.—(*Tranquilizándole.*)
¡Es el aire!

(*Pequeña pausa. Gudula sienta a Sibyla en un banco, junto a la puerta de la prisión.*)

GALAOR.—(*A Gudula, misteriosamente.*)

Voy a vigilar... Espera...

¡Vendré al momento a buscarte!

(*Desciende por la escalera con la mano en la empuñadura de la espada, como si fuese a desenvainarla.*)

ESCENA IV

SIBYLA y GUDULA, sentadas en un escabel. Momento de silencio. El viento estremece la puerta del foro

SIBYLA.—(*Oyendo el ruido.*)

Llaman a la puerta.

Madre, ¿quién será?

GUDULA.

El viento, hija mía,
que gime al pasar.

SIBYLA.—(*Intranquila, como si esperase algo.*)

No es el viento, madre;

¿no oyes suspirar?

GUDULA.—(*Pasándola las manos por los cabellos.*)

El viento, que, al paso,
deshoja un rosal.

SIBYLA.—(*Impaciente.*)

No es el viento, madre;

¿no escuchas hablar?

GUDULA.

El viento que agita
las olas del mar.

SIBYLA.—(*Levantándose.*)

No es el viento... ¿Oíste
una voz gritar?

GUDULA.

El viento, que, al paso,
rompió algún cristal...

*(Se oye un canto lejano y fugitivo,
en el cual se escucha vagamente
la palabra «amor».)*

SIBYLA.—(*Escuchando.*)

«Soy el amor—dicen—,
que aquí quiero entrar...»

GUDULA.—(*Empujando dulcemente a Sibyla
hacia su prisión.*)

¡Duérmete, hija mía!
¡Es viento... no más!...

(Entran en la prisión.)

ESCENA V

Aparece GALAOR, sombrío y receloso, por la escalera, con la espada desnuda en la mano

GALAOR.

¡Ay!, por todas partes creo
ver fantasmas en el aire,

y es porque están los fantasmas
dentro de mi propia carne...

Gudula... Sibyla...

(Aparecen las dos en el umbral.)

¡Es hora!

GUDULA.—*(Besando a Sibyla.)*

¡Adiós, mi hija!

SIBYLA.—*(Abrazándose al cuello de su madre.)*

¡Adiós, madre!

*(Galaor besa a su hija y después
cierra la puerta con dobles llaves.
Gudula permanece cerca de la pri-
sión con la cabeza baja entre las
manos.)*

GUDULA.—*(Sollozando, a Galaor.)*

¿Por qué, por qué para siempre
esa prisión no le abres?

GALAOR.

Calla, Gudula; prefiero
mirarla muerta, a que manche
en el fango de la vida
sus blancas plumas de arcángel...
¡Y puede llegar un viento
y deshojar los rosales!

*(Descienden lentamente por la
escalera. Gudula solloza apoyada
en el brazo de Galaor.)*

GUDULA.—*(Al descender.)*

¡Virgen santa! ¡Virgen santa!
¡Tened piedad de una madre!

VILLAESPESA.—13.

ESCENA VI

Se oye rumor de pasos en la puerta del foro.
SIBYLA aproximase a la puerta

SIBYLA.

Pisadas de oro
hasta aquí se acercan...
¡La voz de los ángeles
más dulce no suena!
Llueven rosas blancas
sobre mí al oírlas...
¡Pasos de mi novio,
llegad más de prisa!
¡Ven quedo, más pronto,
bello novio mío!...
¡La voz de mi canto
te indica el camino!

ESCENA VII

El DESCONOCIDO aparece en la puerta del fondo
y se dirige a tientas hasta la puerta de la
prisión

DESCONOCIDO.—(*Parándose.*)

¡La voz de aquí venía..., o bajaba del cielo!
La voz que es como un bálsamo de amor
[y de consuelo...
Del salón en que aguarda ésta es, quizá,
[la puerta.
Nada se oye... Nadie... La escalera desierta,

esos patios musgosos, el jardín olvidado,
 los surtidores mudos, las salas polvorosas,
 y este fúnebre y húmedo silencio de las

[cosas...

¿No será este palacio un palacio encan-
 [tado?

Y la voz que yo he oído, ¿no será algún
 [lamento

que a las mohosas cuerdas de algún arpa
 [olvidada

arranquen en la sombra los suspiros del
 [viento?

¿Será el eco remoto de aquella voz soñada?
 Todo calma y olvido... ¿Acaso estoy so-

[ñando?

Sólo el rumor lejano del mar que se em-
 [bravece,

y al chocar con las rocas su lamento parece
 los gemidos de un naufrago que están ase-

[sinando.

SIBYLA.—(*Hilando. Al empezar la canción, el Desconocido se aproxima a la puerta y se queda con el oído pegado a la cerradura, como extático.*)

La Virgen cantaba,

la dueña dormía....

la rueca giraba

loca de alegría...

«Cordero divino,

tus blancos vellones

no igualan al lino

de mis ilusiones.

Gira, rueca mía;

gira, gira al viento...

¡Amanece el día
 de mi casamiento!
 ¡Hila con cuidado
 mi velo de nieve,
 que vendrá el amado
 que al altar me lleve!
 Se acerca... Lo siento
 cruzar la llanura...
 ¡Sueña la ternura
 de su voz el viento!
 Gira, rueca loca;
 gira, gira, gira...
 ¡Su labio suspira
 por besar mi boca!
 Gira, que mañana,
 cuando el alba cante
 la clara campana,
 llegará mi amante.
 Cordero divino,
 tus blancos vellones
 no igualan al lino
 de mis ilusiones.»
 La luz se apagaba,
 la dueña dormía,
 la virgen hilaba...
 Y sólo se oía
 la voz crepitante
 de la leña seca...
 ¡y el loco y constante
 girar de la rueca!

DESCONOCIDO.—(Con voz emocionada, golpeando la puerta.)

¡Por fin! Es su voz... Abreme. Soy yo, mi
 [dulce amor.

SIBYLA.—(Acercándose.)

¡Al fin, al fin llegaste, mi esperado señor!
 Oyéndote me siento como envuelta en un
 de nardos... Dueño mio, ¿por qué tardaste
 [manto
 [tanto?
 ¿En qué rama espinosa se enredó tu ves-
 [tido?
 ¿Qué arroyo desbordado tu paso ha de-
 [tenido?
 ¿Tu corcel cayó exánime? ¿No hallaste una
 [galera
 que quisiera traerte a esta alegre ribera,
 donde yo te esperaba, por tu ausencia do-
 [lida,
 para darte en un beso la ofrenda de mi
 [vida?

DESCONOCIDO.

¡Hace ya tantos años que en vano te bus-
 [caba!
 Cuando huérfano y pobre la existencia pa-
 [saba,
 sollozando sin treguas, maldiciendo a la
 [suerte
 con los puños crispados invocando a la
 [muerte,
 oí tu voz dulce y pura una noche soñando,
 y fué sobre mi herido corazón derramando
 con sus dedos de seda balsámicos aromas,
 dulzuras de panales y arrullos de palomas.
 Tu voz me llevó en naves ornadas de jaz-
 [mines
 por verdes archipiélagos de lucidos jardines,
 por canales de oro, donde las mariposas
 semejaban violetas, azucenas y rosas,

que las manos de un ángel, fragantes de
[belleza,
deshojasen, muy tenues, sobre nuestra ca-
[beza.

Recelando aquella voz de celeste encanto,
que la voz aprilina con el sueño se fuera,
desperté estremecido, todo bañado en llanto,
y erizada de angustia mi rubia cabellera...
Mas no huyó, que despierto, su suave can-
[ción

continúa arrullando mi pobre corazón...

Ella dora, platea y perfuma mis días...

¡Qué promesas de lejos, ¡oh dulce voz!, me
[hacías!

Palpitante de amores, en mi carrera loca,
por esa voz guiado, quise buscar tu boca.
Bajo nieves y lluvias visité mil países;
viví, como los viejos profetas, de raíces;
en alta mar, mil veces me han llorado por
[muerto;

me atacaron leones y la sed del desierto;
hasta que hace un momento, cruzando la
[profunda

arboleda sombría que este alcázar circunda,
al escuchar tu canto, vi que he llegado, al
[fin,

¡oh mi rosa de oro!, a tu imperial jardín.

¡Por Dios, abre la puerta!

SIBYLA.

¡Pobre de mi, cuitada!

Desde que era una niña vivo aquí encar-
[celada.

Dos grandes cerraduras con sus dientes de
[hierro

unen con estos muros las puertas de mi
 [encierra,
 y sus llaves de plata guarda en su cinturón
 mi padre.

DESCONOCIDO.—(*Braceando colérico.*)

¿Y él te ha encerrado en tan ne-
 [gra prisión?
 ¡Que las víboras broten donde pose su
 [planta!
 ¡Veneno el aire sea que asfixie sus pulmo-
 [nes!
 ¡Que nidos de serpientes ahoguen su gar-
 [ganta,
 y devoren sus míseros despojos los leones!

SIBYLA.—(*Suplicante.*)

Mi padre, el rey, me ama; y me encerró
 [su amor
 en esta negra y fría mazmorra, por temor
 de lo que ha de llegar. Peligros traicioneros
 que se abren como abismos al pie de los
 [viajeros.
 Una noche, sabiendo que ya mi frente ufa-
 [na
 llegar iba al alféizar de la única ventana
 de esta torre; al saber que mis ojos, al fin,
 iban a ver los árboles de ese viejo jardín,
 el sol y las estrellas, los verdes naranjales,
 el mar y las florestas, y los pavos reales
 que decoran heráldicos la marmórea esca-
 [lera
 —todo cuanto hasta ahora en sueños sólo
 [viera—;
 creyendo que mirarlos un mal me causaría,

él, que diera su vida por verme sin enojos,
y que tiembla al hablarme, llegó mientras
[dormía,
y con su propio acero me ha cegado los
[ojos.

DESCONOCIDO.—(*Dolorido y amenazador.*)

¡Ni el amor de tu hija, ¡oh miserable!, al-
[canza
a librarte del peso de mi justa venganza!
¡León, te harán pedazos mis dientes y mis
[uñas!
¡Te daré muerte, ¡oh rey!, con el cetro que
[empuñas!
¡Y antes que te devoren las carniceras aves,
el corazón del pecho te arrancaré... y las
[llaves!

SIBYLA.—(*Con llorosa vivacidad.*)

¡Señor, no le des muerte; yo no le puedo
[odiar!
¡Me adora tanto! ¡Siempre que aquí me
[viene a hablar,
humedecen mis manos las lágrimas que
[llora!

DESCONOCIDO.—(*Siempre colérico y amenaza-
dor.*)

¡Tu voz me dice que eres linda como la
[aurora!
¡Que él tan infeliz sea como tú hermosa!...

SIBYLA.

¡Calla!
¿No ves que de tristeza mi corazón estalla?

¡No ultrajes a mi padre, que me ama con
[locura!
Oye: ve a verle ahora... Háblale con dul-
[zura.
Dile el amor inmenso que a nuestras al-
[mas liga;
pídele, humildemente, con voz dulce y ami-
[ga,
que marcharnos nos deje de la mano, mi
[amor,
como dos corderitos, por los campos en
[flor...
¡Háblale con dulzura! El es bueno y cle-
[mente...
No podrá resistir tu súplica elocuente,
y ceñirá a tu cuello su brazo paternal...
¡Háblale, dueño mío! ¡Pero no le hagas
[mal!

(El Desconocido se dirige a la puerta del fondo. Relámpagos y truenos.)

TELÓN

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

El salón del primer acto, escasamente alumbrado por una lámpara. Noche de tempestad. Relámpagos y truenos. Galaor duerme en un sillón, al pie de la ventana, abierta de par en par. Gudula también duerme, tendida en el suelo. A las plantas de Galaor brillan las dos llaves de plata de la prisión de Sibyla

ESCENA PRIMERA

GALAOR, GUDULA y el DESCONOCIDO. Este penetra de puntillas y se detiene en el umbral, espiando en la oscuridad. Trae en la mano el puñal desnudo

DESCONOCIDO.

Aquí es... No vi a nadie por los patios oscuros.

Como un ladrón, temblando, he trepado esos muros,

y crucé, sigiloso, esas salas calladas, deteniéndome al eco de mis propias pisadas.

¿Quién me impulsa? ¿Qué fuerza me señala el camino?

En mí se encarna el ciego influjo del Destino...

¡Una voz me ha impulsado hasta aquí! Voz
 [que era
 cual voz de mis entrañas... Ella ha sido
 [mi guía,
 hasta que al fin de esta misteriosa carrera
 hallé la dulce boca donde esa voz surgía...

(Contemplando a los dormidos.)

Están los dos durmiendo... Así libro a mi
 [mano
 de mancharme en la inmunda sangre de
 [ese tirano;
 del rey loco que ciega, sin morir de amar-
 a su única hija... [gura,

(Reparando en las llaves.)

¿Qué es lo que allí ful-
 Las llaves... [gura?

(Se aproxima quedamente y las recoge. Después, contempla a Galaor.)

Duerme, viejo, y ¡ay de ti si
 [despiertas!

GALAOR.—*(Soñando alto. El Desconocido retrocede unos pasos y levanta el puñal.)*

¡Cerrad bien las ventanas y asegurad las
 [puertas!

¡Allá viene, allá viene!... ¡Vi su sombra en
 [el lago!...

DESCONOCIDO.

Sueña... ¿Qué soñará?...

(Se inclina sobre el viejo y le contempla con interés.)

¡Qué bárbara agonía
 se refleja en su rostro!

GALAOR.—*(Soñando.)*

¡Allí viene!... ¡Y espía
 con sus ojos voraces todo cuanto yo hago!

DESCONOCIDO.

¡Cómo tiemblan sus labios y cómo se es-
[tremece!

¡Según como palpita su corazón, parece
que sufre en este instante todo el dolor del
[mundo!

(Lo contempla fijamente.)

Modela la piel mustia su propia calavera,
y una trágica máscara cubre su faz de cera.
En su pecho, lo mismo que en un cubil pro-
[fundo,

rugen y se devoran panteras y leones,
entre un crujir de zarpas y un rechinar de
[dientes,

¡y hay en la angustia bárbara de sus res-
[piraciones
estertor de agonía y silbos de serpientes!...

(Conmovido.)

¡Y hasta llora, Dios mío, hasta llora dur-
[miendo!

GALAOR.—*(Estremeciéndose y soñando en al-
ta voz.)*

¡Allá viene!... ¡Me ha visto..., y se marcha
[riendo!

DESCONOCIDO. — *(Mirándole compasivamente.)*

¡Infeliz! ¡Cuánto debes, pobre rey, padecer!

(Inclinándose a contemplar a la reina.)

Aquí duerme la reina... ¡Oh pálida mujer!
El dolor ha dejado tu faz envejecida.

¡Las raíces más hondas entrarán en tu pe-
[cho,

sin esfuerzo ninguno, por tanta y tanta
[herida,

como en él los puñales de la desgracia han
[hecho!

(Contemplándolos a los dos con lástima.)

Aquí vine colérico contra ellos, pensando en su muerte, y ahora, al ver que ni aun [durmiendo el dolor les perdona, de aquí salgo llorando, cual si algo en mí sus penas estuviesen sufriendo.

(Al salir, mirando las llaves.)

Ya no volverás nunca, ¡oh llave maldecida!, a cerrar a mi amada las puertas de la [vida...

Irás siempre conmigo de ciudad en ciudad; custodiarás mis huesos dentro del ataúd... ¡Ayer para ella fuiste señal de esclavitud, y hoy eres en mis manos signo de libertad!

(Sale cautelosa y rápidamente.)

ESCENA II

GALAOR y GUDULA. La tempestad tórnase cada vez más violenta. Los truenos y los relámpagos se suceden sin interrupción

GALAOR.—*(Levantándose en estado de sonambulismo, andando a ciegas y blandiendo la espada.)*

¡Allá viene! ¡Allá viene!

(Como dirigiéndose a alguien.)

¡Te mataré! ¡No
[huirás!

(Tropieza en la pared y despierta.)

Después, asombrado aún, mira en torno suyo.)

¿Dónde estoy? ¡Ah! Fué un sueño..., un
[sueño y nada más.

¡Un sueño..., sólo un sueño! Mas ¡qué sue-
[ño y qué vida!

¡No puedo más, no puedo! ¡Es mi alma do-
[lorida

una llaga sangrando bajo un guante de
[hierro!

(Aproximándose a la ventana.)

¡Así clamar debéis cuando pase mi entierro,
nocturnas tempestades! ¡Vuestros ronc

[aullidos
serán mi marcha fúnebre!... ¡No puedo su-
[frir más!

¡Aprieta mi garganta, cadena de gemidos;
aprieta más, aprieta, que pronto me ahoga-

[rás!

¡Rugen en mí los leones; se desploman
[ciudades,

y fantasmas envueltos en negras tempes-
[tades

de lejos me amenazan con su rojo mirar!
¡No puedo más, no puedo! ¡Señor, voy a
[quemar

mi palacio esta noche... ¡Sus brasas me
[han de dar

alas deslumbradoras con que poder volar
de este lúgubre pozo de infinitos dolores!

(Desvariando.)

Se llenará la noche de dorados fulgores;
deslumbrarán las ondas de luz; la totovía

ha de cantar volando, creyendo que es de
[día...

¡Viéndole arder, mi alma se vestirá de fies-
Seré libre de mí, de Gudula y Sibyla [ta!
de este palacio inmenso y de aquella flo-
[resta...

Mañana, cuando muera silenciosa y tran-
[quila

la luna, y el sol dore las montañas distantes,
entre los humeantes escombros del camino,
distinguir no sabréis, ¡oh pobres caminan-
[tes!,

las cenizas de un rey de los restos de un
[pino.

GUDULA.—(*Despertando.*)

¡Por fin que he despertado!... Soñaba, Ga-
[laor,

que en tenebrosa cárcel estabas prisionero...
Vi rodar tu cabeza al golpe del acero...

¡Ah, ni en sueños, ni en sueños me aban-
[dona el dolor!

GALAOR.—(*Sentándose y aproximándose a Gu-
dula.*)

¡Qué loco estoy, Gudula, pues teniendo a
[mi lado

de tus labios de mieles el bálsamo querido,
el bálsamo que todas mis llagas ha cerrado,

en mis horas de angustia de tus labios me
[olvido!

GUDULA,

De noche, Galaor, apenas adormeces;
después que de rodillas dirijo a Dios mis
tu triste frente beso... [preces,

GALAOR.

¡Bien lo comprendo
[ahora!...

Soñando muchas veces, la turba aterradora

que sin dolor mi pecho hostil acuchillaba,
huía de repente... El cielo azuleaba,
y dos manos de luna, transparentes e igua-
[les,
coronaban mis sienes de flores irreales,
más dulces que las mieles y ardientes como
[lavas.

(*Con enternectmiento.*)

¡Y eras tú que piadosa la frente me besa-
¡Bésame! [bas!

GUDULA.—(*Aterrada, huyendo de Galaor.*)

Mas ¿qué tienes? ¡Tus ojos, Ga-
[laor,
contemplarlos no puedo sin morir de terror!
¿Qué te ha pasado, dime, después que me
[dormí?...
(*Huyendo de Galaor.*)

¡Déjame! ¡No me busques!... ¡Tengo mie-
[do de ti!

GALAOR.—(*Con ternura.*)

¡Dame un beso!

GUDULA.—(*Loca de terror.*)

¿Qué hiciste? ¡La mataste!

GALAOR.

¡Gudula,
tanta angustia mi pobre corazón acumula
que resistir no puedo!... Y ya para acabar
de una vez, voy ahora el palacio a incen-
[diar...

¡Los tres estamos solos! .. ¡Nuestra gente
despedida por mí! [se ha ido

GUDULA.—(*Trémula, con los ojos queriendo saltársele de las órbitas, retrocediendo, pegándose a la pared y retorciéndose las manos en una crispación dolorosa.*)

¡La razón has perdido!
¡Horror! ¡Horror! ¡Dios santo!

GALAOR.

¿Qué cadena tan
[fuerte

te liga a la existencia que así temes la
[muerte?

GUDULA.—(*Sollozando.*)

¡Qué locura! ¡Qué espanto! ¡Qué horror!...
[¡Pobre hija mía!

GALAOR.

¡No temas! Será rápida y dulce la agonía,
pues las llamas, a impulsos de ese fuerte
[huracán,
en un instante el viejo palacio trocarán
en ceniza y en humo...

GUDULA.

¡Qué enorme desventura!

GALAOR.

¡No puedo resistir esta horrible tortura,
y amparo contra ella busco en la sepultura!

GUDULA.

¡Por piedad!

GALAOR.

Cuando suene la última cam-
- [panada

de las doce, Gudula, traeré nuestra hija
[amada,
y abrazados los tres moriremos aquí...

GUDULA.

¿No te espanta mi angustia? ¡Oh, ten pie-
[dad de mí!

(Cuen pesadamente las doce campanadas de la medianoche.)

GALAOR.

¡La medianoche! ¿Oyes? Voy por ella...
[Es la hora...

(Buscando las llaves.)

Mas ¿dónde están las llaves? ¿Dónde es-
[tán?

GUDULA.

Hace poco
te las di... ¿No recuerdas?...

GALAOR.—*(Exaltadísimo, dirigiéndose a la puerta.)*

Mi corazón devora
la impaciencia y el miedo.

(Sale.)

GUDULA.—*(Dirigiendo los brazos al cielo.)*

¡Señor, se ha vuelto loco!

(Cae de rodillas.)

Por los clavos, Señor; por la lanzada
que tu costado hirió;
por la hiel y el vinagre que te dieron,
¡protégenos, Señor!

Por el dolor sagrado de tu Madre,
por tu propio dolor,
por todos los dolores de la tierra,
¡protégenos, Señor!

GALAOR.—(*Volviendo completamente desfigurado, aullando y gesticulando como un demente.*)

¡Ha huído!

GUDULA.—(*Levantándose.*)

¿Quién?

GALAOR.

¡Sibyla!

GUDULA.—(*Espantada.*)

¿Cómo?

GALAOR.

¡Ha huído!

¡Oh, bien mi corazón lo presentía!...

(*Desesperadamente.*)

¡Todo, todo, Gudula, se ha perdido!...

(*Salen corriendo y gritando.*)

GUDULA.—(*Dentro, mientras baja el telón.*)

¡Oh Sibyla!... ¡Hija mía!

GALAOR.—(*Más lejos.*)

¡Hija mía!

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

La floresta del palacio de Galaor. A la luz lejana del relámpago, entre la espesura tétrica de las frondas, se ven al fondo las altas torres almenadas. La tempestad comienza a alejarse.

ESCENA PRIMERA

SEGISMUNDO y HAROLDO, conversando en el primer término de la derecha

SEGISMUNDO.

¿Dónde hallaste el corcel?

HAROLDO.

Junto a la playa.

Rotas las bridas y la crin revuelta,
sobre un alto peñasco, relinchando,
bajo el negro furor de la tormenta,
que llamaba a su dueño parecía
con duros cascos al herir la tierra.
Le tomé del rendal y allí le tengo.
¡Espléndido animal! Gualdrapas lleva
de púrpura y brocado, recamadas
de áureos borlones y orientales perlas.
¡No tiene Galaor, nuestro monarca,
gualdrapas tan valiosas y tan bellas!
¿Qué hacemos con él?

SEGISMUNDO.

Guardarle en esa choza,
y en ella tú mis órdenes espera.

Dile a los escuderos que vigilen
y registren al par, senda por senda,
ahora que como ejército en derrota
huye la tempestad, las nubes vuelan,
y entre la herida que en los cielos abren,
resplandecen a veces las estrellas.

HAROLDO.

¿Temes algo?

SEGISMUNDO.

Sí, temo. ¡Tú no has visto
a Galaor! Temblaras si le vieras,
con los ojos brillantes como ascuas
y pálida la faz como la cera,
por sus vastos salones silenciosos,
rugiendo de dolor como una fiera.

HAROLDO.

¿Y por qué ese capricho de alejarnos
en una noche así, de su presencia,
y encerrarse en su alcázar de granito
igual que en una tumba?

SEGISMUNDO.

Son rarezas
de su espíritu enfermo, devorado
por todos los dolores de la tierra.
Supliqué, supliqué puesto de hinojos;
me abracé como un naufrago a sus piernas,
pidiéndole entre gritos y entre lágrimas
que benigno mi súplica atendiera,
¡que me dejase solo, como un perro,
dormir en los umbrales de su puerta!

Mas todo fué inútil. «¡Vete—me dijo— con todos los demás; y cuando vuelva el sol a iluminar esas montañas, también con todos a mi hogar regresa!»

HAROLDO.
¿Y temes?

SEGISMUNDO.
Sí.

HAROLDO.
¿Qué temes?

SEGISMUNDO.
Por Sibyla,
por él, por todos...

HAROLDO.
Pero ¿qué proyecta?

SEGISMUNDO.
¿Acaso sabes tú lo que la nube
en los misterios de su seno encierra?
¡Quién sabe lo que guardan sus dolores!

HAROLDO.
Mas ¿el juicio perdió?

SEGISMUNDO.
Perdióle a fuerza
de sufrir...

HAROLDO.
Mas ¿sufrir?...

SEGISMUNDO.
¿Existe, Haroldo,
mayor locura que morir de pena?

Por eso, porque temo que algo ocurra,
os mandé vigilar esta floresta,
que cinturón de vivas esmeraldas
ese alcázar fantástico rodea...
Y hasta que salga el sol vigilaremos...
Vámonos por aquí.

(Señalando a la derecha.)

HAROLDO.—(Cantando al alejarse.)

¡Qué vida ésta!

En la calleja desierta

vibra el alma de un laúd.

¡El amor llama a tu puerta!

¡Sal a abrirle, Juventud!

¡Sal a abrir al Prometido,

toda trémula de amor,

sin más velos que el tejido

de rosas de tu pudor!

ESCOENA II

El DESCONOCIDO y SIBYLA, que entran, huyendo,
por la izquierda

SIBYLA.—(Deteniéndose.)

¡Oh, qué canción tan dulce! ¿Qué voz mor-
[tal la canta?

DESCONOCIDO.

Algún enamorado y joven marinero,
que con ella las penas del corazón espanta.

SIBYLA.

¡Oh, cómo me conmueve la paz de este
[sendero!

DESCONOCIDO.

¡Más de prisa, alma mía!

SIBYLA.

¡Oh, mis pies! ¡Son
que caminar no saben! [tan niños
(*Parándose y respirando voluptuosamente.*)

¡Qué suavidad de ar-
[miños
tiene el aire esta noche! Absorbo su fres-
[cura
como un vino de ensueño en copa de dia-
[mante.
Siento flores, ¡qué aroma y mieles!, ¡qué
[dulzura!
Mas tu boca es más dulce y tu voz más
[fragante.
(*Pasando amorosamente los dedos
por el rostro del Desconocido.*)

¡Qué hermoso eres! ¡Bésame!
(*El Desconocido la besa con ternura.*)

¡Son rosas las
[caricias
de tu boca, y besándote siento una sensa-
[ción
de suavidad, de encanto, de indecibles de-
[licias,
cual si naciesen rosas dentro del corazón!

DESCONOCIDO.—(*Extático de felicidad.*)

Tu voz, amor, la oigo, como cuando ano-
[chece,
el viejo peregrino que torna a su alquería,

en el grave silencio que en los campos flo-
[rece,
arrodillado y mudo, oye el Avemaría.

SIBYLA.—(*Pasándose la mano por la frente.*)
Cual se adora a la Madre de Dios, así te
[adoro.
Dime, amor: ¿son tus ojos ardientes y som-
[bríos,
o son como zafiros engarzados en oro,
como dicen que eran los pobres ojos míos?

DESCONOCIDO.—(*Con ternura.*)
Como quieras: son tuyos.
(Empujándola.)
Mas vamos más de
[prisa.
¡Más de prisa, amor mío! No hay tiempo
pueden llegar. [que perder.

SIBYLA.—(*Dulcemente.*)
Espera... ¡Qué dulzura en la
[brisa!
*(Volviéndose a él y echándole los
brazos al cuello.)*
¡Oh amor, si con mis ojos yo te pudiera ver,
igual que con el alma y el corazón te veo!
Sentémonos. En medio de este bosque deseo
dormirme entre tus brazos, tu boca con mi
[boca,
absorbiendo tu aliento hasta embriagarme
[de él...

DESCONOCIDO.—(*Empujándola.*)
¡Vamos! Junto a la playa, amarrado a una
[roca,

de impaciencia esperándonos relincha mi
[corcel...
Vendrán en nuestra busca... ¡Vamos!

SIBYLA.

al caminar... Mi pie vacila

GUDULA.—(*Dentro. A lo lejos.*)
¡Sibyla!

SIBYLA.

¡Es mi madre!

GUDULA.—(*Más cerca.*)

¡Sibyla!

DESCONOCIDO.—(*Empujando dulcemente a Sibyla.*)

¡Más de prisa, amor mío, que te vienen
Te lo dije... [buscando!

GUDULA.—(*Más cerca.*)
¡Sibyla!

DESCONOCIDO.

¡La voz se va acercando!
(*Los cabellos de Sibyla se enredan en un espino en flor.*)

SIBYLA.

¡Ay! Mis pobres cabellos se han enredado
[en una rama.

(*Sintiendo las manos del Desconocido que le desenredan las trenzas.*)

¡Qué suavidades! ¡Qué claridad divina
de luna, dueño mío!

DESCONOCIDO.

No hay luna.

SIBYLA.

¿Que no hay luna?
 ¿Son tus dedos, entonces, lo que el alma
 [ilumina?

ESCENA III

Dichos y GUDULA, que entra jadeante

GUDULA.—(*Desde dentro.*)
 ¡Sibyla!

DESCONOCIDO.—(*A Sibyla.*)
 ¡Vamos, vamos!

GUDULA.

¡Sibyla, por piedad,
 no dejes a tu madre! ¡Ten, hija, caridad
 de la mujer llorosa que te llevó en su seno!
 Y tú, señor, que tienes el mirar dulce y
 [bueno,
 demuestra que tu alma es también noble
 [y pura.
 Devuélveme a mi hija o muero de amar-
 [gura.

(*Arrodillándose.*)

A tus pies, de rodillas, te lo vengo a pedir...
 ¡No te la lleves! ¡Déjala!

SIBYLA.—(*Besando la mano de su madre.*)

¡Oh, déjame partir!

¡Separarnos no puede nadie, madre, a los
[dos!

¡Nunca te olvidaré!

(El Desconocido coge en sus brazos a Sibyla y huye con ella. Gudula sale detrás de los fugitivos, sujeta al Desconocido, pero éste la rechaza violentamente, dejando en sus manos una cadena de oro y la capa.)

GUDULA.

¡Sibyla!

SIBYLA.—*(A lo lejos.)*

¡Adiós! ¡Adiós!
(Silencio.)

ESCENA IV

GUDULA Y GALAOR

GUDULA.—*(Contemplando el collar.)*

¿Qué más, Dios, sufrir puede un corazón
[transido?

GALAOR.—*(Que entra tropezando, con el cabello desgredado.)*

¿La encontraste, Gudula?

GUDULA.

La encontré... Mas
[ha huído.

GALAOR.

¿Que ha huído?

GUDULA.

¡Para siempre! Aquí me la

[encontré;

mas en vano gemí y en vano supliqué.

¡Todo fué inútil, todo! Se la lleva un ga-

[lán...

Unidos de las manos por esa senda van...

Yo tras ellos corri, dando locos gemidos;

llorando fuertemente me agarré a sus ves-

[tidos;

mas sin oír mis súplicas, sin atender mi

[pena,

el galán con tal fuerza se sacudió de mí,

que me dejó en las manos prendida esta

[cadena,

donde en dorado anillo resplandece un rubí.

(Entrega el anillo a Galaor. Entre un claro de nubes descende un rayo de luna. La tormenta se va alejando.)

ESCENA V

SEGISMUNDO penetra por la derecha con la espada desnuda. Al ver al rey se detiene

SEGISMUNDO.

¡Señor, albricias! A Sibyla salvamos.

Con un galán cruzaba del brazo ese sendero.

Entre ellos me interpuse... Las espadas

[chocamos...

¡Y le he hundido en el pecho, hasta la

[cruz, mi acero!

GALAOR.—(*Mirando a la luz de la luna el anillo y la cadena, tambaleándose como un ebrio.*)

¡Maldición sobre todos nosotros! ¡Maldición!

¡Ay, que Dios vengativo a mi estirpe mal-

¡Era mi hijo! [dijo!...

GUDULA.—(*Tapándose el rostro, horrorizada.*)
¡Cielos!

SEGISMUNDO.—(*Cayendo de rodillas.*)
¡Perdón, señor; perdón!

GALAOR.—(*Agonizando.*)
¡Por salvar a mi hija, has matado a mi [hijo!

(*Se tambalea y cae muerto en brazos de Gudula; mientras desciende el telón se oyen los sollozos desgarradores de Gudula, abrazada al cuerpo de Galaor. Telón.*)

FIN DE
«EL REY GALAOR»

EL ALMA DEL DESIERTO

LEYENDA ARABE

PERSONAJES

ALMANZUR (80 años. Fuerte y robusto como un viejo tronco de palmera. Tiene el aspecto venerable y las luegas barbas de los antiguos patriarcas.)

OMAR (Juventud desenfadada y bella de león del desierto.)

ALÍ (Hermano de Almanzur, y casi

de su misma edad.)

AYUB (Uno de esos poetas errantes que recitan sus casidas y sus gacelas, a la luz de la luna, en la puerta de las tiendas nómadas.)

GUERRERO 1.º

IDEM 2.º

EL CADÁVER DE ALIATAR.

Guerreros, Arabes.

La acción, en las arideces del desierto, durante el califato de los primeros descendientes del Profeta, cuando las leyes y preceptos coránicos se observaban en toda su pureza.



ACTO UNICO

Interior de una tienda nómada, amplia y cónica, sostenida por recios y rugosos troncos de palmeras y recamada de pieles de leones y tapices multicolores. Por el hueco del fondo penetra el resplandor del plenilunio y se divisan los arenales ilimitados, como un mar de plata ondulante, petrificado en el silencio nocturno. A la izquierda, un rico tapiz de la Siria oculta la entrada a los departamentos interiores. En la penumbra centellean los arneses guerreros. Al alzarse el telón, sólo un rayo de luna ilumina el fondo de la escena.

ESCENA PRIMERA

ALMANZUR y Alf, reclinados cerca de la entrada sobre ricos almohadones de púrpura bordados en oro, escuchan atentamente a AYUB, que, de pie, bajo la claridad lunar, recita, a compás de la guzla, una suave y melancólica gacela del desierto.

AYUB.—(Recitando.)

En tanto el amor exista,
¿para qué quieres beber,
si no hay vino que embriague
como un labio de mujer?...

ALMANZUR. — *(Alzando lentamente la cabeza para interrumpirle.)*

¡Ayub, calla esas dulces canciones amoro-
[sas,
porque nada hay tan triste como ver a un
[anciano
aspirando, en las ruinas caducas de su ma-
[no,
la fragante frescura de un manojo de ro-
[sas!...
¡El amor, que a los jóvenes estremece de
[gozo,
y pone en sus pupilas como un divino en-
[canto,
para nosotros sólo tiene amargor de llanto
y es igual que una estrella en el fondo de
[un pozo!

(Como recordando un remoto sueño desvanecido.)

¡Amor!... ¡Qué de tesoros perdidos nos evo-
[ca!...
El oasis, ¡la fresca sombra de la palmera,
en donde el labio imberbe, su sed, por vez
[primera,
apagó en la cisterna virginal de una boca!...
Entonces, en la calma de las noches tran-
[quilas,
eran para nosotros las estrellas más bellas,
¡ay!, porque nuestros ojos miraban las es-
[trellas
temblando en la profunda noche de sus pu-
[pilas.

(Con la voz trémula por la emoción lejana que resucitan sus palabras.)

¡Ya de tantos hechizos, ya de aquel seno
 [amado
 donde incliné la frente, no quedan ni ce-
 [nizas,
 porque sobre las áridas arenas movedizas
 el tiempo, con sus alas, para siempre ha
 [borrado!

(Inclina la cabeza, casi sollozante, entre las manos. Ayub abandona la guzla y se le aproxima.)

AYUB.

Almanzur, ¿qué te pasa?... ¿Qué angustia
 [arremolina
 la plata de tus barbas sobre tu altivo pe-
 [cho?...

ALMANZUR.—*(Como si hablase consigo mismo.)*

¡Ay, todo se ha perdido! ¡Ay, todo se ha
 [deshecho
 como un frágil ensueño de niebla matutina!
(En un sollozo apagado.)

¡Oh madre de mis hijos!... ¿Cuándo te ve-
 [ré?... ¿Cuándo?...
 ¿Quién de mis brazos, dime, te arrebató
 [tan lejos?

(Volviéndose a Ayub, con la voz trémula de lágrimas.)

¡No les narres historias de amores a los
 [viejos,
 porque siempre, al oírlas, acabarán lloran-
 [do!...

(Pequeña pausa. Almanzur se dirige hacia su hermano, que, con la barba

inclinada sobre el pecho, ha permanecido oyéndole.)

Y tú, hermano, ¿qué dices?...

ALÍ.—*(Alzándose, con la voz profundamente emocionada.)*

¡Mírame! ¡También lloro,

y, como tú, la ausencia de mi amor recordaba!...

(Otra nueva pausa de silencio y de evocación, que interrumpe de nuevo Ayub, pulsando la guzla.)

AYUB.

¡Os diré una casida que está bordada en oro pendiente de los santos muros de la Kaaba! ¡Aquella en que se cuenta cómo Aliatar, el rayo de la guerra, al empuje de una lanza enemiga, traspasada la adarga y rota la loriga, cayó muerto a las plantas de su propio caballo!...

ALMANZUR.—*(Alzándose estremecido.)*

¡Calla, Ayub!... No prosigas... ¿tu memoria no advierte que Aliatar, mi hijo único, al combate ha partido, y quizás a estas horas, también haya sentido astillarse en sus huesos la lanza de la muerte?...

ALÍ.—*(Interrumpiéndole, como para reanimarle.)*

Por tu hijo tranquilo puedes estar... No
 [cruza
 el desierto cachorro de león como el tuyo...
 ¡Para su brazo un juego es esta escara-
 [muza!...

ALMANZUR.

¡Tienes razón, hermano..., Aliatar es mi or-
 [gullo!...

(Como sobrecogido de pronto por un triste presagio.)

Mas, en vez de animarme, me asusta su
 [denuedo,
 que quien ama el peligro en sus garras pe-
 [rece...

(Pequeña pausa. Se asoma al umbral, observa y torna de nuevo hacia Alí, estremecido de espanto.)

¡No sé lo que me angustia, Alí..., mas ten-
 [go miedo!...

AYUB.—*(Alentándole.)*

Desecha esos temores, Almanzur... No pa-
 [rece

sino que sale ahora a su primer campaña,
 cuando ya ha recorrido, con la lanza en
 [la mano,

las cálidas arenas del desierto africano
 y los floridos campos de la remota España.

(Aproximándosele más aún, como si contemplase lo que narra.)

¡Si tú le hubieras visto, igual que yo le
 [he visto,
 bajo lluvia de flechas, trepar a un baluarte,

y arrancar de la almena la bandera de
 [Cristo
 para clavar en ella nuestro verde estan-
 [darte!...
 ¡Y en Toledo, una tarde, en la fértil orilla
 del Tajo, que los muros de la ciudad rodea,
 desarzonó su lanza, en desigual pelea,
 a los seis campeones más bravos de Cas-
 [tilla!...

ALMANZUR.—(*Con orgullo.*)

¡Cómo habrán de extrañarme sus gloriosas
 [acciones,
 su ánimo valeroso y su indomable brío,
 si he sido su maestro, Ayub; si es hijo mío,
 y la sangre que tiene es sangre de leones!...

AYUB.

Entonces, ¿por qué temes, Almanzur?...

ALMANZUR.—(*Severamente.*)

¡Porque antes
 con las huestes infieles luchó por la justicia
 de nuestra fe, y ahora le arrastra la codicia
 del botín a la lucha contra esos caminan-
 [tes!...

ALF.—(*Interviniendo.*)

Tus quejas son injustas. La mano omnipo-
 tente
 de Dios, a nuestro alcance ha puesto esta
 [mañana,
 para salvar la tribu, la rica caravana
 que cargada de oro regresa del Oriente.

ALMANZUR.

Mas dime: ¿por ventura no tienen los cris-
 [tianos

opulentas ciudades que asaltar en la gue-
 [rra?
 ¿Para qué verter sangre de hermanos con-
 [tra hermanos
 cuando aún quedan infieles que abatir en
 [la tierra?...

ALÍ.

Mas piensa en las miserias del aduar. La
 [peste
 diezmando los rebaños, la cosecha perdida...
 Tengo setenta años... te juro que en mi
 [vida
 he visto, hermano, un año más estéril que
 [éste.
 Y cuando en nuestras tiendas tan míseros
 [nos vemos,
 y el fantasma esquelético del hambre nos
 [hostiga;
 cuando estamos perdidos, ¿quieres que re-
 [chacemos
 los copiosos socorros que el Señor nos pro-
 [diga?...

ALMANZUR.—(*Inclinándose devotamente, has-
 ta casi rozar el suelo con las palmas de las
 manos.*)

¡Cúmplase la divina voluntad!...

(*Pequeña pausa. Vuelve a espiar a la
 puerta de la tienda.*)

Mas me extraña
 que estemos sin noticias... ¡Ayub, observa
 [fuera!...
 ¡Ve si brillan las llamas rojizas de la ho-
 [guera
 sobre la altiva cumbre de esa vieja mon-
 [taña!...

(Sale Ayub, Almanzur se queda observando en los umbrales. Un nuevo estremecimiento de terror recorre todos sus miembros, en un escalofrío de muerte.)

ESCENA II

ALMANZUR Y ALÍ

ALÍ.—(Corriendo a amparar a su hermano.)
Almanzur, ¿qué te pasa?

ALMANZUR.—(Con voz débil, pálido de espanto, como si sus ojos contemplasen la certidumbre de sus oscuros y confusos presentimientos.)

ALÍ. No lo sé... ¡Tengo
[miedo!
Desecha esos temores...

ALMANZUR.—(Como si toda la fatalidad de su raza hablase por sus labios.)

¡Ay!, todo será en vano,
que por más que me esfuerzo desecharlos
[no puedo...

(Bajando la voz. Con misterio.)
¡Me muerden los presagios el corazón, her-
[mano!...

ALÍ.—(Sorprendido.)
¿Qué dices?

ALMANZUR.

Lo que oyes. Atentamente escucha:

Todo presagia un término funesto a esta
[Jornada...

Cuando mi noble hijo partió para la lucha
su lanza se hizo astillas contra una em-
[palizada...

¿Y acaso no miraste, como ciervo que acosa
el furor insaciable de una hambrienta jau-
[ría,

erizada de espanto, cruzar una raposa
entre la alegre hueste, que al combate par-
[tía?

(Cubriéndose el rostro con las manos.)

¡Qué terribles augurios!...

ALÍ.—*(Queriendo animarle, pero también profundamente emocionado.)*

Tus presagios olvida...

ALMANZUR.

¡Oh, temo que a mi hijo algún mal le su-
[ceda!...

Es el único apoyo que a mi vejez le queda,
y si le pierdo, hermano, ¿que será de mi
[vida?...

(Quedan los dos abrazados y sollozantes en un ángulo de la tienda, mientras resuena a lo lejos un rumor confuso de gentes, y en el umbral aparece Ayub.)

ESCENA III

Dichos y AYUB

ALÍ.—*(Volviéndose al que entra.)*

¿Qué pasa, Ayub?...

ALMANZUR.—(*Desde la entrada, señalando los arenales. Los viejos se le aproximan para observar.*)

Por esos arenales,
 en galope frenético, desemboca un jinete...
 ¡Miradle!... ¡Ya en la entrada del aduar
 [se mete!
 Para verle los niños corren a los umbra-
 [les...
 A rienda suelta avanza sobre el arzón ten-
 [dido,
 y ajena del peligro, sin reparar en nada,
 entre nubes de polvo, saltó la empalizada,
 y en el foso el caballo, al saltar, ha caído...
 Vedlo; se alza el jinete... Sobre el corcel
 [se inclina,
 queriendo reanimarle... Mira desorientado...

ALMANZUR.—(*Temblando de impaciencia.*)
 Será algún mensajero...

ALÍ.—(*Mirando.*)

Hacia acá se encamina...

AYUB.

¡Tiene la adarga rota y el rostro ensan-
 [grentado!

(*Omar aparece pálido, jadeante y sangriento. Los tres se apartan para dejarle libre el paso.*)

ESCENA IV

Dichos y OMAR

OMAR.—(*Cayendo de rodillas ante los ancianos.*)

¡En el nombre del Cielo traspaso estos umbrales!

¡Y postrado de hinojos que me amparéis los pido!...

ALMANZUR,

¿Qué te pasa, buen hombre?

OMAR.

¡Que vengo perseguido!...

¡Cien jinetes me siguen por estos arenales!...

(*Cruzando las manos en una súplica fervorosa.*)

¡Ocultadme!... ¡Si caigo en sus manos soy muerto!...

¡No volverán mis ojos a contemplar mi tienda,

que se alza, blanca y sola, al final de la senda,

como una gaviota parada en el desierto!...

ALMANZUR.—(*Alzándole paternalmente.*)

¡Alza del suelo!... Nada temas... La tribu es mía,

pero ya es tuya, huésped, y dispón a tu antojo.

¡Quienquiera que tú seas, es Dios el que te
[envía,
y como un mensajero de su poder te aco-
[jo!...

OMAR.—(*Alzándose.*)

Me persiguen... Son muchos... ¡Aúllan co-
[mo chacales!

ALMANZUR.—(*Tranquilizándole.*)

Ten en mí confianza y desecha el temor...
¡Mi tienda es respetada en estos arenales
tanto como en la Meca la casa del Señor!...
(*Volviéndose a Ayub.*)

Ayub, convoca a toda la gente que ha que-
[dado
en la tribu, y con ella el desierto avizora,
para salvar mi huésped, que el huésped es
[sagrado,
y es lo mismo que un templo la casa don-
[de mora...

(*Dirigiéndose a su hermano.*)

Tú, Alí, a las mujeres de nuestra tienda
[ordena
que preparen el lecho más rico y más mu-
[llido,
los más gratos perfumes, la más copiosa
[cena
para obsequiar al huésped que el Señor me
[ha traído.

(*Sale Alí por la izquierda y Ayub
por el fondo.*)

ESCENA V

ALMANZUR Y OMAR

OMAR.—(*Besándole las manos.*)
¡Oh, gracias, noble anciano!

ALMANZUR.

¡No agradezcas
[mi celo,
que el interés me guía, pues aquel que en
[la tierra
las puertas de su casa a su huésped le cie-
[rra,
no le abrirá el arcángel los encantos del
[Cielo!

OMAR.

¡Mi vida entre tus manos venerables confío!

ALMANZUR.—(*Sentándole paternalmente sobre los almohadones.*)

¡Mas la angustia te ahoga y el cansancio
[te acosa!

En tanto que preparan tu lecho, huésped
[mío,

sobre estos almohadones a mi lado reposa...
y restaura tus fuerzas, que vienes fatigado...

(*Tomando de la derecha un cesto de dátiles y un cuenco de leche.*)

Poca cosa ofrecerte puedo en estas arenas;
dátiles de mi oasis, mieles de mis colmenas,
y leche de camellas que yo mismo he or-
[deñado.

OMAR.—(*Después de beber ansiosamente.*)
 ¡Gracias!... ¡Con tus mercedes me has de-
 [vuelto la vida!
 ¡De tanta sed traía la garganta abrasada!

ALMANZUR.—(*Reparando de pronto en la san-
 gre que le mancha el rostro.*)
 Pero ¿vienes herido?...

OMAR.
 Es un rasguño; nada...

ALMANZUR.
 Yo con mi propia toca restañaré tu herida...
 (*La restaña y se sienta a su lado.*)
 Duerme, que mientras duermas velaré tu
 [reposo...
 (*Omar alza los ojos y los dirige an-
 siosamente hacia los arenales, y un
 temblor de lágrimas parece humedecer
 un instante la fiebre de sus miradas.*)
 ¿Te conduele tu suerte?

OMAR.
 Más que mi suerte,
 [siento
 la muerte de mi yegua, que cayó sin aliento,
 espumeando angustia, al saltar ese foso.
 (*Señalando hacia la derecha de los
 arenales.*)

ALMANZUR.
 ¿La amabas tanto, huésped?...

OMAR.
 Como a mi propia
 [esposa.
 ¡Y me apena dejarla tan sola!...

ALMANZUR.

En las arenas,
profunda como un silo, cavaremos su fosa,
para que no devoren sus despojos las hie-
[nas.

OMAR.

¡Era como un antílope de ágil, y tan fuerte
como un león del Atlas!... ¡Con su ayuda
[he podido,
mirándome por tantos corceles perseguido,
a través de esos montes escapar de la
[muerte!

ALMANZUR.—(Como recordando.)

¡Yo también tuve una en época lejana
y, a pesar de los años, aún su pérdida llo-
[ro!...
¡Sus pupilas de ébano consteladas de oro
tenían las dulzuras de una pupila humana!
Fina de remos; móvil y estremecido el flan-
[co;
las orejas vivaces y la nariz ardiente;
negra como la sombra. Sólo sobre la frente
descarnada, lucía como un lucero blanco.
Cuando sobre su cuello las riendas aflojaba
o en sus ijares trémulos el acicate hundía,
alcanzaba al antílope, al avestruz vencía
y hasta el sonoro vuelo del viento fatigaba.
Mas no hay en esta vida felicidad comple-
[ta...
Escucha, huésped mio... En aquella ocasión
tuve que ir a la Meca, en peregrinación,
a visitar el santo sepulcro del Profeta.
Celebrábase entonces la Pascua del Car-
[nero.

Antes de entrar al templo, mi yegua dejé
 [atada
 al tronco de un florido y verde limonero,
 que daba paz y sombra a la senda empolva-
 [da.
 Mas, al salir, en vano la busqué; porque en
 [tanto
 que elevaba a los cielos mis puras oraciones,
 postrado de rodillas en el recinto santo,
 de la senda la habían robado unos ladro-
 [nes.
 Mesándome las barbas maldije mi destino;
 a mis voces la gente se agrupó alborotada;
 y un hombre que vivía en mi misma posada
 me prestó un caballo y me indicó el camino
 por donde los ladrones emprendieron la
 [huída...
 Bramando de coraje, rápido como el rayo,
 salté sobre la grupa del fogoso caballo,
 y tras ellos lancéme veloz, a toda brida...
 Como un turbión de espanto corrí más de
 [una legua,
 cuando al volver un áspero recodo del ca-
 [mino,
 entre nubes de polvo más que ver, adivino
 cruzar por la espesura la sombra de mi ye-
 [gua...
 Un vértigo arrastróme, y en un furioso em-
 [bate,
 sobre el corcel tendido, con la voz, con mi
 [aliento
 le impulsaba, clavándole sin tregua al aci-
 [cate
 y, a su paso, silbaba como un venabio el
 [viento.

Con las crines revueltas, la nariz resoplante,
que volaba en la senda mi corcel parecía,
devorando distancias... Más cerca a cada

[instante
la visión fugitiva de mi yegua veía...

Y cuando ya tan cerca mi corcel se encon-
[traba,

que su belfo espumoso su flanco humedecía,
viendo que iba a vencerla, grité a quien la

[montaba:
«¡Hostígala en las cruces!» Y como un tor-

[bellino,
la yegua, en un arranque, saltando un arro-

[yuelo,
perdióse entre las nubes de polvo del cami-

[no
al expirar las últimas claridades del cielo,

mientras que resoplando, todo en sudor ba-

[ñado,
mi corcel se detuvo, jadeante... Una llama

de orgullo dió a mis ojos un resplandor do-
[rado.

¡Y así perdí mi yegua, pero salvé su fama!

OMAR.—(*Emocionado por el relato.*)

¡Bella acción!

ALMANZUR.—(*Tristemente.*)

Y en los años que después he
[vivido,

en los largos martirios de mi vida agitada,
como mi yegua, todo cuanto amé lo he

[perdido...

y hoy tan sólo me quedan: recuerdos, pol-
[vo... ¡nada!

OMAR:

¿Para ti ya consuelos no existen en la tie-
[rra?

ALMANZUR:

Sólo uno me ha dejado el rigor de la suer-
[te...

Un hijo, un solo hijo, bizarro, noble y fuer-
[te,
en cuyo amor mi única esperanza se en-
[cierra.

OMAR:

¿Y vive aquí contigo?

ALMANZUR:

Al nacer la mañana,
comandando las gentes de la tribu, ha mar-
[chado
a esperar el desfile de una caravana...

(Receloso e inquieto.)

¡Y es ya noche, y su suerte me tiene con
[cuidado!

OMAR:

¿Qué temor, noble anciano, tu espíritu con-
[trista?

¿Su brazo, acaso, es débil?...

ALMANZUR.--*(Con orgullo.)*

Es tanta su pu-
[janza
que no hay peto que embote ni adarga que
[resista
la furia de su acero o el golpe de su lanza...

OMAR.

¿Por qué temes, entonces?

ALMANZUR.—(Con gravedad.)

¡Ay, porque nadie
[advierte
cuándo la propia sombra se ha de borrar ni
[dónde,
como áspid entre lirios, para herirnos, se
[esconde
la certera saeta que emponzoñó la muer-
[te!...
Jamás el labio humano sabrá en qué em-
[boscada
ha de exhalar el último suspiro de su alien-
[to...
Para apagar la lámpara basta un soplo de
[viento...
¡Y el hombre es como el humo, y nuestra
[vida es nada!

(Pequeña pausa. Se acerca inquieto a la puerta, con el oído atento a los rumores nocturnos. Después se vuelve hacia su huésped.)

Mas tú, mi noble huésped, te encontrarás
Duerme, mientras yo velo... [rendido.

OMAR.

Descansar no podría,
que el sueño de mis párpados como una
[sombra ha huído.

ALMANZUR.—(Sentándose a su lado.)

Pues platiquemos hasta que resplandezca
si platicar te agrada... [el día,

OMAR.

¡Cómo no ha de agradarme
el conversar contigo, buen viejo, si en la
dulzura que a tu acento le prestas al ha-
[tierna
blarme
hay algo como un eco de aquella voz pa-
que ya escuchar no puedo!... [terna,

ALMANZUR.

¿A tu padre perdiste?

OMAR.

Estas manos que estrechan las tuyas, han
[abierto
ha tiempo un sepulcro en mitad del desierto,
camino de mi patria...

ALMANZUR.

¿En qué tierra naciste?

OMAR.

¡Allí donde las brisas son frescas y fragan-
[tes!...
Se ha mecido mi cuna bajo el ramaje es-
[peso
de aquel Edén, en donde, como tiernos
[amantes,
el Eufrates y el Tigris se funden en un
[beso...

ALMANZUR.

¿Dónde te dirigías?

OMAR.

A la tierra lejana
donde mi amor me espera, hoy regresaba
[al frente

Blandimos las espadas, señor, y son tan
 [fieros
 los golpes que, sin treguas, descargan nues-
 [tros brazos,
 que relampagueaban, al chocar, los aceros...
 ¡Hasta que al fin, ansiando morir o dar la
 [muerte,
 rechinantes los dientes de ira, como una
 [hiena,
 de pie sobre el estribo, le descargué tan
 [fuerte
 mandoble, que sin vida rodó sobre la are-
 [na!...
 ¡Todos me arremetieron como hambrienta
 [jauria;
 y al contemplarme solo, huí desorientado
 por esos arenales donde ni senda había!...
 ¡Y gracias a los cielos que a tu tienda he
 [llegado!

ALMANZUR.—(*Abrazándole enternecido.*)

¡Deja que entre mis brazos te estreche con
 [ternura!...
 ¡Que eres mi propio hijo al abrazarte creo!...
 ¡El mismo fuego ardiente que en sus ojos
 [fulgura
 brillar entre las sombras de tus pupilas veo!
 (*Se queda de pronto pensativo, como
 si el vuelo de un presentimiento rozase
 sus sienas.*)
 ¡Mi hijo!

OMAR.—(*Aproximándosele.*)

¿No has recibido noticias de su
 [empresa?

ALMANZUR.

No llegaron... y temo...

(*Se oye un lejano clamor.*)

OMAR.—(*Escuchando, lleno de zozobra.*)

Mas, oye... ¿Esos cla-
[mores?...

(*Se asoma a la puerta. Observa atentamente, y de súbito, se vuelve, pálido y tembloroso, hacia Almanzur.*)

¡Ocúltame! ¡Se acercan! ¡Son mis perse-
[guidores!...

ALMANZUR.—(*Mirando también al fondo.*)

¡No temas!... ¡Es mi gente que al aduar re-
[gresa!...

(*Cuando Almanzur se dispone a salir, aparecen, cerrándole el paso, Ayub y los Guerreros, que conducen sobre sus escudos el cadáver de Aliatar. Omar, al reconocer a éstos, retrocede hacia un ángulo, y allí se apresta a la defensa, la mano pronta a esgrimir el acero.*)

ESCENA VI

Dichos, AYUB, ALÍ y los Guerreros

AYUB.—(*Entrando.*)

¡Almanzur, la desgracia cayó sobre tu fren-
[te!...

¡Dios te ha dejado solo al final del ca-
[mino!...

ALMANZUR.—(*Presa de una profunda ansiedad, dirigiéndose a los que entran.*)

¡Mi hijo!... Decídme pronto, ¿dónde está?...

(*Alí y Ayub le detienen. Los Guerreros conducen el cuerpo inanimado de Aliatar y le colocan sobre los tapices y los almohadones de la izquierda.*)

OMAR.—(*Reconociendo el cadáver y cubriéndose el rostro horrorizado.*)

¡Dios clemente!...

UN GUERRERO.—(*Mostrando a Almanzur el cadáver de su hijo y señalando después a Omar.*)

¡Aquí tienes su cuerpo y allá está su ase-

[sino!

(*Almanzur queda un instante anonadado de dolor. Se le ve temblar y desfallecer, como si fuera a desplomarse. Alí le sostiene. Los Guerreros avanzan, con las espadas desnudas, hacia Omar.*)

OTRO GUERRERO.—(*A Almanzur, señalando a Omar.*)

¡Dádnosle! ¡Es nuestra presa!...

(*Volviéndose hacia el cadáver.*)

¡Su sangre está

venganza!...

[clamando

ALMANZUR.—(*Dando un grito terrible y acercándose para ver a su hijo.*)

¡Oh mi Aliatar!...

(*De repente, viendo que sus gentes*

van a acometer a Omar, se yergue y se interpone para ampararle.)

¿Que dicen?... ¡Habla!...

[¿Es cierto?...

¿No respondes, mi huésped?...

OMAR.—*(Avanzando resuelto.)*

¡Es verdad!... ¡Yo

[lo he muerto,

con este mismo acero, cara a cara lu-

[chando!...

ALMANZUR.—*(Transfigurado de furor.)*

¡Y no se abrió la tierra, traidor, para tra-
[garte!...

¡Y tu brazo la cólera del Señor no mal-
[dijo!...

(Hace un esfuerzo terrible para dominarse. Su voz se va amansando hasta estallar en un largo sollozo desesperado.)

¡El huésped es sagrado!... ¡Mi deber es sal-
[varte!...

Perdona mis palabras... Pero el muerto...
[¡es mi hijo!...

UN GUERRERO.—*(Dirigiéndose a Omar.)*

¡Venganza está pidiendo la sangre derra-
[mada!...

¡Que la tuya la arena del desierto se beba!...

GUERREROS.—*(Relampagueando sus espadas.)*

¡Venganza!... ¡Sí!... ¡Venganza!...

ALMANZOR.—*(Viendo el peligro de su huésped, desenvaina su acero y se coloca en actitud*

firme y resuelta al lado de Omar, para defenderle.)

¡La mano que se
[atreva
a tocarle, de un golpe cercenará mi espada!
(Los Guerreros retroceden, pero sin
dejar su actitud hostil.)

GUERREROS.

¡Venguémosle!... ¡Venguémosle!...

ALMANZUR.

¡Aquí tenéis mi
[pecho!...
¡Atravesadle antes que deshonrar mi nom-
[bre,
permitiendo que toquen vuestras manos al
[hombre
que el Señor, para honrarme, puso bajo mi
[techo!...
¡El tormento más bárbaro a mi cuerpo in-
[fligid!...
¡Profanad estas barbas que el tiempo en-
[caneció!...
¡Dadme muerte mil veces, mas nadie ha
[de decir
que he sido infiel al huésped que el Señor
[me envió!...

UN GUERRERO.

¡El dió muerte a tu hijo!...

ALMANZUR.

¡Y si yo os lo en-
[tregara,
hasta mi propio hijo sangriento se alzaría,

y a presencia de todos, de mí renegaría
 porque con mis traiciones su nombre des-
 [honrara!...
 ¡Al cinto los aceros!... Vuestro furor no es-
 que a mi huésped traicione... [pere

OMAR.—(*En un arranque de generosidad, ca-
 yendo de rodillas a las plantas de Alman-
 zur.*)

¡Escucha, noble an-
 [ciano!...
 ¡Aquí tienes mi cuello!... ¡Cuando te plaz-
 [ca, hiera,
 que, al expirar, mis labios bendecirán tu
 [mano!...
 Te dejó la fortuna sólo un hijo que era
 el báculo más firme que tu vejez tenía...
 Para vengar su muerte, tu corazón, ¿qué
 [espera?...
 ¡Yo he vertido su sangre, derrama tú la
 [mía!...

ALMANZUR.—(*Luchando terriblemente entre la
 tradición hospitalaria de su raza y el amor
 de su hijo.*)

¡Tienes razón, mi huésped! Es cierto... ¡No
 [te engañas!...
 ¡El, el único amparo de mi vejez ha sido!...
 (*Una nube de furor empaña sus ojos.
 Sus dientes castañetean en su sed irre-
 frenable de venganza.*)
 ¡Y tú le diste muerte!... ¡La espada que
 [le ha herido
 la siento que penetra también en mis en-
 [trañas!...

OMAR.—(*Mostrándole el pecho.*)

¡Hierre, y venga su sangre!...

ALMANZUR.—(*Rechazándole.*)

¡No excites mis pa-
siones,

que siento que despiertan, silbando, su ve-
[neno,

las víboras hambrientas que duermen en
y se ciegan mis ojos!... [mi seno,

(*Bruscamente asaltado de un deseo de venganza, levanta el arma para herir. Después vacila, tiembla, y la abate, elevando sus ojos, en una súplica desesperada, a los altos cielos, que empiezan a azulear con las primeras claridades del día.*)

¡Señor, no me abandones!...

¡Todas, todas las fuerzas del corazón ago-
[to!...

(*Volviéndose de súbito hacia el huésped, que permanece de rodillas, ante el silencio y la expectación de todos.*)

¡Levántate, mi huésped!... ¡Deshonrarme
[no quiero,

y antes de deshonrarme, ya ves, rompo es-
[te acero

que en treinta años de lucha ninguna es-
[pada ha roto!...

(*Rompe la espada y la arroja a los pies de su huésped.*)

OMAR.

¡Ya que tu honor no quiere a tu hijo ven-
[gar,

permite que de nuevo, ahora, mi ruta em-
 [prenda,
 y que libre a tus ojos del dolor de mirar
 al que traje consigo la desgracia a tu tien-
 [da!

ALMANZUR.

¡Huésped, mi tienda es tuya, y de ella due-
 [ño eres!...
 ¡Manda a tu arbitrio en todo, porque el de-
 [ber me obliga
 a servirte y a honrarte... Mas, si marchar
 [prefieres,
 parte cuando te plazca... y el Señor te ben-
 [diga!...

*(En voz baja, dirigiendo una mirada
 de suprema angustia a los cielos.)*

¡Cielos, las negras heces de mi dolor apu-
 [ro!...
*(Volviéndose a los Guerreros, imper-
 riosamente.)*

¡Guerreros, devolvedle todo el botín; brin-
 [dadle
 el más fogoso y noble caballo, y escoltadle
 hasta dejarlo libre en un lugar seguro!...

OMAR.—*(Al salir, profundamente conmovido.)*

¡Tu nombre en lo más hondo del corazón
 [lo grabo!...
 ¡Que los cielos derramen sobre ti tantos
 [bienes
 como penas sufriste!... ¡Y ya sabes que tie-
 [nes
 en mí, para servirte, al más humilde es-
 [clavo!...

ALMANZUR.—*(A los Guerreros, que desfilan lentamente, dirigidos por Ali y Ayub.)*

¡Formad, para escoltarle, la hueste más lu-
[cida!...

¡El más santo tesoro en vuestras manos fío
y con vuestras cabezas respondéis de su
[vida!...

(Los Guerreros desaparecen por el fondo. Almanzur los contempla inmóvil desde el umbral. El milagro luminoso del alba centellea gloriosamente en la escena.)

ESCENA VII

ALMANZUR, solo, viendo desaparecer en las soledades del desierto los últimos Guerreros. Con los brazos tendidos al cielo, como el que acaba de cumplir el más heroico sacrificio

ALMANZUR.

¡Ya cumplí mis deberes!...

(De repente, como si las fuerzas le abandonasen, cayendo de bruces sobre el cadáver de su hijo.)

¡Oh Aliatar!... ¡Hijo
[mío!...

(Se inclina, y abrazado al cadáver, continúa sollozando, mientras descien- de lentamente el telón.)

FIN DE
«EL ALMA DEL DESIERTO»

LA LEONA DE CASTILLA

Drama en tres actos, en verso

DEDICATORIA

A

FERNANDO DIAZ DE MENDOZA
Y GUERRERO,

*como recuerdo de su primer triunfo
escénico.*

VILLAESPESA.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA DE PACHECO	Sra. Guerrero.
DON PEDRO PÉREZ DE GUZMÁN	Sr. Díaz de Men- doza (F.).
DON JUAN DE PADILLA.	— Díaz de Men- doza y Gue- rrero (F.).
EL ARCEDIANO	— Codina.
SOSA	— Juste.
LOPE DE SANABRIA	— Cirera.
MARQUÉS DE VILLENA...	— Guerrero.
RAMIRO	— Vargas.
LUDOVICO DE CHAVRES.	— Medrano.
UN BALLESTERO	— Urquijo.
DON SANCHO	— Dafauce.
DON GARCÍA	— Urquijo.

Damas, Pajes, Escuderos, séquitos de Imperiales,
Comuneros, Gentes de armas, Nobles,
Pueblo, etc.

ACTO PRIMERO

Salón del homenaje en una vieja fortaleza de Toledo. A la izquierda, en primer término, una gran puerta, y en el segundo, otra más pequeña. A la derecha, un Cristo de talla en una hornacina, iluminado por dos lámparas de plata. En el último término, un ventanal gótico. Entre el Cristo y el ventanal, un sitial tallado, cuyo alto respaldo se recurva en forma de baldequino. Al fondo, un enorme arco que da a la explanada de las almenas; y a ambos lados, en el pequeño espacio que queda de muro, dos antiguos retratos de caballeros armados de punta en blanco, en cuyos mantos se destaca la cruz roja de Santiago. Arcones, escabeles, sillones corales. Viejos tapices penden de los fuertes muros, y una cornisa de nogal tallado, con relieves dorados de follajes y flores, sostiene la amplia bóveda artesonada. Por el hueco del arco del fondo se ven las almenas, y allá, a lo lejos, el agreste panorama de los montes de Toledo. Es mediatarde. Un sol primaveral parece envolverlo todo en su gloria de oro.

ESCENA PRIMERA

DOÑA MARÍA DE PACHECO y el MARQUÉS DE VILLENNA, conversando cerca de la primera puerta

cuando comenzáis hablando
un lenguaje tan soberbio!

*(Pequeña pausa. Se acerca a ella
cambiando de tono, con la voz in-
sinuante.)*

¡Pensad que soy sangre vuestra,
y en vuestro provecho vengo!

DOÑA MARÍA.
¿Y qué queréis?

VILLENA.
Vos podéis
poner a estas luchas término
devolviéndole a Castilla
la paz que perdió hace tiempo.

DOÑA MARÍA.
Mas ¿cómo? Decid, Villena...

VILLENA.
¿Cómo ha de ser?... ¡Persuadiendo
a vuestro esposo a que deje
los peligros de ese puesto,
que sólo han de conducirle
al cadalso o al destierro!
¡Que se depongan las armas!
Mas vos, antes, dad ejemplo,
entregando al rey las llaves
de la ciudad de Toledo,
que rendida la cabeza,
ya se irá rindiendo el resto.

DOÑA MARÍA.—*(Sin poder refrenar su indignación.)*

Y ¿cómo vos, un Villena,

la mejor sangre del reino,
tal infamia me aconseja?

(Villena va a hablar.)

¡Callad, que escuchar no quiero,
de labios que son tan nobles,
tan infamantes consejos!

¿Queréis que la paz renazca?

¡Pues aconsejar primero
a Carlos que de Castilla
cumpla y respete los fueros,
pues mientras no los respete
por rey no lo acataremos!

VILLENA.

¡Pensando así, a la ruina
de Castilla vais derechos!

DOÑA MARÍA.—*(Con altivez.)*

¡Antes que vivir esclavos,
marqués, libres moriremos!

(Pequeña pausa.)

VILLENA.—*(Persuasivo.)*

Será inútil sacrificio...

¿Qué conseguiréis con eso?

¡Que se derrame más sangre
cuando tan poca tenemos!

¡Que haya más campos estériles
teniendo ya tantos yermos!

Escuchad. Cercada estáis
por el más brillante ejército
que en sus límpidos cristales
las aguas del Tajo vieron.

No esperéis ningún socorro,
que nadie puede traéroslo;
y será más duro el trato
cuanto dure más el cerco.

Recibid al emisario
de Adriano con respeto,
y la ciudad entregadle;
que si la entregáis, prometo
que habrá perdón para todos
y se olvidarán los yertos...
¡Y si precisáis rehenes,
yo mismo en rehén me ofrezco!

DOÑA MARÍA.—(*Con firmeza.*)
¡No atiendo vuestras razones,
que nosotros no queremos
más perdón ni más rehenes
que nuestros antiguos fueros!
¡Y en tanto no queden salvos,
no se rendirá Toledo!

VILLENA.
¡Soy firme!

DOÑA MARÍA.
¡Soy castellana!
¡Y lo mismo que el acero
que en nuestras forjas se temple,
ni me 'curvo, ni me quiebro!

VILLENA.—(*Disponiéndose a salir.*)
¡Reflexionad lo que os digo!
Yo al campo imperial regreso.
Vendré con los emisarios,
y para entonces, espero
que, después de meditados,
atenderéis mis consejos.
(*Saluda cortésmente.*)
¡Que el Señor os ilumine!

DOÑA MARÍA.—(*Acompañándole hasta la primera puerta de la izquierda.*)

¡Que a vos os alumbré el Cielo!

(*Salen, mientras aparecen por la explanada Don Juan de Padilla y Lope de Sanabria.*)

ESCENA II

DON JUAN DE PADILLA Y LOPE DE SANABRIA. DON JUAN se detiene cautelosamente en el centro de la escena, como espionando la salida de DOÑA MARÍA

DON JUAN.—(*Con volubilidad infantil.*)

Ya se fué mi madre.

Hasta la escalera
acompaña al noble
marqués de Villena.

¡Ven acá, buen Lope,
que antes que ella vuelva
tengo que decirte
algo en voz muy queda! .

(*Bajando la voz, con malicia infantil.*)

¿Cómo anda la bolsa?

LOPE.—(*Mostrándola.*)

Como siempre: vedía.
Desde que Castilla
se tornó flamenca,
al rey no conozco
ni por la moneda.

DON JUAN.

Te daré, buen Lope,
un doblón si dejas
que al potro morcillo
monte a la jineta,
y quiebre una lanza
en la plaza Nueva.
¡Verás con qué garbo
le corro la espuela!
¡Cómo se encabrita,
cómo corvetea,
y lo paro en firme,
e inmóvil se queda,
igual que esos nobles
corceles de piedra
que ornan los sepulcros
de la Santa Iglesia!
¡Tengo ya unas ganas,
que mi padre vuelva,
para ver, si viéndome
cabalgar, me lleva
con lanza y escudo,
con él, a la guerra!
¿Dejarás que monte?
¿Aceptas mi oferta?

LOPE.

Mas si vuestra madre
de aquesto se entera,
hará que me empalen...
¡Cabalgar no os deja!

DON JUAN.

¡Mi madre ha creído
que yo soy de cera
y voy a fundirme
si la luz me besa!

(Volviéndose de nuevo a Lope, en voz baja y suplicante.)
 ¿Harás lo que pido?

LOPE.

¡Venga la moneda,
 y en el patio aguardo!

(Don Juan saca un doblón de la escarcela y se lo entrega a Lope, el cual, con desconfianza, observa y suena la moneda.)

DON JUAN.

Mas ¿por qué la suenas?

LOPE.—*(Con socarronería.)*

¡No vaya a ser falsa,
 pues siendo flamenca!...

(Reparando en la presencia de Doña María en la puerta primera de la izquierda.)

¡Callad!... Vuestra madre
 hacia aquí se acerca.

(Besa cómicamente la moneda y, alzándola entre el pulgar y el índice sobre su frente, la esconde después a hurtadillas.)

Sálveos Dios,
 ducado de dos,
 que monsiur de Chavres
 no topó con vos!

(Intenta escapar por el fondo.)

ESCENA III

Dichos y DOÑA MARÍA DE PADILLA, que penetra por la izquierda

DOÑA MARÍA.

Lope, avisale a las damas.
(Lope sale por el foro.)

DON JUAN. — *(Corriendo al encuentro de su madre.)*

¡Dios os guarde, madre mía!

DOÑA MARÍA.

¿Dónde habéis estado, hijo?

DON JUAN.

De oración en la capilla,
pidiéndole a Dios el triunfo
de las armas de Castilla.

(Viendo aparecer por la explanada a las Damas.)

Aquí se acercan las damas.

(Las Damas se inclinan ante Doña María, y permanecen inmóviles, agrupadas, bajo el arco del centro, como esperando órdenes.)

DOÑA MARÍA.

Preparad vendas e hilas.

(Las Damas extraen de los grandes arcones lienzos y telas, y se disponen a empezar la tarea, sentadas

en escabeles, y formando dos grupos animados a ambos lados del arco central. Doña María de Pacheco, en el sillón señorial, comienza a deshilar un rico velo de seda, mientras Don Juan de Padilla la contempla tiernamente, postrado a sus plantas, en un pequeño escabel cubierto de ricos cojines. Por la explanada del fondo pasea, vigilante, con el arma al hombro, el Ballestero.)

ESCENA IV

DOÑA MARÍA DE PACHECO, DON JUAN DE PADILLA, Damas y el BALLESTERO. Pequeña pausa, durante la cual sólo se oye el crujir de la seda entre los dedos femeniles

DON JUAN.—(*Rompiendo impetuosamente el silencio.*)

¿Por qué, por qué, madre mía,
ante el altar de San Pedro,
con las armas de mi padre
no me armasteis caballero,
para lidiar por Castilla
con las huestes de Toledo?
Al son de las roncás trompas
todos a la lid partieron,
mientras que yo, en este estrado,
con vuestras damas me quedo,
para sostener un huso
o abrir un libro de rezos,

cuando mejor sostuviera,
en el combate, un acero.
¡Dejadme, madre, que parta
donde me impulsa mi anhelo:
a triunfar por nuestras leyes
o morir por nuestros fueros,
que los que son bien nacidos
sólo viven combatiendo!

DOÑA MARÍA.—(*Mirando con orgullo maternal
a su hijo y acariciándole la revuelta me-
lena.*)

¡Modera tus fieros ímpetus,
que para todo habrá tiempo!
Cachorrico de león,
las garras aun no os crecieron
¡y ya rugís de impaciencia
porque os deje, libre y suelto,
sacudir vuestras melenas
en las luchas del desierto!
¡Aguilucho que aun no tiene
alas firmes para el vuelo,
debe vivir en el nido
bajo el amparo materno!

DON JUAN.—(*Lastimado por las palabras de
su madre.*)

¿Pensáis que valor me falta?

DOÑA MARÍA.

Rapaz, ¿cómo he de creerlo
siendo sangre de Padilla
y a más mi sangre teniendo,
que es cual tener en las venas,
en lugar de sangre, fuego?
¡Cómo he de pensar que pueda

conocer siquiera el miedo
 quien se nutrió en mis entrañas
 y se alimentó en mi seno!

(Dulcificando la voz, en un arranque de ternura.)

¡Pero aun el bozo, hijo mío,
 sobre tus labios no ha puesto
 las sombras de la naciente
 virilidad de su vello!

DON JUAN.—*(Alzándose fieramente.)*

¡Porque imberbe me veáis
 no os moféis de mí desnudo,
 que sí tengo imberbe el labio,
 tengo ya barbado el pecho!

DOÑA MARÍA.—*(Atrayéndole de nuevo a su lado.)*

¡Cuando en estas duras guerras
 que esforzados sostenemos
 no queden hombres que lidien
 por la libertad del reino,
 entonces, antes que uncirnos
 al yugo del extranjero,
 los niños y las mujeres
 por Castilla moriremos!
 ¡Y yo seré la primera,
 cuando llegue ese momento,
 que ciña a tu sien el casco
 y entregue a tu mano el hierro,
 que antes que tu vida es
 la libertad de tu pueblo!
 Mas en tanto que tu padre
 y sus bravos comuneros
 se arman, combaten y triunfan
 por nuestros gloriosos fueros,

(Abrazándole con ternura, con la voz trémula de lágrimas)
 ¿para qué exponer tu vida,
 si sabes que si la pierdo
 habrán perdido mis ojos
 todas las luces del cielo?

(Permanecen un instante abrazados. De súbito resuena, bajo las almenas, el clamor de las trompas de guerra. Todos atienden al estruendo, cada vez más cercano.)

Pero ¿qué algazara es ésa?

(El Ballestero se inclina a mirar desde las almenas.)

BALLESTERO.—*(En voz alta.)*

En la falda de ese cerro,
 junto a la margen del río,
 escaramuzan los nuestros.

(Don Juan se desprende de los brazos maternos y corre a las almenas. En todas las manos queda suspendida la labor.)

DON JUAN.—*(Desde las almenas.)*

Contemplad, señora madre,
 aquel gentil caballero
 que a los nuestros arremete
 cabalgando un potro negro
 y armado de punta en blanco
 como si fuese a un torneo.

(Doña María de Pacheco se acerca a las almenas y, apoyada en la columna del arco central, contempla el campo. Las Damas abandonan su tarea, y también, bajo el

arco, siguen ansiosamente las peripecias del combate.)

¡Mirad con qué bizarría,
con qué juvenil denuedo,
al empuje de su brazo
se abre paso entre los nuestros!
¡La visera echada trae;
penacho azul sobre el yelmo,
armifios sobre el escudo
y una banda roja al pecho!

(Pequeña pausa. La ansiedad aumenta.)

¡Nuestras gentes retroceden
—¡cobardes!—hacia Toledo,
pues cada golpe de lanza,
un hombre derriba al suelo!
Todos huyen a su paso...

(Dando un grito terrible y cubriéndose el rostro con las manos.)

¡Maldición!... ¡El caballero
les ha quitado el glorioso
pendón de los comuneros,
y con él torna a su campo,
flotando su gloria al viento!

(Viendo al Ballestero inmóvil con la ballesta al hombro, y arrebatándosela con fiereza.)

¿Para qué sirve en tus manos
la ballesta, ballestero?

(La tiende en un gesto heroico, entre el hueco de las almenas, disponiéndose a disparar.)

DOÑA MARÍA.—*(Corriendo a su lado.)*
¿Qué haces, hijo?

DON JUAN.—(*Sin oír la voz materna, gritándole al Caballero.*)

¡Por Castilla!

¡Por Castilla y por sus fueros!

(Dispara la ballesta. Momento de ansiedad, en el que sólo se escucha el palpar de todos los corazones. Don Juan se vuelve a su madre con el rostro desencajado y los ojos llameantes de furor.)

¡La ballesta no hizo blanco;
y a los pies del caballero,
estremecida de rabia,
clavada quedó en el suelo!
¡Mal hayan la suerte mía
y el débil brazo que tengo!

(Vuelve a observar, arrojando violentamente la ballesta.)

¡Al caballero ve, madre!
¡Su potro ha parado en seco,
y alzándose en los estribos,
aquí mira en son de reto,
igual que si se mofara
de mis brazos inexpertos!

(Golpeándose fieramente las sienes.)

¡Mal haya quien erró el golpe!

DOÑA MARÍA.—(*Toma la ballesta y se vuelve al Balletero.*)

¡Verás cómo yo no yerro!
¡Presto, presto, otra ballesta!

(El Balletero se la da. Doña María apoya el arma en el hueco de

las almenas, gritando con voz de trueno:)

¡Por Padilla y por Toledo!

(Todos se agolpan al disparo, y un grito de júbilo los estremece.)

DON JUAN.—*(Como un ebrio.)*

¡Bravo golpe!... ¡La ballesta se le ha clavado en el pecho, y del arzón se desploma, malherido, el caballero!

(Volviéndose hacia su madre y cubriéndole las manos de besos.)

¡Benditas, madre, esas manos que prodigio tal hicieron!

(Se vuelve de nuevo a las almenas.)

Los nuestros tornan... Lo alzan, y entre cuatro, prisionero, por la puerta de esta torre lo conducen a Toledo.

DOÑA MARÍA.—*(Al Ballestero.)*

Que le suban a esta estancia mis gentes, sin perder tiempo, que aquí curarán mis manos la misma herida que abrieron.

(Sale el Ballestero por la explanada.)

¡Doncellas de mi linaje, en el más rico aposento de este alcázar soberano id y preparad su lecho!...

Para vendar sus heridas rasgad vuestros propios velos, que honor que hacemos a un huésped nos lo centuplica el Cielo.

(Las Damas se marchan por la segunda puerta de la izquierda. Doña María se aproxima al Cristo de la hornacina y le besa piadosamente las llagas de las plantas.)

ESCENA V

Todos, menos el BALLESTERO

DON JUAN.—(Acercándose a su madre.)
¡Bendita seáis, madre,
pues gracias a vuestro esfuerzo,
los imperiales no hollaron
la bandera de Toledo!

DOÑA MARÍA.
¡Id, hijo, que de mi sangre
sois el único renuevo,
a ofrecer al enemigo
rendido vuestros respetos!
Y que todas nuestras gentes,
damas, pajes y escuderos,
le rindan sus homenajes;
que aunque es nuestro prisionero,
por su valor bien merece
honores y acatamientos.

DON JUAN.
¡Descuidad, señora madre,
que recibirle sabremos
y honrarle como merecen
su nobleza y su denuedo,
pues los que llevan mi nombre

siempre son y siempre fueron,
 con el vencido, corteses;
 con el vencedor, soberbios!

(Se inclina y, besando gentilmente las manos de su madre, sale por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA VI

DOÑA MARÍA, sola

DOÑA MARÍA.—*(Clavando los ojos en el Cristo de la hornacina.)*

¡Gracias!... Toda mi existencia,
 Señor, desde este momento
 como víctima expiatoria
 la sacrifico a mi pueblo!
 ¡Señor, Señor, no abandones
 a esta raza de leones
 que por todas partes fué,
 en Vos fija la mirada,
 difundiendo vuestra fe
 y esparciendo vuestra luz,
 en una mano la espada
 y en la otra mano la cruz!
 ¡Castilla, matrona huraña
 que ante nadie se ha rendido,
 que eres como regio nido
 de aguiluchos escondido
 en el corazón de España!
 ¡Castilla, madre Castilla,
 tierra de orgullo y fiereza;
 indomable fortaleza
 con fervores de capilla,

donde el pueblo, mientras reza,
 de tu santo altar al pie,
 afila la espada que
 en su ambicionar profundo
 quiere conquistar el mundo
 para imponerle su fe;
 y para que desplegado
 ondule sobre la tierra,
 por los vientos agitado,
 el crepúsculo morado
 de tu estandarte de guerra!...
 ¡Presta a los hijos, Señor,
 de los padres el vigor,
 para poder defender
 la libertad de Castilla!
 Y si vencida se humilla,
 ¡dale a esta débil mujer
 fortaleza en su sufrir
 para poderla vengar!...
 ¡Alientos para matar
 o valor para morir!

*(Aparece en la primera puerta de
 la izquierda Don Juan de Padilla,
 seguido de Pajes y Escuderos que
 sostienen a Don Pedro de Guzmán.)*

ESCENA VII

DOÑA MARÍA DE PACHECO, DON JUAN DE PADILLA,
 DON PEDRO PÉREZ DE GUZMÁN, Ballesteros, Pajes
 y Escuderos

DON JUAN.—*(A su madre.)*
 ¡Aquí tenéis al herido!

(Penetra Don Pedro Pérez de Guzmán, sostenido por cuatro Escuderos, con el manto y el peto ensangrentados. Un Paje le conduce el yelmo y el escudo.)

DON PEDRO.—*(Al ver a Doña María se desprende de los que le sostienen y, haciendo un violento esfuerzo, se inclina ante ella.)*

Al rendirme prisionero,
 rendir, señora, he querido
 a vuestras plantas mi acero;
 porque sólo, ¡vive Dios!,
 rendir pudiera su brío
 un acero como el mío
 a una dama como vos...

(Le rinde penosa y cortésmente la espada.)

DOÑA MARÍA.—*(Levantando la espada.)*

¡Galán que con tal bravura
 combatió en esta jornada,
 bien merece que la espada
 le cifa yo a la cintura!

(Se la devuelve. Reparando de pronto en la palidez del herido, y como pesarosa de su olvido.)

Mas vuestra herida...

DON PEDRO.

¡Derecho

el astil, señora, fué
 a clavármeme en el pecho!...
 ¡Y no es extraño, porque,
 queriendo en su compasión

dar fin a mis agonías,
todas las heridas mías
van buscando el corazón!

DOÑA MARÍA.

¿Vuestro nombre...?

DON PEDRO.—(*Condolido, con la voz desfalle-
ciente.*)

¡Vano afán!
¿Tan duro cambio he sufrido
que no habéis reconocido
a don Pedro de Guzmán?
*(Alza la frente y contempla con
fljeza a Doña María.)*

DOÑA MARÍA.—(*Profundamente conmovida por
la sorpresa.*)

¡Cómo imaginar que a veros
fuera así quien desde aquesta
torre, con una ballesta,
os hirió sin conoceros!

DON PEDRO.—(*Haciendo un esfuerzo inaudito
para sostenerse de pie, como si las fuerzas
le abandonaran por momentos.*)

¿Cómo dudar, ¡ay de mí!,
que calada la visera
mi rostro desconociera
quien no me conoce así?...
Y en mi desesperación,
¿cómo he de extrañar que fuese
vuestro dardo el que me hiriese
tan cerca del corazón,
si siempre, desde los días
de nuestra niñez, lejanos,

todas las heridas mías

las abrieron vuestras manos!

(Se desploma desmayado sobre un sitial. Los Pajes y los Escuderos acuden a sostenerle.)

DOÑA MARÍA.—*(A los suyos, indicándoles la segunda puerta de la izquierda.)*

¡Presto, mis gentes, llevadle a la cámara de honor; curad su herida y tratadle igual que a vuestro señor!

(Los Pajes y los Escuderos se llevan al herido por la segunda puerta de la izquierda. Doña María permanece un instante apoyada en el brazal del sillón señorial, ensimismada y triste, como si un amargo presentimiento entenebreciera su alma.)

ESCENA VIII

DOÑA MARÍA DE PACHECO y DON JUAN DE PADILLA

DON JUAN.—*(Acercándose a su madre.)*
¿Le conocéis?

DOÑA MARÍA.

¡Desde niños!
Juntos, como dos hermanos,
en los encantados cármenes
de la Alhambra nos criamos.

DON JUAN.—(*Conmovido por la tristeza de la voz materna, la estrecha entre sus brazos.*)

Mas ¿qué os pasa, madre mía?

¿Por qué tembláis en mis brazos?

(Alza cariñosamente la frente de su madre, y le contempla los ojos bañados en llanto.)

Pero ¿qué tenéis?... Decidme:

¿qué pena os causa ese llanto

que de vuestros ojos rueda

hasta escaldarme los labios?

(La besa en los ojos. Doña María se alza como agobiada por un presagio funesto.)

DOÑA MARÍA.—(*Lentamente.*)

Pienso en todos los peligros

de los que están guerreando;

en que, en las sombras, la Muerte

afila y lanza sus dardos,

y alguno alcanzar pudiera

a tu padre...*

DON JUAN.

Sin cuidados
por mi padre estad, señora;
que el hierro mejor templado
y más firme, de pavura
saltará, roto en pedazos,
antes de herir, madre mía,
un corazón tan bizarro.

DOÑA MARÍA.

Mas si vencido cayese...

DON JUAN.—(*Con fereza.*)
 ¿Vencido decis?... ¡Callaos,
 que el suponerle vencido
 es tanto como ultrajarlo,
 pues siempre fué la victoria
 cautiva de su caballo!
 Y en Medina, en Talavera,
 sus férreos cascos hollaron
 de las huestes imperiales
 el pendón ensangrentado.

DOÑA MARÍA.
 Nadie en la suerte confie,
 porque el Destino, voltario,
 más pronto abate y derrumba
 lo que levantó más alto.

DON JUAN.
 ¡Pues cíñeme una armadura,
 pon un acero en mi mano,
 que si él peligra en la liza,
 yo quiero estar a su lado,
 para, si triunfa, abrazarle,
 y si es vencido, vengarlo!
 (*Volviendo a abrazar a su madre.*)
 Mas enjugad esas lágrimas,
 que al contemplaros llorando,
 ¡vive Dios!, que a mis pupilas
 se agolpa también el llanto!

DOÑA MARÍA.
 ¡Al Cielo gracias le doy
 porque, piadoso, me ha dado
 un hijo que honra a su padre,
 con valer su padre tanto!
 (*Quedan un momento abrazados.*)

ESCENA IX

Dichos y LOPE DE SANABRIA

LOPE.—(*Desde la primera puerta de la izquierda.*)

Vuestro asentimiento esperan
para entrar los enviados
que del campo imperial manda
el cardenal Adriano.

DOÑA MARÍA.—(*Procurando dominar su emoción.*)

Condúcelos a esta estancia...

(*Lope se inclina y sale. Doña María se esfuerza en ocultar las huellas de su emoción.*)

¡Animo, corazón, ánimo!
¡Altivez, alza la frente!
¡Orgullo, seca mi llanto,
que a las damas que Castilla
sangre y fortaleza ha dado,
no deben mirarlas nunca
sus enemigos llorando!

(*Se rehace y queda al lado de su hijo, junto al sillón señorial, con la actitud de una reina que va a recibir un homenaje. Por la puerta primera de la izquierda, precedidos de Lope y dos Escuderos, aparecen los legados imperiales, Ludovico de Chevres y el Marqués de Villena, seguidos de su séquito. Los*

Soldados de Toledo ocupan el fondo de la escena. Los Imperiales traen cruces blancas sobre los mantos, y los Comuneros, una cruz roja al pecho. Ludovico de Chevres vestirá un rico traje a la moda flamenca, que realzará sobre el pecho el collar del Toisón de Oro.)

ESCENA X

DICHOS, LUDOVICO DE CHEVRES, el MARQUÉS DE VILLENA, Séquito de imperiales, Pajes, Escuderos y Gente de armas

LUDOVICO.—(*Avanzando altaneramente y haciendo una pequeña inclinación ante Doña María.*)

¡En nombre del cardenal
Adriano, mi señor,
que es, por el emperador,
gobernador general
de estos reinos, os concedo
gracia si antes de tres días
cesáis vuestras rebeldías
y nos entregáis Toledo!

DOÑA MARÍA.—(*Rompiendo con acento seguro la expectación general.*)

Vuestra intimación es vana
y es vano vuestro rigor,
que en la tierra castellana
no manda el emperador.

En este pueblo leal
nadie acatará su ley.

LUDOVICO.

¡También de Castilla es rey
quien ciña el manto imperial!

DOÑA MARÍA.

¡Mas para los comuneros
que con su soberbia humilla,
no es monarca de Castilla
quien no respeta sus fueros,
porque aquí no toleramos
que los reyes nos den leyes,
sino que acatan los reyes
las que nosotros les damos!

VILLENA.

Le juramos nuestro rey
en las Cortes...

DOÑA MARÍA.

Y él juró
también cumplir nuestra ley.
¡Y ved cómo la cumplió!
¡Dando en este reino entrada,
contra todos nuestros fueros,
a esa Corte desalmada
de ambiciosos extranjeros
que, como botín de guerra,
nuestro honor escarneciendo,
aun se siguen repartiendo
las riquezas de esta tierra!
Y no tan sólo el monarca
nuestra libertad destruye,

sino que en Coruña embarca,
 como pirata que huye
 en las sombras del misterio
 para ocultar su tesoro,
 ¡a comprar con nuestro oro
 la púrpura del Imperio!

(Volviéndose a Villena.)

¿Quién habló de juramentos?
 ¡Si él al viento lanzó el suyo,
 también nuestro fiero orgullo
 el suyo lanza a los vientos!
 ¡Y hoy este pueblo bravo
 no acata más que a su ley,
 pues viendo el trono vacío,
 a sí mismo se ungió rey!
 Vuestro perdón rechazamos,
 que a nuestras leyes, leales
 nuestras vidas ajustamos.
 ¡Volved con los imperiales,
 y decid que esta ciudad
 dispuesta está a perecer
 primero que esclava, ver
 de nuevo su libertad;
 porque antes de sufrir
 las afrentas de un tirano,
 sabe el pueblo castellano,
 honrado y libre, morir!

(Un murmullo de aprobación recorre las filas de los comuneros. Doña María de Pacheco les impone silencio con un noble gesto.)

LUDOVICO.—*(Con insolencia.)*

¡Pagaréis vuestra imprudencia!
 ¡Y puesto que no queréis

rendiros, del rey clemencia,
 toledanos, no esperéis!
 ¡Despreciasteis su piedad;
 y ahora, del emperador,
 el justiciero rigor
 llorará vuestra ciudad!
 Su mensaje habéis oído;
 y os declaro, en nombre de él,
 que a nadie dará cuartel.

DOÑA MARÍA.—(*Fieramente.*)

Y ¿quién cuartel ha pedido?

(Se oye un rumor confuso del pueblo que se acerca. Los Imperiales echan mano a sus espadas. Todos los rostros reflejan la más profunda ansiedad.)

VILLENA.

Mas ¿qué pasa?

DOÑA MARÍA.

Esos rumores...

DON JUAN.—(*Asomándose al ventanal.*)

Aullando, de rabia ciega,
 la plebe al alcázar llega,
 dando al aire sus clamores.
 Y entre todos, el primero,
 traspasado de dolor,
 viene Sosa, el escudero
 de mi padre y tu señor.

(Todos se vuelven hacia la explanada de las almenas por donde se acerca el tumulto. Por el arco del fondo penetra Sosa, pálido, polvo-

roso y jadeante, seguido de hombres y mujeres que gritan y gesticulan. Los Ballesteros detienen a la plebe bajo el arco central.)

ESCENA XI

Dichos, Sosa y Gente del pueblo

SOSA.—*(Cayendo de rodillas a los pies de Doña María.)*

¡Señora, temblad de espanto!
(Todos le cercan.)

DOÑA MARÍA.

Dí: ¿qué pasa?... ¡Habla, por Dios!

SOSA.—*(Estallando en sollozos.)*

¡Ved cómo corre mi llanto!
¡Comprended el resto vos!

DOÑA MARÍA.—*(Dando un grito supremo de ansiedad.)*

¡Mi esposo!... ¿Qué ha sucedido?
(Sosa no se atreve a hablar. Doña María se levanta, sacudiéndole fuertemente por el brazo.)
¡Lengua de plomo!, ¿hablarás?

SOSA.—*(Balbuciente de emoción.)*

¡En Villalar ha caído
para no alzarse jamás!
(Un grito de dolor estremece las filas de los comuneros.)

DOÑA MARÍA.

¡Ha muerto!

(Doña María rompe en sollozos, vacila y se abraza estrechamente a su hijo.)

¡Pobre hijo mío!

DON JUAN.—*(Severamente, señalando a los Imperiales, que habrán permanecido agrupados en actitud expectante, cerca de la puerta primera de la izquierda.)*

¡Vuestra aflicción nos humilla!

Señora, ¿dónde está el brío de la mujer de Padilla?

DOÑA MARÍA.—*(Orgullosa del arranque filial, alzándose terrible y recta como una amenaza.)*

¡Mi don Juan, tienes razón!

Desde hoy, vengarle será
la única fuerza que hará
latir nuestro corazón!

(Volviéndose al Escudero.)

Cuenta, Sosa.

SOSA.

¡Qué decir,
sino que a traición, vendido,
al ver nuestra gente huir
en Villalar, cayó herido
de su corcel en el lodo
de un profundo cenagal,
luchando él solo con todo
el ejército imperial!
Allí su espada rindió;
y al verle ya sin espada,

Juan de Ulloa le cruzó
la faz de una cuchillada!

DOÑA MARÍA.—(*Cubriéndose el rostro con las
manos.*)
¡Ah!... ¡Cobarde!

DON JUAN.—(*Llameantes de furor los ojos.*)
¡Madre mia,
déjame al campo marchar,
que al de Ulloa haré pagar
bien cara su felonía!

DOÑA MARÍA.—(*De nuevo volviéndose a Sosa.*)
¿Y allí acabó?...

SOSA.
¡A Dios pluguiera
que allí su vida acabara,
porque, a lo menos, siquiera
la muerte no le afrentara!

DOÑA MARÍA.
¿Más afrentas?

SOSA.
¡Prisionero
a la villa fué llevado;
y sin haberle juzgado
como cumple a un caballero,
a los imperiales plugo
su cabeza hacer rodar,
bajo el hacha del verdugo,
en el mismo Villalar!

DOÑA MARÍA.—*(Después de una pausa, haciendo un esfuerzo inaudito para recuperar su entereza.)*

¡Ay castellanos, llorad,
que el hacha que lo ha inmolado,
también ha decapitado
nuestra antigua libertad!

(Con un enérgico ademán contiene el clamor de las turbas e indica a Sosa que prosiga.)

SOSA.

Hasta la enemiga suerte
a sus pies cayó rendida,
¡que si heroica fué su vida,
más heroica fué su muerte!
La envidia calló su encono;
como quien fué sucumbió,
¡y hasta el cadalso subió
como si escalase un trono!
Al llegar su última hora
me dió este pliego...

(Saca del pecho un pergamino sellado, lo besa y se lo entrega a Doña María.)

¡Mirad,
y en él hallaréis, señora,
su postrera voluntad!

DOÑA MARÍA.—*(Tomando el pliego y leyéndolo con voz profundamente conmovida, pero firme, en medio del silencio y la expectación de todos.)*

«¡Por bienaventurado me tuviera,
bendiciendo lo amargo de mi suerte,
si el corazón, señora, no sintiera
mucho más vuestra pena que mi muerte!

¡Aunque de muchos ha de ser plañida,
 esta muerte de tal modo me ha honrado,
 que bendigo al Señor, que así me ha dado,
 brindándome tal muerte, tanta vida!
 Yo quisiera tener más tiempo para
 escribiros palabras de consuelo;
 mas aunque me lo dieran, lo rehusara,
 que ya la palma del martirio anhelo.
 ¡Llorad vuestra desdicha, y no mi muerte,
 porque es mi muerte, esposa, tan honrada,
 que en una eterna vida se convierte
 y no debe por nadie ser llorada!
 Mi alma, pues nada más tengo que daros,
 la dejo en vuestras manos... ¡Vos, señora,
 haced con ella cuanto os plazca, ahora,
 que si mucho os amó, más ha de amaros!
 No puedo proseguir... A vuestro asombro
 ¡qué de cosas tan íntimas dijera!...
 Mas ya el verdugo, con el hacha al hombro,
 en el dintel de la prisión espera...
 Aquí hago punto, porque el vulgo osado
 no piense, en su voraz maledicencia,
 que he alargado esta carta demasiado
 para alargar con ella mi existencia.
 ¡Adiós, señora, adiós!... En otra orilla
 nuestro amor hallará nuevo remanso...
 ¡Y aquí quedo, esperando la cuchilla
 de vuestra soledad y mi descanso!»

(Una conmoción profunda agita a todos. Algunas pupilas se llenan de lágrimas. Las Damas sollozan.)

VILLENA.—*(Adelantándose hacia Doña María, sinceramente afectado por su dolor.)*

Yo también, doña María,
 lloro vuestro duelo ahora,

que no en balde sois, señora,
 sangre de la sangre mía.
 Para evitar nuevos males
 y amenguar vuestro sufrir,
 doblegaos y rendir
 Toledo a los imperiales.

DOÑA MARÍA.—(*Alzándose sobre todos, como enloquecida de dolor y de ira.*)

¿Qué dice?... ¿Oís, toledanos,
 sin afrentaros, tal mengua,
 y con vuestras propias manos
 no le arrancasteis la lengua,
 como ejemplo miserable
 de ignominia y de baldón,
 para el labio que nos hable
 siquiera de rendición?
 ¿Habrá algún alma en Castilla
 que ose de paces hablar,
 y no muera por vengar
 la memoria de Padilla?
 El bajo el hacha cayó
 por defender nuestra ley...
 ¡Guerra juremos al rey
 que en verdugo se trocó!

(*Dirigiéndose hacia el Cristo de la hornacina, y colocando las manos sobre la frente de su hijo.*)

¡Yo, colocando las manos
 en la frente de su hijo,
 con el pensamiento fijo
 en su sombra, toledanos:
 ¡por la Santa Cruz erguida
 en el solitario altar,
 aun a costa de mi vida,
 su muerte juro vengar!

(Dirigiéndose a los Comuneros.)
¿Juráis vosotros?

VOCES.

¡Juramos!
(Todos juran sobre sus espadas.)

SOSA.

¡Venganza para Padilla!

DOÑA MARÍA.—(Volviéndose a los Imperiales.)

¡Ved la respuesta que os damos,
carceleros de Castilla!

¡Tornad al campo a decir
a vuestro gobernador
que nunca se ha de rendir
Toledo al emperador!

Y dad gracias a la suerte
que para vengar su muerte
y volveros mal por mal,
desgarrados, a pedazos,
no os arrojo, a bombardazos,
al campamento imperial.

(Los Comuneros intentan atacar
a los Imperiales, pero Doña María
de Pacheco se interpone, deteniéndoles
con un soberbio ademán.)

SOSA.

Toledo, regia matrona,
¿qué vas a hacer sin Padilla?

LOPE.

¡Murió el león de Castilla!

DOÑA MARÍA.

¡Pero aun queda su leona,
que, afilando en su aflicción
la garra dura y cruel,
sabr a morir como él
o vengar a su león!

VILLENA.—(*Disponiéndose a salir, a Doña María.*)

¡De nuestros lazos reniego!

LUDOVICO.—(*A Doña María.*)

¡Jamás esperéis favor!

(*Doña María les señala a los Imperiales la puerta. Estos van desfilando.*)

DOÑA MARÍA.

¡Guerra, guerra a sangre y fuego!

SOSA.—(*A los Comuneros, señalándoles el grupo que forman Doña María y su hijo.*)

¡Respetemos su dolor!

(*Todos se inclinan y van saliendo por la explanada del fondo. Entre tanto, Doña María permanece serena, apoyada en el hombro de su hijo. La tarde empieza a palidecer en las sombras del crepúsculo. La luz de las lámparas se hace más intensa.*)

ESCENA XII

DOÑA MARÍA DE PACHECO y DON JUAN
DE PADILLA

DON JUAN.—(*Al verse solo, alzando fieramente la cabeza y extendiendo el brazo.*)

¡Venganza, padre!

(*Viendo la actitud dolorosa de su madre, que al verse sola no puede refrenar su emoción.*)

¡Señora!

¡Quién lo había de pensar!

(*Estalla en sollozos.*)

DOÑA MARÍA.—(*Estrechándole contra su seno, en un llanto convulsivo.*)

¡Sí, hijo mío!... ¡Ahora llora,
que ya podemos llorar!

(*Los dos, sollozando, caen de rodillas al pie del Cristo. Se abrazan estrechamente, ahogados en sollozos, mientras descende poco a poco el*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Es de noche. La escena estará iluminada por las lámparas de la hornacina y algunas antorchas clavadas en los muros.

ESCENA PRIMERA

SOSA, el ARCEDIANO, el BALLESTERO y Soldados.
Al alzarse el telón, SOSA conversa con los Soldados bajo el arco del fondo

SOSA.

Asegurad el portillo
y vigilad las almenas,
no vayan los imperiales,
amparados por las nieblas,
a conseguir por la astucia
lo que no logran por fuerza.

(Salen los Soldados por la explanada de las almenas. Sosa se vuelve al centro de la escena.)

ARCEDIANO.

¡Duro es el cerco!

SOSA.

¡Y tan duro,

que si Dios no lo remedia
 hará a Toledo famosa
 si ya famosa no fuera!
 Ha seis meses que sus muros
 expugnan, baten y asedian
 las huestes más numerosas
 que acampar el Tajo viera
 entre los huertos frondosos
 de sus fértiles riberas!

BALLESTERO.

¿Y no nos vendrán socorros?

SOSA.

¡Sólo de la Providencia,
 que desde que, traicionados
 de Villalar en las ciénagas,
 al pie de los imperiales
 cayeron nuestras banderas,
 las ciudades de Castilla,
 ya por grado, ya por fuerza,
 una a una, fueron todas
 rindiendo sus fortalezas!...
 Tan sólo, altiva, Toledo
 a los imperiales reta...,
 ¡y será libre Castilla
 mientras Toledo no muera!

ARCEDIANO. — (*Lentamente, con profunda intención, como para escudriñar los pensamientos de Sosa.*)

Mas ya su valor decae,
 que la plebe anda revuelta
 porque la peste y el hambre
 hacen más estrago en ella
 que cañones y bombardas
 en sus cimientos de piedra.

SOSA.

La plebe no tiene culpa,
sino los que la aconsejan,
los que, cual Judas, la venden
y en oro su sangre truecan.
Mas, ¡ay!, si doña María
de esas intrigas se entera,
ha de hacer tal escarmiento
que asombro del mundo sea.

ARCEDIANO.—(*Mirando fijamente a Sosa.*)

¡Ella causa estos disturbios,
porque a Toledo avergüenza
que una mujer la gobierne,
cual si en su seno no hubiera
claros varones capaces
de regirla en esta empresa!
¡Para los hombres, la espada;
para la mujer, la rueca!...

SOSA.—(*Amenazante.*)

¿Qué osáis decir?

ARCEDIANO.—(*Cambiando de tono y en son de disculpa.*)

¡Lo que dicen
a veces en las plazuelas!...
Repito lo que murmuran,
que yo he dado tales pruebas
de lealtad a tu señora,
que eluden toda sospecha.
Y ¡por mi patrón Santiago
que mi lealtad no me pesa,
porque en Castilla no hay hombre
que, en valor y en entereza

en tan graves circunstancias,
pueda competir con ella!

SOSA.—(*Con entusiasmo.*)

¡Donde el peligro es más grande,
donde es más dura la brega,
allí su pecho indefenso
a las espadas presenta,
piadosa como una santa
y altiva como una reina!
¡Toda el alma de Castilla,
brava, indómita y soberbia,
parece que en los arcanos
de su corazón encierra!
¡Para sustentar la plebe
y proseguir estas guerras,
malbarató sus tesoros,
las vajillas de su mesa,
las sortijas de sus dedos
y los collares de perlas,
de diamantes y topacios
que sobre sus senos eran
como aljófara de rocío
brillando entre rosas frescas!

(*Resuenan las ánimas. Todos se santiguan.*)

ARCEDIANO.

Mas escucha..., ya las ánimas
en la Catedral resuenan.
¡Ve y avisa a tu señora
que tengo que hablar con ella!

SOSA.

Tendréis que aguardar un poco,
porque rezando en la iglesia

de Santo Tomé se halla
con sus pajes y sus dueñas.

(Se inclina, besa la mano al Arcediano y sale por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA II

El ARCEDIANO y el BALLESTERO

ARCEDIANO.—*(Acercándose cautelosamente al Ballestero, después de haber escudriñado con la vista la estancia.)*

¿A don Pedro de Guzmán
hiciste saber mi encargo?

BALLESTERO.—*(A media voz, señalando la segunda puerta de la izquierda.)*

Y está, señor, vuestro aviso
en esa estancia esperando.

ARCEDIANO.

¿Cómo sigue de su herida?

BALLESTERO.

Gracias a tantos cuidados
como en servirle y honrarle
la Pacheco ha prodigado,
tan bueno está, que hoy a Sosa,
con tener tan firme el brazo
y esgrimir con gran maestría,
de un golpe le ha desarmado.

ARCEDIANO.

Pues avisale, Rodrigo.
Y en tanto que con él hablo,
vigila, no nos sorprendan;
que es tan importante el caso,
que una indiscreción podría
conducirnos al cadalso.

BALLESTERO.

¡Mandad a vuestro albedrío,
que en mí tenéis un esclavo!

ARCEDIANO.

No te pesará servirme.
Si de estas revueltas salgo
arzobispo de Toledo,
como me ofreció don Carlos,
ya premiaré tus servicios
y te haré subir tan alto,
que ha de ser el ballestero
envidia de los hidalgos!

(El Ballestero entra en la segunda puerta de la izquierda y al momento aparece en el dintel Don Pedro Pérez de Guzmán. El caballero avanza lentamente, y mientras el Arcediano se inclina para saludarle, el Ballestero sale y se va a ocupar su puesto en las almenas.)

ESCENA III

DON PEDRO PÉREZ DE GUZMÁN, el ARCEDIANO
y el BALLESTERO

ARCEDIANO.—(*Saludando.*)

¡Don Pedro, al Cielo bendigo,
porque la ocasión me ha dado
de admirar y conocer
al caballero, dechado
de lealtad, cuyo renombre
la fama va pregonando
para que eterno perdure
en el bronce y en el mármol!

DON PEDRO.—(*Inclinándose cortésmente.*)

¿Qué tenéis que platicarme,
cuando con tanto recato
me llamáis?

ARCEDIANO.

Tengo, don Pedro,
que entregar a vuestras manos
este pliego que os envía
el cardenal Adriano.

(*Saca un pliego del seno y se lo entrega.*)

Leedle, y después de leerle,
como es natural, rasgadlo.

DON PEDRO.—(*Después de leer el pliego a la luz de la lámpara de la hornacina.*)

Aquí el cardenal me ordena

que en servicio de don Carlos,
nuestro rey, que el Cielo guarde,
acate vuestros mandatos.

*(Rasga el pliego, y después se
vuelve y contempla fijamente al Ar-
cediano.)*

¿Quién sois, cuando así me obligan
a serviros y acataros,
siendo tan noble mi sangre
y mi linaje tan alto,
que mis mayores tuvieron
reyes moros por vasallos?

ARCEDIANO.—*(Humildemente.)*

Señor, de la Santa Iglesia
Catedral soy arcediano,
y aunque entre rebeides vivo
y por comunero paso,
no puedo olvidar que al rey
mi juramento he prestado,
¡que olvidar sus juramentos
no es digno de un buen cristiano.
A los imperiales sirvo
y por su causa trabajo,
promoviendo entre la plebe
algaradas y rebatos,
y sembrando la discordia
entre jefes y soldados.
¿Que le falta pan al pueblo?
Pues el motivo es bien claro...
Por medio de mis secuaces
correr las voces yo hago
que es culpa de la Pacheco,
que a bajo precio ha comprado
todo el trigo de Castilla
para venderlo más caro.

¿Que alguno muere de peste?
¡Pues es un castigo santo
que a Toledo Dios envía
por haberse rebelado
contra su señor, y andar
con los franceses en tratos
para entregarles el reino
que a los infieles ganamos!...
Y así, todo se revuelve...
Y espero que si su amparo,
como hasta aquí, no me niega
nuestro buen patrón Santiago,
muy en breve, entre repiques
de campanas y entre aplausos,
en nuestra sagrada Sede
veréis entrar, bajo palio,
por la Puerta del Perdón
al cardenal Adriano.

DON PEDRO.

¿Pero no teméis que antes,
de vuestro juego enterados,
os hagan los comuneros,
reverencia, más pedazos
que padrenuestros habéis
en este mundo rezado?

ARCEDIANO.

¡Antes de poner, don Pedro,
en entredicho mis actos
dudarán de Juan Padilla,
con haber Padilla dado
en pro de los comuneros
la cabeza en el cadalso,
que yo sé tirar la piedra
y esconder después la mano!

DON PEDRO.

¡Vive Dios, que sois terrible!

ARCEDIANO.

A veces, señor, debajo
de la piel de un corderillo
hay un león disfrazado.

DON PEDRO.

Mas ¿en qué puedo servirlos?
Decid, señor arcediano.

ARCEDIANO.

A entregar estoy dispuesto
la ciudad. Mas para el caso
necesito del concurso
de un capitán esforzado
que al frente nuestro se ponga.
¡Y en vos, don Pedro, he pensado!

DON PEDRO.

Mas ved que estoy prisionero...

ARCEDIANO.—(*Riendo maliciosamente.*)

¿Vos prisionero? ¡Ni el pájaro
está más libre en el aire
que vos en este palacio!

DON PEDRO.

¡Es cierto!... Mas mi palabra
me tiene más obligado,
que a todo buen caballero,
si estima su honor en algo,
le pesan más sus palabras
que los grillos más pesados.

ARCEDIANO.

Mas suponed que estáis libre...

DON PEDRO.

¿Qué voy a hacer?

ARCEDIANO.

Yo me encargo
de que se alborote el pueblo,
y cuando esté alborotado,
del emperador en nombre,
de Toledo apoderaos,
encerrando a la Pacheco
presa en su propio palacio.

DON PEDRO.—(*Sin poder reprimir su indignación.*)

¡Callad, callad tal vileza!
¿Mi honor descendió tan bajo
que a ser me autoriza dueño
de quien debo ser esclavo?
¡En defensa de mi rey
ya con mi sangre he regado
las áureas playas de Nápoles
y los campos castellanos,
y España entera conoce
la pujanza de mi brazo!
¡Mas cometer tal infamia
no puede quien ha heredado
la lealtad de los Guzmanes
y ostenta sobre su manto
como una herida gloriosa
la roja cruz de Santiago!

ARCEDIANO.—(*Insinuante.*)

Nuevas riquezas y honores
el rey pudiera brindaros.

DON PEDRO.—(*Con altivez.*)
 ¡Todo el oro de la tierra
 no vale lo que yo valgo,
 ni en el mundo honor existe
 ni tan grande ni tan alto
 como el que me da el escudo
 que aquí, sobre el pecho, traigo!

ARCEDIANO.—(*Dejando caer con intención las palabras.*)
 ¡Bien se conoce que andáis
 de la dama enamorado!

DON PEDRO.—(*Herido en lo más hondo y vivo de su alma.*)
 ¿Qué decís?

ARCEDIANO. — (*Retrocediendo rastreramente ante la actitud violenta de Don Pedro, y queriendo dar a sus palabras un tono ambiguo de chanza y de ironía.*)
 ¡Murmuraciones
 y cuentos del populacho!...
 ¡Yo nunca les presté crédito,
 porque nunca he sospechado
 que al par se pudiera ser
 carcelero y apresado!

DON PEDRO.—(*Haciendo un esfuerzo terrible para refrenar la ira que le enciende.*)
 ¡Vive Dios, que si no fuera
 por respeto de esos hábitos,
 castigara la osadía
 de vuestra lengua mi mano!
 ¡Y dadle gracias al Cielo,
 que no es poco lo que hago

al olvidar lo que he oído
sin haberos castigado!

(Le vuelve despectivamente la espalda y sale por la segunda puerta de la izquierda. El Arcediano le sigue con la vista, inmóvil en el centro de la escena, sin atreverse a dar un paso.)

ESCENA IV

EL ARCEDIANO, SOLO

ARCEDIANO. — *(Después de desaparecer Don Pedro.)*

¡Mal tino!... ¡En su corazón
mi ballesta no hizo blanco!

(Sonriendo ferozmente.)

¡Mas sé el punto vulnerable
donde dirigir mis dardos,
y ¡vive Dios! que he de verlo
rodar a mis pies sangrando!

(Se queda de pronto inmóvil, con el entrecejo arrugado, como si madurase un plan. Después alza triunfalmente la cabeza, y una siniestra alegría centellea en él.)

No ha sido inútil la escena,
porque mi plan he trazado,
y no hay nada que destruya
los planes que yo me trazo.
¡De esta vez, doña María,
vuestro honor cayó en mis manos.

y de ellas no ha de salir
sino deshecho a pedazos,
para que a Castilla entera
sirva de mofa y escarnio!
¡Qué pronto sobre la plata
de estos mis cabellos blancos,
que con su oro y sus gemas
encanecieron soñando,
de la mitra arzobispal
habrá de lucir el fasto!

(Mirando hacia la primera puerta de la izquierda.)

Mas aquí llega la dama.
¡Ocultad, buen arcediano,
bajo plumas de paloma
vuestras garras de milano!

(Vuelve a adquirir su expresión beatífica, mientras por la primera puerta de la izquierda aparecen Doña María y Don Juan de Padilla, precedidos de dos Pajes con antorchas y acompañados de Sosa, Lope, Damas, Pajes y Escuderos.)

ESCENA V

DOÑA MARÍA DE PACHECO, el ARCEDIANO, DON
JUAN DE PADILLA, SOSA, LOPE, DAMAS, PAJES
y ESCUDEROS

ARCEDIANO.—*(Inclinándose humildemente ante Doña María)*

¡Que el Cielo guarde, señora,
y alargue vuestra existencia!

DOÑA MARÍA.

¿A qué debo, en esta hora,
que honrés con vuestra presencia,
arcediano, mi mansión?

ARCEDIANO.

Hablaros, señora, quiero...

DOÑA MARÍA.

Hablad, pues... Pero primero
¡dadme vuestra bendición!

(El Arcediano la bendice; después, a una invitación de Doña María, se sienta en el primer término de la derecha. Las Damas lo hacen sobre los arcones del fondo. Sosa, los Pajes y los Escuderos permanecen de pie bajo el arco que da a las almenas, mientras Don Juan conversa en voz baja con Lope en el ángulo de la izquierda.)

ARCEDIANO.

¡Es serio y grave el asunto!

DOÑA MARÍA.

¡Vuestra actitud me sorprende!
¿Tan grave es?

ARCEDIANO.

Hasta el punto
que de él Toledo depende.

DOÑA MARÍA.—*(Con ansiedad.)*

Mas ¿qué es ello?

ARCEDIANO.

En puridad,
que el pueblo se va cansando
de luchar, y anda pensando
en entregar la ciudad.

DOÑA MARÍA.—(*En un impetu irrefrenable de ira, clavando sus ojos en los del Arcediano.*)
¡Y habrá quien a tal se atreva!...
¡Y quien a decirlo acuda
a quien por Toledo lleva
estas tocas de viuda!

ARCEDIANO.—(*Queriendo tranquilizarla.*)
Estudiad la situación
con calma, y si así lo hacéis,
señora, comprenderéis
que el pueblo tiene razón,
pues en seis meses de asedios
de dura y tenaz batalla,
agotó todos los medios
y hambriento y pobre se halla.

DOÑA MARÍA.

¡Tan veleidosa ha de ser
la plebe, que habrá, ¡Dios mío!,
de olvidar hoy lo que ayer
defendió con tanto brío,
para rendir la ciudad
a las plantas del tirano
bajo cuya férrea mano
murió nuestra libertad!...
¡No es posible!... ¡Yo no puedo
dar crédito a lo que oí,
que antes de rendir Toledo
tendrán que rendirme a mí!

ARCEDIANO.

Su propia miseria abona
del pueblo las veleidades,
porque el hambre no razona
de fueros ni libertades.

DOÑA MARÍA.—(*En un arranque de indomable fiera.*)

¿Y vos osaréis también
defender su cobardía?

ARCEDIANO.—(*Con humildad.*)

Perdonad, doña María,
si no me he explicado bien.
Mi franqueza no os irrite.
No hablo yo... Mi voz ha sido
el eco fiel que repite
lo que a los demás ha oído.
Yo soy vuestro amigo viejo,
y siempre, señora, ha estado
en las juntas del Concejo
mi lealtad a vuestro lado.
Y hoy esa misma lealtad,
de cuya virtud dudáis,
aquí me impulsa a que oigáis
por mis labios la verdad.
Hay que mirar cara a cara
lo crítico de la hora
y encontrar recursos para
que no se rinda, señora,
Toledo a los imperiales.

DOÑA MARÍA.

En su defensa he gastado
hacienda, renta y caudales,

y en sus manos he dejado
 mis derechos de alcabalas.
 ¡Y ahora, mi hijo y yo nos vemos
 sin más joyas ni más galas
 que las que puestas tenemos!

ARCEDIANO.

En cambio, más de un señor
 hay, cuyo lujo se atreve
 a insultar con su esplendor
 las miserias de la plebe.

(Pequeña pausa. Doña María permanece un instante pensativa, con la cabeza entre las manos.)

Todo lo tengo pensado,
 y hay medios...

DOÑA MARÍA.

Para calmar
 la agitación popular,
 ¿qué medios habéis hallado?

ARCEDIANO.

Hay uno, según yo creo.

DOÑA MARÍA.—*(Alzando de nuevo la cabeza con profunda ansiedad.)*

¿Cuál es?

ARCEDIANO.—*(Sin dar importancia a lo que dice.)*

Pues dar rienda suelta
 a la popular revuelta
 para que acabe en saqueo.

DOÑA MARÍA.—(*Alzándose fieramente.*)

¿Qué os atrevéis a decir?
 ¡En cobardes bandoleros
 así queréis convertir
 a mis bravos comuneros!
 ¿Vos, un siervo del Señor,
 tal me aconsejáis ahora?

ARCEDIANO.—(*Tranquilamente.*)

Entre dos males, señora,
 se elige siempre el menor.
 Con calma vos medita
 en el problema, que es éste:
 de una parte, la ciudad
 invadida por la peste
 y por el hambre acosada;
 de otra parte, esos señores
 que, indecisos o traidores,
 ni nos sirven. ni dan nada.
 Yo en tal problema no veo
 ni encuentro más solución
 que rendirnos o el saqueo...
 ¡A vos dejo la elección!

DOÑA MARÍA.—(*Después de honda lucha interior.*)

¡Grave asunto!

ARCEDIANO.

¡Sí lo es!

Y por ello os aconsejo
 que lo penséis, y después
 resolváis en el Concejo.

(*Con voz insinuante.*)

Aceptad mi solución,
 y con ella a un tiempo dad

un ejemplo a la ciudad
y al pueblo satisfacción.

(Inclinándose cortésmente.)

Dadme a besar vuestra mano.
Me voy...

DOÑA MARÍA.

Con el Cielo id.

(Volviéndose a los suyos.)

¡Honrad a nuestro arcediano!

ARCEDIANO.

¡Mí bendición recibid!

(La bendice, y sale precedido de Pajes con antorchas, y seguido de Sosa, Lope, Damas y Escuderos. Don Juan y Doña María le acompañan hasta la puerta.)

ESCENA VI

DOÑA MARÍA DE PACHECO y DON JUAN
DE PADILLA

DOÑA MARÍA.—*(Reparando en la actitud fiera y sombría de su hijo y acercándose a él.)*

¿Qué honda desesperación
devora tu corazón?

¿Y al aullido de qué hiena
se ha encrespado tu melena,
cachorrico de león?

¿Qué angustia dura y fatal
cortó tu vuelo triunfal,

aguilucho castellano,
más libre y más soberano
que el aguilucho imperial?
¿Quién mueve a tu dicha guerra?
¿En qué piensas, hijo mío?

DON JUAN.—(*Con acento duro y la faz sombría.*)

¡En que es inútil el brío
que en mi corazón se encierra,
y en que nadie, en esta tierra
que su orgullo me prestó,
más desdichado nació,
cuando aún existen, madre,
los verdugos de mi padre
viviendo en el mundo yo!
¡Cuando su memoria evoco
y su triste fin recuerdo,
la rabia me vuelve loco,
y de coraje me muerdo
puños que valen tan poco
que, incapaces de elevar
en el combate la lanza,
aun no tuvieron pujanza
para aturdir y espantar
al mundo con su venganza!

DOÑA MARÍA.—(*Atrayéndole.*)

¡Esperanza de Castilla,
entre mis brazos humilla
la altivez de tu quebranto!
¡Ven, y verás cómo brilla
mi sonrisa entre mi llanto!
Pensando en lo que en ti fío
y en aquel amor sagrado
que tan pronto, por ser mío,

cubierto en sangre ha finado,
 a la par lloro y sonrío!
 Acércate más a mí,
 y da a mis labios la miel
 de tus besos, porque si
 mis llantos son para él,
 mi sonrisa es para ti.

(Estrechándole contra su corazón.)

¡Si en sus brazos aprisiona
 esta frente altiva y fiera,
 que la juventud corona,
 se convierte la leona
 en una blanca cordera!

(Acariciando su frente.)

¡Tus bucles acariciando
 poco a poco, su fiereza
 va en ternura transformando,
 que siempre rugiendo empieza
 para terminar llorando!

(Estalla en llanto.)

DON JUAN.—*(Desprendiéndose de los brazos maternos.)*

¡No lloréis más, por favor,
 porque el llanto de dolor
 que por vuestra faz desciende,
 en vez de apagar, enciende,
 aviva más mi furor!
 En vez de tanto gemir,
 dadme un escudo, una lanza,
 algo con que pueda herir,
 y dejadme al campo ir
 a realizar mi venganza;
 que si no logro vengar
 la sangre de vuestro esposo,

seré indigno de llevar
el apellido glorioso
del héroe de Villalar!

DOÑA MARÍA.—(*Estremecida de espanto.*)

¿Qué dices, hijo, qué dices?

¡Dejarme sola, don Juan,
como un árbol sin raíces,
en medio del huracán!...

En la lucha fratricida,
¿cómo consentir podré
que expongas también tu vida?

¡Castilla está bien servida!

¡Le di mi esposo!... ¡Que pida
mi sangre, y se la dará!...

¡Todo por ella perdí!...
Sólo perderte no quiero.

¡Tú, no!... ¿Qué me importa a mí
que se pierda el reino entero,
con tal de tenerte a ti?

(*Reparando, de pronto, en el Cristo
de la hornacina.*)

Aquí, a tu padre, guardar
juré tu vida...

DON JUAN.—(*Con intrépida fiereza.*)

¡Y el hijo,
al pie de este mismo altar
y ante el mismo Crucifijo,
su muerte juró vengar!

DOÑA MARÍA.

¡Aquí una madre, de pie,
ante el pueblo que la oyó,
guardar tu vida juró!

DON JUAN.

¡Ante el mismo pueblo, yo
vengar mi padre juré!

DOÑA MARÍA.—*(En un arranque de desesperación, estallando en sollozos y echándole los brazos al cuello.)*

¡Pues da mi pena al olvido;
ve y ármate caballero,
y espoleando tu overo,
cumple lo que has prometido;
mas, ¡ay!, con el mismo acero
con que vengues, denodado,
las afrentas de tu padre,
antes habrás traspasado
el corazón de tu madre!

(Quedan un instante abrazados al pie de la hornacina. Por la puerta de la izquierda del primer término aparecen Sosa y Lope, que se detienen en el umbral de la puerta, profundamente emocionados.)

ESCENA VII

Dichos, SOSA y LOPE

SOSA. — *(Contemplándolos desde el dintel, y deteniendo a Lope.)*

¡Si mi señor desde el cielo
los pudiese contemplar,
las lágrimas de sus ojos
iban a formar un mar!

(Al rumor de los pasos, Don Juan se desprende de los brazos maternos.)

DOÑA MARÍA.—*(Volviéndose, sorprendida, y haciendo un terrible esfuerzo para serenarse.)*

¿Quién es?

SOSA.

Soy yo, mi señora.

(Inclinándose.)

DOÑA MARÍA.—*(Con la voz aún conmovida, queriendo alejarle de su lado.)*

Ve a mi cámara, que allá,
del estado de Toledo
tenemos largo que hablar.

(Volviéndose a su hijo.)

Adiós, mi hijo, y olvida
tus penas, porque ya habrá
tiempo para tu venganza
y para todo lugar.
Recógete pronto al lecho,
que es hora de reposar.

DON JUAN.—*(Inclinándose.)*

Vuestra bendición, mi madre.

DOÑA MARÍA.

¡Que Dios te ampare, don Juan!

(Sale con Sosa por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA VIII

DON JUAN DE PADILLA y LOPE

DON JUAN.—(*Misteriosamente, después de haber acompañado a su madre hasta la puerta y observando un momento desde el umbral.*)

Buen Lope, ¿ensillaste el potro?

LOPE.

Señor, ensillado está,
relinchando de impaciencia
al pie de ese ventanal.

DON JUAN.

¿Y las armas?

LOPE.

En el patio,
bruñidas y prontas ya.

DON JUAN.

Mas los guardias del portillo...

LOPE.

¡Por ellos tranquilo estad,
que conozco el santo y seña
y nos dejarán pasar!
Mas si sabe vuestra madre
la andanza...

DON JUAN.

¡La ignorará

hasta que vuelva triunfante
su altiva frente a besar!
¡Desde que supe que andaba
Juan de Ulloa en el real
de las huestes imperiales,
mi corazón no halla paz,
que la venganza y el odio
no le dejan reposar!
En vano busco en la noche
un lecho y un cabezal,
pues apenas llega el sueño
mis párpados a besar,
cuando la paterna sombra
surge de la oscuridad
y murmura en mis oídos,
con voz que me hace temblar:
«¡Aquel que al sueño se rinde
sin sus agravios vengar,
no es digno de tener sangre
del héroe de Villalar!
¿No ves esta cuchillada
roja que cruza, don Juan,
como rúbrica infamante,
de parte a parte mi faz?
¡La mano de Juan de Ulloa
abriómela, cuando ya
derribado del caballo
en medio de un cenagal,
destrozado el yelmo y rota
la lanza de alancear,
mi espada y mi guante había
rendido al bando imperial!»
Y yo a la sombra paterna,
para que repose en paz,
la mano que le ultrajara

he jurado cercenar...
 ¡Y lo que el labio ha jurado,
 mi brazo lo cumplirá!

LOPE.

Mas ved que vos sois un niño
 y el de Ulloa es hombre tal,
 que goza en Castilla fama
 de esforzado capitán.

DON JUAN.

¡Cuanto más fuerte el contrario,
 mayor el triunfo será!

LOPE.

¡Moriréis en la contienda!...

DON JUAN.

¡Manchado mi honor está,
 y si no logro la mancha
 que lo deslustra borrar,
 mi propia existencia, Lope,
 será una ignominia más!...
 Descuélgame aquesa espada...

*(Señalando a una que hay en la
 panoplia que adorna como un ex-
 voto la hornacina.)*

LOPE.—*(Descongándola.)*

¡Tanto pesa, que será
 un milagro que la puedan
 vuestras manos sustentar!

DON JUAN.—*(Empuñando el acero.)*

¡Toledanos, a los gritos
 de ¡Santiago y Libertad!,

el hijo de Juan Padilla
a su padre va a vengar!

*(Mirando a la puerta por donde
salió su madre.)*

¡Descansa en tu lecho, madre,
que mañana, al despertar,
la mano que te ha ultrajado
verás a tus pies sangrar!

(Arrodillándose ante el Cristo.)

¡Señor, bendice este brazo
que animoso va a vengar
a la sangre de Castilla
derramada en Villalar!

*(Sale rápidamente por el foro, se-
guido de Lope. La escena queda un
instante sola.)*

ESCENA IX

DOÑA MARÍA DE PACHECO y DON PEDRO PÉREZ
DE GUZMÁN, que aparecen conversando por la
última puerta de la izquierda

DOÑA MARÍA.—*(Con solicitud.)*

¿Os causa daño vuestra herida?

DON PEDRO.

¿Cómo sentir, señora, el daño,
si la ha vendado vuestra toca
y la han curado vuestras manos?

(Pequeña pausa.)

DOÑA MARÍA.—*(Queriendo romper aquel silen-
cio angustioso.)*

¡Gallardamente combatisteis!

DON PEDRO.

Y ¿cómo no lidiar gallardo
el que desprecia la existencia
porque la muerte va buscando?

(Un nuevo silencio vuelve a pesar sobre sus corazones.)

DOÑA MARÍA.—*(Como recordando.)*

Cuando en la Alhambra, entre las flores
de regios cármenes jugábamos,
¡ay!, ¡quién pensara que algún día
os viera entrar ensangrentado,
como rendido prisionero,
por el umbral de mi palacio!

DON PEDRO.—*(Vivamente, con acento doloroso.)*

¿Cuándo dejó de ser mi vida
esclava vuestra, si al miraros,
en las mazmorras de esos ojos
quedó mi espíritu apresado?

(Pequeña pausa de evocación y de quietud.)

DOÑA MARÍA.

¿Os acordáis? ¡Un mediodía,
jugando solos en el patio
que llaman de los Arrayanes,
queriendo yo espantar un pájaro
que desgranaba sus canciones
entre las flores de un naranjo,
con una piedra, sin quererlo,
herí de pronto vuestros labios!...
¡Después, desde estos almenares,
sin que pudiera sospecharlo,

con el astil de una saeta
bañé de sangre vuestro manto!...

DON PEDRO.

¡Sin querer, todas mis heridas
las abren siempre vuestras manos!

DOÑA MARÍA.

¡Mas recordad también que ellas
las que os abrieron os cerraron!...

DON PEDRO.—(*Con todo el fuego de su pasión
desesperada.*)

¡Pero hay, señora, acaso alguna
que en mi interior está sangrando,
y ésa cerrarla no han podido
vuestras piedades ni los años!
¡La misma Muerte no la cura,
pues como sangra en lo más santo
del alma y es el alma eterna,
poder no tiene para tanto!

DOÑA MARÍA.—(*Severamente.*)

¡Herida es ésa, caballero,
para la cual no existen bálsamos!
¡Rogad a Dios que os los conceda,
porque Dios solo puede dároslos!

DON PEDRO.—(*Después de un corto silencio,
bajando tristemente la cabeza, con la voz
rota de emoción.*)

¿Para qué hablasteis de Granada
y de las horas que pasamos
juntos, soñando en los jardines
de aquel Alcázar encantado?

¿Por qué evocar al que de pronto
ciego, señora, se ha quedado
la luz y el sol que en otros tiempos
a sus pupilas deslumbraron?

(Acercándose más a ella.)

¿Os acordáis, doña María?
Hace ya más de veinte años,
y aun me parece que la escena
están mis ojos contemplando...
Tras larga ausencia, en la que anduvo
con las banderas de Gonzalo
de Córdoba, por las feraces
tierras de Italia guerreando,
lleno de gloria regresaba
sobre su potro jerezano
al paraíso de Granada
un caballero enamorado...
¡Con qué placer sus ojos vieron,
entre el incendio del ocaso,
brillar las torres de la Alhambra
sobre los cármenes del Darro!
«¡Tras las morismas celosías
de un ajimez de oro y de mármol,
me esperarán aquellos ojos
que mis tinieblas alumbraron!...»,
dijo el doncel... Y de impaciencia
y de ternura palpitando,
hundió los férreos acicates
en los ijares del caballo,
que estremecido hasta las crines,
veloz, sorbiéndose el espacio,
tendido entró por Puerta Elvira
lanzando chispas bajo el casco.
La gente al verle se decía:
«¡Ved qué jinete tan bizarro!»

Y él, orgulloso, murmuraba,
la crin del potro acariciando:
«¡Vuela, corcel, que allá me esperan,
rotos en miel, aquellos labios
que por la cruz de aquesta espada
amor entero me juraron!»

Casi en la cuesta de Gomeles
sintió el estruendo limpio y claro
de las campanas de la Alhambra,
que estaban todas repicando.

«¿Por qué repican con tal brío?»,
dijo, su potro refrenando...

Y alguien repuso: «¿No conoce
las novedades el hidalgo?

¡La hija del conde de Tendilla
esta mañana se ha casado
con el más noble caballero
que en sus cristales miró el Tajo!»

¡Quiso estallarle la armadura;
quedóse mudo, inmóvil, pálido,
y por la noche de su alma
cruzó la sombra del espanto!...

¡Y de Granada para siempre
salió, sintiendo entre sus labios
arder el fuego del infierno
en el acíbar de su llanto!...

*(Bajando la voz y mirando fijamente
a Doña María.)*

¿Conocéis vos, doña María,
a ese galán enamorado?

DOÑA MARÍA.—*(Después de una breve pausa,
alzando serenamente la frente y con la voz
firme, aunque un poco emocionada.)*
¡Aunque le conociera

y con el alma entera
 sintiese su dolor, lo callaría;
 que si basta la nube más ligera
 para empañar el sol del mediodía,
 un recuerdo inocente,
 la más leve sonrisa, una mirada,
 pueden también nublar eternamente
 el límpido cristal de un alma honrada!

DON PEDRO.—(*Protestando caballerescamente.*)
 ¡Mi señora!...

DOÑA MARÍA.

¡Olvidemos
 aquel sueño, Guzmán, que hemos soñado,
 y en nuestros corazones sepultemos
 para siempre el recuerdo del pasado!
 ¡Recobrad vuestro temple valeroso
 y trocad ese afecto que os humilla
 por un amor más grande y generoso:
 el amor infinito de Castilla!
 ¡De esa austera e indómita matrona
 que, prodigando al oro sus desdenes,
 ha forjado con hierro su corona
 para que dure más sobre sus sienes!
 Ayer fué fuerte, ubérrima y altiva
 como su propia tierra... ¡Y vedla ahora
 cual destronada emperatriz cautiva,
 que entre sus hierros su grandeza llora!...
 ¡Contemplad destruidas sus ciudades,
 afrentado su honor, rotos sus fueros
 y holladas sus antiguas libertades
 por la planta de impuros extranjeros
 que, sedientos de honores y tesoros,
 tiñendo en nuestra sangre su cuchilla,

se entraron por las puertas de Castilla
 cual si fueran, Guzmán, tierra de moros!
 De la opulenta y pródiga Medina
 del Campo, los escombros humeantes;
 de Burgos, los suplicios infamantes;
 de tantos pueblos, la sangrienta ruina,
 la gleba estéril y el taller deshecho...
 Y tantas insolencias y desmanes,
 ¿cómo no han despertado en vuestro pecho
 el antiguo valor de los Guzmanes?

DON PEDRO.—(*Enardecido por las palabras de Doña María.*)

¡Qué mal me conocéis, doña María!
 Si yo tuviese ahora
 alguien por quien luchar, ¿creéis, señora,
 que en contra de mi patria lucharía?
 ¡Castellano nací, y amo la tierra
 que regaron con sangre mis abuelos
 y de mis muertos la ceniza encierra;
 pero al campo enemigo, en esta guerra
 me arrastraron las ansias de mis celos!
 Hubo un hombre en la tierra a quien odiaba
 con tan ciego furor, con sed tan loca,
 que para el frenesí que me abrasaba
 era la sangre de sus venas poca...
 ¡El con los comuneros militaba;
 y yo, para poder con más vehemencia
 saciar mis ciegos odios infernales,
 desoyendo la voz de la conciencia,
 me alisté en las banderas imperiales!

DOÑA MARÍA.—(*Con gesto desesperado.*)

¡No pronunciar su nombre!... ¡Os lo suplica
 mi corazón!

DON PEDRO.

El odio se ha apagado...
 ¡Cuanto toca la Muerte, santifica,
 y hoy es su nombre para mí sagrado!
 ¡Vos fuisteis la culpable!... ¡Mas ahora
 que el odio se extinguió, brindaros quiero,
 para seguir luchando, el fuerte acero
 que humilde rindo a vuestros pies, señora!
*(Rinde cortésmente la espada mien-
 tras estalla un clamor confuso bajo las
 almenas. Los dos vuelven bajo el arco
 a observar. La luz de la luna platea la
 noche.)*

ESCENA X

Dichos, SOSA, LOPE, Damas, Pajes y Soldados

DOÑA MARÍA.
¡Escuchad!DON PEDRO.—*(Observando desde las alme-
nas.)*

En confusa gritería,
 la soldadesca enfurecida corre
 hasta los altos muros de esta torre.

VOCES.—*(Fuera.)*

¡Al arma!... ¡Al arma!

*(Aparece Lope en la explanada, se-
guido de Sosa y Soldados.)*

DON PEDRO.

¡Ved!

LOPE.—(*Gritando desde las almenas.*)

¡Doña María!

(*Penetra en la estancia. Doña María corre a su encuentro. La soldadesca se agolpa bajo el arco, mientras las Damas aparecen pálidas y asustadas en los umbrales de las puertas de la izquierda.*)

¡Perdonadme, señora!

DOÑA MARÍA.

Di: ¿qué tienes,
que jadeante y demudado vienes?

LOPE.—(*Con la voz ahogada por los sollozos, estrechando las manos de Doña María.*)

¡Perdonad el dolor con que os aflijo!

Yo intenté a sus proyectos rebelarme...

Mas él fué terco y consiguió arrastrarme.

DOÑA MARÍA.—(*Con profunda ansiedad.*)

Mas ¿quién, di, te arrastró?

LOPE.

¿Quién? ¡Vuestro

DOÑA MARÍA.

{hijo!

¿Mi don Juan?

LOPE.

Animoso y altanero,
a vengar a su padre y vuestro esposo
al campo fué; mas al cruzar el foso,
cayó en una emboscada prisionero.

(*Doña María lanza un grito y se cubre el rostro con las manos.*)

¡Luchó como un león!... ¡Si hubierais visto saltar, al bravo empuje de su lanza, yelmo, cotas y escudos, ¡vive Cristo, que os hubiese espantado su pujanza!

DOÑA MARÍA.—(*Como si le desgarrasen las últimas fibras de las entrañas, tendiendo los brazos al cielo.*)

¡Madre de Dios, divina Nazarena, sólo el agudo diente de esta pena faltaba entre la angustia de mis males, y entre tantos dolores ulcerados, para también, cual Vos, llevar clavados sobre mi corazón siete puñales!

(*De súbito se yergue, como poseida de un vértigo destructor, dirigiéndose a los Soldados, que se agolpan bajo el arco del fondo.*)

¡Dad a la noche un resplandor de aceros y volad a salvarle, comuneros, que sois defensa y gloria de Castilla!

(*Sollozando de súbito, como si su corazón fuese a estallar.*)

¡Atended los sollozos de una madre! ¿O dejaréis que el hijo de Padilla caiga también como cayó su padre?

(*Su garganta se ha hinchado y todo su cuerpo se estremece de angustia. La súplica se hace lágrimas en sus ojos.*)

¡Es mi hijo!... Por darle un solo beso, por escuchar su acento nuevamente..., por alisar los rizos de su frente y abrazarle otra vez... Por todo eso, pedid cuanto queráis!... ¡Mil arcas llenas de oro, riquezas y poder sin cuento,

y la última sangre de mis venas,
y el último suspiro de mi aliento!

DON PEDRO.—(*Avanzando resueltamente, después de haber arrebatado de las manos del portaenseñas el pendón de los Comuneros.*)

¡Señora, a vuestros pies está mi suerte!

Y vengo, altivo, a reclamar la gloria
de llevar esta enseña a la victoria

o, entre sus pliegues, encontrar la muerte!

(*Extendiendo el brazo hacia el altar.*)

¡Por el glorioso escudo de mi banda,

por la fe de ese santo Crucifijo,

os juro libertar a vuestro hijo

o perder la existencia en la demanda!

Y si en la lucha ensangrentada muero,

moriré siempre fiel a este oriflama,

como debe morir un caballero:

¡por mi Dios, por mi patria y por mi dama!

(*Se inclina ante Doña María y desaparece con los Soldados por la explanada, mientras la Pacheco se abraza, para no desplomarse, a la columna del arco del fondo, cercada de sus dueñas y Damas.*)

TELÓN

ACTO TERCERO

La antigua plaza de la Catedral de Toledo. Al fondo, la famosa Puerta del Perdón. Al abrirse las hojas principales de esta puerta se verá parte de la nave central del templo. A la izquierda, los soportales del Concejo, separados por una estrecha calleja de los fuertes muros de la torre de la Catedral. A la derecha, en primer término, los soportales de una hostería, y en el último, la desembocadura de una calle. En todo perdura ese aire grave y austero de las viejas plazas castellanas. Empieza a amanecer.

ESCENA PRIMERA

SOSA, RAMIRO, LOPE, SOLDADO 1.º y Soldados, conversando y bebiendo en la puerta de la hostería

SOSA.—(A Ramiro.)

¡Dinos un nuevo romance!

RAMIRO.

¡Venga vino y escuchad
el del hijo de Padilla!

(Dándole de beber.)

LOPE.

¡Viva Padilla!

(Los Soldados gritan.)

RAMIRO.—(*Imponiendo silencio.*)

¡Callad,
y con atención oídme
porque voy a comenzar!

(Los Soldados forman un corro en torno de Ramiro. Este, después de apurar la bota que le entregó el Soldado 1.º, templea un viejo laúd y a sus sonos empieza a recitar.)

¡El hijo de Juan Padilla,
dentro de la Catedral,
por los Santos Evangelios
juró a su padre vengar!
¡Y armado de punta en blanco,
cabalgando en su alazán,
de Toledo se ha salido,
camino de Villalar!
Detrás de una celosía,
al contemplarle pasar,
una doncella se dice,
bañada en llanto la faz:
«¿Dónde vas, Juan de Padilla,
tan bizarro y tan galán,
si apenas pueden tus manos
la férrea lanza empuñar?»
Y Padilla le responde:
«¡Mi padre voy a vengar
porque de valor me sobra
lo que me falta de edad!»
«¡Vuélvete, Juan de Padilla,
al regazo maternal,
que son tantos los contrarios,
que la muerte te han de dar!»
«¡Si en mi corazón la muerte
su lanza logra astillar,

sabré morir como ha muerto
 el héroe de Villalar!»
 Así Padilla responde;
 y su voz tiembla al hablar,
 que la rabia que le ahoga
 no le deja respirar.
 Y espoleando su potro
 y dando suelta al rendal,
 entre una nube de polvo
 perdióse en un olivar...
 ¡Y los ojos de su madre
 no le han vuelto a contemplar,
 que, herido por seis lanzadas,
 a los pies de su alazán,
 para pasto de los cuervos
 quedó en el campo imperial!

*(Momento de silenciosa emoción.
 Ramiro deja el laúd en manos de
 un Soldado.)*

LOPE.

¡Pobre madre! ¡De su pena
 los Cielos tengan piedad!

SOSA.

¡Con las tocas desgarradas,
 deshecha en llanto la faz,
 como la Virgen María
 en el Jueves Santo, va
 preguntando por su hijo
 de puerta en puerta; y es tal
 la amargura de su acento
 y la angustia de su afán,
 que ningún labio se atreve
 a decirle la verdad!

RAMIRO.

¿Y no lograsteis, buen Sosa,
el cadáver rescatar?

SOSA.

¡En vano al campo salimos
con don Pedro de Guzmán,
el más noble caballero
y más bravo capitán
que los campos de Castilla
han sentido cabaigar;
y en vano, rotos los cercos
del campamento imperial,
nuestros brazos se cansaron
de herir y de acuchillar,
que sin él, tintos en sangre,
tuvimos que regresar
para aplacar los tumultos
que devoran la ciudad!

LOPE.

¡Pues yo pienso que la plebe
razón tuvo al saquear
los palacios de esos nobles
que derrochan su caudal
en licenciosos festines,
mientras el pueblo, sin pan,
va sembrando de cadáveres
las calles de la ciudad!...
¡La misma doña María
la razón al pueblo da!

RAMIRO.

¡Pues dar la razón al pueblo
es lo mismo que entregar
Toledo a los imperiales,

que los nobles no querrán
ayudarla, y sin su ayuda,
Toledo se rendirá!

LOPE.

Ya no hay nobles... De Castilla,
la nobleza, ¿dónde está,
cuando así deja que muera
nuestra antigua libertad?

RAMIRO.

Dime, y el pueblo: ¿qué ha hecho
para defenderla? ¡Robar
a mansalva, en las ciudades,
y en las batallas tirar
las armas, para huir delante
del ejército imperial!

LOPE.

¿Quién, al par que al pueblo, osa
estas canas ultrajar?

RAMIRO.

¡Quien lleva al cinto esta espada!

LOPE.

¡Pues desnúdala, y verás
cómo esa espada en tus manos
su acero trueca en cristal!

*(Tiran de las espadas. Al ir a
acometerse se interpone Sosa.)*

SOSA.—*(Con energía.)*

¿Acaso los enemigos
alzaron el cerco ya,

cuando vuestra propia sangre
así queréis derramar?
¡Presto, al cinto los aceros!

LOPE.—(*Tornando la espada al cinto.*)

¡Hágase tu voluntad,
ya que de doña María
ostentas la autoridad,
y desacatarte fuera
su poder desacatar!

(*Todos lo imitan.*)

SOSA.

¡Comuneros, para siempre
las rencillas olvidad,
y por esas esculturas
que adornan la Catedral,

(*Señalando las que ornan la fachada del templo.*)

jurad sólo por Castilla
vuestra sangre derramar!

(*Todos extienden las espadas y juran.*)

LOPE.

¡Todos contigo juramos!

SOSA.

¡Lope, vete a vigilar
con tus gentes a Toledo,
que aun cuando tranquilo está,
pueden volver las revueltas,
pues la plebe es como el mar,
y basta el soplo del viento
para volverla a encrespar!

(*Lope, seguido de los Soldados, desaparece por la calle de la iz-*

quierda, mientras que por los soportales del Concejo aparece el Arcediano.)

ESCENA II

EL ARCEDIANO, SOSA Y RAMIRO

SOSA.—*(Inclinándose.)*

¡Salud, señor arcediano!

ARCEDIANO.

¡Buen Sosa, el Cielo os proteja!
¿Y tu señora?

SOSA.

Rezando
con sus damas en la iglesia.

ARCEDIANO.—*(Sonriendo.)*

¡Bien resultó la jugada!

SOSA.

A mí, arcediano, me pesa,
que prestar alas y alientos
a la popular licencia
es cual si a un barril de pólvora
se le aplicase una mecha.
¡Mirad lo que ha sucedido!
¡Aun los escombros humean
de tanta rica morada,
de tanta noble vivienda
como después del saqueo

la plebe tiró por tierra,
a leales y a traidores
tratando de igual manera,
que los ojos no distinguen
cuando la rabia los ciega!

ARCEDIANO.

¡Fué justicia de la plebe!...

SOSA.

Mas la plebe siempre trueca
en puñales las espadas
y las antorchas en teas,
que en el robo y el pillaje
sus instintos se despiertan,
y ¡ay de quien despierte, osado,
los instintos de la fiera!
¡Hoy, después de tanta ruina,
Toledo está más revuelta,
porque nobles y villanos
las armas con furia aprestan
para vengar sus ultrajes
y castigar sus afrentas!

ARCEDIANO.

¡Si el consejo salió malo,
la intención ha sido buena!
Mas el remedio de ahora,
que Dios me lo tome en cuenta
si no da la paz al pueblo
afianzando la nobleza!

SOSA.

Mas temo...

ARCEDIANO.

¡Vanos escrúpulos

que asaltan vuestra conciencia!
 ¿De qué le sirven, buen Sosa,
 al Cabildo sus riquezas?
 Cristo nació en un pesebre
 y practicó la pobreza...
 ¡Su vida es espejo donde
 debe mirarse su Iglesia!

SOSA.

Mas si el Cabildo a entregarnos
 esos tesoros se niega...

ARCEDIANO.

¡Si no los dieran de grado,
 los tomaremos por fuerza!

SOSA.

Mas ¿será doña María
 capaz de hacer tal ofensa
 a la religión?

ARCEDIANO.

¡Buen Sosa,
 poned freno a vuestra lengua!
 Yo mismo le he aconsejado
 tomar esa providencia.
 ¿Y cómo, siendo quien soy
 y sabiendo quién es ella,
 tal acción le aconsejara
 si justa no la creyera?
 ¡Si hay delito en mi consejo,
 en mí recaiga la pena!

SOSA.

¡Perdón, señor arceñiano!
 Y si vos me dais licencia,

voy a congregar mi tropa,
 porque la hora se acerca
 del Concejo, y es prudente
 prevenirse por si hubiera
 algún disturbio.

ARCEDIANO.

¡Que el Cielo
 os saque en bien de esta empresa!
*(Sosa se va por la izquierda. Ra-
 miro se aproxima al Arcediano.)*

ESCENA III

EL ARCEDIANO Y RAMIRO

ARCEDIANO.

¿Qué tal cumpliste mi encargo?

RAMIRO.

Por calles y por plazuelas
 no se habla de otra cosa,
 y la plebe anda revuelta,
 porque los buenos cristianos
 sufrir no pueden tal mengua.

ARCEDIANO.

¿Tus hombres?...

RAMIRO.

Estad tranquilo,
 que cuando el caso suceda,
 a la voz de ¡Viva el Rey!
 correrán a abrir las puertas
 a las huestes imperiales

que prevenidas se encuentran,
mientras yo, con los más fieles,
de Sosa y Lope las fuerzas
rendimos o acuchillamos;
y así, ¡la Pacheco queda
entregada a nuestro arbitrio,
sin amparo y sin defensa!

ARCEDIANO.

¿Y don Pedro de Guzmán?

RAMIRO.

Desde antes que amaneciera,
emboscados, varios hombres
por esas calles le acechan,
y será la primer víctima
de la popular revuelta.

ARCEDIANO.—(*Sin poder refrenar su alegría.*)

¡Ramiro, mitrado soy
si salgo bien de esta empresa;
que si rendimos Toledo,
verás cómo el rey me premia
con la mitra más gloriosa
que existe sobre la tierra;
pues ser mitrado en Toledo
en Castilla tanto pesa,
como en Roma ser Pontífice
con ser Padre de la Iglesia!

RAMIRO.

Mas ¿si nuestro plan fracasa?

ARCEDIANO.

¡Habrá que tener paciencia,
y seguiré de arcediano
en tanto que Dios lo quiera!

(Resuena la campana del Concejo; algunos nobles señores van apareciendo por la calle de la izquierda.)

Mas silencio. Del Concejo
ya la campana resuena,
y a la sesión de la junta
algunos señores llegan.
Voy a darles la noticia.
¡Tú ve a dar el santo y seña
para que empiece el rebato,
que aquí, vigilante, queda
mi ambición, prontas las garras
y con las fauces abiertas,
que ya de vivir cansóse
bajo su piel de cordera!

(Sale Ramiro por la callejuela, mientras el Arcediano se aproxima al grupo de Caballeros.)

ESCENA IV

EL ARCEDIANO, DON SANCHO, DON GARCÍA
y grupo de Señores

DON SANCHO.—*(Inclinándose.)*

¡Que os bendiga el Señor, noble arcediano,
honra y prez de la iglesia toledana!

ARCEDIANO.

¡Que os proteja su gracia soberana,
orgullo y gloria del solar hispano!

(Todos le rodean con respeto.)

¿Dónde tan de mañana vais, señores?

CABALLERO 1.º

Al Concejo primero, y luego a misa.

CABALLERO 2.º

¿Sabéis vos para qué se nos precisa en la junta?

ARCEDIANO.—(*Con misterio, contempládoles fijamente para conocer la impresión que causan sus palabras.*)

¡No sé!... Vagos rumores llegaron hasta mí; mas son tan graves que creerlos no puedo. Se decía...

(*Bajando la voz. Todos le cercan.*)

Que intentaba arrancar doña María al Cabildo las llaves de los férreos arcones seculares con arabescos de marfil y oro, donde encierra la iglesia su tesoro, para aplacar las iras populares!

DON SANCHO.

¡Callad, noble arcediano! ¿Quién se atreve tal sacrilegio a proponer? ¿No ha hartado su codicia la plebe con tantas casas como ha saqueado?

ARCEDIANO.—(*Dejando caer las palabras con falsa humildad.*)

Mi labio nada cierto os asegura...
¡Sólo es un eco que repite, quedo,
lo que en voz firme y alta se murmura
por las calles y plazas de Toledo!

DON SANCHO.

¡Mas aunque cierto fuera,
su empeño será vano,
que sacrilegio tal no consintiera
el pueblo toledano,
que antes que comunero es buen cristiano
y a su sagrada religión venera!

ARCEDIANO.

¡Primero que entregar esos caudales
a la codicia de doña María,
yo mismo a los ejércitos reales
las llaves de Toledo entregaría!

DON GARCÍA.

Mas tiene la Pacheco valimiento
en el Concejo...

ARCEDIANO.

¡No tener cuidado!
Todos sabéis que he sido su sustento,
y en los peligros, peligré a su lado,
creyendo que ella era
el amparo más firme de Castilla...
Mas defender a esa mujer, hoy fuera
ultrajar la memoria de Padilla.

DON GARCÍA.

¿Qué decis?...

DON SANCHO.

¿Serán ciertos los rumores
que hace correr la plebe alborotada?
¿A un amor criminal ha dado entrada
en su pecho? Decid...

ARCEDIANO.

¡Nobles señores,
yo, como nada sé, no digo nada!

DON SANCHO.

Se habla de que Guzmán...

ARCEDIANO.

¡Siervo de Cristo,
sólo sé oír y perdonar!...

(Viendo aparecer a Don Pedro de Guzmán bajo los soportales, y dirigiéndose al Concejo.)

DON GARCÍA.

¿Mas ella?...

ARCEDIANO.

¡Quedad con Dios! ¡El hábito que visto
ciega mis ojos y mis labios sella!

(Desaparece bajo los arcos.)

ESCENA V

DON SANCHO, DON GARCÍA, Señores y, luego,
DON PEDRO PÉREZ DE GUZMÁN

DON GARCÍA.

¡No es posible creer tal villanía!
¡Quién pudiera pensar que, bajo el manto
de su viudez, liviana, ocultaría
tanta impudicia y desenfreno tanto!

CABALLERO.

¡Aun caliente la sangre del marido,
y ya, dando al olvido

el respeto que debe a sus mayores,
 ávido el labio y palpitante el pecho,
 buscar anhela quien comparta el lecho
 que tumba debió ser de sus amores!

DON PEDRO.—(*Apareciendo de repente ante el grupo, después de haber oído el anterior diálogo.*)

¡Cobardes sois y vuestro labio miente!
 ¿A tal punto el honor ha descendido
 en la tierra del Cid, que impunemente
 ultrajar a una dama habéis oído,
 sin que se alzara al escuchar tal mengua,
 entre todos vosotros, una mano
 para arrancar la envilecida lengua
 que así deshonra el nombre castellano?

DON SANCHO.—(*Echando mano a la espada.*)
 Esas palabras...

DON PEDRO.—(*Imponiéndose con su actitud al grupo, que va retrocediendo hasta los soportales.*)

¡Si aun os resta brío,
 a todos juntos mi valor arroja
 este guante, en señal de desafío!...
 ¡Quien tenga corazón, que lo recoja!
 (*Se quita el guante y lo tira en medio del grupo.*)

¡Y en campo abierto o en lugar cerrado,
 a pie, a caballo, con lanzón o acero,
 solo como estoy yo, o acompañado,
 donde y como le plazca, allí le espero!
 ¡Venid a combatir uno por uno;
 y si solo, ninguno
 se atreve a abandonar este recinto,

venid todos, que a todos juntos reta
la mano que el acero al puño aprieta
porque quiere escapársele del cinto
para afrentar y herir vuestro semblante!

(Tira de la espada. Los Nobles retroceden más, sin que ninguno se incline a recoger el guante. Doña María, que habrá salido de la iglesia, seguida de sus Damas y sus Pajes durante la relación anterior, se aproxima lentamente al grupo.)

¿Mas no lo recogéis? ¿Tembláis de miedo?
¿Una mano, decid, no hay en Toledo
que audaz se atreva a recoger mi guante?

ESCENA VI

Dichos, DOÑA MARÍA, Pajes y Damas

DOÑA MARÍA.—*(Avanzando majestuosamente, en medio de la expectación general.)*

Queda una mano aun que lo recoja
y os lo entregue en señal de cortesía,
de ira crispada y de vergüenza roja...,
¡y esa mano, Guzmán, vedla: es la mía!

(Se inclina, recoge el guante, y con gesto de sobria cortesía, se lo devuelve altivamente y se encara con los Caballeros.)

¡Nobles señores, mi Concejo os llama!
¡Acudid a la junta, y frente a frente
de Dios y de los hombres, nuevamente
proclamad la deshonra de esta dama

que en vosotros magnánima se escuda,
y por vosotros para siempre viste
este ropaje desolado y triste
y estas oscuras tocas de viuda!

(Con la voz profundamente conmovida.)

¡Yo fui feliz! ¡Tuve un esposo amante,
de honor tan alto y condición tan brava,
que la voz de la Fama susurrante
el león de Castilla le llamaba!...

¡Y un hijo, varonil y generoso,
que por el temple de su alma fiera
digno cachorro de su padre era!

¡Y hoy me encuentro sin hijo y sin esposo;
de los hombres y Dios desamparada,
perdida de la vida en los desiertos,
en esta negra toca amortajada,
sin tener más consuelo que mis muertos!

Cubrió mi cuerpo la más fina seda,
fulguraban diamantes en mi toca....

¡y hoy me encuentro tan pobre, que no
ni un pedazo de pan para mi boca! [queda

(Con altivez.)

¡Todo en servicio vuestro he consumido!

¡Y ved, señores, si mi suerte es dura
que, por los que hoy me ultrajan, he perdido
mi dicha, mi riqueza y mi hermosura!

¡Id al Concejo y decid, delante
de Dios que me está oyendo, y de Castilla
que nos mira y nos juzga en este instante,
que habéis visto a la esposa de Padilla
entregada a los brazos de su amante!

(Les vuelve despectivamente la espalda, mientras los Caballeros, con la frente baja, como avergonzados de su infamia...)

DON PEDRO.

¡Pedid, señora, que probaros quiero
que si en servicio vuestro lo desnudo,
no habrá yelmo o broquel, peto ni escudo
que resista los golpes de mi acero!
¡Cuanto os plazca pedid! ¡Mi vida entera!
¡Mas mi vida es bien poco, por ser mía,
para servir de rodrigón siquiera
a dama como vos, doña María!
¿Qué exigís de mi fe?

DOÑA MARÍA.

¡Tan sólo os pido,
en nombre de mi honor inmaculado,
que me deis al olvido
y que huyáis para siempre de mi lado!

DON PEDRO.

¡Si tal acción, señora, cometiera,
por mi santo patrón que indigno fuera
de mi nombre glorioso y de mi fama,
y aun de ceñir este triunfante acero,
que nunca fué, señora, caballero
quien en la lucha abandonó a su dama!
¡Vendida estáis!

DOÑA MARÍA.

¡Lo sé, pero no quiero
que digan los que infames me han vendido
que yo también, cobarde o fementida,
mi decoro y mi fe dando al olvido,
vendí mi honra por salvar mi vida!

*(Don Pedro inclina la cabeza. Doña
María se le aproxima lentamente, con
la voz velada por la emoción.)*

Oídme... Poseéis un generoso corazón que es espejo de hidalguía, y un nombre tan ilustre y tan glorioso que el más noble monarca envidiaría. La princesa de estirpe más preclara, al pie de los altares, sin desdoro, como aquel que su plata trueca en oro, la sortija nupcial con vos trocará. ¡Altivas, orgullosas y altaneras, sobre cien torreones almenados, resplandecen al sol vuestras banderas, que miraron los siglos asombrados desplegar sus armiños triunfadores, de la tierra, por todos los confines, en medio de acerados resplandores y entre un bélico estruendo de clarines! Triunfaréis del dolor; sois libre y fuerte. ¡Y yo, cerrada para amar la boca, sólo espero los besos de la Muerte; y en la existencia soy como una loca que de la noche oscura en los desiertos horribles gritos de amargura lanza, escarbando en la tumba de sus muertos, para aguzar en ella su venganza! ¡Si de veras, Guzmán, me habéis amado, que el sacrificio vuestro amor corone! Marchad, que entre nosotros se interpone la sombra de un fantasma ensangrentado. ¡En su recuerdo fúnebre se abisma mi corazón... Y su memoria amada de todos, y aun de vos y aun de mí misma, la sabré conservar inmaculada!

DON PEDRO.

¿Dónde, señora, iré? ¡La vida entera para esta eterna angustia silenciosa,

que nada calma porque nada espera,
 será mucho más triste que su fosa!
 ¿Dónde podré encontrar un lenitivo,
 si en mi celosa adoración advierto
 que él está vivo en vos, estando muerto,
 y yo estoy muerto en vos, estando vivo?

*(Queda un momento con la cabeza
 entre las manos, como abatido por hon-
 da desesperación. Después se yergue de
 nuevo, en un arranque de amor infi-
 nito.)*

¡Mas no, no puede ser! ¡No me ordenéis
 que rompa para siempre estas cadenas
 de rosas! ¡A mis ojos no neguéis
 la luz! ¿Para qué quiero mis almenas?
 ¿De qué sirven al alma entristecida
 mi corcel y mi espada triunfadora,
 si por vos en las luchas de la vida
 no he de triunfar ni he de morir, señora?

(Con la voz suplicante.)

¡Dejadme aquí! ¡Si el verme os causa agrá-
 y mi voz es molesta a vuestro oído, [vios
 os seguiré sin despegar los labios,
 sin miraros jamás, sin hacer ruido;
 como un vago fantasma, cual la sombra
 de un silencioso y enlutado paje
 que sostiene el cairel de vuestro traje
 sobre los terciopelos de la alfombra!

DOÑA MARÍA.

Don Pedro, alzad. ¡Si acaso precisara
 confiar el honor esta viuda
 a vos sólo, Guzmán, lo confiara!
 Mas aceptar no puedo vuestra ayuda,
 porque, en vez de ampararme, me infamara.
 ¡Seguid, lejos de mi, vuestro sendero.

que es inútil, Guzmán, vuestra querella;
 pues yo, aferrada a mi altivez, prefiero
 morir con honra que vivir sin ella!
 ¡Y así, si acaso caigo en la jornada
 por el encono o la traición herida,
 será digna mi muerte de mi vida;
 pues si honrada vivi, moriré honrada!

DON PEDRO.—(*Como quien da el último adiós
 a la esperanza, vencido por la actitud noble
 y severa de Doña María.*)
 ¡Vuestra voz para siempre me destierra
 del paraíso que soñó mi anhelo!
 Lejos de vos, ¿quién me dará consuelo?

DOÑA MARÍA.

¡Vuestra conciencia, aquí, sobre la tierra,
 y la bondad de Dios, allá, en el cielo!

DON PEDRO.—(*Después de un momento de va-
 cilación, como el que realiza el más grande
 sacrificio de la tierra.*)

¡Obedeceros el deber me ordena!
 ¡De vuestro lado partiré, señora,
 a seguir arrastrando esta cadena
 cuyo diente de hierro me devora
 el corazón! ¡En mi camino oscuro
 jamás volveré a hallar vuestra mirada!
 (*Sacando la espada.*)

¡Por la pureza de mi honor, lo juro
 sobre la cruz triunfante de esta espada,
 que inútil ya sin vos para la gloria,
 y antes de profanarla en la pelea
 por otra causa que por vos no sea,
 la rompo a vuestras plantas, en memoria
 de mi amor y mi eterna desventura!

(La rompe, sollozando, por la empuñadura.)

Era, fuera de vos, todo el tesoro
que me quedaba ya... ¡Ved! ¡Sobre el oro
de su rica y gloriosa empuñadura
cayó la única lágrima vertida
por estos ojos, que, al perderos, pierden
todo el fuego y las luces de la vida!

(Se la presenta como un don.)

¡Para que vuestros ojos me recuerden,
guardadla ahora, que de vos me alejo
para siempre, pues lívido de espanto,
crucificada en esa cruz, os dejo
toda mi vida transformada en llanto!

DOÑA MARÍA.—*(Guardando el puño de la espada y haciendo esfuerzos inauditos para refrenar su emoción.)*

También en esta lucha habéis vencido,
y vuestro temple reconozco ahora...

¡Que alumbre vuestro paso a Dios le pido!

(Le da a besar la mano. Después se dirige al Concejo.)

¡Adiós, don Pedro! ¡Adiós!

DON PEDRO.—*(Voz de un agonizante.)*

¡Adiós, señora!

(Doña María desaparece por los soportales del Concejo.)

ESCENA VIII

EL ARCEDIANO, RAMIRO, DON SANCHO y tres Soldados. Al desaparecer DON PEDRO por la calleja de la derecha, salen cautelosamente de los soportales de la hostería RAMIRO y los tres Soldados

RAMIRO.—(*Señalando la dirección de Don Pedro.*)

¡Seguid todos sus pasos con cautela,
y en esas calles, al menor descuido,
atacadle los tres, y dadle muerte!

¡Mas cuidado, que el hidalgo tiene bríos!

(Los tres hacen un signo afirmativo y desaparecen por la calleja de la derecha, con la mano en la empuñadura de sus espadas. Ramiro se dirige hacia la izquierda; mas se detiene al ver salir del Concejo al Arcediano, conversando con Don Sancho.)

ARCEDIANO.

¡No puedo consentir tal sacrilegio!
De cuanto ocurre avisaré al Cabildo,
que antes que comunero, soy, don Sancho,
humilde siervo de la fe de Cristo,
y primero es mi alma... ¿Qué me importan
libertades, franquicias, señoríos
y tanto fuero humano, si mi alma
se pierde por los siglos de los siglos?

DON SANCHO.

¡Tolerar no podemos tal escándalo!

ARCEDIANO.

¡Gracias a Dios, estamos prevenidos,
y antes que nazca el sol, sobre esas torres
ha de flotar al viento, como un símbolo
de paz, sobre la gloria de los cielos,
el águila imperial de Carlos Quinto!

DON SANCHO.

Estoy a vuestro lado, y para todo,
arcediano; podéis contar conmigo.

ARCEDIANO.

Pues que empiece el rebato. Vos, don San-
cho,
juntad los vuestros, y al sonar el grito
de la revuelta, acudiréis, armados,
a defender los fueros del Cabildo,
¡que allá, en el cielo, Dios, y aquí don Car-
los,
sabrán recompensar vuestros servicios!

DON SANCHO.

¡Que nuestras armas triunfen en la lucha!

ARCEDIANO.

¡Que Dios nos favorezca con su auxilio!
*(Don Sancho y Ramiro salen por la
izquierda.)*

ESCENA IX

EL ARCEDIANO, SOLO

ARCEDIANO.

¡Si tuviese valor!... Naturaleza,
¡por qué, madrastra infame, no le has dado

al alma brío, al brazo fortaleza
 y al corazón un ánimo esforzado?
 ¡Entonces, a la clara luz del día,
 blandiendo mi lanzón o mi tizona,
 la mitra episcopal conquistaría
 como un rey que conquista su corona!
 ¡Mas no puedo quejarme! ¡Has sido buena,
 porque diste a mi alma, juntamente,
 el furor cauteloso de la hiena
 y la astucia sutil de la serpiente!
 La cabeza me juego en la partida...
 ¡Animo, corazón, y ahuyenta el miedo,
 que bien vale la mitra de Toledo
 jugarse, a un golpe del azar, la vida!
(Penetra en el templo.)

ESCENA X

DOÑA MARÍA DE PACHECO, SOSA, Damas, Pajes, CABALLERO 2.º, Hombres de armas y Gente del pueblo. Resuena la campana del Concejo y aparece DOÑA MARÍA, precedida de un Portaenseña con la bandera de las Comunidades, y de dos Heraldos con las armas de la ciudad. La siguen Damas, Pajes y algunos Señores. Por las calles de la izquierda asoman grupos de gentes del pueblo

DOÑA MARÍA.—*(Deteniéndose a la puerta del templo.)*
 ¡Si hay culpa, mi Señor, en esta empresa,
 sobre mi frente caiga tu castigo!
(Indicando las grandes puertas del templo.)

¡Abrid de par en par todas las puertas,
que si no es el rey mismo,
es Castilla quien pisa los umbrales
de este piadoso y místico recinto!

*(Se abren de par en par las puertas
del Perdón, y por ellas penetra Doña
María, seguida del Portaenseña, los He-
raldos, las Damas, los Pajes y algunos
hombres de armas. El pueblo ha inva-
dido la escena.)*

ESCENA XI

CABALLEROS 1.º y 2.º, Pueblo y Señores

DON GARCÍA.

¡Dios ha de castigar el sacrilegio!

NOBLE 2.º

¡Perdónanos, Dios mío!

PUEBLO.

¡No queremos las joyas de la Iglesia!

¡No aceptamos los bienes del Cabildo!

¡Preferimos morir a ser ladrones!

¡Perdónanos, Dios mío!

ESCENA XII

Dichos, DOÑA MARÍA, el ARCEDIANO, Damas, Pa-
jes y el Cabildo. Resuena el lejano y pesado
doble de las campanas de la Catedral, y tu-
multuosamente la gente va saliendo del tem-

plo. Aparece DOÑA MARÍA, livida, desencajada, con las joyas del Cabildo aún entre las manos, lanzada del templo por el Cabildo en pleno, con la cruz alada

ARCEDIANO.—(*Con voz de trueno.*)

¡En el nombre de Dios omnipotente,
por blasfema, sacrilega e impía,
te arrojamos del seno de la Iglesia
y eternamente vivirás maldita!

Excomulgada para siempre quedas,
y excomulgado quien tus pasos siga.
el agua que te den, el pan que comas,
el techo que te sirva de guarida...

¡Todo cuanto tocar puedan tus manos!
¡Todo cuanto contemplan tus pupilas!

DOÑA MARÍA.—(*Retrocediendo desesperada.*)

¡Piedad! ¡Piedad!... ¡Señor!

ARCEDIANO.

¡Calla, blasfema,
que tus palabras al Señor irritan!

(*Todos se van alejando de Doña María. Resuenan de pronto las campanas de la iglesia de Toledo a rebato.*)

DON GARCÍA.

¡Arrojemos su cuerpo en una hoguera;
el fuego de sus llamas purifica!

PUEBLO.

¡Castígalas, Señor, que ella es culpable
de los males del pueblo! ¡En una pica
llevemos su cabeza al campamento
de nuestro rey don Carlos!... ¡El rey viva!

¡Viva don Carlos, nuestro rey! ¡Al fuego la hechicera! ¡A la hoguera la maldita!

DOÑA MARÍA.—(*Como loca, transfigurada de dolor, alzándose como una fiera. Algunos leales se aprestan a defenderla.*)

¿Es posible, Señor, que tanta infamia sobre la tierra la bondad permita?

¿Es posible creer lo que estoy viendo?

¿No será una sangrienta pesadilla de una débil razón atormentada que, ya cansada de sufrir, delira?...
(*Dirigiéndose al Arcediano.*)

¿Es posible que tú, que tú, arcediano, me arrojes de ese templo, me maldigas, por lo mismo que tú me aconsejaste?

¡Oh, dímelo, por Dios! ¡Di que es mentira, que todo ha sido un sueño! ¡Que esas joyas son sólo patrimonio de Castilla!

¡Que ese Dios a quien sirves y veneras, y en cuyo sacro altar, piadoso, oficias, tuvo en más la humildad de su pobreza que todas las riquezas de su vida, y pudiendo ceñir áureas coronas, sólo sus sienes coronó de espinas!

ARCEDIANO.

¡Aparta de mi lado, excomulgada, que profanan tus ojos cuanto miran!

DOÑA MARÍA.—(*Volviéndose al pueblo.*)

¡Y vosotros, vosotros, comuneros, por quien es hoy la viuda de Padilla, por quien me encuentro enferma, sola y po-sin patria, sin hogar y sin familia {bre, y hasta sin Dios... ¡Sin Dios!... Decid que ha sido una sangrienta pesadilla! [todo

DON GARCÍA.

¡Tú eres la causa de nuestros disturbios,
la loba hambrienta que arruinó a Castilla!

DOÑA MARÍA.

¡Por mi esposo!

ARCEDIANO.

¡No ultrajes su memoria,
ya que, dando al olvido su valía,
mancillaste su lecho, y en la sombra
a tus mismos amantes asesinas!

DOÑA MARÍA.—(Atónita.)

¡Oh! ¿Qué dice ese monstruo?

ARCEDIANO.

¡Hace un mo-
[mento,

don Pedro de Guzmán, que merecía
mejor suerte, cayó en esas calles
sangrando el corazón por tres heridas!

DOÑA MARÍA.—(En un arranque inaudito de
desesperación, clavándole en el cuello el trozo
de espada que le entregó Don Pedro.)

¡Basta, basta! ¡La lengua que me insulta,
la inmunda hiena, la traidora víbora,
no volverá a enroscarse a mi garganta,
no ha de volver a emponzoñar mi vida!

PUEBLO.—(Apartándose con horror al ver caer
al Arcediano.)

¡Sacrilegio!

VOCES.—(*Fuera.*)

¡Toledo por don Carlos!

(*El pueblo corre por la calle de la izquierda, en busca del clamor que se acerca. Doña María permanece como anonadada al lado del cadáver del Arcediano. Sosa aparece por la calle de la izquierda, con la espada desnuda.*)

ESCENA XIII

Dichos y SOSA

SOSA.

¡Salvaos, mi señora; estáis vendida!

DOÑA MARÍA.—(*Como quien despierta de un sueño.*)

¡A mí los toledanos!... ¡A los muros!...

SOSA.

¡Por el portillo huid, doña María!

VOCES.

¡España por don Carlos!... ¡Viva España!

DOÑA MARÍA.—(*Huye por la derecha, mientras descende el telón.*)

¡A morir por los fueros de Castilla!

FIN DE
«LA LEONA DE CASTILLA»

INDICE

INDICE

	<u>Págs.</u>
NOTA PRELIMINAR :	
Francisco Villaespesa	11
EL ALCÁZAR DE LAS PERLAS :	
Autocrítica	25
Acto I	31
— II	70
— III	103
— IV	139
ABEN-HUMEYA :	
Acto I	175
— II	212
— III	262
— IV	303
EL REY GALAOR :	
Acto I	341
— II	370
— III	394

	<u>Págs.</u>
EL ALMA DEL DESIERTO (Leyenda árabe) :	
Acto único	417
LA LEONA DE CASTILLA :	
Acto I	451
— II	489
— III	528